# Sigmund Freud
# Obras completas

[redacted] mentarios y notas
[redacted] Strachey,
[redacted] ón de Anna Freud

## Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico
## Trabajos sobre metapsicología y otras obras
## (1914-1916)

# XIV



Amorrortu editores

# Sigmund Freud
# Obras completas

Presentación: *Sobre la versión castellana*

1. Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud (1886-1899)

2. *Estudios sobre la histeria* (1893-1895)

3. Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893-1899)

4. *La interpretación de los sueños* (I) (1900)

5. *La interpretación de los sueños* (II) y *Sobre el sueño* (1900-1901)

6. *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901)

7. «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (caso «Dora»), *Tres ensayos de teoría sexual*, y otras obras (1901-1905)

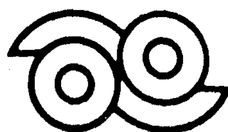
8. *El chiste y su relación con lo inconciente* (1905)

9. *El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen*, y otras obras (1906-1908)

10. «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (caso del pequeño Hans) y «A propósito de un caso de neurosis obsesiva» (caso del «Hombre de las Ratas») (1909)

11. *Cinco conferencias sobre psicoanálisis, Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, y otras obras (1910)

Obras completas
Sigmund Freud



Volumen 14

# Obras completas
# Sigmund Freud

Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey
con la colaboración de Anna Freud,
asistidos por Alix Strachey y Alan Tyson

Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry

## Volumen 14 (1914-16)

## Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico
## Trabajos sobre metapsicología y otras obras

Amorrortu editores

Primera edición en castellano, 1979; segunda edición, 1984; primera reimpresión, 1986; segunda reimpresión, 1989; tercera reimpresión, 1990; cuarta reimpresión, 1992

Traducción directa del alemán: José Luis Etcheverry
Traducción de los comentarios y notas de James Strachey: Leandro Wolfson
Asesoramiento: Santiago Dubcovsky y Jorge Colapinto
Corrección de pruebas: Rolando Trozzi y Mario Leff

Publicada con autorización de Sigmund Freud Copyrights Ltd., The Hogarth Press Ltd., The Institute of Psychoanalysis (Londres) y Angela Richards. Primera edición en *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, 1957; sexta reimpresión, 1975.



Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723.

Industria argentina. Made in Argentina.

ISBN 950-518-575-8 (Obras completas)
ISBN 950-518-590-1 (Volumen 14)

# Indice general

Volumen 14

# Advertencia sobre la edición en castellano

El presente libro forma parte de las *Obras completas* de Sigmund Freud, edición en 24 volúmenes que ha sido publicada entre los años 1978 y 1985. En un opúsculo que acompaña a esta colección (titulado *Sobre la versión castellana*) se exponen los criterios generales con que fue abordada esta nueva versión y se fundamenta la terminología adoptada. Aquí sólo haremos un breve resumen de las fuentes utilizadas, del contenido de la edición y de ciertos datos relativos a su aparato crítico.

La primera recopilación de los escritos de Freud fueron los *Gesammelte Schriften*,[1] publicados aún en vida del autor; luego de su muerte, ocurrida en 1939, y durante un lapso de doce años, aparecieron las *Gesammelte Werke*,[2] edición ordenada, no con un criterio temático, como la anterior, sino cronológico. En 1948, el Instituto de Psicoanálisis de Londres encargó a James B. Strachey la preparación de lo que se denominaría *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, cuyos primeros 23 volúmenes vieron la luz entre 1953 y 1966, y el 24° (índices y bibliografía general, amén de una fe de erratas), en 1974.[3]

La *Standard Edition*, ordenada también, en líneas generales, cronológicamente, incluyó además de los textos de Freud el siguiente material: 1) Comentarios de Strachey previos a cada escrito (titulados a veces «*Note*», otras «*Introducción*»).

[1] Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 12 vols., 1924-34. La edición castellana traducida por Luis López-Ballesteros (Madrid: Biblioteca Nueva, 17 vols., 1922-34) fue, como puede verse, contemporánea de aquella, y fue también la primera recopilación en un idioma extranjero; se anticipó así a la primera colección inglesa, que terminó de publicarse en 1950 (*Collected Papers*, Londres: The Hogarth Press, 5 vols., 1924-50).

[2] Londres: Imago Publishing Co., 17 vols., 1940-52; el vol. 18 (índices y bibliografía general) se publicó en Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.

[3] Londres: The Hogarth Press, 24 vols., 1953-74. Para otros detalles sobre el plan de la *Standard Edition*, los manuscritos utilizados por Strachey y los criterios aplicados en su traducción, véase su «General Preface», vol. 1, págs. xiii-xxii (traducido, en lo que no se refiere específicamente a la lengua inglesa, en la presente edición como «Prólogo general», vol. 1, págs. xv-xxv).

2) Notas numeradas de pie de página que figuran entre corchetes para diferenciarlas de las de Freud; en ellas se indican variantes en las diversas ediciones alemanas de un mismo texto; se explican ciertas referencias geográficas, históricas, literarias, etc.; se consignan problemas de la traducción al inglés, y se incluyen gran número de remisiones internas a otras obras de Freud. 3) Intercalaciones entre corchetes en el cuerpo principal del texto, que corresponden también a remisiones internas o a breves apostillas que Strachey estimó indispensables para su correcta comprensión. 4) Bibliografía general, al final de cada volumen, de todos los libros, artículos, etc., en él mencionados. 5) Indice alfabético de autores y temas, a los que se le suman en ciertos casos algunos índices especiales (p.ej., «Indice de sueños», «Indice de operaciones fallidas», etc.).

El rigor y exhaustividad con que Strachey encaró esta aproximación a una edición crítica de la obra de Freud, así como su excelente traducción, dieron a la *Standard Edition* justo renombre e hicieron de ella una obra de consulta indispensable.

La presente edición castellana, traducida directamente del alemán,[4] ha sido cotejada con la *Standard Edition*, abarca los mismos trabajos y su división en volúmenes se corresponde con la de esta. Con la sola excepción de algunas notas sobre problemas de traducción al inglés, irrelevantes en este caso, se ha recogido todo el material crítico de Strachey, el cual, como queda dicho, aparece siempre entre corchetes.[5]

Además, esta edición castellana incluye: 1) Notas de pie de página entre llaves, identificadas con un asterisco en el cuerpo principal, y referidas las más de las veces a problemas propios de la traducción al castellano. 2) Intercalaciones entre llaves en el cuerpo principal, ya sea para reproducir la palabra o frase original en alemán o para explicitar ciertas variantes de traducción (los vocablos alemanes se dan en nominativo singular, o tratándose de verbos, en infinitivo). 3) Un «Glosario alemán-castellano» de los principales términos especializados, anexo al antes mencionado opúsculo *Sobre la versión castellana*.

Antes de cada trabajo de Freud, se consignan en la *Standard Edition* sus sucesivas ediciones en alemán y en inglés; por nues-

[4] Se ha tomado como base la 4ª reimpresión de las *Gesammelte Werke*, publicada por S. Fischer Verlag en 1972; para las dudas sobre posibles erratas se consultó, además, Freud, *Studienausgabe* (Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 11 vols., 1969-75), en cuyo comité editorial participó James Strachey y que contiene (traducidos al alemán) los comentarios y notas de este último.

[5] En el volumen 24 se da una lista de equivalencias, página por página, entre las *Gesammelte Werke*, la *Standard Edition* y la presente edición.

tra parte proporcionamos los datos de las ediciones en alemán y las principales versiones existentes en castellano.[6]

Con respecto a las grafías de las palabras castellanas y al vocabulario utilizado, conviene aclarar que: *a*) En el caso de las grafías dobles autorizadas por las Academias de la Lengua, hemos optado siempre por la de escritura más simple («trasferencia» en vez de «transferencia», «sustancia» en vez de «substancia», «remplazar» en vez de «reemplazar», etc.), siguiendo así una línea que desde hace varias décadas parece imponerse en la norma lingüística. Nuestra única innovación en este aspecto ha sido la adopción de las palabras «conciente» e «inconciente» en lugar de «consciente» e «inconsciente», innovación esta que aún no fue aprobada por las Academias pero que parecería natural, ya que «conciencia» sí goza de legitimidad. *b*) En materia de léxico, no hemos vacilado en recurrir a algunos arcaísmos cuando estos permiten rescatar matices presentes en las voces alemanas originales y que se perderían en caso de dar preferencia exclusiva al uso actual.

Análogamente a lo sucedido con la *Standard Edition*, los 24 volúmenes que integran esta colección no fueron publicados en orden numérico o cronológico, sino según el orden impuesto por el contenido mismo de un material que debió ser objeto de una amplia elaboración previa antes de adoptar determinadas decisiones de índole conceptual o terminológica.[7]

[6] A este fin entendemos por «principales» la primera traducción (cronológicamente hablando) de cada trabajo y sus publicaciones sucesivas dentro de una colección de obras completas. La historia de estas publicaciones se pormenoriza en *Sobre la versión castellana*, donde se indican también las dificultades de establecer con certeza quién fue el traductor de algunos de los trabajos incluidos en las ediciones de Biblioteca Nueva de 1967-68 (3 vols.) y 1972-75 (9 vols.).

En las notas de pie de página y en la bibliografía que aparece al final del volumen, los títulos en castellano de los trabajos de Freud son los adoptados en la presente edición. En muchos casos, estos títulos no coinciden con los de las versiones castellanas anteriores.

[7] El orden de publicación de los volúmenes de la *Standard Edition* figura en *AE*, 1, pág. xxi, *n*. 7. Para esta versión castellana, el orden ha sido el siguiente: 1978: vols. 7, 15, 16; 1979: vols. 4, 5, 8, 9, 11, 14, 17, 18, 19, 20, 21, 22; 1980: vols. 2, 6, 10, 12, 13, 23; 1981: vols. 1, 3; 1985: vol. 24.

# Lista de abreviaturas

(Para otros detalles sobre abreviaturas y caracteres tipográficos, véase la aclaración incluida en la bibliografía, *infra*, pág. 349.)

*AE* Freud, *Obras completas* (24 vols., en curso de publicación). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978–.

*BN* Freud, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.*

*EA* Freud, *Obras completas* (19 vols.). Buenos Aires: Editorial Americana, 1943-44.

*GS* Freud, *Gesammelte Schriften* (12 vols.). Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924-34.

*GW* Freud, *Gesammelte Werke* (18 vols.). Volúmenes 1-17, Londres: Imago Publishing Co., 1940-52; volumen 18, Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.

*RP* *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 1943–.

*SA* Freud, *Studienausgabe* (11 vols.). Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1969-75.

*SE* Freud, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works* (24 vols.). Londres: The Hogarth Press, 1953-74.

*SKSN* Freud, *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre* (5 vols.). Viena, 1906-22.

*SR* Freud, *Obras completas* (22 vols.). Buenos Aires: Santiago Rueda, 1952-56.

* Utilizaremos la sigla *BN* para todas las ediciones publicadas por Biblioteca Nueva, distinguiéndolas entre sí por la cantidad de volúmenes: edición de 1922-34, 17 vols.; edición de 1948, 2 vols.; edición de 1967-68, 3 vols.; edición de 1972-75, 9 vols.

| | |
|---|---|
| *Almanach 1926* | *Almanach für das Jahr 1926.* Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1925. |
| *Almanach 1927* | *Almanach für das Jahr 1927.* Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1926. |
| *Dichtung und Kunst* | Freud, *Psychoanalytische Studien an Werken der Dichtung und Kunst.* Viena, 1924. |
| *Neurosenlehre und Technik* | Freud, *Schriften zur Neurosenlehre und zur psychoanalytischen Technik (1913-1926).* Viena, 1931. |
| *Psychoanalyse der Neurosen* | Freud, *Studien zur Psychoanalyse der Neurosen aus den Jahren 1913-1925.* Viena, 1926. |
| *Technik und Metapsychol.* | Freud, *Zur Technik der Psychoanalyse und zur Metapsychologie.* Viena, 1924. |
| *Theoretische Schriften* | Freud, *Theoretische Schriften (1911-1925).* Viena, 1931. |

# Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico (1914)

*«Fluctuat nec mergitur».*
(En el escudo de armas de la ciudad de París.[1])

# Nota introductoria

## «Zur Geschichte der psychoanalytischen Bewegung»

*Ediciones en alemán*

1914 *Jb. Psychoanalyse*, **6**, págs. 207-60.
1918 *SKSN*, **4**, págs. 1-77. (1922, 2ª ed.)
1924 Leipzig, Viena y Zurich: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 72 págs. (Publicado a fines de 1923.)
1924 *GS*, **4**, págs. 411-80.
1946 *GW*, **10**, págs. 44-113.

*Traducciones en castellano* *

1928 «Historia del movimiento psicoanalítico». *BN* (17 vols.), **12**, págs. 125-98. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **12**, págs. 129-202. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **2**, págs. 889-919. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, **12**, págs. 100-54. El mismo traductor.
1968 Igual título. *BN* (3 vols.), **2**, págs. 981-1011. El mismo traductor.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), **5**, págs. 1895-930. El mismo traductor.

En las ediciones alemanas anteriores a 1924 se indica, al final del trabajo, la fecha «febrero de 1914». En realidad, parece haber sido escrito en enero y febrero de ese año. En la edición de 1924 se hicieron algunas modificaciones secundarias, y se agregó la extensa nota al pie de las págs. 32 y 33 de esta edición.

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n*. 6.}

Una acabada exposición de la situación que condujo a escribir este trabajo se ofrece en el segundo tomo de la biografía de Freud escrita por Ernest Jones (1955, págs. 142 y sigs.). Aquí bastará con un breve resumen. Los desacuerdos de Adler con las opiniones de Freud habían alcanzado su punto crítico en 1910, y los de Jung, unos tres años después. A pesar de esas divergencias, sin embargo, ambos siguieron caracterizando a sus teorías, por largo tiempo, como «psicoanálisis». El propósito del presente artículo fue enunciar claramente los postulados e hipótesis fundamentales del psicoanálisis, para mostrar que las teorías de Adler y Jung eran totalmente incompatibles con aquellos, y para extraer la inferencia de que llamar con el mismo nombre a estos puntos de vista contradictorios no podía sino llevar a una confusión general. Y si bien durante muchos años la opinión popular siguió insistiendo en que había «tres escuelas de psicoanálisis», los argumentos de Freud terminaron por imponerse. Adler ya había elegido la denominación de «psicología individual» para sus teorías, y poco después Jung adoptó la de «psicología analítica» para las suyas.

Con miras a dejar perfectamente en claro los principios esenciales del psicoanálisis, Freud trazó la historia del desarrollo de esos principios desde los comienzos preanalíticos. La primera sección del artículo abarca el período durante el cual él fue el único participante —es decir, más o menos hasta 1902—. La segunda sección continúa la historia hasta 1910 aproximadamente, el período durante el cual las concepciones psicoanalíticas comenzaron a extenderse a círculos más amplios. Recién en la tercera sección Freud examina los puntos de vista disidentes, primero los de Adler y luego los de Jung, y señala los aspectos fundamentales en que se apartan de los hallazgos del psicoanálisis. En esta última sección, y en alguna medida también en el resto del artículo, vemos a Freud adoptando un tono mucho más beligerante que en cualquiera de sus otros escritos. Y en vista de sus experiencias durante los tres o cuatro años anteriores, este talante poco habitual no puede mover a sorpresa.

Otros dos trabajos de Freud, contemporáneos de este, versan también sobre los puntos de vista de Adler y Jung. En «Introducción del narcisismo» (1914*c*), compuesto casi al mismo tiempo que la «Contribución», aparecen algunos párrafos polémicos respecto de Jung al final de la primera sección (*infra*, págs. 77-8), y respecto de Adler al comienzo de la tercera (págs. 89-90). El historial clínico del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), escrito en lo esencial a fines de 1914, aunque publicado (con dos pasajes adicionales) recién

en 1918, fue pensado en gran parte como una refutación empírica a Adler y Jung, y contiene muchos ataques a sus teorías. En los trabajos posteriores de Freud hay una cantidad de referencias dispersas a estas polémicas (sobre todo en escritos de divulgación o semiautobiográficos); pero siempre en un tono más austero y nunca en forma extensa. Debe mencionarse especialmente, sin embargo, una discusión circunstanciada de los puntos de vista de Adler sobre las fuerzas motivadoras de la represión, en la sección final del artículo «"Pegan a un niño"» (1919*e*), *AE*, **17**, págs. 197 y sigs. Otra severa crítica a Adler, de cierta extensión, se hallará en la 34ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*), *AE*, **22**, págs. 130-2.

En lo atinente a los fragmentos puramente históricos y autobiográficos de este trabajo, debe señalarse que Freud siguió más o menos el mismo derrotero en su *Presentación autobiográfica* (1925*d*), aunque en algunos puntos esta última es complementaria del presente artículo. Para un tratamiento más completo del tema, debe remitirse al lector, por supuesto, a la biografía en tres tomos de Jones. En nuestras notas de pie de página no hemos intentado en absoluto volver a recorrer el camino ya transitado en esa obra.

James Strachey

# I

Si en lo que sigue hago contribuciones a la historia del movimiento psicoanalítico, nadie tendrá derecho a asombrarse por su carácter subjetivo ni por el papel que en esa historia cabe a mi persona. En efecto, el psicoanálisis es creación mía, yo fui durante diez años el único que se ocupó de él, y todo el disgusto que el nuevo fenómeno provocó en los contemporáneos se descargó sobre mi cabeza en forma de crítica. Me juzgo con derecho a defender este punto de vista: todavía hoy, cuando hace mucho he dejado de ser el único psicoanalista, nadie puede saber mejor que yo lo que el psicoanálisis es, en qué se distingue de otros modos de explorar la vida anímica, qué debe correr bajo su nombre y qué sería mejor llamar de otra manera. Y mientras así refuto lo que me parece una osada usurpación, doy a nuestros lectores un esclarecimiento indirecto sobre los procesos que han llevado al cambio de directores y de modalidad de presentación de esta revista.[2]

Cuando en 1909, en la cátedra de una universidad norteamericana, tuve por primera vez oportunidad de dar una conferencia pública sobre el psicoanálisis,[3] declaré, penetrado de la importancia que ese momento tenía para mis empeños, no haber sido yo quien trajo a la vida el psicoanálisis. Este mérito le fue deparado a Josef Breuer en tiempos en que yo era estudiante y me absorbía la preparación de mis exá-

[1] [{Corresponde a la llamada que aparece en el epígrafe, *supra*, pág. 1.} El escudo de armas figura un barco, y la divisa puede traducirse: «Se sacude, pero no se hunde». Freud cita la frase dos veces en su correspondencia con Fliess, refiriéndose a su propio estado mental (1950*a*, Cartas 119 y 143).]

[2] [La revista {*Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*} había estado hasta entonces bajo la dirección de Bleuler y Freud, y Jung era el jefe de redacción. En ese momento Freud se convirtió en el único director y las tareas de preparación de los trabajos fueron asumidas por Abraham y Hitschmann. Cf. también *infra*, pág. 45.]

[3] En mis *Cinco conferencias sobre psicoanálisis* (1910*a*), dictadas en la Clark University. [Cf. *infra*, págs. 29-30.]

menes (1880-82). Pero amigos bienintencionados me sugirieron luego una reflexión: ¿no había expresado de manera impropia ese reconocimiento? Igual que en ocasiones anteriores, habría debido apreciar el «*procedimiento catártico*» de Breuer como un estadio previo del psicoanálisis y fijar el comienzo de este sólo en el momento en que yo desestimé la técnica hipnótica e introduje la asociación libre. Ahora bien, es bastante indiferente que la historia del psicoanálisis quiera computarse desde el procedimiento catártico o sólo desde mi modificación de él. Si he entrado en este problema, que carece de interés, se debe únicamente a que muchos opositores del psicoanálisis suelen acordarse en ocasiones de que este arte no proviene de mí, sino de Breuer. Desde luego, sólo lo hacen en caso de que su posición les permita hallar algo digno de nota en el psicoanálisis; cuando no se ponen ese límite en su repulsa, el psicoanálisis es siempre, y sin discusión, obra mía. Nunca supe que su gran participación en el psicoanálisis le haya atraído a Breuer la cuota correspondiente de insultos y censuras. Y como desde hace tiempo he reconocido que el inevitable destino del psicoanálisis es mover a contradicción a los hombres e irritarlos, he sacado en conclusión que yo debo de ser el verdadero creador de todo lo que lo distingue. Con satisfacción agrego que ninguno de los empeños por disminuir mi parte en el tan vilipendiado análisis ha partido de Breuer mismo ni puede vanagloriarse de contar con su apoyo.

El contenido del descubrimiento de Breuer se ha expuesto ya tantas veces que podemos omitir aquí su consideración detallada: El hecho básico de que los síntomas de los histéricos dependen de escenas impresionantes, pero olvidadas, de su vida (traumas); la terapia, fundada en él, que consiste en hacer recordar y reproducir esas vivencias en la hipnosis (catarsis); y el poquito de teoría que de ahí se sigue, a saber, que estos síntomas corresponden a una aplicación anormal de magnitudes de excitación no finiquitadas (conversión). Cada vez que en su contribución teórica a *Estudios sobre la histeria* (1895) Breuer debió mencionar la conversión, puso mi nombre entre paréntesis,[4] como si este primer ensayo de

[4] [Aquí parece haber un error. En su contribución, Breuer utiliza por lo menos quince veces el término «conversión» (o sus derivados); pero sólo la primera (*AE*, **2**, pág. 217) agrega entre paréntesis el nombre de Freud. Es posible que Freud haya visto una versión preliminar del manuscrito de Breuer y lo haya convencido de que en el libro impreso no agregara su nombre en las demás ocasiones. La primera publicación en que apareció el término antes de los *Estudios sobre la histeria* fue «Las neuropsicosis de defensa» (Freud, 1894*a*).]

explicación teórica fuera de mi propiedad intelectual. Yo creo que este reconocimiento sólo es válido para el bautismo, mientras que la concepción misma nos vino a ambos al mismo tiempo y en común.

Es también sabido que, después de su primera experiencia, Breuer abandonó durante una serie de años el método catártico, y sólo lo retomó después que yo, de vuelta de mi permanencia con Charcot, lo moví a ello.[5] El era médico internista y una absorbente práctica médica lo reclamaba; yo sólo a disgusto me hice médico, pero en ese tiempo tenía un fuerte motivo para querer ayudar a los enfermos nerviosos o, al menos, comprender algo de sus estados. Me había confiado a la terapia fisicista y quedé desorientado frente a los desengaños que me deparó la *electroterapia* de W. Erb [1882], tan rica en consejos e indicaciones. Si en esa época no llegué a formular por mi cuenta el juicio que después sentó Moebius, a saber, que los éxitos obtenidos con el tratamiento eléctrico en el caso de las perturbaciones nerviosas eran éxitos de sugestión, ello debe imputarse exclusivamente a la ausencia de esos prometidos éxitos. En aquella época, parecía ofrecer un sustituto satisfactorio de la fracasada terapia eléctrica el tratamiento con sugestiones en estado de hipnosis profunda, de que yo tomé conocimiento por las demostraciones en extremo impresionantes de Liébeault y de Bernheim.[6] Pero la exploración de pacientes en estado de hipnosis, que yo había conocido por Breuer, aunaba dos cosas: un modo de operación automático y la satisfacción del apetito de saber; por esto mismo debía resultar incomparablemente más atractiva que la prohibición monótona y forzada en que consistía la sugestión, ajena a toda inquietud investigadora.

Hace poco se nos ha presentado como una de las conquistas más recientes del psicoanálisis el consejo de situar en el primer plano del análisis el conflicto actual y el ocasionamiento {*Veranlassung*} de la enfermedad [cf. pág. 61]. Ahora bien, esto es precisamente lo que Breuer y yo hicimos al comienzo de nuestros trabajos con el método catártico. Dirigíamos la atención del enfermo directamente a la escena traumática en que el síntoma se había engendrado, procurábamos colegir en el interior de ella el conflicto psíquico y liberar el afecto sofocado. A raíz de ello descubrimos el proceso psíquico característico de las neurosis, que yo más tarde

[5] [Freud trabajó en la Salpêtrière, en París, durante el invierno de 1885-86. Véase su «Informe sobre mis estudios en París y Berlín» (1956*a*).]

[6] [Freud pasó algunas semanas en Nancy en 1889.]

he llamado *regresión*. Las asociaciones de los enfermos retrocedían desde las escenas que se querían esclarecer hasta vivencias anteriores, y así obligaban al análisis, cuyo propósito era corregir el presente, a ocuparse del pasado. Esta regresión llevó cada vez más atrás; primero —pareció— regularmente hasta la pubertad, pero después, los fracasos así como las lagunas de la comprensión atrajeron al trabajo analítico hacia los años más remotos de la infancia, inasequibles hasta ese momento para cualquier tipo de investigación. Esta orientación retrocedente pasó a ser un importante carácter del análisis. Se vio que el psicoanálisis no puede esclarecer nada actual si no es reconduciéndolo a algo pasado, y aun que toda vivencia patógena presupone una vivencia anterior, que, no siendo patógena en sí misma, presta al suceso que viene después su propiedad patógena. No obstante, la tentación de atenerse a la ocasión actual conocida era tan grande que incluso en análisis posteriores cedí a ella. En el tratamiento de la paciente que llamé «Dora», realizado en 1899,[7] me era conocida la escena que había ocasionado el estallido de la enfermedad actual. Incontables veces me empeñé en traer al análisis esa vivencia, pero mi exhortación directa nunca conseguía sino la misma descripción mezquina y lagunosa. Sólo tras un largo rodeo, que nos condujo por la infancia más temprana de la paciente, sobrevino un sueño cuyo análisis llevó a recordar los detalles de la escena, olvidados hasta entonces; así se posibilitaron la comprensión y la solución del conflicto actual.

Por este solo ejemplo puede advertirse cuán descaminado anda el consejo que mencionamos antes y la cuota de regresión científica que se expresa en ese descuido de la regresión dentro de la técnica analítica, que así se nos recomienda.

La primera diferencia con Breuer afloró en un problema atinente al mecanismo más íntimo de la histeria. El prefería una teoría, por así decir, aún fisiológica; quería explicar la escisión del alma de los histéricos por la incomunicación entre diferentes estados de ella (o estados de conciencia, como decíamos entonces), y así creó la teoría de los «estados hipnoides»; a juicio de Breuer, los productos de esos estados penetraban en la «conciencia de vigilia» como unos cuerpos extraños no asimilados. Yo entendía las cosas menos científicamente,* discernía dondequiera tendencias e inclinaciones análogas a las de la vida cotidiana y concebía la escisión psíquica misma como resultado de un proceso de re-

7 [Este es un error; debería decir «1900». Cf. *AE*, **7**, pág. 5.]
* {«*Wissenschaftlich*», vale decir, en el sentido de las ciencias físico-naturales.}

pulsión * al que llamé entonces «defensa» y, más tarde, «represión».[8] Hice un efímero intento por dejar subsistir los dos mecanismos el uno junto al otro, pero como la experiencia me mostraba sólo uno de ellos y siempre el mismo, pronto mi doctrina de la defensa se contrapuso a la teoría de los estados hipnoides de Breuer.

No obstante, estoy completamente seguro de que tal desacuerdo nada tuvo que ver con nuestra separación, sobrevenida poco después. Esta respondió a motivos más hondos, pero se produjo de tal modo que al principio no la entendí y sólo después, por toda clase de buenos indicios, atiné a interpretarla. Recuérdese que Breuer había dicho, acerca de su famosa primera paciente, que el elemento sexual permanecía en ella asombrosamente no desarrollado,[9] sin contribuir con nada a su rico cuadro clínico. Siempre me maravilló que los críticos no opusiesen con mayor frecuencia esta aseveración de Breuer a mi tesis sobre la etiología sexual de las neurosis, y todavía hoy no sé si en esa omisión debo ver una prueba de la discreción de ellos o de su inadvertencia. El que a la luz de la experiencia adquirida en los últimos veinte años relea aquella historia clínica redactada por Breuer juzgará inequívoco el simbolismo de las serpientes, del ponerse rígida, de la parálisis del brazo, y si toma en cuenta la situación de la joven *junto al lecho de enfermo de su padre*, colegirá con facilidad la verdadera interpretación de esa formación de síntoma. Entonces, su juicio sobre el papel de la sexualidad en la vida anímica de aquella muchacha se apartará mucho del que formuló su médico. Para el restablecimiento de la enferma se le ofreció a Breuer el más intenso *rapport* sugestivo, que precisamente puede servirnos como paradigma de lo que llamamos [hoy] «trasferencia». Ahora tengo fuertes motivos para conjeturar que, tras eliminar todos los síntomas, él debió de descubrir por nuevos indicios la motivación sexual de esa trasferencia, pero, habiéndosele escapado la naturaleza universal de este inesperado fenómeno, interrumpió en este punto su investigación, como sorprendido por un «*untoward event*».[10] De esto, él no me ha

* {«*Abstossung*» = «repulsión»; lo contrario es «*Anziehung*» = «atracción». Es la pareja de términos que designan las fuerzas básicas de la mecánica clásica.}

[8] [En *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), Freud volvió a usar el término «defensa» para expresar un concepto general, respecto del cual «represión» sería una subespecie. Véase mi «Apéndice A» a dicha obra, *AE*, **20**, págs. 162-3.]

[9] [Véase el historial clínico de Anna O., en Breuer y Freud (1895), *AE*, **2**, pág. 47.]

[10] [{«Suceso adverso».} Un relato más completo puede encon-

hecho ninguna comunicación directa, pero en diversas épocas me dio suficientes asideros para justificar esta reconstrucción. Cuando después yo me pronuncié de manera cada vez más terminante en favor de la importancia de la sexualidad en la causación de las neurosis, él fue el primero en mostrarme esas reacciones de indignado rechazo que más tarde me serían tan familiares, pero que por entonces yo aún no había reconocido como mi ineluctable destino.[11]

El hecho de la trasferencia de tenor crudamente sexual, tierna u hostil, que se instala en todo tratamiento de una neurosis por más que ninguna de las dos partes lo desee o lo provoque, me ha parecido siempre la prueba más inconmovible de que las fuerzas impulsoras de la neurosis tienen su origen en la vida sexual. Este argumento todavía no se ha apreciado con la seriedad que merece, pues si así se hiciera, a la investigación no le quedaría verdaderamente otra alternativa. En cuanto a mí, lo juzgo una terminante pieza de convicción, junto a los resultados especiales del trabajo analítico, y más allá de ellos.

Frente a la mala acogida que mi tesis sobre la etiología sexual de las neurosis halló aun en el círculo íntimo de mis amigos —pronto se hizo el vacío en torno de mi persona—, me sirvió de consuelo pensar que había empeñado batalla en favor de una idea nueva y original. Pero es el caso que un día se agolparon en mí ciertos recuerdos que me estorbaron esa satisfacción y me abrieron una buena perspectiva sobre los procesos de nuestra actividad creadora y la naturaleza de nuestro saber. Esa idea, por la que se me había hecho responsable, en modo alguno se había engendrado en mí. Me había sido trasmitida por tres personas cuya opinión reclamaba con justicia mi más profundo respeto: Breuer mismo, Charcot y el ginecólogo de nuestra universidad, Chrobak, quizás el más eminente de nuestros médicos de Viena.[12] Los tres me habían trasmitido una intelección que, en todo rigor, ellos mismos no poseían. Dos de ellos desmintieron su comunicación cuando más tarde se las recordé; el tercero (el maestro Charcot) probablemente habría hecho lo propio de haber podido yo volverlo a ver. En mí, en cambio, esas tres comu-

trarse en el primer volumen de la biografía de Ernest Jones (1953, págs. 246-7).]

[11] [En mi «Introducción» al volumen II de la *Standard Edition* se aborda el tema de las relaciones de Freud con Breuer.]

[12] [Rudolf Chrobak (1843-1910) fue profesor de ginecología en Viena desde 1880 hasta 1908.]

nicaciones idénticas, que recibí sin comprender, quedaron dormidas durante años, hasta que un día despertaron como un conocimiento en apariencia original.[13]

Un día, siendo yo un joven médico de hospital, acompañaba a Breuer en un paseo por la ciudad; en eso se le acercó un hombre que quería hablarle con urgencia. Permanecí apartado; cuando Breuer quedó libre, me comunicó, con su manera de enseñanza amistosa: ese era el marido de una paciente que le traía noticias de ella. La mujer, agregó, se comportaba en reuniones sociales de un modo tan llamativo que se la habían enviado para que la tratase por nerviosa. Son siempre *secretos de alcoba*, concluyó Breuer. Atónito, pregunté qué quería decir eso, y él me aclaró la palabra «alcoba» («el lecho matrimonial») porque no entendía que la cosa pudiera parecerme tan inaudita.*

Años después, asistía yo a una de esas veladas que daba Charcot; me encontraba cerca del venerado maestro, a quien Brouardel,[14] al parecer, contaba una muy interesante historia de la práctica de esa jornada. Oí al comienzo de manera imprecisa, y poco a poco el relato fue cautivando mi atención: Una joven pareja de lejanas tierras del Oriente, la mujer con un padecimiento grave, y el hombre, impotente o del todo inhábil. «*Tâchez donc*», oí que Charcot repetía, «*je vous assure, vous y arriverez*».** Brouardel, quien hablaba en voz más baja, debió de expresar entonces su asombro por el hecho de que en tales circunstancias se presentaran síntomas como los de la mujer. Y Charcot pronunció de pronto, con brío, estas palabras: «*Mais dans des cas pareils c'est toujours la chose génitale, toujours... toujours... toujours!*».*** Y diciéndolo cruzó los brazos sobre el pecho y se cimbró varias veces de pies a cabeza con la vivacidad que le era peculiar. Sé que por un instante se apoderó de mí un asombro casi paralizante y me dije: Y si él lo sabe, ¿por qué nunca lo dice? Pero esa impresión se me olvidó pronto; la anatomía cerebral y la producción experimental de parálisis histéricas habían absorbido todo mi interés.

13 [Freud había hecho mención de esto en una reunión de la Sociedad Psicoanalítica de Viena el 1º de abril de 1908. (Cf. el volumen 1 de la traducción al inglés de las actas de la Sociedad.)]

* {Breuer dijo «*Alkove*», y al explicarlo lo tradujo al alemán como «*Ehebettes*».}

14 [P. C. H. Brouardel (1837-1906) fue designado profesor de medicina forense en París en 1879. Freud lo menciona elogiosamente en su «Informe sobre mis estudios en París y Berlín» (1956*a*) y en su prólogo a Bourke, *Scatologic Rites of all Nations* (Freud, 1913*k*).]

** {«¡Empéñese usted, le aseguro que lo conseguirá!».}

*** {«¡Pero en tales casos siempre es la cosa genital, siempre... siempre... siempre!».}

Un año más tarde yo había iniciado mi actividad médica en Viena como docente auxiliar {*Privatdozent*} en enfermedades nerviosas, y en lo relativo a la etiología de las neurosis era todo lo inocente y todo lo ignorante que puede exigirse de un universitario promisorio. Cierto día recibí un amistoso pedido de Chrobak: que tomase a mi cargo una paciente de él, a quien por causa de sus nuevas funciones de profesor universitario no podía consagrar el tiempo suficiente. Llegué antes que él a casa de la enferma, y me enteré de que sufría de ataques de angustia sin sentido que sólo podían yugularse mediante la más exacta información sobre el lugar en que se encontraba su médico en cada momento del día. Cuando Chrobak apareció, me llevó aparte y me reveló que la angustia de la paciente se debía a que, no obstante estar casada desde hacía dieciocho años, era *virgo intacta.* El marido era absolutamente impotente. En tales casos al médico no le quedaba más que cubrir con su reputación la desventura conyugal y aceptar que alguien, encogiéndose de hombros, pudiera decir sobre él: «Ese tampoco puede nada, puesto que en tantos años no la ha curado». La única receta para una enfermedad así, agregó Chrobak, nos es bien conocida, pero no podemos prescribirla. Sería:

*Rp. Penis normalis*
*dosim*
*Repetatur!*

Yo nunca había oído hablar de semejante receta, y a punto estuve de menear la cabeza frente al cinismo de mi protector.

Por cierto que no he revelado el ilustre origen de esa atroz idea para descargar sobre otros la responsabilidad por ella. Sé que una cosa es expresar una idea una o varias veces en la forma de un *aperçu* pasajero, y otra muy distinta tomarla en serio, al pie de la letra, hacerla salir airosa de cada uno de los detalles que le oponen resistencia y conquistarle un lugar entre las verdades reconocidas. Es la diferencia entre un amorío ocasional y un matrimonio en regla, con todos sus deberes y todas sus dificultades. «*Epouser les idées de . . .*» * es, al menos en francés, un giro idiomático usual.

Entre los otros factores que por mi trabajo se fueron sumando al método catártico y lo trasformaron en el psicoaná-

* {«Abrazar las ideas de» alguien, pero literalmente «casarse» con ellas. También en inglés se usa el giro «*to espouse an idea*».}

lisis, quiero destacar: la doctrina de la represión y de la resistencia, la introducción de la sexualidad infantil, y la interpretación y el uso de los sueños para el reconocimiento de lo inconciente.

En cuanto a la doctrina de la represión, es seguro que la concebí yo independientemente; no sé de ninguna influencia que me haya aproximado a ella, y durante mucho tiempo tuve a esta idea por original, hasta que Otto Rank (1910*b*) nos exhibió aquel pasaje de *El mundo como voluntad y representación*, de Schopenhauer, donde el filósofo se esfuerza por explicar la locura. Lo que ahí se dice acerca de la renuencia a aceptar un fragmento penoso de la realidad coincide acabadamente con el contenido de mi concepto de represión, tanto, que otra vez puedo dar gracias a mi falta de erudición libresca, que me posibilitó hacer un descubrimiento. No obstante, otros han leído ese pasaje y lo pasaron por alto sin hacer ese descubrimiento, y quizá lo propio me hubiera ocurrido si en años mozos hallara más gusto en la lectura de autores filosóficos. En una época posterior, me rehusé el elevado goce de las obras de Nietzsche con esta motivación conciente: no quise que representación-expectativa de ninguna clase viniese a estorbarme en la elaboración de las impresiones psicoanalíticas. Por ello, debía estar dispuesto —y lo estoy, de buena gana— a resignar cualquier pretensión de prioridad en aquellos frecuentes casos en que la laboriosa investigación psicoanalítica no puede más que corroborar las intelecciones obtenidas por los filósofos intuitivamente.[15]

La doctrina de la represión es ahora el pilar fundamental sobre el que descansa el edificio del psicoanálisis, su pieza más esencial. Sin embargo, no es más que la expresión teórica de una experiencia que puede repetirse a voluntad toda vez que se emprenda el análisis de un neurótico sin auxilio de la hipnosis. Es que entonces se llega a palpar una resistencia que se opone al trabajo analítico y pretexta una falta de memoria para hacerlo fracasar. El empleo de la hipnosis ocultaba, por fuerza, esa resistencia; de ahí que la historia del psicoanálisis propiamente dicho sólo empiece con la innovación técnica de la renuncia a la hipnosis. Y después, la apreciación teórica de la circunstancia de que esa resistencia

[15] [Otros ejemplos de antecedentes de sus ideas son mencionados por Freud en «Para la prehistoria de la técnica analítica» (1920*b*). Véanse también las observaciones sobre Popper-Lynkeus (*infra*, pág. 19). — Ernest Jones (1953, págs. 407 y sigs.) examina la posibilidad de que el término «represión» haya sido derivado indirectamente por Freud de Herbart, filósofo del siglo XIX. Véase mi «Nota introductoria» a «La represión» (1915*d*), *infra*, pág. 138.]

se conjuga con una amnesia lleva, sin que se lo pueda evitar, a aquella concepción de la actividad inconciente del alma que es propiedad del psicoanálisis y lo distingue siempre marcadamente de las especulaciones filosóficas acerca de lo inconciente.

Es lícito decir, pues, que la teoría psicoanalítica es un intento por comprender dos experiencias que, de modo llamativo e inesperado, se obtienen en los ensayos por reconducir a sus fuentes biográficas los síntomas patológicos de un neurótico: el hecho de la trasferencia y el de la resistencia. Cualquier línea de investigación que admita estos dos hechos y los tome como punto de partida de su trabajo tiene derecho a llamarse psicoanálisis, aunque llegue a resultados diversos de los míos. Pero el que aborde otros aspectos del problema y se aparte de estas dos premisas difícilmente podrá sustraerse a la acusación de ser un usurpador que busca mimetizarse, si es que porfía en llamarse psicoanalista.

Yo rebatiría con toda energía a quien pretendiera computar la doctrina de la represión y de la resistencia entre las premisas y no entre los resultados del psicoanálisis. Hay premisas así, de naturaleza psicológica y biológica universal, y sería conveniente tratar de ellas en otro lugar; pero la doctrina de la represión es una conquista del trabajo psicoanalítico, ganada de manera legítima como decantación teórica de innumerables experiencias.

Una conquista de igual valor, aunque de una época muy posterior, es la introducción de la sexualidad infantil, de la cual ni se habló en los primeros años de tanteos en la investigación mediante el análisis. Al principio se advirtió únicamente que era preciso reconducir a un tiempo pasado el efecto de impresiones actuales. Sólo que «el buscador halló a menudo más de lo que habría deseado hallar». Cada vez éramos retrotraídos más atrás en ese pasado, y al fin tuvimos la esperanza de que se nos dejaría permanecer en la pubertad, la época tradicional de maduración de las mociones sexuales. Pero en vano; las huellas se adentraban todavía más atrás, hasta la infancia y los primeros años de ella. Y en el avance por ese camino fue preciso superar un error que habría sido casi fatal para la joven disciplina. Bajo la influencia de la teoría traumática de la histeria, originada en Charcot, se tendía con facilidad a juzgar reales y de pertinencia etiológica los informes de pacientes que hacían remontar sus síntomas a vivencias sexuales pasivas de sus primeros años infantiles, vale decir, dicho groseramente, a una seducción.

Cuando esta etiología se desbarató por su propia inverosimilitud y por contradecirla circunstancias establecidas con certeza, el resultado inmediato fue un período de desconcierto total. El análisis había llevado por un camino correcto hasta esos traumas sexuales infantiles, y hete aquí que no eran verdaderos. Era perder el apoyo en la realidad. En ese momento, con gusto habría dejado yo todo el trabajo en la estacada, como hizo mi ilustre predecesor Breuer en ocasión de su indeseado descubrimiento. Quizá perseveré porque no tenía la opción de principiar otra cosa. Y por fin atiné a reflexionar que uno no tiene el derecho de acobardarse cuando sus expectativas no se cumplen, sino que es preciso revisar estas. Si los histéricos reconducen sus síntomas a traumas inventados, he ahí precisamente el hecho nuevo, a saber, que ellos fantasean esas escenas, y la realidad psíquica pide ser apreciada junto a la realidad práctica. Pronto siguió la intelección de que esas fantasías estaban destinadas a encubrir, a embellecer y a promover a una etapa más elevada el ejercicio autoerótico de los primeros años de la infancia. Así, tras esas fantasías, salió al primer plano la vida sexual del niño en todo su alcance.[16]

En esta actividad sexual de los primeros años infantiles, también la constitución congénita pudo por fin volver por sus derechos. Disposición y vivencia se enlazaron aquí en una unidad etiológica inseparable; en efecto, la disposición elevaba a la condición de traumas incitadores y fijadores impresiones que de otro modo habrían sido enteramente triviales e ineficaces, mientras que las vivencias despertaban en la disposición ciertos factores que, de no mediar ellas, habrían permanecido largo tiempo dormidos, sin desarrollarse quizá. La última palabra en cuanto a la etiología traumática la dijo después Abraham [1907], cuando señaló que precisamente la especificidad de la constitución sexual del niño es propicia para provocar vivencias sexuales de un tipo determinado, vale decir, traumas.

Mis tesis sobre la sexualidad del niño se fundaron al comienzo casi exclusivamente en los resultados del análisis de adultos, que retrogradaba al pasado. Me faltó la oportunidad

16 [Esta rectificación teórica de Freud es descrita por él —en forma contemporánea a la rectificación misma— en una carta a Fliess del 21 de setiembre de 1897 (1950*a*, Carta 69), *AE*, **1**, pág. 302 y *n*. 192. Su primer reconocimiento público de la rectificación tuvo lugar casi diez años después, en su artículo sobre la sexualidad en las neurosis (1906*a*), *AE*, **7**, págs. 266-7. En la 33ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*), *AE*, **22**, pág. 112, Freud señaló que en rigor tales fantasías no se relacionaban con el padre sino con la madre.]

de hacer observaciones directas en el niño. Por eso fue un triunfo extraordinario cuando años después, mediante la observación directa y el análisis de niños de muy corta edad, pude corroborar la mayor parte de lo descubierto; un triunfo que fue empañando poco a poco la reflexión de que ese descubrimiento era de índole tal que más bien debía uno avergonzarse por haberlo hecho. Cuanto más se avanzaba en la observación del niño, tanto más patente se hacía ese hecho, pero también más extraño parecía que se hubiera gastado semejante trabajo en pasarlo por alto.

Es verdad que una convicción tan cierta sobre la existencia y la importancia de la sexualidad infantil sólo puede obtenerse si se transita el camino del análisis, retrogradando desde los síntomas y peculiaridades de los neuróticos hasta las fuentes últimas cuyo descubrimiento explica lo que hay en ellos de explicable y permite modificar lo que acaso puede cambiarse. Comprendo que se llegue a otros resultados si, como hace poco hizo C. G. Jung, uno se forma primero una representación teórica de la naturaleza de la pulsión sexual y desde ella quiere concebir la vida del niño. Una representación así sólo puede escogerse al azar o atendiendo a consideraciones tomadas de otro ámbito, y corre el peligro de ser inadecuada para aquel al que se la quiere aplicar. Sin duda, también el camino analítico depara dificultades y oscuridades últimas en lo que atañe a la sexualidad y a sus nexos con la vida total del individuo, pero no se las puede despejar mediante especulaciones, sino que es fuerza que subsistan hasta que hallen solución por vía de otras observaciones o de observaciones hechas en otros ámbitos.

Acerca de la interpretación de los sueños puedo ser breve. Me fue dada como primicia después que yo, obedeciendo a un oscuro presentimiento, me hube decidido a trocar la hipnosis por la asociación libre. Mi apetito de saber no iba dirigido de antemano a la comprensión de los sueños. Influencias que guiaran mi interés o generaran en mí una expectativa propicia, yo no las conozco. Antes de cesar mi trato con Breuer, tuve tiempo de comunicarle cierta vez, con una frase, que me proponía traducir sueños. A causa de la historia de este descubrimiento, el simbolismo del lenguaje onírico fue, de lejos, lo último a que tuve acceso en el sueño, pues para el conocimiento de los símbolos las asociaciones del soñante sirven de poco. Gracias a mi hábito de ponerme primero, y siempre, a estudiar las cosas antes de reverlas en los libros, pude cerciorarme del simbolismo del sueño antes de que el

escrito de Scherner [1861] llamase mi atención sobre él. Sólo más tarde aprecié este medio de expresión del sueño en todo su alcance, en parte bajo la influencia de los trabajos de Stekel, autor tan meritorio al principio y tan enteramente acrítico después.[17] La íntima correspondencia de la interpretación psicoanalítica de los sueños con el arte interpretativo de los antiguos, tan reverenciado en su tiempo, se me hizo clara sólo muchos años después. En cuanto a la pieza más peculiar e importante de mi teoría sobre el sueño, reconducir la desfiguración onírica a un conflicto interior, una suerte de insinceridad interior, la reencontré en un autor ajeno por cierto a la medicina, mas no a la filosofía, el famoso ingeniero J. Popper, quien bajo el nombre de Lynkeus había publicado las *Phantasien eines Realisten* [1900].[18]

La interpretación de los sueños me sirvió de consuelo y apoyo en esos difíciles años iniciales del análisis, cuando tuve que dominar técnica, clínica y terapia de las neurosis, todo a un tiempo; estaba entonces enteramente aislado, en medio de una maraña de problemas, y a raíz de la acumulación de dificultades temía a menudo perder la brújula y la confianza en mí mismo. Trascurría a menudo un lapso desconcertantemente largo antes de hallar en el enfermo la prueba de mi premisa de que toda neurosis tenía que hacerse por fuerza comprensible mediante análisis; pero en los sueños, que podían concebirse como unos análogos de los síntomas, hallaba esa premisa una confirmación casi infalible.

Sólo estos éxitos me habilitaron para perseverar. Por eso tomé el hábito de medir la comprensión de un trabajador psicológico por su actitud frente a los problemas de la interpretación de los sueños, y observo complacido que la mayoría de los oponentes del psicoanálisis evitan entrar en este terreno o, si lo intentan, se comportan en él con extrema torpeza. Pronto advertí la necesidad de hacer mi autoanálisis, y lo llevé a cabo con ayuda de una serie de sueños propios que me hicieron recorrer todos los acontecimientos de mi infancia, y todavía hoy opino que en el caso de un buen soñador, que no sea una persona demasiado anormal, esta clase de análisis puede ser suficiente.[19]

17 [Un examen más extenso de la influencia de Stekel se incluye en un pasaje agregado por Freud en 1925 a la sección sobre el simbolismo de *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 356.]

18 [Véanse los dos artículos de Freud sobre esto (1923*f* y 1932*c*). — La palabra «famoso» fue agregada en 1924.]

19 [Freud relató partes importantes de su autoanálisis en su correspondencia con Fliess, contemporánea de aquel, sobre todo en las Cartas 70 y 71, escritas en octubre de 1897 (1950*a*, *SE*, **1**, págs.

Mediante el despliegue de esta historia genética creo haber mostrado mejor que mediante una exposición sistemática lo que es el psicoanálisis. Al principio no advertí la naturaleza particular de mi descubrimiento. Sin vacilar sacrifiqué mi incipiente reputación como médico y el aumento de mi clientela de pacientes neuróticos en aras de mi empeño por investigar consecuentemente la causación sexual de sus neurosis; obtuve así una serie de experiencias que me refirmaron de manera definitiva en mi convicción acerca de la importancia práctica del factor sexual. Desprevenido, me presenté en la asociación médica de Viena, presidida en ese tiempo por Von Krafft-Ebing,[20] como un expositor que esperaba resarcirse, gracias al interés y el reconocimiento que le tributarían sus colegas, de los perjuicios materiales consentidos por propia decisión. Yo trataba mis descubrimientos como contribuciones ordinarias a la ciencia, y lo mismo esperaba que hicieran los otros. Sólo el silencio que siguió a mi conferencia, el vacío que se hizo en torno de mi persona, las insinuaciones que me fueron llegando, me hicieron comprender poco a poco que unas tesis acerca del papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis no podían tener la misma acogida que otras comunicaciones. Entendí que en lo sucesivo pertenecería al número de los que «han turbado el sueño del

303-8). — No siempre Freud sustentó un punto de vista tan favorable sobre el autoanálisis. Por ejemplo, en su carta a Fliess del 14 de noviembre de 1897 (1950*a*, Carta 75), *AE*, **1**, pág. 313, escribió: «Mi autoanálisis sigue interrumpido; ahora advierto por qué. Sólo puedo analizarme a mí mismo con los conocimientos adquiridos objetivamente (como lo haría un extraño); un genuino autoanálisis es imposible, pues de lo contrario no existiría la enfermedad [la neurosis]. Puesto que todavía tropiezo con enigmas en mis pacientes, es forzoso que esto mismo me estorbe en el autoanálisis». Y hacia el fin de su vida, en una breve nota sobre un acto fallido (1935*b*), *AE*, **22**, pág. 231, observó: «En los autoanálisis es particularmente grande el peligro de la interpretación incompleta. Uno se contenta demasiado pronto con un esclarecimiento parcial, tras el cual la resistencia retiene fácilmente algo que puede ser más importante». Estos comentarios contrastan con su prólogo cautelosamente apreciativo a un artículo de E. Pickworth Farrow (1926), en el que este exponía los hallazgos de un autoanálisis (Freud, 1926*c*). Tratándose de análisis *didácticos*, en todo caso, opinaba decididamente que este debía ser hecho por otra persona; véase, por ejemplo, uno de sus artículos sobre técnica escrito poco antes que el actual (1912*e*), y también su trabajo, muy posterior, «Análisis terminable e interminable» (1937*c*).]

[20] [Cf. Freud (1896*c*). R. von Krafft-Ebing (1840-1903) fue profesor de psiquiatría en Estrasburgo en 1872-73, en Graz (donde también dirigió el hospital provincial para enfermos mentales) desde 1873 hasta 1889, y en Viena desde 1889 hasta 1902. Se distinguió, asimismo, por sus trabajos en criminología, neurología y *psychopathia sexualis*.]

mundo», según la expresión de Hebbel,[21] y no me estaba permitido esperar objetividad ni benevolencia. Pero como mi convicción sobre la justeza global de mis observaciones y de mis inferencias se afirmaba cada vez más, y no eran menores mi confianza en mi propio juicio y mi coraje moral, el desenlace de esa situación no podía ser más que uno. Me resolví a creer que había tenido la dicha de descubrir unos nexos particularmente importantes y me dispuse a aceptar el destino que suele ir asociado con un hallazgo así.

Ese destino lo imaginé de la manera siguiente: Probablemente, los éxitos terapéuticos del nuevo procedimiento me permitirían subsistir, pero la ciencia no repararía en mí mientras yo viviese. Algunos decenios después, otro, infaliblemente, tropezaría con esas mismas cosas para las cuales ahora no habían madurado los tiempos, haría que los demás las reconociesen y me honraría como a un precursor forzosamente malogrado. Entretanto, me dispuse a pasarlo lo mejor posible, como Robinson en su isla solitaria. Cuando desde los embrollos y las urgencias del presente vuelvo la mirada a aquellos años de soledad, quiere parecerme que fue una época hermosa, una época heroica; al *splendid isolation* * no le faltan ventajas ni atractivos. No tenía ninguna bibliografía que leer, ningún oponente mal informado a quien escuchar, no estaba sometido a influencia alguna ni urgido por nada. Aprendí a sofrenar las inclinaciones especulativas y, atendiendo al inolvidable consejo de mi maestro Charcot, a examinar de nuevo las mismas cosas tantas veces como fuera necesario para que ellas por sí mismas empezaran a decir algo.[22] Mis publicaciones, para las cuales con algún trabajo encontré también espacio, pudieron quedar siempre muy retrasadas respecto del avance de mi saber: era posible posponerlas a voluntad, ya que no había que defender ninguna «prioridad» cuestionada. *La interpretación de los sueños*, por ejemplo, estuvo lista en todo lo esencial a comienzos de 1896,[23] pero sólo fue redactada en el verano de 1899. El tratamiento de «Dora» concluyó a fines de 1899,[24] su historial clínico quedó registrado en las dos semanas que siguieron, pero no se publicó hasta 1905. Entretanto, mis escritos no eran reseñados en las publicaciones especializadas o, cuando

[21] [Referencia a las palabras dirigidas por Kandaules a Gyges en Friedrich Hebbel, *Gyges und sein Ring* (acto V, escena 1).]

* {«Aislamiento espléndido».}

[22] [La frase aparece, en forma apenas diferente, en «Charcot» (Freud, 1893*f*).]

[23] [Véase, sin embargo, mi «Introducción» a esa obra (1900*a*), *AE*, **4**, págs. 7 y sigs.]

[24] [La fecha es 1900; cf. *supra*, pág. 10, *n*. 7.]

esto por excepción ocurría, se los descartaba con un irónico o compasivo ademán de superioridad. Sucedió también que algún colega me dirigiera en sus publicaciones alguna observación, que solía ser harto sucinta y muy poco lisonjera, como «extravagante», «extremista», «muy singular». Pasó una vez que un asistente de la clínica de Viena donde yo dictaba mis conferencias semestrales me pidió autorización para asistir a ellas. Escuchaba con mucha devoción, no decía nada, pero tras la última conferencia se comidió a acompañarme. Mientras dábamos ese paseo me reveló que, con conocimiento de su jefe, había escrito un libro contra mi doctrina y lamentaba haber llegado a apreciarla mejor sólo ahora, tras escuchar mis conferencias. De lo contrario habría escrito algo muy diverso. Además, había consultado en la clínica si no debía leer antes *La interpretación de los sueños,* pero se lo desaconsejaron diciéndole que no valía la pena. Y en cuanto al edificio de mi doctrina, tal como acababa de comprenderlo, él mismo me lo comparó con la Iglesia Católica por la solidez de su ensambladura interna. En interés de la salvación de su alma quiero suponer que esa manifestación suya contenía una partícula de reconocimiento. Pero concluyó diciendo que era demasiado tarde para introducir enmiendas en su libro, que ya estaba impreso. El colega de marras no se juzgó obligado a dar después a sus lectores alguna noticia sobre su cambio de opinión acerca de mi psicoanálisis, sino que siguió adelante, como colaborador estable de una revista médica, sumando al desarrollo de aquellos puntos de vista unas glosas burlescas.[25]

Toda la susceptibilidad personal que yo pudiera tener la perdí en esos años, para mi beneficio. Y en cuanto a amargarme, me salvó de ello una circunstancia que no viene en socorro de todos los descubridores solitarios. Ellos suelen torturarse procurando averiguar el origen del desacuerdo o el rechazo de sus contemporáneos, y lo sienten como un doloroso mentís, pues están convencidos de la verdad de su descubrimiento. No necesité hacer otro tanto, pues la doctrina psicoanalítica me permitió comprender esa conducta de mi entorno social como una consecuencia necesaria de los supuestos fundamentales del análisis. Si era cierto que los nexos descubiertos por mí eran mantenidos lejos de la conciencia de los enfermos por obra de resistencias afectivas interiores, estas últimas surgirían también en las personas sanas tan pronto se les hiciese presente, mediante una comu-

[25] [Una secuela de esta anécdota aparece mencionada en la *Presentación autobiográfica* (1925*d*), *AE*, **20**, pág. 45.]

nicación de fuera, lo reprimido. Y que ellos se las ingeniasen para justificar con fundamentos intelectuales esa repulsa dictada por los afectos, nada tenía de asombroso. A los enfermos les sucede lo mismo con pareja frecuencia, y los argumentos aducidos —los argumentos abundan como la zarzamora, para decirlo con Falstaff—[26] eran idénticos y no muy penetrantes. He aquí la única diferencia: con los enfermos se disponía de un medio de presión para que inteligieran sus resistencias y las vencieran, mientras que en el caso de los presuntos sanos faltaban tales auxilios. En cuanto a los caminos por los cuales se pudiera esforzar a esas personas sanas a un examen científico objetivo y desapasionado, se trataba de un problema irresuelto; lo mejor era dejar que el tiempo lo aclarase. En la historia de las ciencias se había podido comprobar hartas veces que la misma aseveración que al comienzo sólo encontró objeciones era admitida tiempo después sin que se hubiesen aducido nuevas pruebas en su favor.

Ahora bien, nadie tendría derecho a esperar que en esos años en que yo fui el único campeón del psicoanálisis se desarrollase en mí un respeto particular por el juicio de las gentes o una proclividad a la condescendencia intelectual.

[26] [1 *Henry IV* (acto II, escena 4).]

# II

Desde 1902, se agruparon en derredor de mí cierto número de médicos jóvenes con el propósito expreso de aprender, ejercer y difundir el psicoanálisis. La iniciativa partió de un colega que había experimentado en su persona el saludable efecto de la terapia analítica.[1] Determinados días se hacían reuniones vespertinas en mi casa, se discutía siguiendo ciertas reglas y se buscaba una orientación en ese campo de estudios extrañamente nuevo, procurando interesar en él a otros investigadores. Cierta vez un graduado de una escuela técnica se presentó a nosotros con un manuscrito que revelaba extraordinaria penetración. Lo movimos a seguir los estudios de la escuela media, a frecuentar la universidad y a consagrarse a las aplicaciones no médicas del psicoanálisis. La pequeña sociedad se agenció así un secretario celoso y confiable, y yo gané en Otto Rank mi más fiel auxiliar y colaborador.[2]

El pequeño círculo se amplió pronto, y en el curso de los años que siguieron cambió muchas veces de composición. Yo tenía derecho a decirme que, en conjunto, por la riqueza y diversidad de talentos que incluía, difícilmente saliera desmerecido de una comparación con el elenco de un maestro clínico, cualquiera que fuese. Desde el comienzo se contaron entre esos hombres los que estaban destinados a desempeñar en la historia del movimiento psicoanalítico importantísimos papeles, aunque no siempre faustos. Pero en esa época no podía vislumbrarse aún este desarrollo. Yo podía estar satisfecho, y creo que lo hice todo para poner al alcance de los otros lo que sabía y había averiguado por mi experiencia. Sólo hubo dos cosas de mal presagio, que en definitiva terminaron por enajenarme interiormente a ese círculo. No logré crear entre sus miembros esa armonía amistosa que

1 [Wilhelm Stekel.]

2 [*Nota agregada* en 1924:] Hoy director de la Internationaler Psychoanalytischer Verlag [Editorial Psicoanalítica Internacional; cf. *AE*, **17**, págs. 260-1] y redactor de *Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse* y de *Imago* desde el comienzo de ambas publicaciones [cf. *infra*, pág. 46].

debe reinar entre hombres empeñados en una misma y difícil tarea, ni tampoco ahogar las disputas por la prioridad a que las condiciones del trabajo en común daban sobrada ocasión. Las dificultades que ofrece la instrucción en el ejercicio del psicoanálisis, particularmente grandes, y culpables de muchas de las disensiones actuales, ya se hicieron sentir en aquella Asociación Psicoanalítica de Viena, de carácter privado. Yo mismo no me atreví a exponer una técnica todavía inacabada y una teoría en continua formación con la autoridad que probablemente habría ahorrado a los demás muchos extravíos y aun desviaciones definitivas. La autonomía de los trabajadores intelectuales, su temprana independencia del maestro, siempre son satisfactorias en lo psicológico; empero, ella beneficia a la ciencia sólo cuando esos trabajadores llenan ciertas condiciones personales, harto raras. Precisamente el psicoanálisis habría exigido una prolongada y rigurosa disciplina y una educación para la autodisciplina. A causa de la valentía que denotaba el consagrarse a una materia tan mal vista y falta de perspectivas, yo me inclinaba a dejar pasar en los miembros de la Asociación muchas cosas que de lo contrario habrían sido objeto de mi repulsa. Por otra parte, el círculo no incluía sólo médicos, sino otras personas cultas que habían discernido algo importante en el psicoanálisis: escritores, artistas, etc. *La interpretación de los sueños*, el libro sobre el chiste y otros habían mostrado desde el comienzo que las doctrinas del psicoanálisis no podían permanecer circunscritas al ámbito médico, sino que eran susceptibles de aplicación a las más diversas ciencias del espíritu.

Desde 1907, la situación varió en contra de todas las expectativas y como de un golpe. Pudo advertirse que el psicoanálisis, calladamente, había despertado interés y hallado amigos, y hasta existían trabajadores científicos dispuestos a adherir a él. Desde antes, una carta de Bleuler [3] me había hecho saber que mis trabajos se estudiaban y aplicaban en el Burghölzli. En enero de 1907 vino a Viena por primera vez un miembro de la clínica de Zurich, el doctor Eitingon,[4] y pronto siguieron otras visitas que dieron lugar a un vivo intercambio de ideas; por último, a invitación de

[3] [Eugen Bleuler (1857-1939), el renombrado psiquiatra, por entonces director del Burghölzli, el hospital público para enfermos mentales de Zurich.]

[4] [*Nota agregada* en 1924:] Quien posteriormente fundó la «Policlínica Psicoanalítica» de Berlín. [Véanse dos breves notas sobre esto: Freud (1923*g* y 1930*b*).]

C. G. Jung, por entonces todavía médico adjunto en el Burghölzli, se realizó un encuentro en Salzburgo a comienzos de 1908, donde se reunieron amigos del psicoanálisis de Viena, de Zurich y de otros lugares. Uno de los frutos de ese primer congreso psicoanalítico fue la fundación de una revista que empezó a publicarse en 1909 con el título de *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen* [cf. *infra*, pág. 45], dirigida por Bleuler y Freud, y con Jung como jefe de redacción. Una estrecha comunidad de trabajo entre Viena y Zurich halló expresión en esta revista.

Repetidas veces he reconocido ya, con gratitud, los grandes méritos acreditados por la escuela psiquiátrica de Zurich en la difusión del psicoanálisis, y en particular los de Bleuler y Jung; no titubeo en volver a hacerlo hoy, bajo condiciones tan diversas. Es cierto que la adhesión de la escuela de Zurich no fue lo primero que en ese tiempo atrajo la atención del mundo científico sobre el psicoanálisis. El período de latencia había concluido, y en todas partes el psicoanálisis pasó a ser asunto de creciente interés. Pero en otros lugares este aumento del interés no tuvo al comienzo más resultado que una repulsa, teñida por la pasión casi siempre; en cambio, en Zurich el acuerdo básico dio el tono dominante de esa relación. Además, en ningún otro sitio se conjugaron una falange tan compacta de seguidores, una clínica pública que pudo ser puesta al servicio de la investigación psicoanalítica y un maestro clínico que recogió la doctrina psicoanalítica como parte integrante de la enseñanza de la psiquiatría. Por eso los de Zurich se convirtieron en el núcleo de la pequeña tropa que pugnaba por conquistar el reconocimiento para el análisis. Sólo con ellos había oportunidad de aprender el nuevo arte y de realizar trabajos dentro de él. La mayoría de mis actuales partidarios y colaboradores vinieron a mí pasando por Zurich, aun aquellos que geográficamente estaban más próximos a Viena que a Suiza. Viena tiene una posición excéntrica respecto de la Europa occidental, que alberga los grandes centros de nuestra cultura; desde hace muchos años, gravosos prejuicios empañan su fama. En Suiza, tan movediza en el plano intelectual, se daban cita exponentes de las naciones de mayor envergadura; un foco infeccioso en ese lugar no podía menos que alcanzar particular importancia para la propagación de esa epidemia psíquica, como la llamó Hoche,[5] de Friburgo.

5 [Alfred Hoche (nacido en 1865), profesor de psiquiatría en Friburgo, lanzó contra el psicoanálisis ataques particularmente vehementes e insultantes. Leyó un artículo sobre él en un congreso mé-

Según el testimonio de un colega que asistió a la evolución cumplida en el Burghölzli, puedo afirmar que el psicoanálisis suscitó allí interés desde muy temprano. En el escrito publicado por Jung en 1902 acerca de los fenómenos ocultos ya se encuentra una primera referencia a *La interpretación de los sueños*. A partir de 1903 o de 1904, me informa mi colega, el psicoanálisis ocupó el primer plano. Después que se anudaron relaciones personales entre Viena y Zurich, se creó también en el Burghölzli, a mediados de 1907, una asociación informal que en encuentros regulares discutía los problemas del psicoanálisis. En la unión que se estableció entre las escuelas de Viena y de Zurich en modo alguno fueron los suizos la parte meramente receptiva. Habían producido ya respetables trabajos científicos cuyos resultados redundaron en beneficio del psicoanálisis. El experimento de la asociación, iniciado por la escuela de Wundt, había sido interpretado por ellos en el sentido del psicoanálisis, permitiéndoles insospechadas aplicaciones. Ello hizo posible efectuar rápidas corroboraciones experimentales de testimonios psicoanalíticos y presentar demostrativamente ante los estudiantes ciertas constelaciones que el analista sólo habría podido relatar. Así quedaba echado el primer puente que llevaba de la psicología experimental al psicoanálisis.

Dentro del tratamiento psicoanalítico, el experimento de la asociación posibilita un análisis cualitativo provisional del caso, pero no presta una contribución esencial a la técnica y en verdad es prescindible en la ejecución de análisis. Más importante aún fue otro logro de la escuela de Zurich o de sus dos jefes, Bleuler y Jung. El primero demostró que en toda una serie de casos puramente psiquiátricos la explicación vendría señalada por procesos semejantes a los que con el auxilio del psicoanálisis se habían individualizado en el sueño y en las neurosis («mecanismos freudianos»). Jung [1907] aplicó con éxito el procedimiento analítico de interpretación a los fenómenos más sorprendentes y oscuros de la *dementia praecox* [esquizofrenia], cuya génesis en la biografía y en los intereses de vida de los enfermos pudo así sacarse a la luz. Desde entonces fue imposible que los psiquiatras siguieran ignorando al psicoanálisis. La gran obra de Bleuler sobre las esquizofrenias (1911), en que el modo de consideración psicoanalítico se ponía en un pie de igualdad con el clínico-sistemático, perfeccionó ese resultado.

No quiero dejar de apuntar una diferencia que ya en esa

dico celebrado en Baden-Baden, con el título «Una epidemia psíquica entre los médicos» (Hoche, 1910).]

época era visible en la orientación de trabajo de ambas escuelas. En 1897[6] yo había publicado el análisis de un caso de esquizofrenia; pero este era de índole paranoide, por lo cual su resolución no pudo anticipar los rasgos de los análisis de Jung. Sin embargo, para mí lo importante no había sido la posibilidad de interpretar los síntomas sino el mecanismo psíquico de la contracción de la enfermedad, sobre todo la concordancia de este mecanismo con el de la histeria, ya individualizado. Todavía no se había echado luz sobre las diferencias entre ambos. Ya en esa época, en efecto, yo tenía por norte una teoría de las neurosis basada en la libido, que se proponía explicar todas las manifestaciones, así neuróticas como psicóticas, partiendo de destinos anormales de la libido, vale decir, desviaciones de su aplicación normal. Este punto de vista faltó a los investigadores suizos. Que yo sepa, Bleuler sostiene todavía hoy una causación orgánica de las formas de *dementia praecox*, y Jung, cuyo libro sobre esta enfermedad había aparecido en 1907, sostuvo en 1908, en el Congreso de Salzburgo, la teoría tóxica acerca de ella, que pasa por alto la teoría de la libido, por cierto que sin excluirla. En el mismo punto naufragó él después (1912), siendo que en este caso aprovechaba en demasía la tela de que antes no quiso servirse.

Una tercera contribución de la escuela suiza, que quizá debe acreditarse íntegramente a Jung, no puedo yo tasarla en tanto como hicieron muchas personas ajenas a la materia. Aludo a la doctrina de los *complejos*, surgida de los *Diagnostischen Assoziationsstudien* [Estudios diagnósticos de la asociación] (1906-09). No dio por resultado una teoría psicológica ni pudo articularse de una manera natural con la trabazón de las doctrinas psicoanalíticas. En cambio, la palabra «complejo», término cómodo y muchas veces indispensable para la síntesis descriptiva de hechos psicológicos, ha adquirido carta de ciudadanía en el psicoanálisis.[7] Ningún otro de los nombres y designaciones que el psicoanálisis debió inventar para sus necesidades ha alcanzado una popularidad tan grande ni ha sido objeto de un empleo tan abusivo en perjuicio de formaciones conceptuales más precisas. En el lenguaje

[6] [Esta fecha errónea aparece en todas las ediciones alemanas. El caso fue publicado en mayo de 1896. Ocupa la sección III de «Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa» (1896*b*), *AE*, **3**, págs. 175 y sigs.]

[7] [Aparentemente, Freud tomó prestado el término de Jung por primera vez en «El psicoanálisis y la instrucción forense» (1906*c*). Sin embargo, él mismo lo había utilizado mucho antes, en un sentido al parecer muy similar, en una nota agregada al caso de Emmy von N., de *Estudios sobre la histeria* (1895*d*), *AE*, **2**, pág. 89*n*.]

cotidiano de los psicoanalistas empezó a hablarse de «retorno del complejo» cuando se aludía al «retorno de lo reprimido», o se contrajo el hábito de decir «Tengo un complejo contra él» donde lo único correcto habría sido «una resistencia».

Después de 1907, en los años que siguieron a la fusión de la escuelas de Viena y de Zurich, el psicoanálisis tomó ese vuelo extraordinario bajo cuyo signo todavía hoy se encuentra, y que es atestiguado con igual certeza por la difusión de los escritos que le son tributarios y el aumento del número de médicos que quieren ejercerlo o aprenderlo, y por la proliferación de los ataques de que es objeto en congresos y en sociedades de especialistas. Emigró a los países más remotos, y, en todos lados, no sobresaltó solamente a los psiquiatras sino que se hizo escuchar también por los legos cultos y los trabajadores de otros ámbitos de la ciencia. Havelock Ellis, que había seguido con simpatía su desarrollo —aunque nunca se declaró su partidario— escribió en 1911, en un informe al Congreso Médico de Australasia: «*Freud's psychoanalysis is now championed and carried out not only in Austria and in Switzerland, but in the United States, in England, in India, in Canada, and, I doubt not, in Australasia*».* [8] Un médico de Chile (probablemente un alemán) se pronunció en el congreso internacional que sesionó en Buenos Aires, en 1910, en favor de la sexualidad infantil, y encomió los éxitos de la terapia psicoanalítica en el caso de los síntomas obsesivos;[9] un neurólogo inglés establecido en la India central (Berkeley-Hill)[10] me comunicó, a través de un distinguido colega que viajaba por Europa, que los hindúes mahometanos a quienes aplicó el análisis no mostraban en sus neurosis una etiología diversa de nuestros pacientes europeos.

La introducción del psicoanálisis en Estados Unidos se cumplió bajo auspicios particularmente honrosos. En el otoño de 1909, Stanley Hall, presidente de la Clark University, de Worcester ({cerca de} Boston), nos cursó una invitación a Jung y a mí para que participásemos en los festejos de los veinte años de fundación del instituto mediante conferen-

* {«El psicoanálisis de Freud es defendido y practicado en la actualidad no sólo en Austria y Suiza, sino en Estados Unidos, en Inglaterra, en la India, en Canadá, y, no lo dudo, en Australasia».}

8 Havelock Ellis, 1911*b*. [Freud mismo presentó un artículo en ese congreso, realizado en Sydney (1913*m*).]

9 G. Greve, 1910. [Freud escribió una reseña de este trabajo (1911*g*).]

10 [Su nombre se agregó en 1924.]

cias que pronunciaríamos en idioma alemán. Para nuestra gran sorpresa, nos encontramos con que los desprejuiciados hombres de esa Universidad, pequeña pero prestigiosa en las ramas de la pedagogía y la filosofía, conocían todos los trabajos psicoanalíticos y los habían examinado en las lecciones que daban a sus alumnos. En Estados Unidos, país tan mojigato, era posible, al menos en círculos académicos, debatir con libertad y hacer objeto de tratamiento científico todo cuanto afuera, en la vida ordinaria, se juzgaba escandaloso. Las cinco conferencias que improvisé en Worcester aparecieron después en traducción al inglés en la *American Journal of Psychology* y al poco tiempo en alemán bajo el título *Über Psychoanalyse* [1910*a*]; Jung leyó trabajos sobre los estudios diagnósticos de la asociación y sobre «conflictos del alma infantil».[11] Fuimos premiados con el título honorífico de LL. D. {*Legum Doctor*} (doctores en ambos derechos). Durante esa semana de festejos en Worcester, el psicoanálisis estuvo representado por cinco personas; además de Jung y de mí estaban presentes Ferenczi, que se me había sumado como compañero de viaje, Ernest Jones, por ese tiempo residente en la Universidad de Toronto (Canadá), ahora en Londres, y A. A. Brill, que ya practicaba el análisis en Nueva York.

La relación personal más importante que se sumó en Worcester fue la de James J. Putnam, titular de la cátedra de neuropatología en la Harvard University, quien durante años había emitido un juicio desfavorable sobre el psicoanálisis, pero en ese momento rápidamente se bienquistó con él y en numerosas conferencias, tan sustanciosas como bellas por su forma, lo recomendó a sus compatriotas y colegas. El respeto de que él gozaba en Estados Unidos a causa de sus altas prendas morales y de su intransigente amor a la verdad redundó en beneficio del psicoanálisis y lo puso a cubierto de las denuncias que con probabilidad lo habrían acosado en su momento. Putnam ha cedido luego en demasía a la inclinación ética y filosófica de su naturaleza, y dirigió al psicoanálisis una exigencia a mi juicio incumplible para este, a saber, que debería estar al servicio de una cosmovisión ético-filosófica determinada; no obstante, ha seguido siendo el principal sostén del movimiento psicoanalítico en su patria.[12]

En cuanto a la difusión de este movimiento, Brill y Jones

11 [Jung, 1910*a* y 1910*b*.]

12 [*Nota agregada* en 1924:] Véase Putnam, *Addresses on Psycho-Analysis*, 1921. [Freud contribuyó con un prefacio (1921*a*).] — Putnam murió en 1918. [Véase la nota necrológica de Freud (1919*b*).]

cosecharon después los mayores méritos, poniendo una y otra vez ante los ojos de sus compatriotas, con abnegada constancia, los hechos básicos y fácilmente observables de la vida cotidiana, del sueño y de la neurosis. Brill contribuyó a reforzar este efecto por medio de su actividad médica y la traducción de mis escritos, y Jones, mediante instructivas conferencias y certeros debates en congresos realizados en Estados Unidos.[13]

La falta de una arraigada tradición científica y el poco vigor de la autoridad oficial fueron en Estados Unidos ventajas decisivas para el estímulo dado por Stanley Hall. Desde el comienzo, lo característico en ese país fue que profesores y directores de institutos de salud mental mostraron interés por el análisis en igual medida que los profesionales independientes. Pero justamente por eso, es claro que la lucha por el análisis se decidirá en el terreno donde se presentó la mayor resistencia, vale decir, en los viejos centros de cultura.

Entre los países europeos, Francia ha resultado hasta ahora el menos receptivo al psicoanálisis, aunque el lector francés tiene a su disposición, en meritorios trabajos de A. Maeder, de Zurich, un fácil acceso a sus doctrinas. Los primeros conatos de participación provinieron de las provincias francesas. Morichau-Beauchant (Poitiers) fue el primer francés que adhirió públicamente al psicoanálisis. Hace poco [1914], Régis[14] y Hesnard (Burdeos) han procurado por vez primera disipar los prejuicios de sus compatriotas contra la nueva doctrina; lo hicieron en una exposición detallada aunque no siempre comprensiva, donde objetan en particular el simbolismo.[15] En el propio París parece reinar todavía la convicción, expresada con tanta facundia por Janet en el Congreso de Londres de 1913,[16] según la cual todo cuanto hay de bueno en el psicoanálisis no hace sino repetir con mínimos retoques los puntos de vista de Janet, y lo demás es calamitoso. No obstante, en ese mismo congreso, Janet tuvo que ceder ante una serie de correcciones que le hizo Ernest Jones, quien pudo demostrarle su escaso conocimiento del asunto.[17] Empero, no por rechazar sus preten-

[13] Las publicaciones de ambos autores han aparecido en compilaciones: Brill, 1912, y Ernest Jones, 1913*a*.

[14] [E. Régis (1855-1918) fue profesor de psiquiatría en Burdeos desde 1905.]

[15] [Antes de 1924 decía aquí: «una exposición detallada e inteligente, donde sólo se objeta el simbolismo».]

[16] [El Congreso Internacional de Medicina.]

[17] [Cf. Janet, 1913, y Jones, 1915; véase también la nota al

siones olvidamos los méritos que Janet tiene ganados en la psicología de las neurosis.

En Italia, después de algunos comienzos promisorios, no hubo una ulterior participación. En Holanda el análisis se abrió paso temprano merced a relaciones personales; Van Emden, Van Ophuijsen, Van Renterghem (*Freud en zijn School* [1913]) y los dos Stärcke actúan en ese país con éxito en la teoría y en la práctica.[18] El interés de los círculos científicos de Inglaterra por el análisis se ha desarrollado con mucha lentitud, pero todo indica que precisamente allí, gracias al sentido de lo fáctico que tienen los ingleses y a su apasionado amor a la equidad, le aguarda muy pronto un brillante florecimiento.

En Suecia, P. Bjerre, el sucesor de Wetterstrand en la actividad médica, abandonó, al menos provisionalmente, la sugestión hipnótica en favor del tratamiento analítico. R. Vogt (Cristianía {Oslo}) expuso una apreciación del psicoanálisis ya en 1907, en su *Psykiatriens grundtraek*, de suerte que el primer manual de psiquiatría que se dio por enterado de su existencia ha sido uno escrito en noruego. En Rusia, el psicoanálisis se ha conocido y difundido universalmente; casi todos mis escritos, así como los de otros partidarios del análisis, se han traducido al ruso. No obstante, no se ha producido todavía allí una comprensión más profunda de las doctrinas analíticas. Las contribuciones de médicos rusos no pueden llamarse hoy dignas de consideración. Sólo Odesa posee, en la persona de M. Wulff, un analista de escuela. La introducción del psicoanálisis en la ciencia y la bibliografía polacas ha sido principalmente mérito de L. Jekels. Hungría, tan próxima a Austria en lo geográfico y tan distanciada de ella en lo científico, hasta ahora no ha brindado al psicoanálisis sino un solo colaborador, S. Ferenczi; pero tal, que vale por toda una asociación.[19]

pie que agregué en *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895), *AE*, **2**, pág. 7, *n*. 4.]

[18] El primer reconocimiento *oficial* que la interpretación del sueño y el psicoanálisis obtuvieron en Europa fue el que les extendiera el psiquiatra Jelgersma, rector de la Universidad de Leiden, en su discurso del 9 de febrero de 1914.

[19] [*Nota agregada* en 1924:] No es mi propósito poner *up to date* {«poner al día», «actualizar»} esta descripción esbozada en 1914. Sólo agregaré algunas observaciones para indicar el modo en que se ha modificado el cuadro en el intervalo, que incluye la Guerra Mundial. En Alemania se produce una infiltración lenta, no siempre admitida, de las doctrinas analíticas en la psiquiatría; las traducciones de mis escritos al francés aparecidas en los últimos años han terminado por despertar también en Francia un fuerte interés por el psicoanálisis; ese interés es por ahora más activo en los círculos lite-

En cuanto a la situación del psicoanálisis en Alemania, no puede describírsela sino con estas comprobaciones: está en el centro del debate científico y tanto en médicos cuanto en legos provoca manifestaciones de la más terminante repulsa, que, empero, hasta ahora no han tocado a su fin, sino que de continuo vuelven a encenderse y en ocasiones se agudizan. Ningún instituto oficial de enseñanza ha admitido hasta hoy al psicoanálisis, y es escaso el número de profesionales que lo practican con éxito; sólo unos pocos institutos de salud, como el de Binswanger, en Kreuzlingen (en territorio de Suiza), y el de Marcinowski, en Holstein, le han abierto las puertas. En el suelo crítico de Berlín se afirma uno de los más destacados exponentes del análisis, Karl Abraham, antes asistente de Bleuler. Podría sorprender que este estado de cosas se haya conservado sin cambios desde hace ya varios años si uno no supiera que la anterior pintura no refleja sino la apariencia externa. No es lícito sobrestimar en su importancia la repulsa de los representantes oficiales de la ciencia y de los directores de institutos de salud, así como de los acólitos que son sus dependientes. Es comprensible que los opositores eleven su voz cuando los partidarios callan amedrentados. Muchos de estos últimos, cuyas primeras contribuciones al análisis no pudieron menos que despertar buenas esperanzas, se apartaron del movimiento después, bajo la presión del medio. Pero el movimiento mismo progresa en silencio de modo incesante, sigue conquistando partidarios tanto entre los psiquiatras como entre los legos, atrae un número creciente de lectores para la bibliografía psicoanalítica; y justamente por eso fuerza en sus oponentes unos ensayos de defensa cada vez más acerbos.

rarios que en los científicos. En Italia, M. Levi Bianchini (Nocera Superiore) y Edoardo Weiss (Trieste) han salido a la palestra como traductores y campeones del psicoanálisis (Biblioteca Psicoanalítica Italiana). Una versión completa de mis obras que se está publicando en Madrid (traducida por López-Ballesteros) da satisfacción al vivo interés demostrado por los países de habla hispana (profesor H. Delgado, en Lima). En cuanto a Inglaterra, la profecía del texto parece cumplirse sin pausa; un centro para el estudio del psicoanálisis se ha creado en Calcuta, India Británica. En Estados Unidos, la profundización del estudio del psicoanálisis no corre todavía pareja con su popularidad. En Rusia, el trabajo psicoanalítico ha recomenzado en varios centros después de la Revolución. En lengua polaca aparece ahora la *Polska Bibljoteka Psychoanalityczna*. En Hungría ha florecido una brillante escuela psicoanalítica bajo la dirección de Ferenczi. (Cf. *Festschrift zum 50. Geburtstag von Dr. S. Ferenczi.*) [Este número especial de la *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, dedicado a Sándor Ferenczi al cumplir este 50 años, incluyó una colaboración de Freud (1923*i*).] Los países escandinavos siguen siendo todavía los más renuentes.

¡Tal vez una docena de veces, en el curso de estos últimos años, he leído en informes sobre las deliberaciones de ciertos congresos u organizaciones científicas, o en reseñas de ciertas publicaciones, que el psicoanálisis ya está muerto, definitivamente vencido y finiquitado! El texto de la respuesta habría debido glosar el telegrama que dirigió Mark Twain a aquel periódico que anunció falsamente su muerte: *Noticia de mi deceso muy exagerada.* Tras cada uno de esos pronunciamientos de muerte, el psicoanálisis ganó nuevos partidarios y colaboradores o se procuró nuevos órganos. ¡Y sin duda el pronunciamiento de muerte era un progreso, comparado con la muerte por el silencio!

Contemporánea a esa expansión espacial del psicoanálisis que acabamos de describir fue la ampliación de su contenido: su extensión a otros ámbitos del saber desde la doctrina de las neurosis y la psiquiatría. No trataré a fondo este aspecto del desarrollo histórico de nuestra disciplina; existe un excelente trabajo de Rank y Sachs [1913] (en las *Grenzfragen* de Löwenfeld) que precisamente expone con detalle estos logros del trabajo analítico. Por lo demás, todo eso está en sus comienzos, poco elaborado, casi siempre son sólo esbozos y en ocasiones no más que unos proyectos. Nadie, razonablemente, hallará en eso motivo alguno de reproche. Enorme es el cúmulo de tareas que aguardan a un pequeño número de trabajadores, que en su mayoría tienen en otra parte su ocupación principal y se ven precisados a abordar los problemas específicos de una ciencia ajena con una preparación de aficionados. Esos trabajadores que provienen del psicoanálisis no tratan de ocultar su carácter de aficionados; sólo pretenden ser las avanzadas y los escuderos de los especialistas, y tenerles servidas las técnicas y las premisas analíticas para el momento en que ellos mismos pongan manos a la obra. Y si las aclaraciones ya conseguidas no son desdeñables, este resultado ha de agradecerse, por una parte, a la fecundidad de la metodología analítica y, por la otra, a la circunstancia de que existen algunos investigadores que, sin ser médicos, han abrazado como tarea de su vida la aplicación del psicoanálisis a las ciencias del espíritu.

La mayoría de estas aplicaciones se remontan, bien se comprende, a una incitación de mis primeros trabajos analíticos. La investigación analítica de los neuróticos y de los síntomas neuróticos de personas normales obligaron a suponer la existencia de ciertas constelaciones psicológicas, y era de todo punto imposible que sólo tuviesen vigencia en

el ámbito donde se había tomado conocimiento de ellas. Así, el análisis no sólo nos regaló el esclarecimiento de hechos patológicos, sino que mostró también su trabazón con la vida anímica normal y reveló insospechadas relaciones entre la psiquiatría y otras ciencias, las más diversas, que tenían por contenido una actividad del alma. A partir de ciertos sueños típicos se obtuvo, por ejemplo, la comprensión de muchos mitos y cuentos tradicionales. Riklin [1908] y Abraham [1909] siguieron estas pistas, inaugurando las investigaciones acerca de los mitos, que alcanzaron su consumación, satisfaciendo todos los requisitos de la ciencia especializada, en los trabajos de Rank sobre la mitología [p. ej., 1909, 1911*c*]. La persecución del simbolismo onírico nos situó en medio de los problemas de la mitología, del folklore (Jones [p. ej., 1910*c*, 1912*d*], Storfer [1914]) y de las abstracciones religiosas. En uno de los congresos psicoanalíticos causó profunda impresión en todos los asistentes un discípulo de Jung, quien demostró la concordancia entre las formaciones de la fantasía de los esquizofrénicos y las cosmogonías de épocas y de pueblos primitivos.[20] Una elaboración ya no inobjetable, pero muy interesante, del material de las mitologías ofrecieron después los trabajos de Jung, que se proponen correlacionar las neurosis y las fantasías religiosas y mitológicas.

Otra vía llevó desde la investigación de los sueños hasta el análisis de las creaciones literarias y, al final, de los literatos y artistas como tales. En un primer paso se averiguó que los sueños inventados por literatos a menudo se comportaban frente al análisis igual que los genuinos (*Gradiva* [1907*a*]). La concepción de la actividad inconciente del alma permitió hacerse una primera idea sobre la naturaleza del trabajo de creación literaria; y la apreciación de las mociones pulsionales, a que había obligado la doctrina de las neurosis, hizo que se reconocieran las fuentes de la creación artística y planteó los problemas de las reacciones del artista frente a esas incitaciones y de los medios con que las disfraza.[21] La mayoría de los analistas con intereses universales han brindado contribuciones al tratamiento de estos problemas, las más atrayentes entre las aplicaciones del psi-

[20] [Jan Nelken, en el Congreso de Weimar, 1911. Se hallará una versión ampliada del artículo en Nelken, 1912.]

[21] Cf. Rank, *Der Künstler* [1907], los análisis de creaciones literarias efectuados por Sadger [1909*b*], Reik [1912] y otros, y mi opúsculo acerca de un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci [1910*c*], así como el análisis de Segantini hecho por Abraham [1911*b*].

coanálisis. Desde luego, tampoco falta aquí el desacuerdo de quienes no están familiarizados con el análisis; se exteriorizó en los mismos malentendidos y apasionadas repulsas que en el suelo materno del psicoanálisis. Era previsible: dondequiera que el psicoanálisis pugnase por entrar tendría que sostener idéntica lucha con los anteriores ocupantes. Sólo que esos ensayos de invasión no han provocado todavía el estado de alerta en todos los campos donde son inminentes. Entre las aplicaciones del análisis a las ciencias literarias en sentido estricto, la obra fundamental de Rank acerca del motivo del incesto [1912*c*] es, seguramente, aquella cuyo contenido despertará el máximo desagrado. Los trabajos de ciencias del lenguaje e históricos basados en el psicoanálisis son todavía escasos. Yo mismo, en 1907,[22] me atreví a hacer los primeros tanteos en los problemas de psicología de la religión, comparando el ceremonial religioso con el neurótico [1907*b*]. El pastor doctor Pfister, de Zurich, en su trabajo sobre la piedad del conde de Zinzendorf [1910] (así como en otras contribuciones), ha realizado la reconducción del misticismo religioso a un erotismo perverso; en los últimos trabajos de la escuela de Zurich aflora más una impregnación del análisis con representaciones religiosas que no lo contrario, como era la intención.

En mis cuatro ensayos sobre *Tótem y tabú* [1912-13] intenté tratar por medio del análisis ciertos problemas de la psicología de los pueblos que llevan directamente a los orígenes de nuestras más importantes instituciones de cultura, de los regímenes estatales, de la moral, de la religión, pero también del tabú del incesto y de la conciencia moral. ¿Hasta dónde los nexos que así se consiguieron resistirán a la crítica? He ahí algo que todavía hoy no puede saberse.

Mi libro sobre el chiste [1905*c*] brindó un primer ejemplo de la aplicación del pensamiento analítico a temas estéticos. Todo lo demás aguarda todavía a los trabajadores que en este ámbito, precisamente, tienen esperanza cierta de una rica cosecha. Aquí se echan de menos por doquier las fuerzas de trabajo provenientes de las ciencias especializadas; para atraerlas, Hanns Sachs fundó en 1912 la revista *Imago*, con él y Rank como jefes de redacción. En cuanto a la iluminación psicoanalítica de sistemas filosóficos y de personalidades, Hitschmann y Von Winterstein le dieron un comienzo cuya prosecución y profundización se hacen desear.

Las comprobaciones, de revolucionario efecto, que ha hecho el psicoanálisis acerca de la vida anímica del niño, el

[22] [En todas las ediciones alemanas reza, erróneamente, 1910.]

papel que en esta desempeñan las mociones sexuales (Von Hug-Hellmuth [1913*b*]) y los destinos de aquellas porciones de la sexualidad que se vuelven inutilizables para la función de la reproducción obligaron desde muy temprano a dirigir la atención a la pedagogía e incitaron a que se intentase empujar al primer plano en este campo unos puntos de vista analíticos. Mérito del pastor Pfister es haber abordado con encomiable entusiasmo esta aplicación del análisis sugiriéndola a pastores de almas y educadores (cf. *Die psychoanalytische Methode*, 1913*b*).[23] Ha logrado que toda una serie de pedagogos suizos compartieran su interés. Al parecer, otros de sus colegas tienden a adherir a sus convicciones, pero han preferido mantenerse precavidamente en un segundo plano. Una fracción de los analistas de Viena, en su retirada del psicoanálisis, parecen haber aterrizado en una suerte de pedagogía médica.[24]

Con estas menciones incompletas he intentado señalar la plétora —todavía inabarcable— de relaciones que se han ido estableciendo entre el psicoanálisis médico y otros ámbitos de la ciencia. Hay ahí material para el trabajo de una generación de investigadores, y no dudo de que se lo realizará apenas se venzan las resistencias que se levantan contra el análisis en su suelo materno.[25]

Juzgo infecundo escribir ahora la historia de esas resistencias; no ha llegado el momento. No es muy gloriosa para los hombres de ciencia de nuestros días. Pero quiero agregar enseguida que jamás se me pasó por la cabeza motejar despectivamente y a bulto a los oponentes del psicoanálisis por el mero hecho de serlo, a excepción de unos pocos individuos indignos, aventureros y pescadores de río revuelto, de los que en tiempos de combate suelen infiltrarse en los dos bandos en pugna. Es que yo sabía explicarme la conducta de esos oponentes, y la experiencia me había enseñado que el psicoanálisis saca a la luz lo peor de cada hombre. Pero tomé el partido de no responder y, hasta donde alcanzaba mi influencia, de hacer que también otros se abstuvieran de la polémica. En las particulares condiciones en que se libraba la lucha por el psicoanálisis, me parecía muy dudosa la utilidad de una discusión pública o en la literatura especializada; ya conocía los métodos que llevan a obtener la mayoría en congresos o reuniones, y siempre fue escasa

23 [Freud escribió un prólogo para este libro (1913*b*).]
24 Adler y Furtmüller, *Heilen und Bilden*, 1914.
25 Véanse mis dos artículos en *Scientia* (1913*j*).

mi confianza en la equidad y en la buena disposición de los señores oponentes. La observación enseña que en la polémica científica los hombres que pueden mantener la cortesía, para no hablar de la objetividad, son los menos; y la impresión de una reyerta científica siempre me resultó horrorosa. Quizás esta conducta mía dio lugar a un malentendido y se me tuvo por tan manso o tan flaco de ánimo que no hacía falta tener cuidado alguno conmigo. Nada más falso; yo puedo denostar y enfurecerme tan bien como cualquier otro, pero no me las ingenio para hacer redactables las exteriorizaciones de los afectos que se agitan en el fondo y por eso prefiero la abstención total.

Tal vez habría sido mejor, en muchos sentidos, que yo hubiese dado libre curso a mis pasiones y a las de quienes me rodeaban. Todos hemos sabido del interesante ensayo de explicar el nacimiento del psicoanálisis por el ambiente de Viena; Janet no se avergonzó de valerse de él todavía en 1913, y eso que tiene a orgullo ser parisino, y París difícilmente puede pretenderse una ciudad de costumbres más severas que Viena.[26] Ese *aperçu* sostiene que el psicoanálisis y, más precisamente, la aseveración de que las neurosis se reconducen a perturbaciones de la vida sexual, sólo podía originarse en una ciudad como Viena, en una atmósfera de sensualismo e inmoralidad que sería ajena a otras ciudades; simplemente sería el reflejo, la proyección teórica, por así decir, de estas condiciones particulares de Viena. Ahora bien, yo no soy por cierto un patriota localista, pero esta teoría me pareció siempre completamente disparatada, y tanto que muchas veces me incliné a suponer que ese reproche de «vienesismo» {*Wienertum*} no era sino un sucedáneo eufemístico de otro que no se quería exponer en público.[27] Si las premisas fueran las opuestas, la cosa sería de considerar. Si existiera una ciudad cuyos habitantes estuviesen expuestos a restricciones particulares en cuanto a la satisfacción sexual y al mismo tiempo mostrasen una particular propensión a contraer graves afecciones neuróticas, esa ciudad sería sin duda el terreno en que a un observador podría ocurrírsele enlazar esos dos hechos y derivar uno del otro. Pero ninguna de esas premisas es válida para Viena. Los vieneses no son más abstinentes ni más neuróticos que los habitantes de otras grandes ciudades. Las relaciones entre los sexos son un poco menos timoratas, la mojigatería es menor que en las ciudades del Oeste y del Norte, tan pagadas de su pudibun-

26 [La última cláusula de esta oración fue agregada en 1924.]
27 [Presumiblemente, el origen judío de Freud {*Juderstum*}.]

dez. Estas peculiaridades de Viena más bien tenían que llamar a engaño al supuesto observador, que no esclarecerlo acerca de la causación de las neurosis.

Ahora bien, la ciudad de Viena ha hecho todo lo posible para desmentir su participación en el nacimiento del psicoanálisis. En ningún otro lugar como allí sintió el analista tan nítidamente la indiferencia hostil de los círculos científicos e ilustrados.

Quizá yo tenga parte de culpa, por mi política de evitar la publicidad en vastos círculos. Si hubiera dado ocasión o prestado mi aquiescencia para que el psicoanálisis ocupase a las sociedades médicas de Viena en tormentosas sesiones, donde se habrían descargado todas las pasiones y proferido en voz alta todos los reproches e invectivas que los participantes tenían en la lengua o guardaban en su corazón, quizás hoy estaría levantado el ostracismo que pesa sobre el psicoanálisis y este no sería ya un extranjero en la ciudad que fue su patria. Pero entonces puede estar en lo cierto el poeta que hizo decir a su Wallenstein:

«Y los vieneses no me perdonan
que les birlara un espectáculo».[28]

La tarea, para la que yo no era apto, de ponerles por delante *suaviter in modo* a los oponentes del psicoanálisis su sinrazón y sus arbitrariedades fue emprendida después por Bleuler, en 1910, en su escrito «Die Psychoanalyse Freuds, Verteidigung und kritische Bemerkungen»; y la realizó de la manera más digna de elogio. Que yo ponderase este trabajo, crítico a dos puntas, sería tan natural que quiero apresurarme a decir lo que le he objetado. Me parece que es todavía parcial, demasiado complaciente con los errores de los opositores y demasiado severo con los de los partidarios. Quizás este carácter suyo explique también que el juicio de un psiquiatra de tan alto prestigio, de competencia y autonomía tan indiscutibles, no haya ejercido una influencia mayor sobre sus colegas. El autor de *Affektivität* (1906*b*) no tiene derecho a asombrarse si el efecto de un trabajo no resulta determinado por su valor argumental, sino por su tono afectivo. En cuanto a otra parte de este efecto —la que ejerció sobre los seguidores del psicoanálisis—, el propio Bleuler la destruyó luego cuando en su «Kritik der Freudschen Theorien» (1913*b*) sacó a la luz el reverso de su actitud frente al psicoanálisis. Ahí desmantela tanto el edificio

[28] [Schiller, *Die Piccolomini*, acto II, escena 7.]

de la doctrina psicoanalítica que los oponentes bien pudieron darse por satisfechos con el auxilio de este campeón del psicoanálisis. Ahora bien, estos juicios adversos de Bleuler no se guían por argumentos nuevos u observaciones mejores, sino que invocan únicamente el estado de su propio conocimiento, cuya insuficiencia el autor ya no confiesa como hiciera en trabajos anteriores. Aquí parece amenazar al psicoanálisis, entonces, una pérdida de la que le será difícil reponerse. No obstante, en su última manifestación («Die Kritiken der Schizophrenien», 1914), Bleuler, en vista de los ataques que le atrajo la introducción del psicoanálisis en su libro sobre la esquizofrenia, saca fuerzas para lo que él mismo llama una «arrogancia»: «Pero ahora quiero incurrir en una arrogancia: Opino que hasta hoy las diversas psicologías harto poco han aportado para la explicación de los nexos de síntomas psicogenéticos y enfermedades, mientras que la psicología profunda ofrece algo en el rumbo de aquella psicología, aún por crearse, que el médico necesita para comprender a sus enfermos y para curarlos racionalmente; y hasta creo que en mi *Schizophrenien* he dado un pequeñísimo paso hacia esa comprensión. Las dos primeras aseveraciones son sin duda correctas, la última quizá sea un error».

Puesto que «psicología profunda» no mienta otra cosa que al psicoanálisis, podemos considerarnos provisionalmente satisfechos con esa confesión

# III

*«¡Abrevia!*
*En el Juicio Final eso no es más que un cuesco».*[1]
Goethe

Dos años después del primer congreso privado de los psicoanalistas, se reunió el segundo, esta vez en Nuremberg (marzo de 1910). En el lapso trascurrido entre ambos, y bajo la impresión de la acogida que tuvo el psicoanálisis en Estados Unidos, de la creciente hostilidad hacia él en los países de lengua alemana y del inesperado refuerzo que significó la adhesión del grupo de Zurich, forjé un proyecto que puse en marcha en ese segundo congreso con el apoyo de mi amigo Sándor Ferenczi. Pensaba organizar el movimiento psicoanalítico, trasladar su centro a Zurich y darle un jefe cuya misión sería velar por su futuro. Como esta fundación mía despertó mucho desacuerdo entre los partidarios del análisis, quiero exponer con detalle mis motivos. Espero que después de ello se me ha de justificar, aunque se concluya que en realidad no hice nada prudente.

Juzgaba yo que el vínculo del joven movimiento con Viena no era ninguna ventaja para él, sino un obstáculo. Un lugar como Zurich, en el corazón de Europa, donde un profesor universitario había abierto su instituto al psicoanálisis, me

1 [Estas líneas pertenecen a unos versos irónicos escritos por Goethe hacia el final de su vida (edición del archiduque Wilhelm Ernst, **15**, págs. 400-1). En ellos se describe a Satán enunciando una cantidad de cargos contra Napoleón, y las palabras citadas por Freud son la respuesta del Padre Eterno. Muchos años antes (el 4 de diciembre de 1896), Freud había citado las mismas palabras en una carta a Fliess, como un posible *lema* para un capítulo sobre la resistencia (Freud, 1950*a*, Carta 51). Dos explicaciones admisibles —no necesariamente excluyentes— del empleo de la cita en el presente contexto son las siguientes: Freud puede estar aplicándola a las críticas formuladas por los oponentes del psicoanálisis, o puede estar dirigiéndose irónicamente a sí mismo por perder su tiempo en semejantes trivialidades. — Cabe señalar, en beneficio del lector no familiarizado con el alemán, que «*Jüngsten Tag*» {«*Juicio Final*», aunque literalmente es «último día»} no se escribe habitualmente en el alemán moderno con «J» mayúscula.]

parecía mucho más promisorio. Suponía, además, que un segundo obstáculo era mi persona, en cuya apreciación, por obra de las banderías, se habían mezclado con exceso la simpatía y el odio; se me comparaba con un Colón,[2] un Darwin y un Kepler, o se me motejaba de paralítico general. Por eso yo quería retirarme a un segundo plano, y que lo mismo hiciera la ciudad de donde el psicoanálisis era oriundo. Además, ya no era joven, veía por delante un largo camino y sentía como algo abrumador que la obligación de ser jefe recayese sobre mí a una edad tan avanzada.[3] Pero opinaba que un mando tenía que haber. Sabía demasiado bien de los errores que acechaban a quienes se consagraban al análisis, y confiaba en que muchos de ellos podrían evitarse si se instauraba una autoridad dispuesta a aleccionar y a disuadir. Una autoridad de esa índole había recaído al principio sobre mí a causa de la ventaja incomparable que significaban casi quince años de experiencia. Por eso, estaba en mi mano trasferir esa autoridad a un hombre más joven, que tras mi desaparición estuviera destinado, como cosa natural, a ser mi sustituto. No podía ser otro que C. G. Jung, pues Bleuler tenía mi edad y en favor de aquel hablaban sus sobresalientes dotes, las contribuciones que ya había hecho al análisis, su posición independiente y la impresión de segura energía que emanaba de su personalidad. Además, parecía dispuesto a entablar relaciones amistosas conmigo y a abandonar en mi honor ciertos prejuicios raciales que hasta ese momento se había permitido. Por entonces yo no sospechaba que esa elección, a pesar de todas las ventajas que acabo de enumerar, era harto desgraciada, pues había recaído sobre una persona que, incapaz de soportar la autoridad de otro, era todavía menos apta para constituir ella misma una autoridad, y cuya energía se encaminaba íntegra a la desconsiderada consecución de sus propios intereses.

Yo juzgaba necesaria la forma de una asociación oficial porque temía el abuso de que sería objeto el psicoanálisis tan pronto como alcanzase popularidad. Entonces se requeriría de un centro capaz de emitir esta declaración: «El análisis nada tiene que ver con todo ese disparate, eso no es el psicoanálisis». En las sesiones de los grupos locales que compondrían la asociación internacional debía enseñarse el modo de cultivar el psicoanálisis, y ahí hallarían su formación médicos para cuya actividad podría prestarse una suerte de garantía. También me parecía deseable que los partidarios del

[2] [El nombre de Colón se agregó en 1924.]
[3] [En 1910 Freud tenía 54 años.]

psicoanálisis se encontrasen reunidos para un intercambio amistoso y para un apoyo recíproco, después que la ciencia oficial había pronunciado su solemne anatema contra él y había declarado un fulminante *boycott* contra los médicos e institutos que lo practicaban.

Todo eso, y nada más que eso, quería yo lograr mediante la fundación de la «Asociación Psicoanalítica Internacional». Era, probablemente, más de lo que podía obtenerse. Así como mis opositores comprobaron que no era posible detener al nuevo movimiento, a mí me aguardaba otra experiencia: no se dejaba conducir por los caminos que yo pretendía marcarle. Es verdad que se aprobó la moción presentada por Ferenczi en Nuremberg; Jung fue electo presidente, él designó a Riklin como su secretario, se acordó la publicación de un boletín para la comunicación entre el organismo central y los grupos locales. Como fin de la Asociación se estableció el siguiente: «Cultivar y promover la ciencia psicoanalítica fundada por Freud en su condición de psicología pura y en su aplicación a la medicina y a las ciencias del espíritu; alentar el apoyo recíproco entre sus miembros en todos los esfuerzos por adquirir y difundir conocimientos psicoanalíticos». Unicamente de parte de los vieneses encontró el proyecto viva oposición. Adler expresó con apasionada excitación el temor de que se intentaran «una censura y una restricción de la libertad científica». Los vieneses se avinieron al fin, tras imponer que la sede de la Asociación no se fijase en Zurich, sino en el lugar de residencia del respectivo presidente, que se elegiría por dos años.

En el mismo congreso se constituyeron tres grupos locales: el de Berlín, bajo la presidencia de Abraham, el de Zurich, que había dado su jefe para la dirección general de la Asociación, y el grupo de Viena, cuyo mando encomendé a Adler. Un cuarto grupo, el de Budapest, sólo pudo formarse más tarde. Bleuler no asistió al congreso, impedido por una enfermedad, y después expuso objeciones de principio a ingresar en la Asociación; es verdad que se dejó convencer por mí tras una entrevista personal, pero al poco tiempo se retiró por unas desinteligencias producidas en Zurich. Así quedó cancelada la unión entre el grupo local de Zurich y el instituto del Burghölzli.

Consecuencia del Congreso de Nuremberg fue también la fundación del *Zentralblatt für Psychoanalyse* {Periódico central de psicoanálisis}, para la cual se unieron Adler y Stekel. En su origen de evidente tendencia opositora, estaba destinado a recuperar para Viena la hegemonía amenazada por la elección de Jung. Pero cuando los dos fundadores de la

revista, presionados por la dificultad de hallar editor, me aseguraron sus propósitos pacíficos y como prenda de ello me otorgaron derecho de veto, yo acepté la dirección y participé con fervor en el nuevo órgano, cuyo primer número apareció en setiembre de 1910.

Prosigo ahora con la historia de los congresos psicoanalíticos. El tercer congreso se reunió en setiembre de 1911 en Weimar y superó incluso a sus predecesores por el espíritu que reinó en él y por su interés científico. J. J. Putnam, quien había asistido a esa asamblea, expresó después en Estados Unidos su agrado y su respeto por *the mental attitude* de los participantes, y citó unas palabras que yo hube de usar para ellos: «Han aprendido a soportar una parcela de la verdad» [Putnam, 1912*b*]. Y lo cierto es que quienes ya habían asistido a congresos científicos no pudieron menos que llevarse una impresión favorable de la Asociación Psicoanalítica. Al presidir los dos congresos anteriores, yo había dejado a cada expositor tiempo para su comunicación y reservado la discusión sobre ella al intercambio privado de ideas. Jung, quien, como presidente, tomó a su cargo la dirección en Weimar, abrió el debate después de cada exposición, lo cual por esta vez no resultó perturbador.

Un cuadro por entero diverso ofreció el cuarto congreso, realizado en Munich dos años después, en setiembre de 1913; está fresco todavía en el recuerdo de todos los participantes. Fue presidido por Jung de manera descomedida e incorrecta; se limitó el tiempo a los expositores, los debates predominaron sobre las comunicaciones. Un endiablado capricho del destino quiso que ese mal espíritu de Hoche [cf. pág. 26*n.*] fuera a buscar su morada en el mismo edificio en que los analistas celebraban sus sesiones. Hoche los había caracterizado como una secta fanática que obedecía ciegamente a un jefe. Allí habría podido convencerse de la falsedad de su juicio, que la conducta de los analistas demostraba por el absurdo. Las fatigosas y enojosas reuniones trajeron también la reelección de Jung como presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional, cargo que él aceptó aunque dos quintos de los presentes le retiraron su confianza. Los participantes se separaron sin deseos de volver a encontrarse.

Los efectivos de la Asociación Psicoanalítica Internacional eran los siguientes en la época de este congreso: Los grupos locales de Viena, Berlín y Zurich ya se habían constituido en el Congreso de Nuremberg de 1910. En mayo de 1911 se sumó un grupo de Munich, bajo la dirección del doctor L. Seif. Ese mismo año se formó el primer grupo local en Estados Unidos bajo el nombre de The New York Psychoana-

lytic Society, presidido por A. A. Brill. En el Congreso de Weimar se autorizó la fundación de un segundo grupo norteamericano que nació a la vida en el curso del año siguiente como American Psychoanalytic Association, reunió miembros de Canadá y de todo Estados Unidos y eligió a Putnam como presidente y a Ernest Jones como secretario. Poco antes de realizarse el Congreso de Munich de 1913, se activó el grupo local de Budapest bajo la presidencia de S. Ferenczi. Y enseguida de esto, Ernest Jones, trasladado a Londres, fundó el primer grupo inglés. Desde luego, el número de afiliados de los ocho grupos locales ahora existentes no servía como índice del número de discípulos y partidarios no organizados del psicoanálisis.

También el desarrollo de las publicaciones periódicas del psicoanálisis merece una breve mención. La primera consagrada al análisis fueron los *Schriften zur angewandten Seelenkunde* {Escritos sobre psicología aplicada},[4] los cuales han aparecido de manera irregular desde 1907 y en la actualidad llegan a los quince cuadernos. (El editor fue primero Hugo Heller, de Viena, y después F. Deuticke.) Han publicado trabajos de Freud (nos. 1 y 7), Riklin, Jung, Abraham (nos. 4 y 11), Rank (nos. 5 y 13), Sadger, Pfister, Max Graf, Jones (nos. 10 y 14), Storfer y Von Hug-Hellmuth.[5] La fundación de *Imago*, que mencionaré después, disminuyó en alguna medida el valor de esta forma de publicación. Tras el encuentro de Salzburgo, de 1908, se creó el *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen* {Anuario de investigaciones psicoanalíticas y psicopatológicas}, que bajo la dirección de Jung alcanzó las cinco entregas y ahora, con una nueva dirección [cf. pág. 7, *n.* 2] y un título algo modificado, el de *Jahrbuch der Psychoanalyse* {Anuario del psicoanálisis}, sale de nuevo a la luz. Ya no quiere ser un archivo que reúna trabajos especializados, como lo fue en los últimos años, sino que pretende, mediante la actividad de sus redactores, exponer todos los procesos y conquistas habidos en el ámbito del psicoanálisis.[6] El *Zentralblatt für Psychoanalyse*, proyectado, según ya dijimos, por Adler y Stekel después de la fundación de la Asociación Psicoanalítica Internacional (Nuremberg, 1910), tuvo en su corta existencia cambiantes destinos. Ya el décimo número del primer volumen [julio de 1911] fue encabezado por la

4 [Véase la presentación que hizo Freud de esa serie (1907*e*).]

5 [*Nota agregada* en 1924:] Desde entonces han aparecido trabajos de Sadger (nos. 16 y 18) y Kielholz (nº 17).

6 [*Nota agregada* en 1924:] Dejó de editarse al comenzar la Guerra [tras haber publicado un solo volumen (1914)].

noticia de que el doctor Alfred Adler había decidido separarse voluntariamente de la redacción por diferendos en materia científica con el director. A partir de ahí el doctor Stekel quedó como único redactor. En el Congreso de Weimar [setiembre de 1911], el *Zentralblatt* fue elevado a la condición de órgano oficial de la Asociación Internacional y se hizo asequible a todos sus miembros a cambio de un incremento en su contribución anual. Desde el tercer número del segundo volumen[7] (invierno [diciembre] de 1912), Stekel pasó a ser el único responsable de su contenido. La conducta de Stekel, que es difícil de exponer en público, me había obligado a renunciar a la dirección y a crear a toda prisa un nuevo órgano para el psicoanálisis: la *Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse* {Revista internacional de psicoanálisis médico}. Con la ayuda de casi todos los colaboradores y del nuevo editor, Hugo Heller, el primer número de esta revista pudo aparecer en enero de 1913 y remplazar al *Zentralblatt* en su calidad de órgano oficial de la Asociación Psicoanalítica Internacional.

Entretanto, a comienzos de 1912 el doctor Hanns Sachs y el doctor Otto Rank habían creado una nueva revista, *Imago* (editada por Heller), destinada con exclusividad a las aplicaciones del psicoanálisis a las ciencias del espíritu. *Imago* se halla en mitad de su tercer volumen y despierta creciente interés aun en los lectores ajenos al análisis médico.[8]

Además de estas cuatro publicaciones periódicas (*Schriften zur angewandten Seelenkunde, Jahrbuch, Internationale Zeitschrift* e *Imago*), también en otras (escritas en lengua alemana u otras lenguas) se incluyen trabajos que pueden aspirar a un lugar dentro de la literatura del psicoanálisis. El *Journal of Abnormal Psychology*, dirigido por Morton Prince, contiene por regla general contribuciones analíticas tan buenas que es preciso considerarlo el principal exponente de la literatura analítica en Estados Unidos. En el invierno de 1913, White y Jelliffe crearon en Nueva York una nueva

[7] [«Segundo volumen» en todas las ediciones anteriores. En realidad debería ser «*tercer* volumen». Los volúmenes comenzaban en octubre y terminaban en setiembre.]

[8] [*Nota agregada* en 1924:] La publicación de estas dos revistas fue trasferida en 1919 a la Internationaler Psychoanalytischer Verlag. En este momento (1923) se encuentran ambas en la novena entrega (En realidad, la *Internationale Zeitschrift* se halla ya en su undécimo año de vida, e *Imago*, en el duodécimo; pero, a raíz de la Guerra, el volumen 4 de la *Zeitschrift* abarca más de un año —los años 1916-18—, y el volumen 5 de *Imago*, los años 1917-18.) A partir del volumen 6 se suprimió el adjetivo «*ärztliche*» {médico} del título de la *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*.

revista consagrada en forma exclusiva al psicoanálisis (*The Psychoanalytic Review*), que toma bien en cuenta el hecho de que para la mayoría de los médicos de Estados Unidos interesados en el análisis la lengua alemana constituye una dificultad.[9]

Ahora tengo que mencionar dos movimientos separatistas consumados en las filas del psicoanálisis, el primero entre la fundación de la Asociación, en 1910, y el Congreso de Weimar, de 1911, y el segundo tras este, de suerte que afloró en Munich, en 1913. Habría podido evitar la desilusión que me depararon atendiendo mejor a los procesos que sobrevienen a quienes están bajo tratamiento analítico. En efecto, yo comprendía muy bien que en su primera aproximación a las desagradables verdades del análisis alguien pudiera emprender la huida, y yo mismo había aseverado siempre que las represiones de cada individuo (o las resistencias que las mantienen) le atajan toda inteligencia, a raíz de lo cual en su relación con el análisis no puede superar un determinado punto. Pero no estaba en mi expectativa que alguien, habiendo comprendido el análisis hasta una cierta profundidad, pudiera renunciar a esa inteligencia, pudiera volver a perderla. Y no obstante, la experiencia cotidiana había mostrado en los enfermos que la total reflexión * de los conocimientos analíticos puede producirse desde cualquier estrato más profundo en que se encuentre una resistencia particularmente fuerte; cuando mediante un empeñoso trabajo se ha logrado que uno de estos enfermos aprehenda algunas piezas del saber analítico y las maneje como cosa propia, todavía nos aguarda quizás esta experiencia: bajo el imperio de la resistencia siguiente arroja al viento lo aprendido y se defiende como en sus mejores días de principiante. Me estaba deparado aprender que en los psicoanalistas puede ocurrir lo mismo que en enfermos bajo análisis.

No es tarea fácil ni envidiable escribir la historia de estos dos movimientos separatistas; en efecto, por un lado, no me asisten los fuertes motivos personales para ello —no he esperado agradecimiento ni soy rencoroso en una medida notable— y, por otro, sé que así me expongo a las invectivas de oponentes poco escrupulosos y ofrezco a los enemigos del

9 [*Nota agregada* en 1924:] En 1920 Ernest Jones fundó *The International Journal of Psycho-Analysis*, dirigido a los lectores de Gran Bretaña y Estados Unidos.

* {«*Totale Reflexion*»: metáfora óptica; los conocimientos psicoanalíticos serían la luz.}

análisis el espectáculo que tanto anhelaban: ver cómo «los psicoanalistas se despedazan entre ellos». Me he impuesto con gran fuerza no querellar con los oponentes ajenos al análisis, y ahora me veo precisado a recoger el desafío de quienes fueron sus partidarios o todavía hoy querrían titularse tales. Pero no tengo opción; el silencio sería comodidad o cobardía, y haría más daño a la causa que la revelación franca del daño que ya hay. Quien haya estudiado otros movimientos científicos sabrá que también en ellos suele haber trastornos y desinteligencias en un todo análogos. Quizás en otras partes se ponga más cuidado en mantenerlos secretos; el psicoanálisis, que desmiente muchos ideales convencionales, es también más sincero en estas cosas.

Otro escollo, muy espinoso, es que no puedo evitar del todo cierta iluminación analítica de las dos oposiciones. Pero el análisis no se presta a un uso polémico; supone la entera aquiescencia del analizado y la situación de un superior y un subordinado. Por tanto, quien emprenda un análisis con propósito polémico tiene que disponerse a que el analizado a su turno lo vuelva en contra de él, y así la discusión caerá en un estado en que no habrá posibilidad alguna de producir convencimiento en un tercero imparcial. Por eso limitaré a un grado mínimo el uso del análisis, y con él de la indiscreción y la agresión contra mis oponentes; dejo sentado, además, que no fundo sobre ese recurso ninguna crítica científica. No me ocupo del eventual contenido de verdad de las doctrinas que desapruebo, no intento refutarlas. Quede ello reservado para otros trabajadores competentes en el campo del psicoanálisis, aunque en parte ya se lo ha hecho. Yo quiero mostrar, nada más, que estas doctrinas desmienten los principios del análisis (y especificaré los aspectos en que lo hacen), por lo cual no deben correr bajo ese nombre. Entonces, utilizo el análisis solamente para hacer comprensible la manera en que unos analistas pudieron engendrar esas desviaciones del análisis. Cierto es que en los puntos de fractura me veré obligado a dar batalla por el buen derecho del psicoanálisis con unas observaciones puramente críticas.

La tarea más inmediata que afrontó el psicoanálisis fue la explicación de las neurosis; tomó como puntos de partida los dos hechos de la resistencia y de la trasferencia, y mirando al tercero, el de la amnesia, dio razón de ellos con las teorías de la represión, de las fuerzas sexuales impulsoras de la neurosis, y de lo inconciente. Nunca pretendió proporcionar una teoría completa de la vida anímica del hombre; sólo

pidió que sus averiguaciones se usaran para completar y enmendar nuestro conocimiento adquirido por otras vías. Ahora bien, la teoría de Alfred Adler rebasa con mucho esa meta; quiere hacer inteligibles de un tirón, al par que las neurosis y psicosis que contraen los hombres, su comportamiento y carácter; en realidad, es más adecuada para cualquier otro campo que el de las neurosis, y sólo sigue poniendo a este en primer plano por motivos de su propia historia genética. A lo largo de muchos años tuve ocasión de estudiar al doctor Adler, y nunca me rehusé a reconocerle una gran cabeza, con particular disposición a lo especulativo. Como prueba de las «persecuciones» que dice haber sufrido de mi parte, puedo sin duda hacer valer que, fundada la Asociación, le trasferí la jefatura del grupo de Viena. Sólo tras el insistente reclamo de todos sus miembros acepté retomar la presidencia en las reuniones científicas. Cuando hube reconocido sus escasas dotes para apreciar el material inconciente, puse mis esperanzas en que sabría descubrir las conexiones del psicoanálisis con la psicología y con las bases biológicas de los procesos pulsionales, para lo cual en cierto sentido lo habilitaban sus valiosos estudios acerca de la inferioridad de órgano.[10] Y en efecto creó algo parecido, pero su obra resultó *como si* —para decirlo en su propia jerga—[11] la demostración exigiera admitir por fuerza esto: que el psicoanálisis anduvo errado en todo y sólo defendió la importancia de las fuerzas impulsoras sexuales por su credulidad hacia lo que exponen los neuróticos mismos. En cuanto al motivo personal de su trabajo, es lícito decirlo en público, pues él mismo lo ha revelado en presencia de un pequeño círculo de miembros del grupo de Viena: «¿Acaso cree que me agrada tanto pasarme toda la vida a la sombra de usted?». No hallo nada reprochable en que un hombre más joven confiese la ambición que, de cualquier manera, se presumiría como uno de los resortes impulsores de su labor. Pero aun bajo el imperio de un motivo así habría que saber evitar la caída en eso que los ingleses, con su fino tacto social, llaman *unfair*,* y para lo cual los alemanes sólo disponen de una palabra mucho más grosera. Cuán poco lo ha logrado Adler, lo muestra el cúmulo de malignidades pequeñitas que desfiguran sus trabajos, y los pujos de una desaforada manía de prioridad que

[10] [Adler, 1907.]

[11] [Los términos «como si» y «jerga» figuran abundantemente en los escritos de Adler.]

* {«*Unfair*», aplicado a un modo de proceder, significa aproximadamente «injusto», «desleal», «de mala fe»; por oposición a «*fair*», como en «*fair play*», «juego limpio».}

ahí se traslucen. En la Asociación Psicoanalítica de Viena llegamos a escuchar directamente, cierta vez, que reclamaba para sí la prioridad sobre el punto de vista de la «unidad de las neurosis» y de la «concepción dinámica» de estas. Sorpresa grande para mí, pues siempre creí haber sustentado estos dos principios aun antes de conocer a Adler.

Este afán de Adler por hacerse un lugar bajo el sol ha tenido entretanto una consecuencia que el psicoanálisis no puede menos que sentir como benéfica. Cuando salieron a relucir las incompatibles discrepancias científicas de Adler, y yo hice que se lo excluyese de la redacción del *Zentralblatt*, él abandonó también la Asociación y fundó una nueva Unión que al principio se atribuyó el sabroso nombre de «Unión para el Psicoanálisis *Libre*» {*Verein für* freie *Psychoanalyse*}. Pero las personas extrañas, ajenas al análisis, se dan evidentemente tan poca maña para apreciar las diferencias en las concepciones de dos psicoanalistas como nosotros, los europeos, para reconocer los matices que distinguen entre sí los rostros de dos chinos. El psicoanálisis «libre» quedó a la sombra del «oficial», el «ortodoxo», y fue tratado sólo como apéndice de este. Entonces Adler dio un paso que ha de agradecérsele: rompió todo lazo con el psicoanálisis y separó de él su doctrina como «psicología individual». Sobrado espacio hay en el mundo del Señor, y el que se sienta capaz de hacerlo tiene el indudable derecho a largarse por esos campos libre de toda traba, pero no es deseable que sigan conviviendo bajo un mismo techo quienes han dejado de entenderse y no se soportan más. La «psicología individual» de Adler es ahora una de las muchas corrientes psicológicas que se oponen al psicoanálisis y cuyo ulterior desarrollo cae fuera de su interés.

La teoría de Adler fue desde su comienzo mismo un «sistema», cosa que el psicoanálisis evitó cuidadosamente. Es también un destacado ejemplo de «elaboración secundaria», como la que el pensamiento de vigilia emprende con el material onírico. Aquí, hace las veces de este último el material recién ganado por los estudios psicoanalíticos, que ahora es asido enteramente desde el punto de vista del yo, traído bajo las categorías habituales del yo, traducido y volcado a ellas y, tal cual acontece en la formación del sueño, convertido en objeto de un malentendido.[12] Así, la doctrina de Adler se caracteriza menos por lo que asevera que por lo que desmiente; consta, según eso, de tres elementos de valor desigual: buenas contribuciones a la psicología del yo, traducciones —superfluas, pero aceptables— de los hechos analíticos a la

[12] [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 487.]

nueva jerga, y desfiguraciones y tergiversaciones de estos hechos en todo lo que no se adecuan a las premisas del yo.

Los elementos del primer tipo nunca fueron ignorados por el psicoanálisis, si bien no les prestó una atención especial. Tenía un interés mayor en mostrar que todos los afanes del yo llevan mezclados componentes libidinosos. La doctrina de Adler destaca la contraparte, el complemento egoísta de las mociones pulsionales libidinosas. Ahora bien, esta sería una apreciable ganancia si Adler no hubiera utilizado esa comparación para desmentir en todos los casos, y en beneficio de los componentes pulsionales yoicos, la moción libidinosa. Su teoría hace con ello lo que todos los enfermos; es lo que en general hace nuestro pensamiento conciente: se vale de la racionalización (como la llama Jones [1908]) para encubrir el motivo inconciente. Adler es tan consecuente en esto que llega a apreciar como el resorte impulsor más poderoso del acto sexual el propósito de estar *encima*, de enseñarle a la mujer quién es el amo. No sé si también en sus escritos ha sostenido estas enormidades.

El psicoanálisis había reconocido desde muy temprano que todo síntoma neurótico debe su posibilidad de existencia a un compromiso. Por eso el síntoma tiene que contemplar de algún modo las exigencias del yo, que maneja la represión; tiene que ofrecerle una ventaja, permitirle una aplicación útil, pues de lo contrario sufriría el mismo destino que la moción pulsional originaria, la que cayó bajo la defensa. La expresión «ganancia de la enfermedad» dio razón de este estado de cosas; y aun se justificaría distinguir la ganancia primaria para el yo, que tiene que ser efectiva desde la misma génesis del síntoma, de una parte «secundaria» que se sobreañade, apuntalándose en otros propósitos del yo, si es que el síntoma está destinado a afirmarse.[13] También desde hace mucho es notorio para el análisis que la sustracción de esta ganancia de la enfermedad, o su cese a consecuencia de una variación real [de las circunstancias externas], ofrece uno de los mecanismos de la curación del síntoma. Sobre estas relaciones, fácilmente comprobables e inteligibles sin esfuerzo, recae el acento principal en la doctrina de Adler; así se descuida por completo que, incontables veces, el yo hace meramente de la necesidad virtud, prestando su aquiescencia al síntoma más indeseable, que le viene impuesto, a causa de la utilidad inherente a él; por ejemplo, cuando acepta la angustia como medio de aseguramiento. El yo juega ahí el

[13] [Se encontrará un examen completo de la ganancia primaria y secundaria de la enfermedad en la 24ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17).]

risible papel del payaso del circo, quien, con sus gestos, quiere mover a los espectadores a convencerse de que todas las variaciones que van ocurriendo en la pista se producen por efecto exclusivo de su voluntad. Pero sólo los más jóvenes entre los espectadores le dan crédito.

En cuanto al segundo componente de la doctrina de Adler, el psicoanálisis tiene que avalarlo como patrimonio propio. No es otra cosa que conocimiento psicoanalítico, absorbido por este autor de todas las fuentes asequibles durante los diez años de trabajo en común, y al que después, mediante un cambio de nomenclatura, le ha estampado su marca de propiedad. Y aun, por ejemplo, juzgo que «aseguramiento» {*Sicherung*} es una expresión mejor que «medida protectiva» {*Schutzmassregel*}, usada por mí; pero no puedo hallarle un sentido nuevo. De igual modo, si «fingido, ficticio y ficción» vuelven a sustituirse por los términos más originarios de «fantaseado» y «fantasía», se descubren en las afirmaciones de Adler una multitud de rasgos conocidos de antiguo. El psicoanálisis destacaría la identidad de estos términos aunque su autor no hubiera participado durante largos años en los trabajos en común.

La tercera porción de la doctrina de Adler, las reinterpretaciones y desfiguraciones de los hechos analíticos incómodos, contiene aquello que divorcia definitivamente a esa «psicología individual», como ha de llamársela en lo sucesivo, del análisis. El principio del sistema de Adler reza, como es sabido, que el propósito de la autoafirmación del individuo, su «voluntad de poder», es el que bajo la forma de «protesta masculina» [14] se revela dominante en la conducción de la vida, en la formación del carácter y en la neurosis. Ahora bien, esta protesta masculina, el motor adleriano, no es otra cosa que la represión desprendida de su mecanismo psicológico y sexualizada, por añadidura, lo que mal condice con el proclamado destronamiento del papel de la sexualidad dentro de la vida anímica.[15] La protesta masculina existe, sin duda alguna; pero en su elevación al sitial de motor [único] del

[14] [La expresión «protesta masculina» fue introducida por Adler en un artículo titulado «Der psychische Hermaphroditismus im Leben und in der Neurose» {El hermafroditismo psíquico en la vida y en la neurosis}, presentado al Congreso de Nuremberg en 1910. Un resumen del artículo apareció en *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, **2** (1910), pág. 738, y el artículo completo, en *Fortschritte der Medizin*, **28** (1910), pág. 486.]

[15] [Freud se ocupó más extensamente de la explicación adleriana de la represión en «"Pegan a un niño"» (1919*e*), *AE*, **17**, pág. 196. — Sobre la «protesta masculina» en relación con el narcisismo, véase «Introducción del narcisismo» (1914*c*), *infra*, pág. 89.]

acontecer anímico la observación no ha intervenido más que como el trampolín que uno abandona para elevarse. Tomemos una de las situaciones básicas del anhelo infantil, la observación del acto sexual entre adultos. El análisis revela, en las personas de cuya biografía el médico tendrá que ocuparse más tarde, que dos mociones se apoderan del inmaduro espectador; si se trata de un muchacho, una es la de ponerse en el lugar del hombre activo, y la otra, la aspiración contraria, la de identificarse con la mujer pasiva.[16] Entre esas dos aspiraciones agotan las posibilidades de placer que resultan de la situación. Sólo la primera admite subordinarse a la protesta masculina, si es que este concepto ha de conservar algún sentido. La segunda, de cuyo destino Adler no hace caso, o no lo conoce, es la que cobrará una importancia mayor para la neurosis subsiguiente. Adler se ha recluido tan enteramente dentro de la celosa estrechez del yo que sólo toma en cuenta aquellas mociones pulsionales que son agradables para el yo y que este promueve; precisamente el caso de la neurosis, donde esas mociones se contraponen al yo, cae fuera de su horizonte.

En el intento, que se ha hecho insoslayable por obra del psicoanálisis, de anudar el principio fundamental de la doctrina a la vida anímica del niño, le han sido deparadas a Adler las más serias desviaciones de la realidad observada y los más profundos extravíos conceptuales. Los sentidos biológico, social y psicológico de «masculino» y «femenino» se han entreverado sin remedio en una formación mixta.[17] Es imposible, y la observación lo refuta, que el niño —sea varón o mujer— pueda fundar su plan de vida sobre un originario menosprecio del sexo femenino y hacer de este deseo su guía:[18] «Quiero ser un hombre hecho y derecho». El niño al comienzo no vislumbra el significado de la diferencia de los sexos; más bien parte de la premisa de que los dos sexos poseen el mismo genital (el masculino). Su investigación sexual no parte del problema de la diferencia entre los sexos,[19] y le es por completo ajeno el menosprecio social por la mujer. Existen mujeres en cuya neurosis el deseo de ser un hombre no ha cumplido papel alguno. Lo que hay de comprobable en la protesta masculina se reconduce con faci-

16 [Cf. el capítulo III de *El yo y el ello* (1923*b*).]

17 [Véase una nota agregada en 1915 a *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, 1905*d*), *AE*, **7**, págs. 200-1.]

18 [«Guía»: «*Leitlinie*», término usado continuamente por Adler.]

19 [Esta afirmación (repetida en un pasaje agregado en 1915 a los *Tres ensayos* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 177) fue corregida en su artículo posterior sobre la distinción entre los sexos (1925*j*).]

lidad a la perturbación del narcisismo primordial por la amenaza de castración, o a los primeros obstáculos puestos a las actividades sexuales. Toda polémica acerca de la psicogénesis de las neurosis deberá zanjarse en definitiva en el ámbito de las neurosis infantiles. La cuidadosa disección de una neurosis en la primera infancia pone fin a todos los errores respecto de la etiología de las neurosis y a las dudas sobre el papel de las pulsiones sexuales.[20] Por eso Adler [1911*a*], en su crítica al trabajo de Jung «Konflikte der kindlichen Seele» [1910*c*], se vio obligado a echar mano de la imputación de que el material del caso había sido amañado, «sin duda por el padre [del niño]», para darle determinado aspecto.

No me detendré más en los aspectos biológicos de la teoría de Adler y no indagaré si una palpable inferioridad de órgano [pág. 49, *n.* 10] o el sentimiento subjetivo de ella —no se sabe cuál de ambos— están en condiciones de sustentar, en calidad de fundamento, al sistema adleriano. Notemos solamente que, según eso, la neurosis no sería sino el resultado secundario de la atrofia en general, cuando en realidad la observación nos enseña que una aplastante mayoría de los feos, los contrahechos, los tullidos, los desvalidos, en modo alguno reaccionan frente a su defecto mediante el desarrollo de una neurosis. También dejo de lado el interesante conocimiento de que la inferioridad tiene que situarse en el sentimiento de ser niño. Nos muestra el disfraz con que reaparece en la psicología individual el factor del infantilismo, tan destacado en el análisis. En cambio, me veo precisado a poner de resalto que todas las conquistas del psicoanálisis en materia de psicología han sido arrojadas al viento por Adler. Lo inconciente aparece todavía como una particularidad psicológica en su *Über den nervösen Charakter* [1912], pero sin relación alguna con el sistema. Luego ha declarado, en buena lógica, que no le importa si una representación es conciente o inconciente. Desde el comienzo, la represión no encontró en Adler comprensión alguna. En el resumen de una conferencia dada por él en la Asociación de Viena (febrero de 1911) se lee: «Sobre la base de un caso, se señala que el paciente no había reprimido su libido; en cambio, de continuo procuraba un aseguramiento frente a ella. . .».[21] En una discusión habida poco después en Viena expresó: «Si ustedes preguntan de dónde viene la represión, obtienen por

[20] [La ejemplificación de este hecho constituye la tesis principal en el análisis del «Hombre de los Lobos» (Freud, 1918*b*), cuyo borrador es unos pocos meses posterior al presente artículo.]

[21] [Este resumen puede consultarse en *Zentralblatt für Psychoanalyse*, **1**, pág. 371.]

respuesta: "De la cultura". Pero si después preguntan: "¿De dónde viene la cultura?", se les responderá: "De la represión". Como ven, no es sino un juego de palabras». Una partícula de la agudeza con que Adler puso en descubierto los artificios defensivos de su «carácter neurótico» le habría bastado para mostrarle el modo de salir de ese argumento de rábula. Lo que queremos decir es simplemente que la cultura descansa en las operaciones represivas de generaciones anteriores, y cada generación nueva es exhortada a conservar esa cultura consumando las mismas represiones. He sabido de un niño que se consideraba burlado y empezaba a chillar cuando a su pregunta: «¿De dónde vienen los huevos?», le respondían: «De las gallinas»; y a su ulterior pregunta: «¿De dónde vienen las gallinas?», le contestaban: «De los huevos». Y no obstante, no había en eso un juego de palabras, sino que al niño le decían algo verdadero.

Igualmente lamentable y vacío es todo lo que Adler ha expresado sobre el sueño, ese *shibbólet* * del psicoanálisis. Al principio el sueño fue para él una vuelta de la línea femenina a la masculina, lo cual no significaba sino la traducción de la doctrina del cumplimiento de deseo en el sueño al lenguaje de la «protesta masculina». Después descubre la esencia del sueño en que el hombre se posibilita inconcientemente por medio de él lo que concientemente le es denegado [Adler, 1911*b*, pág. 215*n.*]. También debe atribuírsele la prioridad en la confusión del sueño con los pensamientos oníricos latentes; he ahí la base de su reconocimiento de una «tendencia prospectiva». Maeder [1912] lo siguió en esto más tarde.[22] Así se descuida paladinamente que toda interpretación de un sueño que en su fenómeno manifiesto no dice nada comprensible descansa en la aplicación de esa misma interpretación de los sueños cuyas premisas e inferencias se impugnan. Sobre la resistencia, Adler sabe indicar que le sirve al enfermo para imponerse sobre el médico. Esto es sin duda correcto; equivale a decir: la resistencia sirve a la resistencia. ¿De dónde viene ella y cómo es que sus fenómenos están a disposición de ese propósito del enfermo? He ahí cuestiones que no se dilucidan, pues no son interesantes para el yo. No se presta atención ninguna a los mecanismos detallados de los síntomas y los fenómenos, ni a la fundamentación de la diversidad de las enfermedades y sus exteriori-

* {«*Shibbólet*», palabra hebrea que utilizaban los galaaditas para reconocer a sus enemigos los efraimitas, quienes decían «*sibbólet*» «porque no podían pronunciar de aquella suerte» (*Jueces*, 12:5-6).}

22 [Véase una nota al pie agregada en 1914 a *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, 5, págs. 570-1.]

zaciones; es que todo ello por igual se hace tributario de la protesta masculina, la afirmación de sí y el engrandecimiento de la personalidad. El sistema está listo, ha costado un extraordinario trabajo de reinterpretación, pero no ha ofrecido ni una sola observación nueva. Creo haber mostrado que eso nada tiene que ver con el psicoanálisis.

La imagen de la vida que se desprende del sistema de Adler está fundada íntegramente en la pulsión de agresión; no deja espacio alguno al amor. Cabría maravillarse por el eco que ha encontrado una tan desconsolada cosmovisión; pero no hay que olvidar que la humanidad, oprimida bajo el yugo de sus necesidades sexuales, está dispuesta a aceptarlo todo apenas se le tienda el señuelo del «doblegamiento de la sexualidad».

El movimiento separatista de Adler se consumó antes del Congreso de Weimar, de 1911; después de esa fecha se inició el de los suizos. Los primeros signos fueron, extrañamente, algunas expresiones de Riklin, vertidas en ensayos populares aparecidos en publicaciones suizas, por las cuales los contemporáneos se enteraron, aun antes que los especialistas más próximos, de que el psicoanálisis había superado algunos lamentables errores que lo desacreditaban. En 1912, Jung, en carta que me envió desde Estados Unidos, se gloriaba de que sus modificaciones al psicoanálisis habían vencido las resistencias en muchas personas que hasta entonces no querían saber nada de él. Le respondí que eso no era ningún título de gloria, y cuantas más sacrificase de esas laboriosamente ganadas verdades del psicoanálisis, tanto más vería desaparecer la resistencia. La modificación introducida por los suizos, de la que tan orgullosos se mostraban, no era otra, de nuevo, que el refrenamiento teórico del factor sexual. Confieso que desde el principio vi en este «progreso» una adaptación excesiva a los reclamos de la actualidad.

Estos dos movimientos retrógrados, que se apartan del psicoanálisis y ahora he de comparar entre sí, muestran también esta semejanza: ambos cortejan el favor del público por medio de ciertos puntos de vista que se empinan como *sub specie aeternitatis*. En Adler cumple este papel la relatividad de todo conocimiento y el derecho de la personalidad a plasmar artísticamente, según su propio cuño individualista, el material del saber; en Jung se machaca en el derecho histórico-cultural de los jóvenes a arrojar de sí las cadenas con que los viejos tiránicos y petrificados en sus opiniones que-

rrían aherrojarlos. Estos argumentos hacen necesarias unas palabras de refutación.

La relatividad de nuestro conocimiento es un reparo que puede oponerse a toda ciencia, no sólo al psicoanálisis. Nace de bien conocidas corrientes contemporáneas, reaccionarias y hostiles a la ciencia, y se arroga el relumbrón de una superioridad improcedente. Ninguno de nosotros puede entrever el juicio definitivo que la humanidad pronunciará sobre nuestros empeños teóricos. Hay ejemplos de rechazo por parte de las tres primeras generaciones, que la próxima corrige y troca en aceptación. Al individuo no le resta sino sustentar con todas sus fuerzas su convicción apoyada en la experiencia, tras haber prestado oídos a sus propias críticas con todo cuidado, y con alguna atención a las de sus oponentes. Cada cual ha de conformarse con llevar adelante su asunto honrosamente, sin usurpar un papel de juez reservado a un futuro lejano. Esa insistencia en la arbitrariedad personal en materia científica es maliciosa; evidentemente quiere discutirle al psicoanálisis su valor de ciencia, cuando de todos modos ya se había rebajado a esta con la observación anterior [acerca de la naturaleza relativa de todo conocimiento]. El que tenga en alta estima al pensamiento científico buscará, más bien, los medios y los métodos que le permitan restringir en todo lo posible ese factor de la arbitrariedad estética personal ahí donde todavía desempeñe un papel excesivo. Es oportuno recordar, además, que está fuera de lugar todo ardor en la defensa de la propia causa. Estos argumentos de Adler no están pensados seriamente; quieren aplicarse con exclusividad al oponente, pero dejar intactas las teorías propias. Los partidarios de Adler no se han abstenido de celebrarlo como al Mesías, para cuyo advenimiento tantos y tantos precursores fueron preparando a la humanidad esperanzada. Y el Mesías, por cierto, ya no es más algo relativo.

El argumento de Jung *ad captandam benevolentiam* * descansa en una premisa demasiado optimista: el progreso de la humanidad, de la cultura, del saber, se habría consumado siguiendo una línea continua y sin fracturas. Como si nunca hubieran existido epígonos, reacciones y restauraciones tras cada revolución, descendientes que por vía de un retroceso renunciaron a lo conquistado por una generación anterior. La aproximación al punto de vista del vulgo, el abandono de una novedad que se recibió con disgusto, hacen improbable de antemano que la enmienda introducida por Jung en el psicoanálisis pueda pretenderse una hazaña juvenil liberadora.

* {«Con el fin de ganarse la buena voluntad».}

Lo que en definitiva decide sobre eso no son los años del héroe, sino el carácter de la hazaña.

De los dos movimientos aquí considerados, el de Adler es sin duda el más importante; radicalmente falso, se distingue empero por su consecuencia y su coherencia. A pesar de todo, sigue fundado en una doctrina de las pulsiones. En cambio, la modificación de Jung ha aflojado el nexo de los fenómenos con la vida pulsional; es, además, como lo han destacado sus críticos (Abraham, Ferenczi, Jones), tan oscura, impenetrable y confusa que no es fácil tomar posición frente a ella. Sea cual fuere el lado por donde se la ataque, hay que ir sabiendo que nos dirán que la comprendimos mal, y no se ve de qué modo podría llegarse a su recta comprensión. A sí misma, se concibe de una manera extrañamente tornadiza, ora como «una desviación enteramente dócil, que no merece toda la grita que se ha levantado» (Jung), ora como un nuevo evangelio salvador que inicia una nueva era para el psicoanálisis, y hasta una nueva cosmovisión para todo el mundo.

En vista de los desacuerdos entre las diversas manifestaciones privadas y públicas de la corriente de Jung, cabe preguntarse en qué proporción esto se debe a la oscuridad en que ellos mismos puedan estar, y en qué proporción a su insinceridad. Pero debe admitirse que los sostenedores de la nueva doctrina se encuentran en una difícil situación. Combaten ahora cosas que ellos mismos defendieron antes, y por cierto que no sobre la base de observaciones nuevas que podrían haberlos instruido, sino a consecuencia de reinterpretaciones que ahora les hacen aparecer las cosas diversamente que antes. Por eso no quieren romper el vínculo con el psicoanálisis, cuyos defensores se confesaron ante el mundo, y prefieren proclamar que el psicoanálisis se ha modificado. En el Congreso de Munich me vi precisado a terminar con esa navegación a dos aguas y lo hice declarando que no admitía las innovaciones de los suizos como continuación legítima ni como desarrollo ulterior del psicoanálisis creado por mí. Críticos ajenos al psicoanálisis (como Furtmüller) ya habían reconocido este estado de cosas, y Abraham dijo con acierto que Jung se encontraba en plena retirada del psicoanálisis. Estoy dispuesto a conceder, desde luego, que cada cual tiene el derecho a pensar y a escribir lo que quiera, pero no a presentar eso como algo diverso de lo que realmente es.

Así como la investigación de Adler aportó algo nuevo al psicoanálisis, una pieza de la psicología del yo, y quiso hacerse pagar demasiado caro este presente con la desestimación

de todas las doctrinas analíticas fundamentales, también Jung y sus seguidores enlazan su lucha contra el psicoanálisis con una nueva conquista que le han conseguido. Han estudiado en detalle (precedidos en esto por Pfister) el modo en que el material de las representaciones sexuales procedentes del complejo familiar y de la elección incestuosa de objeto es empleado en la figuración de los supremos intereses éticos y religiosos de los hombres; vale decir, han esclarecido un importante caso de sublimación de las fuerzas impulsoras eróticas y de su trasposición a aspiraciones que ya no pueden llamarse eróticas. Esto se ajustaba a la perfección a las expectativas contenidas en el psicoanálisis; condeciría, sobre todo, con la concepción según la cual en el sueño y en la neurosis se hace visible la resolución regresiva de estas sublimaciones, así como de todas las otras. Sólo que ello habría provocado indignación en la gente... ¡la ética y la religión, sexualizadas! No puedo abstenerme de pensar por una vez de manera «finalista» y suponer que los descubridores no se sintieron capaces de afrontar esa tormenta de indignación general. Quizás hasta empezó a agitarse en el pecho de ellos mismos. La prehistoria teológica de tantos de los suizos no es indiferente para su posición hacia el psicoanálisis, como no lo es la prehistoria socialista de Adler para el desarrollo de su psicología. Le viene a uno a la memoria la famosa historia de Mark Twain sobre las peripecias de su reloj, y la expresión de asombro con que concluye: «*And he used to wonder what became of all the unsuccessful tinkers, and gunsmiths, and shoemakers, and blacksmiths; but nobody could ever tell him*».*

Quiero establecer un símil y suponer que en cierta sociedad vive un advenedizo que dice pertenecer a una familia de antiguo abolengo, pero de otras tierras, y se alaba de su linaje. Le demuestran que sus padres viven en algún lugar de la vecindad y son gentes muy modestas. Ahora le queda todavía un subterfugio, y echa mano de él. Ya no puede desmentir su origen, pero asevera que sus padres son de encumbrada nobleza, sólo que venida a menos, y hace que algún funcionario condescendiente les extienda el título de su alcurnia. Pienso que de manera semejante se vieron obligados a comportarse los suizos. Si no era permitido sexualizar la ética y la religión, sino que ellas desde el comienzo eran algo «más elevado», pero al mismo tiempo parecía incontrastable que sus representaciones provenían del complejo fami-

* {«Y solía preguntarse qué habría sido de todos los malogrados caldereros ambulantes, y armeros, y zapateros, y herreros; pero nadie pudo decírselo jamás». Párrafos finales del cuento «Mi reloj».}

liar y del complejo de Edipo, no quedaba sino una sola explicación: estos complejos a su vez, desde el comienzo, no podían significar lo que parecían enunciar; poseían ese otro sentido *«anagógico»* (según la terminología de Silberer), más elevado, gracias al cual admitieron que se los aplicara a las ilaciones de pensamientos abstractos de la ética y de la mística religiosa.

Ahora estoy preparado para que me digan de nuevo que he entendido mal el contenido y el propósito de la nueva doctrina de Zurich. Pero de antemano protesto contra cualquier intento de cargar en mi cuenta, y no en la de ellos, las contradicciones a mi concepción que resultan de las publicaciones de esa escuela. De ningún otro modo puedo hacer que me resulte comprensible y concebir como algo coherente el conjunto de las innovaciones de Jung. Todas las modificaciones que Jung ha emprendido en el psicoanálisis emanan del propósito de eliminar lo chocante en los complejos familiares a fin de no reencontrarlo en la religión y en la ética. La libido sexual fue sustituida por un concepto abstracto que, hay derecho a aseverarlo, permaneció como algo misterioso e inasible para sabios y para necios por igual. El complejo de Edipo se entendió sólo «simbólicamente»; en él la madre significó lo inalcanzable a lo cual debe renunciarse en aras del desarrollo de la cultura; el padre, a quien se da muerte en el mito de Edipo, es el padre «interior» del que es preciso emanciparse para devenir autónomo. Otras piezas del material de las representaciones sexuales sufrirán, qué duda cabe, parejas reinterpretaciones en el curso del tiempo. El conflicto entre aspiraciones eróticas desacordes con el yo {*ichwidrig*} y la afirmación del yo fue remplazado por el conflicto entre la «tarea de vida» y la «inercia psíquica»; el sentimiento neurótico de culpa correspondió al reproche que el individuo se hace por no haber cumplido su tarea de vida. De tal modo se creó un nuevo sistema ético-religioso que, lo mismo que el de Adler, se vio forzado a reinterpretar, desfigurar o dejar de lado los resultados del análisis. En realidad no fue sino esto: de la sinfonía del acaecer universal se alcanzaron a escuchar sólo un par de acordes culturales y se desoyó de nuevo la potente, primordial melodía de las pulsiones.

Para sustentar ese sistema fue preciso apartarse por completo de la observación y de la técnica del psicoanálisis. A veces, el entusiasmo que inspira el excelso asunto habilita también a menospreciar la lógica científica; así, cuando Jung no halla bastante «específico» al complejo de Edipo para la etiología de las neurosis y atribuye esa especificidad a la

inercia, vale decir, ¡la propiedad más general de los cuerpos animados e inanimados! Esto exige anotar que el «complejo de Edipo» no figura sino un contenido con el que se miden las fuerzas anímicas del individuo, pero no es él mismo una fuerza, como sería la «inercia psíquica». La exploración de los individuos había mostrado, y lo mostrará *siempre*, que *los complejos sexuales están vivos en el interior* de ellos en su sentido originario. Por eso la investigación del individuo fue relegada y sustituida por un enjuiciamiento cuyo asidero se extrajo de la investigación de los pueblos. Es que era en la primera infancia de cada hombre donde se corría más peligro de toparse con el sentido originario y sin disfraz de los complejos que habían sido reinterpretados. De ahí resultó para la terapia el precepto de demorarse lo menos posible en ese pasado y de poner el *acento principal sobre el regreso al conflicto actual*, donde lo esencial no es ni por asomo lo contingente y lo personal, sino lo general, precisamente el incumplimiento de la tarea de vida. Pero nosotros tenemos sabido que el conflicto actual del neurótico sólo es comprensible y solucionable si se lo reconduce a la prehistoria del enfermo, si se transita el camino que su libido recorrió cuando él contrajo la enfermedad.

El perfil que ha cobrado la neo-terapia de Zurich bajo el imperio de tales tendencias puede bosquejarse siguiendo las indicaciones de un paciente que debió sufrirlas en su *persona*: «Esta vez, ningún cuidado por el pasado ni por la trasferencia. Donde yo creí asir esta última, la presentaron como mero símbolo de la libido. Los consejos morales eran muy hermosos, y yo los seguí al pie de la letra, pero no di un solo paso adelante. Para mí era todavía más desagradable que para él, pero, ¿qué podía hacer yo? (. . .) En lugar de una liberación por el análisis, cada sesión traía consigo nuevas y enormes exigencias, de cuyo cumplimiento se hacía depender la superación de la neurosis; por ejemplo, una *concentración interior mediante introversión*, ahondamiento religioso, nueva vida comunitaria con mi mujer en amorosa entrega, etc. Eso casi sobrepasaba las fuerzas de uno, equivalía a una remodelación radical de todo el hombre interior. Uno abandonaba el análisis como un pobre pecador con los más fuertes sentimientos de contrición y los mejores propósitos, pero, al mismo tiempo, con el más profundo desánimo. Lo que él me recomendó, cualquier cura párroco me lo aconsejaría, pero, ¿de dónde vendría la fuerza?». El paciente comunica entonces que, por lo que ha sabido, previo a ello tiene que haber un análisis del pasado y de la trasfe-

rencia. Se le dijo que tenía bastante de eso. Puesto que la primera variedad del análisis no le había ayudado más, me parece justificado inferir que el paciente *no había recibido lo bastante* de ella. Y en modo alguno podía ayudarle ese otro tramo de tratamiento que ya no merece el nombre de psicoanálisis. Maravilla que los de Zurich hayan necesitado de ese largo desvío por Viena para llegar en definitiva a Berna, tan próxima a ellos, donde Dubois [23] cura más consideradamente las neurosis mediante el aliento ético.[24]

Esta nueva orientación revela desde luego su total ruptura con el psicoanálisis por su modo de tratar a la represión, que en los escritos de Jung apenas si se menciona; por su yerro sobre el sueño, al cual, lo mismo que Adler [cf. pág. 55], lo confunde con los pensamientos oníricos latentes, renunciando a la psicología del sueño; por la pérdida de discernimiento para lo inconciente, y, en suma, por todos los puntos en que yo situaría lo esencial del psicoanálisis. Cuando oímos decir a Jung que el complejo del incesto es sólo *simbólico*, que no tiene existencia *real*, y que el salvaje no siente gana ninguna por una vieja bruja, sino que prefiere una hembra joven y bella, estamos tentados a conjeturar que «simbólico» y «no tiene existencia real» significan lo mismo que en el psicoanálisis se denota, por referencia a sus manifestaciones y a sus efectos patógenos, como «existente en lo inconciente», y a finiquitar de esa manera la aparente contradicción.

Si se tiene presente que el sueño es algo diverso de los pensamientos oníricos que él elabora, no maravillará que los enfermos sueñen con las cosas con que se les ha llenado la cabeza durante el tratamiento, sea la «tarea de vida», sea el «estar encima y el estar debajo». Por cierto que los sueños del analizado son guiables, tal como se puede influirlos mediante estímulos acercados experimentalmente. Es posible determinar una parte del material que aparece en los sueños. Pero ello en nada modifica la esencia y el mecanismo del sueño. Por mi parte, no creo que los llamados sueños «biográficos» se produzcan fuera del análisis.[25] Y si en cam-

[23] [Paul Dubois (1848-1918), profesor de neuropatología en Berna, alcanzó cierta celebridad a comienzos de siglo con su tratamiento de las neurosis por «persuasión».]

[24] Conozco los reparos que se oponen al uso de lo que dicen los pacientes, y por eso aseguro de manera expresa que mi testigo es una persona digna de crédito y capaz de discernimiento Me informó sin que yo se lo pidiese, y me sirvo de su comunicación sin recabar su consentimiento porque no puedo admitir que una técnica psicoanalítica se proteja tras la pantalla de la discreción médica.

[25] [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 354.]

bio se analizan sueños sobrevenidos antes del tratamiento, si se toma nota de lo que el soñante agrega a las incitaciones que se le suministraron durante la cura o si puede evitarse el plantearle tareas semejantes, es posible convencerse de que el sueño está muy lejos de ofrecer sólo intentos de solución de la tarea de vida. El sueño no es más que una forma del pensar; y la comprensión de esa forma jamás podrá lograrse desde el contenido de sus pensamientos: la apreciación del trabajo del sueño, exclusivamente, lleva a ella.[26]

No es difícil la refutación fáctica de los malentendidos y desviaciones del psicoanálisis en que ha incurrido Jung. Todo análisis ejecutado según las reglas, y en particular cualquier análisis de niños, refirma las convicciones en que descansa la teoría del psicoanálisis y refuta las reinterpretaciones que de ella hacen los sistemas de Adler y de Jung. Antes que recibiera su iluminación, el propio Jung [1910*b*; cf. *supra*, pág. 30] ejecutó y publicó uno de esos análisis de niños, y está por verse si ensayará una nueva interpretación de él con el auxilio de otro «amaño de los hechos» (según la expresión de Adler, referida a él [*supra*, pág. 54]).

La opinión según la cual la figuración sexual de pensamientos «superiores» en el sueño y en la neurosis no importa sino un modo arcaico de expresión es incompatible, desde luego, con el hecho de que estos complejos sexuales demuestran ser en la neurosis los portadores de aquellas cantidades de libido que fueron sustraídas a la vida real. Si se tratara de una mera jerga sexual, ello no podría alterar la economía de la libido. El propio Jung lo concede todavía en su *Darstellung der psychoanalytischen Theorie* [1913], y formula como tarea terapéutica la de sustraer de estos complejos su investidura libidinal. Pero esto en ningún caso se logra apartando al paciente de ellos y esforzando su sublimación, sino, únicamente, ocupándose de ellos hasta la máxima hondura y haciéndolos concientes en todo su alcance. El primer fragmento de la realidad con que el enfermo ha de saldar cuentas es, justamente, su enfermedad. Los empeños por sustraerlo de esa tarea indican la incapacidad del médico para ayudarle a vencer las resistencias, o su horror frente a los resultados de este trabajo.

Para concluir, diré que Jung, con su «modificación» del psicoanálisis, ha ofrecido la contraparte del famoso cuchillo

[26] [El tema de este párrafo es abordado más extensamente por Freud en la sección VII de «Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños» (1923*c*), *AE*, **19**, págs. 115-6. Véase también una nota agregada en 1925 a *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 502.]

de Lichtenberg.[27] Le cambió el mango y le puso una hoja nueva; como lleva grabada la misma marca, se supone que hemos de creer que ese instrumento es el original.

Creo haber mostrado, por lo contrario, que la nueva doctrina que querría sustituir al psicoanálisis implica una renuncia al análisis y una secesión respecto de él. Con facilidad podría caerse en el temor de que esa secesión será más perniciosa que cualquier otra para su destino, puesto que proviene de personas que han desempeñado un papel tan importante en el movimiento y lo han hecho avanzar un trecho tan considerable. Yo no comparto ese temor.

Los hombres son fuertes durante todo el tiempo en que sustentan una idea fuerte; se vuelven impotentes cuando se le ponen en contra. El psicoanálisis soportará esta pérdida y a cambio de estos partidarios ganará otros. Sólo me queda desear que el destino depare un cómodo ascenso a quienes la residencia en el mundo subterráneo del psicoanálisis les ha provocado desasosiego. Y a los otros, que les sea permitido llevar hasta el final y sin tropiezos sus trabajos en las profundidades.

Febrero de 1914

[27] [El *mot* es citado en una nota al pie agregada en 1912 al libro sobre el chiste (Freud, 1905*c*), *AE*, **8**, pág. 58*n*.]

# Introducción del narcisismo
(1914)

# Nota introductoria

## «Zur Einführung des Narzissmus»

*Ediciones en alemán*

1914 *Jb. Psychoanalyse*, **6**, págs. 1-24.
1918 *SKSN*, **4**, págs. 78-112. (1922, 2ª ed.)
1924 Leipzig, Viena y Zurich: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 35 págs.
1925 *GS*, **6**, págs. 155-87.
1931 *Theoretische Schriften*, págs. 25-57.
1946 *GW*, **10**, págs. 138-70.
1975 *SA*, **3**, págs. 37-68.

*Traducciones en castellano* *

1930 «Introducción al narcisismo». *BN* (17 vols.), **14**, págs. 215-46. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **14**, págs. 223-54. El mismo traductor.
1948 Igual título *BN* (2 vols.), **1**, págs. 1097-110. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, **14**, págs. 171-95. El mismo traductor.
1967 Igual título. *BN* (3 vols.), **1**, págs. 1083-96. El mismo traductor.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), **6**, págs. 2017-33. El mismo traductor.

Freud había estado usando el término «narcisismo» mucho antes de 1914. Nos informa Ernest Jones (1955, pág. 304) que en una reunión de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, el 10 de noviembre de 1909, Freud declaró que el narcisismo era un estadio intermedio entre el autoerotismo y el amor de objeto. Por entonces estaba preparando la

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n*. 6.}

segunda edición de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*) para la imprenta (el prólogo está fechado en diciembre de 1909), y probablemente la primera mención pública del nuevo término es la que se incluye en una nota al pie agregada en esa edición (*AE*, **7**, pág. 132*n*.); esto, si suponemos que la nueva edición se dio a conocer en los primeros meses de 1910, porque a fines de mayo del mismo año apareció el libro sobre Leonardo da Vinci (1910*c*), donde hay una referencia considerablemente más extensa al narcisismo (*AE*, **11**, pág. 93). El artículo de Rank sobre el tema, mencionado por Freud al comienzo del presente estudio, se publicó en 1911, y pronto siguieron otras referencias del propio Freud; por ejemplo, en el caso Schreber (1911*c*), *AE*, **12**, pág. 56, y en *Tótem y tabú* (1912-13), *AE*, **13**, págs. 92-3.

La idea de escribir el presente artículo se menciona por primera vez en las cartas de Freud de junio de 1913, y completó el primer borrador durante unas vacaciones en Roma, en la tercera semana de setiembre del mismo año. Recién a fines de febrero de 1914 dio comienzo a la versión final, que quedó terminada un mes después.

Es este uno de los escritos más importantes de Freud, y puede considerárselo como uno de los pivotes de la evolución de sus puntos de vista. Resume sus elucidaciones anteriores sobre el tema del narcisismo, y examina el lugar que corresponde a este último en el desarrollo sexual. Pero va mucho más allá, porque incursiona en el problema más profundo de las relaciones entre el yo y los objetos externos, y traza la nueva distinción entre «libido yoica» y «libido de objeto». Además —y quizás esto sea lo más importante—, introduce los conceptos de «ideal del yo» y de la instancia de observación de sí vinculada con él, bases de lo que finalmente sería llamado el «superyó», en *El yo y el ello* (1923*b*). Y además de todo esto, en dos puntos —al final de la primera sección y al comienzo de la tercera— el artículo aborda las controversias con Adler y Jung, tema principal de la «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» —escrita más o menos simultáneamente con el presente trabajo, durante los primeros meses de 1914—. No cabe duda de que uno de los motivos de Freud al redactar este artículo fue mostrar que el concepto de narcisismo constituye una alternativa frente a la «libido» no sexual de Jung y a la «protesta masculina» de Adler.

Estos tópicos están lejos de ser los únicos que aquí se plantean, y por lo tanto no ha de sorprendernos que el tra-

bajo tenga la inusual apariencia de una producción excesivamente comprimida, que desborda su propio marco por la cantidad de material que contiene. El mismo Freud parece haber sentido algo así. Nos dice Ernest Jones (1955, pág. 340) que «estaba muy insatisfecho con el resultado»; y el 16 de marzo de 1914 escribió a Abraham: «El "Narcisismo" fue un parto difícil y presenta todas las deformaciones consiguientes» (Freud, 1965*a*, pág. 163).

Aunque así sea, este artículo, punto de partida de muchas líneas de pensamiento posteriores, exige un estudio prolongado —y no ha de defraudar a quien lo emprenda—. Algunas de sus ideas se siguieron elaborando en «Duelo y melancolía» (1917*e*), *infra*, págs. 235 y sigs., y en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921*c*), capítulos VIII y XI. El tema del narcisismo ocupa también la mayor parte de la 26ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17). El ulterior desarrollo de sus nuevos puntos de vista sobre la estructura de la psique —que ya comienzan a hacerse evidentes aquí— llevaría a Freud a reevaluar algunas de sus afirmaciones, especialmente respecto del funcionamiento del yo. En relación con esto debe señalarse que el significado atribuido por Freud a «*das Ich*» {el yo} sufrió una gradual modificación. Al principio usó el término sin mayor precisión, pero en sus últimos escritos le dio un significado mucho más definido y estricto. El presente artículo ocupa un lugar de transición en este desarrollo. El tema se trata más detalladamente en mi «Introducción» a *El yo y el ello* (1923*b*), *AE*, **19**, págs. 7 y sigs.

James Strachey

# I

El término *narcisismo* proviene de la descripción clínica y fue escogido por P. Näcke [1] en 1899 para designar aquella conducta por la cual un individuo da a su cuerpo propio un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual; vale decir, lo mira con complacencia sexual, lo acaricia, lo mima, hasta que gracias a estos manejos alcanza la satisfacción plena. En este cuadro, cabalmente desarrollado, el narcisismo cobra el significado de una perversión que ha absorbido toda la vida sexual de la persona; su estudio se aborda entonces con las mismas expectativas que el de cualquiera otra de las perversiones.

Resultó después evidente a la observación psicoanalítica que rasgos aislados de esa conducta aparecen en muchas personas aquejadas por otras perturbaciones; así ocurre, según Sadger, entre los homosexuales. Por fin, surgió la conjetura de que una colocación de la libido definible como narcisismo podía entrar en cuenta en un radio más vasto y reclamar su sitio dentro del desarrollo sexual regular del hombre.[2] A la misma conjetura se llegó a partir de las dificultades que ofrecía el trabajo psicoanalítico en los neuróticos, pues pareció como si una conducta narcisista de esa índole constituyera en ellos una de las barreras con que se chocaba en el intento de mejorar su estado. El narcisismo, en este sentido, no sería una perversión, sino el complemento

1 [En una nota agregada en 1920 a *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 199, *n.* 17, Freud dice que se equivocó al afirmar en el presente artículo que el término «narcisismo» fue introducido por Näcke, y que debería haberlo atribuido a Havelock Ellis. Sin embargo, el mismo Ellis escribió posteriormente (1927) un breve artículo donde corrigió la corrección de Freud y sostuvo que, en verdad, la prioridad debía dividirse entre él y Näcke, explicando que el término «*Narcissus-like*» {«a la manera de Narciso»} fue usado por él en 1898 como descripción de una actitud psicológica, y que Näcke introdujo en 1899 el término «*Narcismus*» para describir una perversión sexual. La palabra alemana utilizada por Freud es «*Narzissmus*». En su artículo sobre el caso Schreber (1911*c*), *AE*, **12**, pág. 56, Freud sostuvo que esta grafía de la palabra, aunque «no tan correcta» como «*Narzissismus*», era «más breve y menos malsonante».]

2 Otto Rank (1911*f*).

libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación, de la que justificadamente se atribuye una dosis a todo ser vivo.

Un motivo acuciante para considerar la imagen de un narcisismo primario y normal surgió a raíz del intento de incluir bajo la premisa de la teoría de la libido el cuadro de la *dementia praecox* (Kraepelin) o esquizofrenia (Bleuler). Los enfermos que he propuesto designar «parafrénicos» [3] muestran dos rasgos fundamentales de carácter: el delirio de grandeza y el extrañamiento de su interés respecto del mundo exterior (personas y cosas). Esta última alteración los hace inmunes al psicoanálisis, los vuelve incurables para nuestros empeños. Ahora bien, el extrañamiento del parafrénico respecto del mundo exterior reclama una caracterización más precisa. También el histérico y el neurótico obsesivo han resignado (hasta donde los afecta su enfermedad) el vínculo con la realidad. Pero el análisis muestra que en modo alguno han cancelado el vínculo erótico con personas y cosas. Aún lo conservan en la fantasía; vale decir: han sustituido los objetos reales por objetos imaginarios de su recuerdo o los han mezclado con estos, por un lado; y por el otro, han renunciado a emprender las acciones motrices que les permitirían conseguir sus fines en esos objetos. A este estado de la libido debería aplicarse con exclusividad la expresión que Jung usa indiscriminadamente: *introversión* de la libido.[4] Otro es el caso de los parafrénicos. Parecen haber retirado realmente su libido de las personas y cosas del mundo exterior, pero sin sustituirlas por otras en su fantasía. Y cuando esto último ocurre, parece ser algo secundario y corresponder a un intento de curación que quiere reconducir la libido al objeto.[5]

Surge esta pregunta: ¿Cuál es el destino de la libido sustraída de los objetos en la esquizofrenia? El delirio de grandeza propio de estos estados nos indica aquí el camino. Sin duda, nació a expensas de la libido de objeto. La libido sustraída del mundo exterior fue conducida al yo, y así surgió una conducta que podemos llamar narcisismo. Ahora bien, el delirio de grandeza no es por su parte una creación nueva,

3 [En una extensa nota al pie que agregué en el caso Schreber (1911*c*), *AE*, **12**, pág. 70, *n*. 25, me he referido al empleo que hace Freud de este término.]

4 [Véase una nota al pie en «Sobre la dinámica de la trasferencia» (1912*b*), *AE*, **12**, pág. 99, *n*. 5.]

5 Véase respecto de estas tesis el examen del «fin del mundo» en el análisis del *Senatspräsident* Schreber [(1911*c*), *AE*, **12**, pág. 64]. Además: Abraham, 1908. [Cf. también *infra*, pág. 83.]

sino, como sabemos, la amplificación y el despliegue de un estado que ya antes había existido. Así, nos vemos llevados a concebir el narcisismo que nace por replegamiento de las investiduras de objeto como un narcisismo secundario que se edifica sobre la base de otro, primario, oscurecido por múltiples influencias.

Entiéndase bien: no pretendo aquí aclarar el problema de la esquizofrenia ni profundizar en él, sino sólo recopilar lo ya dicho en otros lugares,[6] a fin de justificar una introducción del narcisismo {como concepto de la teoría de la libido}.

Un tercer aporte a esta extensión, legítima según creo, de la teoría de la libido lo proporcionan nuestras observaciones y concepciones sobre la vida anímica de los niños y de los pueblos primitivos. En estos últimos hallamos rasgos que, si se presentasen aislados, podrían imputarse al delirio de grandeza: una sobrestimación del poder de sus deseos y de sus actos psíquicos, la «omnipotencia de los pensamientos», una fe en la virtud ensalmadora de las palabras y una técnica dirigida al mundo exterior, la «magia», que aparece como una aplicación consecuente de las premisas de la manía de grandeza.[7] Suponemos una actitud totalmente análoga frente al mundo exterior en los niños de nuestro tiempo, cuyo desarrollo nos resulta mucho más impenetrable.[8] Nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los seudópodos que emite.[9] Esta pieza de la colocación libidinal no podía sino ocultarse al principio a nuestra investigación, cuyo punto de partida fueron los síntomas neuróticos. Las emanaciones de esta libido, las investiduras de objeto, que pueden ser emitidas y retiradas de nuevo, fueron las únicas que nos saltaron a la vista. Vemos también a grandes rasgos una oposición entre la libido yoica y la libido de objeto.[10] Cuan-

[6] [Véanse, en particular, las obras mencionadas en la última nota. De hecho, más adelante Freud penetra más a fondo en el problema (cf. pág. 83).]

[7] Cf. los pasajes de mi obra *Tótem y tabú* (1912-13) que se ocupan de este tema. [Están sobre todo en el tercer ensayo, *AE*, **13**, págs. 86 y sigs.]

[8] Cf. Ferenczi, 1913*c*.

[9] [Freud volvió a usar esta y otras analogías similares más de una vez; por ejemplo, en la 26ª de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, pág. 379, y en su breve artículo sobre «Una dificultad del psicoanálisis» (1917*a*), *AE*, **17**, págs. 130-1. Posteriormente corrigió algunos de los puntos de vista expresados aquí. Cf. mi «Nota introductoria», *supra*, pág. 69.]

[10] [Freud traza esta distinción por primera vez aquí.]

to más gasta una, tanto más se empobrece la otra. El estado del enamoramiento se nos aparece como la fase superior de desarrollo que alcanza la segunda; lo concebimos como una resignación de la personalidad propia en favor de la investidura de objeto y discernimos su opuesto en la fantasía (o percepción de sí mismo) de «fin del mundo» de los paranoicos.[11] En definitiva concluimos, respecto de la diferenciación de las energías psíquicas, que al comienzo están juntas en el estado del narcisismo y son indiscernibles para nuestro análisis grueso, y sólo con la investidura de objeto se vuelve posible diferenciar una energía sexual, la libido, de una energía de las pulsiones yoicas.[12]

Antes de seguir adelante debo tocar dos cuestiones que nos ponen en el centro de las dificultades del tema. La primera: ¿Qué relación guarda el narcisismo, de que ahora tratamos, con el autoerotismo, que hemos descrito como un estado temprano de la libido? [13] La segunda: Si admitimos para el yo una investidura primaria con libido, ¿por qué seguiríamos forzados a separar una libido sexual de una energía no sexual de las pulsiones yoicas? ¿Acaso suponer una energía psíquica unitaria no ahorraría todas las dificultades que trae separar energía pulsional yoica y libido yoica, libido yoica y libido de objeto? [14]

Sobre la primera pregunta, hago notar: Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya.

La exhortación a responder terminantemente la segunda pregunta no puede sino suscitar un malestar notable en todo psicoanalista. Uno se debate en este dilema: es desagradable abandonar la observación a cambio de unas estériles disputas teóricas, pero no es lícito sustraerse de un intento de clari-

[11] [Cf. *supra*, pág. 72, *n.* 5.] Este «fin del mundo» presenta dos mecanismos: cuando toda investidura libidinal se drena sobre el objeto amado, y cuando toda refluye en el yo.

[12] [La evolución de las opiniones de Freud sobre las pulsiones se describe parcialmente en mi «Nota introductoria» a «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*), *infra*, págs. 109 y sigs.]

[13] [Véase el segundo de los *Tres ensayos* (1905*d*), *AE*, **7**, págs. 164-6.]

[14] [Véase una observación sobre este pasaje en mi «Nota introductoria» a «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*), *infra*, pág. 111.]

ficación. Por cierto, representaciones como las de libido yoica, energía pulsional yoica y otras semejantes no son aprehensibles con facilidad, ni su contenido es suficientemente rico; una teoría especulativa de las relaciones entre ellas pretendería obtener primero, en calidad de fundamento, un concepto circunscrito con nitidez. Sólo que a mi juicio esa es, precisamente, la diferencia entre una teoría especulativa y una ciencia construida sobre la interpretación de la *empiria*. Esta última no envidiará a la especulación el privilegio de una fundamentación tersa, incontrastable desde el punto de vista lógico; de buena gana se contentará con unos pensamientos básicos que se pierden en lo nebuloso y apenas se dejan concebir; espera aprehenderlos con mayor claridad en el curso de su desarrollo en cuanto ciencia y, llegado el caso, está dispuesta a cambiarlos por otros. Es que tales ideas no son el fundamento de la ciencia, sobre el cual descansaría todo; lo es, más bien, la sola observación. No son el cimiento sino el remate del edificio íntegro, y pueden sustituirse y desecharse sin perjuicio. En nuestros días vivimos idéntica situación en la física, cuyas intuiciones básicas sobre la materia, los centros de fuerzas, la atracción y conceptos parecidos están sujetos casi a tantos reparos como los correspondientes del psicoanálisis.[15]

El valor de los conceptos de libido yoica y libido de objeto reside en que provienen de un procesamiento de los caracteres íntimos del suceder neurótico y psicótico. La separación de la libido en una que es propia del yo y una endosada a los objetos es la insoslayable prolongación de un primer supuesto que dividió pulsiones sexuales y pulsiones yoicas. Al menos me obligó a esto último el análisis de las neurosis de trasferencia puras (histeria y neurosis obsesiva), y todo lo que sé es que los intentos de dar razón de estos fenómenos por otros medios han fracasado radicalmente.

Dada la total inexistencia de una doctrina de las pulsiones que de algún modo nos oriente, está permitido o, mejor, es obligatorio adoptar provisionalmente algún supuesto y someterlo a prueba de manera consecuente hasta que fracase o se corrobore. Ahora bien, el supuesto de una separación originaria entre unas pulsiones sexuales y otras, yoicas, viene avalado por muchas cosas, y no sólo por su utilidad para el análisis de las neurosis de trasferencia. Concedo que este factor por sí solo no sería inequívoco, pues podría tratarse

[15] [Freud amplía esta línea de pensamiento en el pasaje inicial de «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*), *infra*, pág. 113.]

de una energía psíquica indiferente,[16] que únicamente por el acto de la investidura de objeto se convirtiese en libido. Pero, en primer lugar, esta división conceptual responde al distingo popular tan corriente entre hambre y amor. En segundo lugar, consideraciones *biológicas* abogan en su favor. El individuo lleva realmente una existencia doble, en cuanto es fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario contra su voluntad o, al menos, sin que medie esta. El tiene a la sexualidad por uno de sus propósitos, mientras que otra consideración lo muestra como mero apéndice de su plasma germinal, a cuya disposición pone sus fuerzas a cambio de un premio de placer; es el portador mortal de una sustancia —quizás— inmortal, como un mayorazgo no es sino el derechohabiente temporario de una institución que lo sobrevive. La separación de las pulsiones sexuales respecto de las yoicas no haría sino reflejar esta función doble del individuo.[17] En tercer lugar, debe recordarse que todas nuestras provisionalidades psicológicas deberán asentarse alguna vez en el terreno de los sustratos orgánicos. Es probable, pues, que sean materias y procesos químicos particulares los que ejerzan los efectos de la sexualidad y hagan de intermediarios en la prosecución de la vida individual en la vida de la especie. [Cf. pág. 120 y *n.* 12.] Nosotros tomamos en cuenta tal probabilidad sustituyendo esas materias químicas particulares por fuerzas psíquicas particulares.

Precisamente porque siempre me he esforzado por mantener alejado de la psicología todo lo que le es ajeno, incluido el pensamiento biológico, quiero confesar en este lugar de manera expresa que la hipótesis de unas pulsiones sexuales y yoicas separadas, y por tanto la teoría de la libido, descansa mínimamente en bases psicológicas, y en lo esencial tiene apoyo biológico. Así pues, tendré la suficiente consecuencia para desechar esta hipótesis si del trabajo psicoanalítico mismo surgiere una premisa diferente y más servicial acerca de las pulsiones. Hasta ahora ello no ha ocurrido. También podría ser que la energía sexual, la libido —en su fundamento último y en su remoto origen—, no fuese sino un producto de la diferenciación de la energía que actúa en toda la psique. Pero una aseveración así es intrascendente. Se refiere a cosas ya tan alejadas de los problemas de nuestra

16 [Esta idea aparece también en *El yo y el ello* (1923*b*), *AE,* **19**, pág. 45.]

17 [Las implicaciones psicológicas de la teoría del plasma germinal de Weismann se abordan mucho más extensamente en *Más allá del principio de placer* (1920*g*), *AE,* **18**, págs. 44 y sigs.]

observación y de tan escaso contenido cognoscitivo que es por igual ocioso impugnarla o darla por válida; posiblemente esa identidad primordial no tendría con nuestros intereses analíticos mayor relación que la del parentesco primordial de todas las razas humanas con la prueba de que se es pariente del testador, exigida para la trasmisión legal de la herencia. Con todas esas especulaciones no llegamos a ninguna parte; puesto que no podemos esperar hasta que alguna otra ciencia nos obsequie las soluciones definitivas en materia de doctrina de las pulsiones, es atinado averiguar si una síntesis de los fenómenos psicológicos no puede echar luz sobre aquellos enigmas biológicos básicos. Familiaricémonos con la posibilidad del error, pero no nos abstengamos de extender de manera consecuente el supuesto escogido en primer término [18] (y que el análisis de las neurosis de trasferencia nos forzó a adoptar) de una oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas, para averiguar si admite un desarrollo fecundo y exento de contradicción y si es aplicable también a otras afecciones, por ejemplo a la esquizofrenia.

Otra cosa sería, desde luego, si se aportara la prueba de que la teoría de la libido ya ha fracasado en la explicación de la enfermedad mencionada en último término. C. G. Jung (1912) lo aseveró, con lo cual me forzó a hacer las anteriores puntualizaciones, que de buena gana me habría ahorrado. Hubiese preferido seguir hasta el final el camino que emprendí en el análisis del caso Schreber, callando acerca de sus premisas. Ahora bien, la aseveración de Jung es, por lo menos, precipitada. Sus fundamentaciones son pobres. Sobre todo, aduce mi propio testimonio; yo habría dicho que me vi precisado, en vista de las dificultades del análisis de Schreber, a ampliar el concepto de libido, vale decir, a resignar su contenido sexual y hacer coincidir libido con interés psíquico en general. Ya Ferenczi (1913*b*), en una crítica a fondo al trabajo de Jung, expuso lo que hay que decir para rectificar esa interpretación falsa. No me resta sino declararme de acuerdo con él y repetir que yo no expresé semejante renuncia a la teoría de la libido. Otro argumento de Jung, a saber, que no es concebible que la pérdida de la función normal de lo real [19] pueda ser causada por el solo

[18] [«*Ersterwählte*» («escogido en primer término») en las ediciones anteriores a 1924. Las ediciones posteriores dicen «*ersterwähnte*» («mencionado en primer término»), lo cual no parece tan adecuado al contexto y puede ser un error de imprenta.]

[19] [La frase pertenece a Janet (1909): «*La fonction du réel*». Véanse las frases con que Freud comienza sus «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911*b*).]

retiro de la libido, no es tal, sino un decreto; *it begs the question,** toma la decisión de antemano y se ahorra la discusión, pues justamente debería investigarse si ello es posible y el modo en que lo es. En su siguiente gran trabajo (1913 [págs. 339-40]), Jung roza muy de pasada la solución que yo apunté hace ya mucho: «En relación con ello, sólo resta considerar un punto —al cual, por lo demás, Freud se refiere en su trabajo sobre el caso Schreber [1911*c*]—: que la introversión de la *libido sexualis* lleva a una investidura del "yo", y posiblemente por esta vía se produce aquel efecto de pérdida de realidad. Es de hecho una tentadora posibilidad explicar de esta manera la psicología de la pérdida de realidad». Sólo que Jung no se interna mucho en esa posibilidad. Pocas líneas [20] después se deshace de ella observando que, si se partiese de esta condición, «se obtendría la psicología de un anacoreta ascético, pero no una *dementia praecox*». Inapropiada comparación, incapaz de llevarnos a decisión alguna, según lo enseña esta reflexión: un anacoreta así, que «se afana en desarraigar todo rastro de interés sexual» (vale decir, sólo en el sentido popular de la palabra «sexual»), ni siquiera tiene que presentar necesariamente una colocación patógena de la libido. Pudo haber extrañado enteramente de los seres humanos su interés sexual, sublimándolo empero en un interés acrecentado por lo divino, lo natural, lo animal, sin que ello le hiciera caer en una introversión de su libido sobre sus fantasías ni en un regreso de ella a su yo. Parece que esta comparación desdeña de antemano el distingo posible entre un interés procedente de fuentes eróticas y otras clases de interés. Recordemos, además, que las investigaciones de la escuela suiza, con todo lo meritorias que son, sólo en dos puntos han contribuido a esclarecer el cuadro de la *dementia praecox*: la existencia de los complejos, comprobados tanto en personas sanas como en neuróticos, y la semejanza entre los productos de la fantasía de los aquejados por esa enfermedad y los mitos de los pueblos; pero como no han podido echar luz alguna sobre el mecanismo de la contracción de la enfermedad, podemos desechar el aserto de Jung según el cual la teoría de la libido ha fracasado en arrancar los secretos a la *dementia praecox* y por eso quedó liquidada también respecto de las otras neurosis.

* {«Es una petición de principio».}

20 [Todas las ediciones alemanas dicen «*Seiten*» («páginas»), error de imprenta por «*Zeilen*».]

# II

Un estudio directo del narcisismo me parece bloqueado por dificultades particulares. La principal vía de acceso a él seguirá siendo el análisis de las parafrenias. Así como las neurosis de trasferencia nos posibilitaron rastrear las mociones pulsionales libidinosas, la *dementia praecox* y la paranoia nos permitirán inteligir la psicología del yo. De nuevo tendremos que colegir la simplicidad aparente de lo normal desde las desfiguraciones y exageraciones de lo patológico. No obstante, para aproximarnos al conocimiento del narcisismo nos quedan expeditos algunos otros caminos que describiré en el siguiente orden: la consideración de la enfermedad orgánica, de la hipocondría y de la vida amorosa de los sexos.

Ha sido una sugerencia verbal de Sándor Ferenczi la que me llevó a apreciar la influencia de la enfermedad orgánica sobre la distribución de la libido. Es sabido —y nos parece un hecho trivial— que la persona afligida por un dolor orgánico y por sensaciones penosas resigna su interés por todas las cosas del mundo exterior que no se relacionen con su sufrimiento. Una observación más precisa nos enseña que, mientras sufre, también retira de sus objetos de amor el interés libidinal, cesa de amar. La trivialidad de este hecho no ha de disuadirnos de procurarle traducción dentro de la terminología de la teoría de la libido. Diríamos entonces: El enfermo retira sobre su yo sus investiduras libidinales para volver a enviarlas después de curarse. Dice Wilhelm Busch, acerca del poeta con dolor de muelas: «En la estrecha cavidad de su muela se recluye su alma toda».[1] Libido e interés yoico tienen aquí el mismo destino y se vuelven otra vez indiscernibles. El notorio egoísmo del enfermo los recubre a ambos. Si hallamos esto tan trivial, es porque estamos ciertos de que en el mismo caso nos comportaríamos de idéntico modo. El decaimiento de la disposición a amar, aun la más intensa, por obra de perturbaciones corporales, su sustitución

[1] [*Balduin Bählamm*, capítulo 8.]

repentina por una indiferencia total, han sido convenientemente aprovechados por el arte cómico.

A semejanza de la enfermedad, también el estado del dormir implica un retiro narcisista de las posiciones libidinales sobre la persona propia; más precisamente, sobre el exclusivo deseo de dormir. El egoísmo de los sueños calza bien en esta conexión. [Cf. *infra*, pág. 222.] En ambos casos vemos, si no otra cosa, al menos ejemplos de alteraciones en la distribución de la libido a consecuencia de una alteración en el yo.

La hipocondría se exterioriza, al igual que la enfermedad orgánica, en sensaciones corporales penosas y dolorosas, y coincide también con ella por su efecto sobre la distribución de la libido. El hipocondríaco retira interés y libido —esta última de manera particularmente nítida— de los objetos del mundo exterior y los concentra sobre el órgano que le atarea. Ahora bien, hay una diferencia patente entre hipocondría y enfermedad orgánica: en el segundo caso las sensaciones penosas tienen su fundamento en alteraciones [orgánicas] comprobables, en el primero no. Pero sería enteramente congruente con los marcos de toda nuestra concepción sobre los procesos de la neurosis que nos decidiésemos a decir: La hipocondría ha de tener razón, tampoco en ella han de faltar las alteraciones de órgano. Ahora bien, ¿en qué consistirían?

Nos llevaremos aquí por una experiencia: tampoco en las otras neurosis faltan sensaciones corporales de carácter displacentero, comparables a las hipocondríacas. Ya una vez, con anterioridad, expresé mi inclinación a considerar la hipocondría como una tercera neurosis actual, junto a la neurastenia y a la neurosis de angustia.[2] Probablemente no sea excesivo imaginar que una partícula de hipocondría es, por lo general, constitutiva de las otras neurosis. Lo vemos de la manera más clara en la neurosis de angustia y en la histeria edificada sobre ella. Ahora bien, el modelo que conocemos

[2] [La primera alusión a esto figura, al parecer, en una nota al pie del caso Schreber (1911*c*), *AE*, **12**, pág. 53, *n*. 38. Freud lo volvió a mencionar brevemente, aunque de manera más explícita, en su contribución al debate sobre el onanismo llevado a cabo en la Sociedad Psicoanalítica de Viena (1912*f*). Retomó el tema más tarde, en la 24ª de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, págs. 351 y sigs. Había tratado ya la relación entre la hipocondría y las otras neurosis «actuales» en un período muy anterior; véase su primer artículo sobre las neurosis de angustia (1895*b*), *AE*, **3**, págs. 93-4.]

de un órgano de sensibilidad dolorosa, que se altera de algún modo y a pesar de ello no está enfermo en el sentido habitual, son los genitales en su estado de excitación. En ese estado reciben aflujo sanguíneo, se hinchan, se humedecen y son sede de múltiples sensaciones. Llamemos a la actividad por la cual un lugar del cuerpo envía a la vida anímica estímulos de excitación sexual, su *erogenidad*; y si además reparamos en que, por las elucidaciones de la teoría sexual, estamos familiarizados hace mucho con la concepción de que algunos otros lugares del cuerpo —las zonas *erógenas*— podían subrogar a los genitales y comportarse de manera análoga a ellos,[3] sólo hemos de aventurar aquí un paso más. Podemos decidirnos a considerar la erogenidad como una propiedad general de todos los órganos, y ello nos autorizaría a hablar de su aumento o su disminución en una determinada parte del cuerpo. A cada una de estas alteraciones de la erogenidad en el interior de los órganos podría serle paralela una alteración de la investidura libidinal dentro del yo En tales factores habríamos de buscar aquello que está en la base de la hipocondría y puede ejercer, sobre la distribución de la libido, idéntico efecto que la contracción de una enfermedad material de los órganos.

Advertimos que, prosiguiendo esta ilación de pensamiento, tropezamos no sólo con el problema de la hipocondría, sino con el de las otras neurosis actuales, la neurastenia y la neurosis de angustia. Por eso queremos detenernos en este punto; no está en el propósito de una indagación puramente psicológica traspasar tanto la frontera hacia el ámbito de la investigación fisiológica. Limitémonos a consignar lo que desde este punto puede conjeturarse: la hipocondría es a la parafrenia, aproximadamente, lo que las otras neurosis actuales son a la histeria y a la neurosis obsesiva; vale decir, depende de la libido yoica, así como las otras dependen de la libido de objeto; la angustia hipocondríaca sería, del lado de la libido yoica, el correspondiente de la angustia neurótica. Además: Si ya estamos familiarizados con la idea de que el mecanismo de la contracción de la enfermedad y de la formación de síntoma en las neurosis de trasferencia (el pasaje de la introversión a la regresión) ha de conectarse con una estasis de la libido de objeto,[4] podemos aproximarnos también a la imagen de una estasis de la libido yoica, vinculándola con los fenómenos de la hipocondría y de la parafrenia.

[3] [Cf. *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, págs. 166-7.]
[4] Cf. [las páginas iniciales de] «Sobre los tipos de contracción de neurosis» (1912*c*).

Nuestro apetito de saber nos plantea naturalmente esta pregunta: ¿Por qué una estasis así de la libido en el interior del yo se sentiría displacentera? Yo me contentaría con responder que el displacer en general es la expresión de un aumento de tensión y que, por tanto, aquí, como en otras partes, una cantidad del acontecer material es la que se traspone en la cualidad psíquica del displacer; comoquiera que fuese, acaso lo decisivo para el desarrollo de displacer no sería la magnitud absoluta de ese proceso material, sino, más bien, una cierta función de esa magnitud absoluta.[5] Desde este punto, aun podemos atrevernos a incursionar en otro problema: ¿En razón de qué se ve compelida la vida anímica a traspasar los límites del narcisismo y poner {*setzen*} la libido sobre objetos? [6] La respuesta que dimana de nuestra ilación de pensamiento diría, de nuevo, que esa necesidad sobreviene cuando la investidura {*Besetzung*} del yo con libido ha sobrepasado cierta medida. Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar. Algo parecido a la psicogénesis de la creación del mundo, según la imaginó H. Heine:

«Enfermo estaba; y ese fue
de la creación el motivo:
creando convalecí,
y en ese esfuerzo sané».[7] *

Hemos discernido a nuestro aparato anímico sobre todo como un medio que ha recibido el encargo de dominar excitaciones que en caso contrario provocarían sensaciones penosas o efectos patógenos. La elaboración psíquica presta un extraordinario servicio al desvío interno de excitaciones no susceptibles de descarga directa al exterior, o bien cuya descarga directa sería indeseable por el momento. Ahora bien,

[5] [Toda esta cuestión se aborda más cabalmente en «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*), *infra*, págs. 115 y sigs. Sobre el empleo del término «cantidad» en la oración anterior, véase el «Proyecto de psicología» (Freud, 1950*a*), *AE*, **1**, págs. 339-41.]

[6] [Un tratamiento mucho más elaborado de este problema se encontrará en «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*), *infra*, págs. 129 y sigs.]

[7] [*Neue Gedichte*, «Schöpfungslieder VII».]

* {«*Erschaffen*», «crear», puede significar, asimismo, «criar» en sentido orgánico; y «*genesen*», «convalecer», puede entenderse como «dar a luz un hijo». Los versos son susceptibles, pues, de una doble lectura.}

al principio es indiferente que ese procesamiento interno acontezca en objetos reales o en objetos imaginados. La diferencia se muestra después, cuando la vuelta de la libido sobre los objetos irreales (introversión) ha conducido a una estasis libidinal. En las parafrenias, el delirio de grandeza permite esta clase de procesamiento de la libido devuelta al yo; quizá sólo después de frustrado ese delirio de grandeza, la estasis libidinal en el interior del yo se vuelve patógena y provoca el proceso de curación que se nos aparece como enfermedad.

Intento aquí penetrar unos pocos pasos más en el mecanismo de la parafrenia, y resumo las concepciones que ya hoy me parecen dignas de consideración. Sitúo la diferencia entre estas afecciones y las neurosis de trasferencia en la siguiente circunstancia: en aquellas, la libido liberada por frustración no queda adscrita a los objetos en la fantasía, sino que se retira sobre el yo; el delirio de grandeza procura entonces el dominio psíquico de este volumen de libido, vale decir, es la operación psíquica equivalente a la introversión sobre las formaciones de la fantasía en las neurosis de trasferencia; de su frustración nace la hipocondría de la parafrenia, homóloga a la angustia de las neurosis de trasferencia. Sabemos que esta angustia puede relevarse mediante una ulterior elaboración psíquica, a saber, mediante conversión, formación reactiva, formación protectora (fobia). En lugar de esto, en las parafrenias tenemos el intento de restitución, al que debemos las manifestaciones patológicas más llamativas. Puesto que la parafrenia a menudo (si no la mayoría de las veces) trae consigo un desasimiento meramente parcial de la libido respecto de los objetos, dentro de su cuadro pueden distinguirse tres grupos de manifestaciones: 1) las de la normalidad conservada o la neurosis (manifestaciones residuales); 2) las del proceso patológico (el desasimiento de la libido respecto de los objetos, y de ahí el delirio de grandeza, la hipocondría, la perturbación afectiva, todas las regresiones), y 3) las de la restitución, que deposita de nuevo la libido en los objetos al modo de una histeria (*dementia praecox*, parafrenia propiamente dicha) o al modo de una neurosis obsesiva (paranoia). Esta nueva investidura libidinal se produce desde un nivel diverso y bajo otras condiciones que la investidura primaria.[8] La diferencia entre las neurosis de trasferencia generadas por ella y las formaciones correspondientes del yo normal debería poder proporcionar-

[8] [Véanse algunos comentarios adicionales sobre este punto al final del artículo sobre «Lo inconciente» (1915*e*), *infra*, pág. 200.]

nos la intelección más honda de la estructura de nuestro aparato anímico.

Una tercera vía de acceso al estudio del narcisismo es la vida amorosa del ser humano dentro de su variada diferenciación en el hombre y en la mujer. Así como al comienzo la libido yoica quedó oculta para nuestra observación tras la libido de objeto, reparamos primero en que el niño (y el adolescente) elige sus objetos sexuales tomándolos de sus vivencias de satisfacción. Las primeras satisfacciones sexuales autoeróticas son vivenciadas a remolque de funciones vitales que sirven a la autoconservación. Las pulsiones sexuales se apuntalan al principio en la satisfacción de las pulsiones yoicas, y sólo más tarde se independizan de ellas; ahora bien, ese apuntalamiento sigue mostrándose en el hecho de que las personas encargadas de la nutrición, el cuidado y la protección del niño devienen los primeros objetos sexuales: son, sobre todo, la madre o su sustituto. Junto a este tipo y a esta fuente de la elección de objeto, que puede llamarse el tipo del *apuntalamiento* [tipo anaclítico],[9] * la investigación analítica nos ha puesto en conocimiento de un segundo tipo que no estábamos predispuestos a descubrir.

9 [«*Anlehnungstypus*». El término ha sido traducido al inglés como «*anaclitic type*» {«tipo anaclítico»} por analogía con el término gramatical «*enclitic*» {«enclítico»}, que designa a las partículas que no pueden ser la primera palabra de una frase, sino que deben agregarse a, o apuntalarse en, una más importante; por ejemplo el latín «*enim*» o el griego «δέ». {En castellano, sólo conservan esta característica los pronombres personales en dativo y acusativo: «Dí*selo* tú», «Trác*mela*».} Esta parece ser la primera vez que figura en una publicación el término «*Anlehnungstypus*». La idea de que un niño alcanza su primer objeto sexual sobre la base de su pulsión de nutrición se encuentra ya en la primera edición de los *Tres ensayos* (1905*d*), *AE*, **7**, págs. 202-3; pero las dos o tres menciones explícitas al «*Anlehnungstypus*» que figuran en ese trabajo se agregaron recién en la edición de 1915. El concepto se preanuncia muy claramente en «Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa» (1912*d*), *AE*, **11**, pág. 174. El término «*angelehnte*» («apuntalado») se emplea en un sentido similar en el historial clínico de Schreber (1911*c*), *AE*, **12**, pág. 57, pero allí no se enuncia la hipótesis subyacente. — Debe señalarse que el apuntalamiento {*attachment*} indicado por el término es de las pulsiones sexuales en las pulsiones yoicas, no del niño en su madre.]

* {La solución adoptada por Strachey se ha extendido a la literatura psicoanalítica en idioma castellano: «tipo anaclítico». Empero, en la presente edición hemos optado por traducir siempre «*Anlehnung*» por «apuntalamiento» y «*anlehnen*» por «apuntalar». Con respecto a la observación final que hace Strachey, debe señalarse que él emplea «*attachment type*» como sinónimo de «*anaclitic type*» y la palabra «*attachment*» tiene el sentido de un vínculo afectivo.}

Hemos descubierto que ciertas personas, señaladamente aquellas cuyo desarrollo libidinal experimentó una perturbación (como es el caso de los perversos y los homosexuales), no eligen su posterior objeto de amor según el modelo de la madre, sino según el de su persona propia. Manifiestamente se buscan a sí mismos como objeto de amor, exhiben el tipo de elección de objeto que ha de llamarse *narcisista*. En esta observación ha de verse el motivo más fuerte que nos llevó a adoptar la hipótesis del narcisismo.

Ahora bien, no hemos inferido que los seres humanos se descomponen tajantemente en dos grupos según que su elección de objeto responda a uno de los dos tipos, el narcisista o el del apuntalamiento; más bien, promovemos esta hipótesis: todo ser humano tiene abiertos frente a sí ambos caminos para la elección de objeto, pudiendo preferir uno o el otro. Decimos que tiene dos objetos sexuales originarios: él mismo y la mujer que lo crió, y presuponemos entonces en todo ser humano el narcisismo primario que, eventualmente, puede expresarse de manera dominante en su elección de objeto.

La comparación entre hombre y mujer muestra, después, que en su relación con el tipo de elección de objeto presentan diferencias fundamentales, aunque no, desde luego, regulares. El pleno amor de objeto según el tipo del apuntalamiento es en verdad característico del hombre. Exhibe esa llamativa sobrestimación sexual que sin duda proviene del narcisismo originario del niño y, así, corresponde a la trasferencia de ese narcisismo sobre el objeto sexual. Tal sobrestimación sexual da lugar a la génesis del enamoramiento, ese peculiar estado que recuerda a la compulsión neurótica y se reconduce, por lo dicho, a un empobrecimiento libidinal del yo en beneficio del objeto.[10] Diversa es la forma que presenta el desarrollo en el tipo más frecuente, y con probabilidad más puro y más genuino, de la mujer. Con el desarrollo puberal, por la conformación de los órganos sexuales femeninos hasta entonces latentes, parece sobrevenirle un acrecimiento del narcisismo originario; ese aumento es desfavorable a la constitución de un objeto de amor en toda la regla, dotado de sobrestimación sexual. En particular, cuando el desarrollo la hace hermosa, se establece en ella una complacencia consigo misma que la resarce de la atrofia que la sociedad le impone en materia de elección de objeto. Tales mujeres sólo se aman, en rigor, a sí mismas, con intensidad pareja a la del

[10] [Freud vuelve sobre esto en el examen del enamoramiento que efectúa en el capítulo VIII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921*c*), *AE*, **18**, págs. 106-7.]

hombre que las ama. Su necesidad no se sacia amando, sino siendo amadas, y se prendan del hombre que les colma esa necesidad. La importancia de este tipo de mujer para la vida amorosa de los seres humanos ha de tasarse en mucho. Tales mujeres poseen el máximo atractivo {*Reiz* = estímulo} para los hombres, y no sólo por razones estéticas (pues suelen ser las más hermosas); también, a consecuencia de interesantes constelaciones psicológicas. En efecto, con particular nitidez se evidencia que el narcisismo de una persona despliega gran atracción sobre aquellas otras que han desistido de la dimensión plena de su narcisismo propio y andan en requerimiento del amor de objeto; el atractivo del niño reside en buena parte en su narcisismo, en su complacencia consigo mismo y en su inaccesibilidad, lo mismo que el de ciertos animales que no parecen hacer caso de nosotros, como los gatos y algunos grandes carniceros; y aun el criminal célebre y el humorista subyugan nuestro interés, en la figuración literaria, por la congruencia narcisista con que saben alejar de sí todo cuanto pueda empequeñecer su yo. Es como si les envidiásemos por conservar un estado psíquico beatífico, una posición libidinal inexpugnable que nosotros resignamos hace ya tiempo. Pero al gran atractivo de la mujer narcisista no le falta su reverso; buena parte de la insatisfacción del hombre enamorado, la duda sobre el amor de la mujer, el lamentarse por los enigmas de su naturaleza, tienen su raíz en esta incongruencia [entre los dos tipos] de la elección de objeto.

No es ocioso, quizá, que lo asegure: nada más lejos de mí, en esta pintura de la vida amorosa femenina, que la tendencia a menospreciar a la mujer. Prescindiendo de que soy ajeno a cualquier tendenciosidad, sé que estas conformaciones en direcciones diversas responden a la diferenciación de funciones dentro de una trabazón biológica en extremo compleja; además, estoy dispuesto a conceder que un número indeterminado de mujeres aman según el modelo masculino y también despliegan la correspondiente sobrestimación sexual.

Aun para las mujeres narcisistas, las que permanecen frías hacia el hombre, hay un camino que lleva al pleno amor de objeto. En el hijo que dan a luz se les enfrenta una parte de su cuerpo propio como un objeto extraño al que ahora pueden brindar, desde el narcisismo, el pleno amor de objeto. Y todavía hay otras que no necesitan esperar el hijo para dar ese paso en el desarrollo desde el narcisismo (secundario) hasta el amor de objeto. Antes de la pubertad se han sentido varones y durante un tramo se desarrollaron

como tales; y después que esa aspiración quedó interrumpida por la maduración de la feminidad, les resta la capacidad de ansiar un ideal masculino que es en verdad la continuación del ser varonil que una vez fueron.[11]

Un sucinto panorama de los caminos para la elección de objeto nos sugeriría estas observaciones indicativas: se ama

1. Según el tipo narcisista:

*a*. A lo que uno mismo es (a sí mismo),
*b*. A lo que uno mismo fue,
*c*. A lo que uno querría ser, y
*d*. A la persona que fue una parte del sí-mismo propio.

2. Según el tipo del apuntalamiento:

*a*. A la mujer nutricia, y
*b*. Al hombre protector

y a las personas sustitutivas que se alinean formando series en cada uno de esos caminos. El caso *c* del primer tipo sólo podrá justificarse mediante unas puntualizaciones que haremos después. [Cf. pág. 97.]

La importancia de la elección narcisista de objeto para la homosexualidad del hombre es algo que nos queda para considerar en otro contexto.[12]

El narcisismo primario que suponemos en el niño, y que contiene una de las premisas de nuestras teorías sobre la libido, es más difícil de asir por observación directa que de comprobar mediante una inferencia retrospectiva hecha desde otro punto. Si consideramos la actitud de padres tiernos hacia sus hijos, habremos de discernirla como renacimiento y reproducción del narcisismo propio, ha mucho abandonado. La sobrestimación, marca inequívoca que apreciamos como estigma narcisista ya en el caso de la elección de objeto, gobierna, como todos saben, este vínculo afectivo. Así prevalece una compulsión a atribuir al niño toda clase de perfec-

[11] [Freud desarrolló sus puntos de vista sobre la sexualidad femenina en una cantidad de artículos posteriores: «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina» (1920*a*), «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos» (1925*j*), «Sobre la sexualidad femenina» (1931*b*), y en la 33ª de sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*).]

[12] [Freud ya había planteado este punto en su estudio sobre Leonardo (1910*c*), *AE*, **11**, págs. 92 y sigs.]

ciones (para lo cual un observador desapasionado no descubriría motivo alguno) y a encubrir y olvidar todos sus defectos (lo cual mantiene estrecha relación con la desmentida de la sexualidad infantil). Pero también prevalece la proclividad a suspender frente al niño todas esas conquistas culturales cuya aceptación hubo de arrancarse al propio narcisismo, y a renovar a propósito de él la exigencia de prerrogativas a que se renunció hace mucho tiempo. El niño debe tener mejor suerte que sus padres, no debe estar sometido a esas necesidades objetivas cuyo imperio en la vida hubo de reconocerse. Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación. *His Majesty the Baby*,[13] como una vez nos creímos. Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres; el varón será un grande hombre y un héroe en lugar del padre, y la niña se casará con un príncipe como tardía recompensa para la madre. El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del yo que la fuerza de la realidad asedia * duramente, ha ganado su seguridad refugiándose en el niño. El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su trasmudación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza.

[13] [Es posible que Freud haga referencia, con esta frase, a un conocido cuadro de la época eduardiana, expuesto en la Royal Academy, que llevaba ese título y mostraba a dos policías londinenses deteniendo el farragoso tráfico para que una niñera pudiera cruzar la calle empujando un cochecito de bebé. — «Su Majestad el Yo» aparece {en alemán} en un artículo anterior, «El creador literario y el fantaseo» (1908*e*), *AE*, **9**, pág. 132.]

* {«*Die von der Realität hart bedrängte*...»: el verbo «*drängen*» y sus derivados (en este caso, «*bedrängen*») remiten a las «fuerzas» que mueven los procesos; por eso traducimos libremente «la fuerza de la realidad».}

# III

Las perturbaciones a que está expuesto el narcisismo originario del niño, las reacciones con que se defiende de ellas y las vías por las cuales es esforzado al hacerlo, he ahí unos temas que yo querría dejar en suspenso como un importante material todavía a la espera de ser trabajado; su pieza fundamental puede ponerse de resalto como «complejo de castración» (angustia por el pene en el varón, envidia del pene en la niña) y abordarse en su trabazón con el influjo del temprano amedrentamiento sexual. La indagación psicoanalítica, que nos habilitó para perseguir los destinos de las pulsiones libidinosas cuando, aisladas de las pulsiones yoicas, se encuentran en oposición a estas, nos permite en este ámbito unas inferencias retrospectivas a una época y a una situación psíquica en que ambas clases de pulsiones emergían como intereses narcisistas actuando todavía de consuno en unión inseparable.

Alfred Adler [1910] extrajo de esta trama su «protesta masculina», que él ha elevado a la condición de fuerza impulsora casi exclusiva de la formación del carácter y de la neurosis, al paso que no la funda en una aspiración narcisista, y por tanto todavía de naturaleza libidinosa, sino en una valoración social. En la investigación psicoanalítica se ha admitido desde el comienzo mismo la existencia e importancia de la «protesta masculina», pero, en contra de Adler, se sostuvo que era de naturaleza narcisista y que tenía su origen en el complejo de castración. Atañe a la formación del carácter, en cuya génesis interviene junto a muchos otros factores, pero es por completo inapropiada para esclarecer los problemas de las neurosis, a los que Adler no quiere atender sino en cuanto al modo en que sirven al interés del yo. Juzgo totalmente imposible colocar la génesis de la neurosis sobre la base estrecha del complejo de castración, por grande que sea la fuerza con que aflora en ciertos hombres entre las resistencias a la curación de la neurosis. Por último, conozco también casos de neurosis en los cuales la «protesta masculina» (o bien, en nuestra doctrina, el complejo

de castración) no desempeña papel patógeno alguno o ni siquiera aparece.[1]

La observación del adulto normal muestra amortiguado el delirio de grandeza que una vez tuvo, y borrados los caracteres psíquicos desde los cuales hemos discernido su narcisismo infantil. ¿Qué se ha hecho de su libido yoica? ¿Debemos suponer que su monto íntegro se insumió en investiduras de objeto? Esta posibilidad contradice manifiestamente toda la trayectoria de nuestras elucidaciones; ahora bien, también aquí la psicología de la represión nos presta alguna referencia para elaborar una respuesta diversa.

Tenemos sabido que mociones pulsionales libidinosas sucumben al destino de la represión patógena cuando entran en conflicto con las representaciones culturales y éticas del individuo. Nunca entendimos esta condición en el sentido de que la persona tuviera un conocimiento meramente intelectual de la existencia de esas representaciones; supusimos siempre que las acepta como normativas, se somete a las exigencias que de ellas derivan. La represión, hemos dicho, parte del yo; podríamos precisar: del respeto del yo por sí mismo. Las mismas impresiones y vivencias, los mismos impulsos y mociones de deseo que un hombre tolera o al menos procesa concientemente, son desaprobados por otro con indignación total o ahogados ya antes que devengan concientes.[2] Ahora bien, es fácil expresar la diferencia entre esos dos hombres, que contiene la condición de la represión, en términos que la teoría de la libido puede dominar. Podemos decir que uno ha erigido en el interior de sí un *ideal* por el cual mide su yo actual, mientras que en el otro falta esa formación de ideal. La formación de ideal sería, de parte del yo, la condición de la represión.[3]

[1] [En una carta fechada el 30 de setiembre de 1926 en respuesta a una pregunta del doctor Edoardo Weiss (quien amablemente nos ha informado sobre aquella), Freud escribió: «Su pregunta referente a lo que yo digo en "Introducción del narcisismo", acerca de si existen neurosis en que el complejo de castración no desempeñe papel alguno, me deja perplejo. Ya no sé en qué pensaba yo en esa época. Hoy no sabría indicar neurosis alguna en que no se encontrara este complejo, y por cierto no escribiría así esa oración. Pero como nuestro panorama sobre la totalidad de este campo es todavía imperfecto, preferiría no pronunciarme de manera definitiva en ninguno de ambos sentidos» (Freud, 1970*a*). — Para otras críticas a los puntos de vista de Adler sobre la «protesta masculina», cf. «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914*d*), *supra*, págs. 52-3.]

[2] [Cf. «La represión» (1915*d*), *infra*, pág. 145.]

[3] [Véase un comentario sobre esta frase en una nota al pie de *Psicología de las masas* (1921*c*), *AE*, **18**, pág. 124, *n*. 3.]

Y sobre este yo ideal recae ahora el amor de sí mismo de que en la infancia gozó el yo real. El narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo ideal que, como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas. Aquí, como siempre ocurre en el ámbito de la libido, el hombre se ha mostrado incapaz de renunciar a la satisfacción de que gozó una vez. No quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia, y si no pudo mantenerla por estorbárselo las admoniciones que recibió en la época de su desarrollo y por el despertar de su juicio propio, procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto [4] del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal.

Conviene indagar las relaciones que esta formación de ideal mantiene con la sublimación. La sublimación es un proceso que atañe a la libido de objeto y consiste en que la pulsión se lanza a otra meta, distante de la satisfacción sexual; el acento recae entonces en la desviación respecto de lo sexual. La idealización es un proceso que envuelve al objeto; sin variar de naturaleza, este es engrandecido y realzado psíquicamente. La idealización es posible tanto en el campo de la libido yoica cuanto en el de la libido de objeto. Por ejemplo, la sobrestimación sexual del objeto es una idealización de este. Y entonces, puesto que la sublimación describe algo que sucede con la pulsión, y la idealización algo que sucede con el objeto, es preciso distinguirlas en el plano conceptual.[5]

La formación de un ideal del yo se confunde a menudo, en detrimento de la comprensión, con la sublimación de la pulsión. Que alguien haya trocado su narcisismo por la veneración de un elevado ideal del yo no implica que haya alcanzado la sublimación de sus pulsiones libidinosas. El ideal del yo reclama por cierto esa sublimación, pero no puede forzarla; la sublimación sigue siendo un proceso especial cuya iniciación puede ser incitada por el ideal, pero cuya ejecución es por entero independiente de tal incitación. En los neuróticos, precisamente, encontramos las máximas diferencias de tensión entre la constitución del ideal del yo y la medida en que sublimaron sus pulsiones libidinosas primitivas, y en general los idealistas son mucho más reacios que los hombres de modestas miras a convencerse del inadecuado paradero de su libido. Además, la formación de

[4] [En las ediciones anteriores a 1924 decía: «...es sólo el sustituto...».]

[5] [Freud vuelve sobre el tema de la idealización en *Psicología de las masas* (1921*c*), *AE*, **18**, págs. 106-7.]

ideal y la sublimación contribuyen en proporciones por entero diversas a la causación de la neurosis. Según tenemos averiguado, la formación del ideal aumenta las exigencias del yo y es el más fuerte favorecedor de la represión. La sublimación constituye aquella vía de escape que permite cumplir esa exigencia sin dar lugar a la represión.[6]

No nos asombraría que nos estuviera deparado hallar una instancia psíquica particular cuyo cometido fuese velar por el aseguramiento de la satisfacción narcisista proveniente del ideal del yo, y con ese propósito observase de manera continua al yo actual midiéndolo con el ideal.[7] Si una instancia así existe, es imposible que su descubrimiento nos tome por sorpresa; podemos limitarnos a discernir sus rasgos y nos es lícito decir que lo que llamamos nuestra *conciencia moral* satisface esa caracterización. Admitir esa instancia nos posibilita comprender el llamado delirio de ser notado {*Beachtungswahn*} o, mejor, de *ser observado* {*Beobachtungswahn*}, que con tanta nitidez aflora en la sintomatología de las enfermedades paranoides, y que puede presentarse también como una enfermedad separada o entreverada con una neurosis de trasferencia. Los enfermos se quejan de que alguien conoce todos sus pensamientos, observa y vigila sus acciones; son informados del imperio de esta instancia por voces que, de manera característica, les hablan en tercera persona. («Ahora ella piensa de nuevo en eso»; «Ahora él se marcha».) Esta queja es justa, es descriptiva de la verdad; un poder así, que observa todas nuestras intenciones, se entera de ellas y las critica, existe de hecho, y por cierto en todos nosotros dentro de la vida normal. El delirio de observación lo figura en forma regresiva y así revela su génesis y la razón por la cual el enfermo se rebela contra él.

La incitación para formar el ideal del yo, cuya tutela se confía a la conciencia moral, partió en efecto de la influencia crítica de los padres, ahora agenciada por las voces, y a la que en el curso del tiempo se sumaron los educadores, los maestros y, como enjambre indeterminado e inabarcable, todas las otras personas del medio (los prójimos, la opinión pública).

Grandes montos de una libido en esencia homosexual fue-

[6] [La posible relación entre la sublimación y la trasformación de la libido de objeto en libido narcisista es abordada por Freud en *El yo y el ello* (1923*b*), *AE*, **19**, pág. 32.]

[7] [Freud desarrollaría más tarde el concepto de superyó a partir de una combinación de esta instancia con el ideal del yo. Cf. el capítulo XI de *Psicología de las masas* (1921*c*), *AE*, **18**, págs. 122 y sigs., y el capítulo II de *El yo y el ello* (1923*b*), *AE*, **19**, págs. 21 y sigs.]

ron así convocados para la formación del ideal narcisista del yo, y en su conservación encuentran drenaje y satisfacción. La institución de la conciencia moral fue en el fondo una encarnación de la crítica de los padres, primero, y después de la crítica de la sociedad, proceso semejante al que se repite en la génesis de una inclinación represiva nacida de una prohibición o un impedimento al comienzo externos. Las voces y esa multitud que se deja indeterminada son traídas ahora a la luz por la enfermedad, a fin de reproducir en sentido regresivo la historia genética de la conciencia moral. Ahora bien, la rebelión frente a esa *instancia censuradora* se debe a que la persona, en correspondencia con el carácter fundamental de la enfermedad, quiere desasirse de todas esas influencias, comenzando por la de sus padres, y retirar de ellas la libido homosexual. Su conciencia moral se le enfrenta entonces en una figuración regresiva como una intromisión hostil de fuera.

La queja de la paranoia muestra también que la autocrítica de la conciencia moral coincide en el fondo con esa observación de sí sobre la cual se edifica. Esa misma actividad psíquica que ha tomado a su cargo la función de la conciencia moral se ha puesto también al servicio de la exploración interior que ofrece a la filosofía el material de sus operaciones intelectuales. Quizás esto no sea indiferente para la formación de sistemas especulativos, distintiva de la paranoia.[8]

Sin duda será importante para nosotros poder discernir también en otros ámbitos los indicios de la actividad de esta instancia de observación crítica que se aguza en la conciencia moral y en la introspección filosófica. Aduzco aquí lo que Herbert Silberer ha descrito como el «fenómeno funcional», una de las pocas adiciones de indiscutible valor que se han hecho a la doctrina del sueño. Como es sabido, Silberer mostró que en estados intermedios entre el dormir y la vigilia es posible observar directamente la trasposición de pensamientos en imágenes visuales, pero que en esas condiciones no suele sobrevenir una figuración del contenido conceptual, sino del estado (de buena predisposición, fatiga, etc.) en que se encuentra la persona que pugna por no dormirse. Análogamente, ha mostrado que muchas claves de los sueños y segmentos del contenido de estos no significan otra cosa que la autopercepción del dormir y el despertar. Ha

[8] Agregaré, sólo a modo de conjetura, que la formación y refuerzo de esta instancia observadora podrían contener en su interior también la posterior génesis de la memoria (subjetiva) y del factor temporal, que no rige para los procesos inconcientes. [Estos puntos se aclaran más en «Lo inconciente» (1915*e*), *infra*, págs. 186 y 184.]

puesto en descubierto, por tanto, la contribución de la observación de sí —en el sentido del delirio paranoico de observación— a la formación del sueño. Esta contribución es inconstante; probablemente yo la descuidé por el hecho de que en mis sueños no desempeña un gran papel; en personas dotadas para la filosofía, habituadas a la introspección, quizá sea muy nítida.[9]

Recordemos que, según hemos descubierto, la formación del sueño se origina bajo el imperio de una censura que constriñe a los pensamientos oníricos a desfigurarse. Ahora bien, no imaginamos esa censura como un poder particular, sino que escogimos esta expresión para designar un aspecto de las tendencias represoras que gobiernan al yo: su aspecto vuelto a los pensamientos oníricos. Si nos internamos más en la estructura del yo, podemos individualizar también al *censor del sueño*[10] en el ideal del yo y en las exteriorizaciones dinámicas de la conciencia moral. Y si este censor mantiene además alguna vigilancia durante el dormir, comprenderemos que la premisa de su actividad, la observación de sí y la autocrítica, pueda contribuir al contenido del sueño con elementos como «ahora está demasiado adormilado para pensar», «ahora se despierta».[11]

Desde aquí podemos intentar la discusión del sentimiento de sí {*Selbstgefühl*} en la persona normal y en el neurótico.

El sentimiento de sí se nos presenta en primer lugar como expresión del «grandor del yo», como tal, prescindiendo de su condición de compuesto {*Zusammengesetzheit*}. Todo lo que uno posee o ha alcanzado, cada resto del primitivo sentimiento de omnipotencia corroborado por la experiencia, contribuye a incrementar el sentimiento de sí.

Si introducimos nuestra diferenciación entre pulsiones se-

9 [Cf. Silberer, 1909 y 1912. En 1914, cuando escribió el presente artículo, Freud agregó un examen mucho más extenso de este fenómeno a *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 499-501.]

10 [Aquí y al comienzo de la frase siguiente, así como también *infra*, pág. 97, Freud utiliza la forma personal, «*Zensor*», en lugar de la que emplea casi siempre («*Zensur*», «censura»). Véase una nota al pie del pasaje de *La interpretación de los sueños* citado en la nota anterior (*AE*, **5**, pág. 501, *n*. 23). La diferencia entre ambas palabras es claramente establecida en la 26ª de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, pág. 390: «A la instancia de observación de sí la conocemos como el censor yoico, la conciencia moral; es la misma que por las noches ejerce la censura sobre los sueños».]

11 No puedo decidir aquí si la separación de esta instancia censora del resto del yo puede proporcionar un fundamento psicológico a la división filosófica entre conciencia y autoconciencia.

xuales y pulsiones yoicas, tendremos que admitir que el sentimiento de sí depende de manera particularmente estrecha de la libido narcisista. Para ello nos apoyamos en estos dos hechos fundamentales: en las parafrenias aquel aumenta, mientras que en las neurosis de trasferencia se rebaja; y en la vida amorosa, el no-ser-amado deprime el sentimiento de sí, mientras que el ser-amado lo realza. Hemos indicado ya que el ser-amado constituye la meta y la satisfacción en la elección narcisista de objeto.[12]

Además, es fácil observar que la investidura libidinal de los objetos no eleva el sentimiento de sí. La dependencia respecto del objeto amado tiene el efecto de rebajarlo; el que está enamorado está humillado. El que ama ha sacrificado, por así decir, un fragmento de su narcisismo y sólo puede restituírselo a trueque de ser-amado. En todos estos vínculos el *sentimiento de sí* parece guardar relación con el componente narcisista de la vida amorosa.

La percepción de la impotencia, de la propia incapacidad para amar a consecuencia de perturbaciones anímicas o corporales, tiene un efecto muy deprimente sobre el sentimiento de sí. Según yo lo discierno, aquí ha de buscarse una de las fuentes de esos sentimientos de inferioridad que de tan buena gana proclaman los aquejados de neurosis de trasferencia. Empero, la fuente principal de este sentimiento está en el empobrecimiento del yo que es resultado de la enorme cuantía de las investiduras libidinales sustraídas de él, vale decir, del deterioro del yo por obra de las aspiraciones sexuales que han eludido el control.

Adler [1907] ha sostenido con acierto que la percepción de las propias inferioridades de órgano actúa como acicate sobre una vida anímica productiva y, por vía de la sobrecompensación, provoca un rendimiento-extra. Empero, sería una completa exageración que, siguiendo las huellas de Adler, se quisiese reconducir todo buen rendimiento a esta condición de la originaria inferioridad de órgano. No todos los pintores están aquejados de fallas en la vista, no todos los oradores fueron al comienzo tartamudos. Sobrados son los ejemplos de un rendimiento excelente sobre la base de una dotación de órgano privilegiada. Para la etiología de las neurosis, la inferioridad y la atrofia orgánicas desempeñan ínfimo papel, el mismo, digamos, que el material perceptivo actual tiene para la formación del sueño. La neurosis se sirve de ellas a guisa de pretexto, como lo hace con todos los otros

12 [Este tema se amplía en *Psicología de las masas* (1921*c*), *AE*, **18**, págs. 107-8.]

factores idóneos. No acabamos de creer a una paciente neurótica que, según asevera, contrajo la enfermedad porque era fea, deforme, sin encantos, de suerte que nadie pudo amarla, cuando nos alecciona mejor el caso de la neurótica siguiente, que persevera en la neurosis y en la repulsa de lo sexual aunque parece más apetecible que el promedio, y en efecto es apetecida. La mayoría de las mujeres histéricas se cuentan entre las exponentes atractivas y aun hermosas de su sexo; y, por otra parte, la frecuencia de tachas, atrofias de órgano y defectos en los estamentos inferiores de nuestra sociedad no produce efecto alguno en cuanto a multiplicar las enfermedades neuróticas en ese ambiente.

Las relaciones del sentimiento de sí con el erotismo (con las investiduras libidinosas de objeto) pueden exponerse en algunas fórmulas, de la siguiente manera: Hay que distinguir dos casos, según que las investiduras amorosas sean *acordes con el yo* o, al contrario, hayan experimentado una represión. En el primer caso (la aplicación de la libido de manera acorde con el yo), el amar es apreciado como cualquier otra función del yo. El amar en sí, como ansia y privación, rebaja la autoestima, mientras que ser-amado, hallar un objeto de amor, poseer al objeto amado, vuelven a elevarla. En el caso de la libido reprimida, la investidura de amor es sentida como grave reducción del yo, la satisfacción de amor es imposible, y el re-enriquecimiento del yo sólo se vuelve posible por el retiro de la libido de los objetos. El retroceso de la libido de objeto al yo, su mudanza en narcisismo, vuelve, por así decir, a figurar[13] un amor dichoso, y por otra parte un amor dichoso real responde al estado primordial en que libido de objeto y libido yoica no eran diferenciables.

La importancia de este asunto y la imposibilidad de abarcarlo justificarán que agreguemos ahora algunos enunciados de manera más dispersa.

El desarrollo del yo consiste en un distanciamiento respecto del narcisismo primario y engendra una intensa aspiración a recobrarlo. Este distanciamiento acontece por medio del desplazamiento de la libido a un ideal del yo impuesto desde fuera; la satisfacción se obtiene mediante el cumplimiento de este ideal.

Simultáneamente, el yo ha emitido las investiduras libidi-

13 [«*Darstellt*». En la primera edición, «*herstellt*», «establecer».]

nosas de objeto. El yo se empobrece en favor de estas investiduras así como del ideal del yo, y vuelve a enriquecerse por las satisfacciones de objeto y por el cumplimiento del ideal.

Una parte del sentimiento de sí es primaria, el residuo del narcisismo infantil; otra parte brota de la omnipotencia corroborada por la experiencia (el cumplimiento del ideal del yo), y una tercera, de la satisfacción de la libido de objeto.

El ideal del yo ha impuesto difíciles condiciones a la satisfacción libidinal con los objetos, haciendo que su censor [cf. pág. 94, *n.* 10] rechace por inconciliable una parte de ella. Donde no se ha desarrollado un ideal así, la aspiración sexual correspondiente ingresa inmodificada en la personalidad como perversión. Ser de nuevo, como en la infancia, su propio ideal, también respecto de las aspiraciones sexuales: he ahí la dicha a la que aspiran los hombres.

El enamoramiento consiste en un desborde de la libido yoica sobre el objeto. Tiene la virtud de cancelar represiones y de restablecer perversiones. Eleva el objeto sexual a ideal sexual. Puesto que, en el tipo del apuntalamiento (o del objeto), adviene sobre la base del cumplimiento de condiciones infantiles de amor, puede decirse: Se idealiza a lo que cumple esta condición de amor.

El ideal sexual puede entrar en una interesante relación auxiliar con el ideal del yo. Donde la satisfacción narcisista tropieza con impedimentos reales, el ideal sexual puede ser usado como satisfacción sustitutiva. Entonces se ama, siguiendo el tipo de la elección narcisista de objeto, lo que uno fue y ha perdido, o lo que posee los méritos que uno no tiene (cf. *supra,* el punto *c* [pág. 87]). En fórmula paralela a la anterior se diría: Se ama a lo que posee el mérito que falta al yo para alcanzar el ideal. Este remedio tiene particular importancia para el neurótico que por sus excesivas investiduras de objeto se ha empobrecido en su yo y no está en condiciones de cumplir su ideal del yo. Busca entonces, desde su derroche de libido en los objetos, el camino de regreso al narcisismo, escogiendo de acuerdo con el tipo narcisista un ideal sexual que posee los méritos inalcanzables para él. Es la curación por amor, que él, por regla general, prefiere a la analítica. Y aun no puede creer en otro mecanismo de curación; las más de las veces lleva a la cura la expectativa de ese mecanismo, y la dirige a la persona del médico que lo trata. Este plan de curación es estorbado, desde luego, por la incapacidad para amar en que se encuentra el enfermo a consecuencia de sus extensas represiones. Si mediante el tratamiento se ha podido levantar estas en cierto grado, se obtiene a menudo este involuntario re-

sultado: el enfermo se sustrae del ulterior tratamiento para elegir un objeto de amor y confiar a la convivencia con la persona amada su completo restablecimiento. Podríamos contentarnos con este desenlace si no trajera consigo todos los peligros de la oprimente dependencia respecto de ese salvador.

Desde el ideal del yo parte una importante vía para la comprensión de la psicología de las masas. Además de su componente individual, este ideal tiene un componente social; es también el ideal común de una familia, de un estamento, de una nación. Ha ligado, además de la libido narcisista, un monto grande de la libido homosexual de una persona,[14] monto que, por ese camino, es devuelto al yo. La insatisfacción por el incumplimiento de ese ideal libera libido homosexual, que se muda en conciencia de culpa (angustia social). La conciencia de culpa fue originariamente angustia frente al castigo de parte de los padres; mejor dicho: frente a la pérdida de su amor; después los padres son remplazados por la multitud indeterminada de los compañeros. La frecuente causación de la paranoia por un agravio al yo, por una frustración de la satisfacción en el ámbito del ideal del yo, se vuelve así más comprensible, como también el encuentro de formación de ideal y sublimación en el interior del ideal del yo, la involución de las sublimaciones y el eventual remodelamiento de los ideales en los casos de contracción de una parafrenia.

14 [La importancia de la homosexualidad en la estructura de los grupos sociales se había insinuado ya en *Tótem y tabú* (1912-13), *AE*, **13**, pág. 146, y vuelve a mencionarse en *Psicología de las masas* (1921*c*), *AE*, **18**, págs. 118*n.* y 134.]

# Trabajos sobre metapsicología
[1915]

# Introducción

Freud publicó la primera exposición extensa de sus concepciones sobre teoría psicológica en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900*a*), que incorporó —en forma modificada— gran parte de lo esencial contenido en su anterior «Proyecto de psicología» de 1895 (1950*a*), inédito en vida de él. A excepción de algunas breves disquisiciones ocasionales, como las del capítulo VI de su libro sobre el chiste (1905*c*), hubieron de pasar diez años antes de que Freud volviera a ahondar en problemas teóricos. Un artículo exploratorio, «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911*b*), fue seguido por otras aproximaciones más o menos tentativas: en la tercera parte del análisis de Schreber (1911*c*), en su «Nota sobre el concepto de lo inconciente en psicoanálisis» (1912*g*), escrita en inglés, y en el extenso examen del narcisismo (1914*c*). Finalmente, en la primavera y el verano de 1915, emprendió una vez más una exposición completa y sistemática de sus teorías psicológicas.

Los cinco trabajos que siguen constituyen una serie interrelacionada. Como se nos informa en una nota al pie en el cuarto de ellos (cf. pág. 221), integran una recopilación que Freud había planeado publicar originalmente en forma de libro, bajo el título de *Zur Vorbereitung einer Metapsychologie* {Trabajos preliminares para una metapsicología}.[1] Agrega allí que la intención de la serie era proporcionar un fundamento teórico estable para el psicoanálisis.

Aunque los tres primeros artículos se publicaron en 1915 y los dos últimos en 1917, Ernest Jones (1955, pág. 208) nos dice que en realidad todos ellos fueron escritos en un período de unas siete semanas, entre el 15 de marzo y el 4 de mayo de 1915. También dice (*ibid.*, pág. 209) que en los tres meses siguientes se agregaron a la serie siete artículos más, quedando la colección de doce artículos completa

[1] En *GS*, **5** (1924), pág. 432, el artículo escrito por Freud para la Society for Psychical Research (1912*g*) se incluye, junto con estos cinco artículos, bajo el título de «Trabajos sobre metapsicología». Sin embargo, no formó parte de la recopilación original.

para el 9 de agosto. Sin embargo, Freud nunca publicó esos otros siete artículos, y parece probable que los haya destruido posteriormente, ya que no se ha encontrado rastro alguno de ellos y, de hecho, su existencia misma fue desconocida u olvidada hasta que Jones examinó las cartas de Freud. Mientras los estaba escribiendo, en 1915, mantenía informados de sus progresos a sus corresponsales (Abraham, Ferenczi y Jones); pero después sólo parece haber una única referencia a ellos, en una carta a Abraham de noviembre de 1917. Freud debe de haber escrito esta carta en la época en que se publicaron los dos últimos artículos, y por lo que dice en ella se infiere que los otros siete todavía existían y que él seguía teniendo la intención de publicarlos, aunque pensaba que aún no había llegado el momento oportuno. (Cf. Freud, 1965*a*.)

Conocemos los temas de cinco de esos siete artículos: la conciencia, la angustia, la histeria de conversión, la neurosis obsesiva y las neurosis de trasferencia en general; y podemos detectar posibles remisiones a ellos en los artículos que sobrevivieron. Incluso cabe conjeturar que los temas examinados en los dos artículos no especificados eran la sublimación y la proyección [2] (o la paranoia), porque hay alusiones bastante directas a estos temas. La recopilación de doce artículos habría sido, entonces, muy amplia, abarcando los procesos que están en la base de la mayoría de las neurosis y psicosis principales (histeria de conversión, histeria de angustia, neurosis obsesiva, locura maníaco-depresiva y paranoia) y en los sueños; los mecanismos psíquicos de la represión, la sublimación, la introyección y la proyección, y los dos sistemas psíquicos de la conciencia y el inconciente.

Difícilmente pueda exagerarse la pérdida que significa la desaparición de esos artículos. En la época en que Freud los escribió se daba una conjunción única de factores favorables. Su anterior trabajo teórico importante (el capítulo VII de *La interpretación de los sueños*) había sido escrito quince años antes, en una etapa relativamente temprana de sus estudios psicológicos. Ahora, en cambio, tenía a sus espaldas veinticinco años de experiencia psicoanalítica sobre la cual basar sus construcciones teóricas, y sus facultades intelectuales estaban en su apogeo. La circunstancia accidental de que su práctica profesional se redujera debido al estallido

[2] En la tercera parte del análisis de Schreber (1911*c*), Freud examinó el mecanismo de la proyección, pero se declaró insatisfecho y prometió considerarlo más acabadamente en un trabajo posterior. Al parecer nunca lo hizo, salvo que se trate de uno de esos artículos perdidos.

de la Primera Guerra Mundial le permitió disponer, durante cinco meses, del tiempo libre necesario para llevar adelante su intento. Sin duda, podemos consolarnos pensando que buena parte del contenido de los artículos perdidos debe de haber encontrado cabida en los escritos posteriores de Freud, pero daríamos mucho por contar, en cuestiones tales como la conciencia y la sublimación, con exámenes que se extendieran en una trama argumental única, en lugar de las alusiones dispersas y relativamente magras con las que tenemos que contentarnos.

Varios pasajes de la correspondencia de Freud atestiguan la existencia de dichos artículos. Por ejemplo, en una carta a J. J. Putnam del 8 de julio de 1915, escribe: «Estoy aprovechando la interrupción en mi tarea [causada por la Primera Guerra Mundial] para terminar un libro que contendrá una serie de doce ensayos psicológicos» (Freud, 1960*a*). Asimismo, en una carta a Lou Andreas-Salomé del 30 de julio de 1915 dice: «El fruto de esta época probablemente cobrará la forma de un libro de 12 ensayos, comenzando por el que versa sobre las pulsiones y los destinos de pulsión. [...] El libro está concluido, salvo la necesaria revisión para acomodar y adecuar entre sí los diferentes ensayos». Y en otra carta a Lou Andreas-Salomé, del 25 de mayo de 1916, afirma: «Mi libro con los 12 ensayos de este tipo no puede publicarse antes de que termine la guerra, y quién sabe cuánto tiempo después de esa anhelada fecha» (Freud, 1966*a*). También a Binswanger, en una carta del 17 de diciembre de 1915 (Freud, 1955*f*), le mencionó la existencia de los «doce» ensayos y su intención de publicarlos luego de la guerra. La hipótesis de que desestimara en definitiva por insatisfactorios los últimos siete trabajos es fuertemente corroborada en su intercambio epistolar con Lou Andreas-Salomé. El 18 de marzo de 1919 esta le escribía: «¿Dónde está su Metapsicología, ahora que los capítulos publicados fueron incluidos en el cuarto volumen de la "Nl" [*SKSN*]? ¿Dónde están los restantes, que ya estaban terminados?». A lo cual Freud replica el 2 de abril: «¿Dónde está mi Metapsicología? En primer lugar, no ha sido escrita aún. No me es posible elaborar el material de manera sistemática; la índole fragmentaria de mis observaciones y el carácter esporádico de mis ideas no lo permitirían. Sin embargo, si vivo diez años más, puedo seguir trabajando durante todo ese tiempo, no me muero de hambre, no soy asesinado, no quedo demasiado sumergido por la desdicha de mi familia o de quienes me rodean —y es pedir que se den muchas condiciones—, entonces prometo hacer ulterio-

res contribuciones a ella. En esta línea, una primera estará contenida en mi ensayo "Más allá del principio de placer"...». (Cf. Freud, 1966*a*.)

En vista de la especial importancia de esta serie de artículos, nos ha parecido conveniente incluir notas introductorias más extensas que las habituales, así como una generosa cantidad de notas de pie de página; en particular, damos amplias remisiones a otros escritos de Freud que pueden arrojar luz sobre algunos puntos oscuros. Se hallará una lista de las obras teóricas más importantes de Freud en un «Apéndice» al final de la serie (págs. 257-8).

James Strachey

# Pulsiones y destinos de pulsión
(1915)

# Nota introductoria

## «Triebe und Triebschicksale»

*Ediciones en alemán*

1915 *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **3**, nº 2, págs. 84-100.
1918 *SKSN*, **4**, págs. 252-78. (1922, 2ª ed.)
1924 *GS*, **5**, págs. 443-65.
1924 *Technik und Metapsychol.*, págs. 165-87.
1931 *Theoretische Schriften*, págs. 58-82.
1946 *GW*, **10**, págs. 210-32.
1975 *SA*, **3**, págs. 75-102.

*Traducciones en castellano* *

1924 «Los instintos y sus vicisitudes». *BN* (17 vols.), **9**, págs. 119-43. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 «Los instintos y sus destinos». *EA*, **9**, págs. 116-39. El mismo traductor.
1948 «Los instintos y sus vicisitudes». *BN* (2 vols.), **1**, págs. 1047-57. El mismo traductor.
1953 «Los instintos y sus destinos». *SR*, **9**, págs. 100-19. El mismo traductor.
1967 Igual título. *BN* (3 vols.), **1**, págs. 1035-45. El mismo traductor.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), **6**, págs. 2039-52. El mismo traductor.

Freud comenzó a escribir este artículo el 15 de marzo de 1915; junto con el siguiente («La represión»), había sido completado para el 4 de abril.

En aras de una comprensión más clara, es preciso llamar la atención sobre una ambigüedad en el uso de los términos «*Trieb*» {«pulsión»} y «*Triebrepräsentanz*» {«agencia

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n.* 6.}

representante de pulsión»}.* En la página 117, Freud define a la pulsión como «un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante [1] psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma». En dos oportunidades anteriores la había definido casi en los mismos términos. Unos pocos años antes, hacia el final de la sección III de su estudio del caso Schreber (1911*c*), *AE*, **12**, pág. 68, definió a la pulsión como «el concepto fronterizo de lo somático respecto de lo anímico, [. . .] el representante psíquico de poderes orgánicos». Y en un pasaje escrito probablemente pocos meses antes que el presente artículo y agregado a la tercera edición (publicada en 1915, pero con un prólogo fechado en octubre de 1914) de sus *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 153, la definió como «la agencia representante psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir [. . .] uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal». Estas tres caracterizaciones parecen dejar en claro que Freud no trazaba distinción alguna entre una pulsión y su «agencia representante psíquica». Aparentemente consideraba a la pulsión misma como el representante psíquico de fuerzas somáticas. Sin embargo, si nos volvemos ahora a los artículos posteriores de esta serie, parecería que Freud traza allí una distinción muy neta entre la pulsión y su representante psíquico. El ejemplo más claro es quizás un pasaje de «Lo inconciente» (*infra*, pág. 173): «Una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia; sólo puede serlo la representación que es su representante. Ahora bien, tampoco en el interior de lo inconciente puede estar representada si no es por la representación. [. . .] Entonces, cada vez que pese a eso hablamos de una moción pulsional inconciente o de una moción pulsional reprimida, no [. . .] podemos aludir sino a una moción pulsional cuya agencia representante-representación es inconciente». El mismo punto de vista aparece en muchos otros pasajes. Por ejemplo, en el artículo sobre la represión (pág. 143), Freud habla de la «agencia representante psíquica (agencia representante-representación) de la pulsión», y continúa: «. . .la

* {Strachey traduce «*Trieb*» por «*instinct*», «instinto». Hemos preferido emplear «pulsión» aun en sus «Notas introductorias», para evitar las confusiones a que daría lugar el uso de una doble terminología.}

[1] La palabra alemana, aquí y en la cita de Schreber, es «*Repräsentant*» {«representante»}, término utilizado sobre todo en el lenguaje jurídico o constitucional. En todas las otras citas que siguen, como también casi invariablemente después, Freud escribe «*Repräsentanz*» {«agencia representante»}, que es una forma más abstracta.

agencia representante en cuestión persiste inmutable y la pulsión sigue ligada a ella»; en el mismo artículo (pág. 147) escribe luego que una agencia representante de pulsión es «una representación o un grupo de representaciones investidas desde la pulsión con un determinado monto de energía psíquica (libido, interés)», y sigue diciendo que «junto a la representación interviene algo diverso, algo que representa {*räpresentieren*} a la pulsión». En este segundo grupo de citas, por lo tanto, la pulsión ya no es considerada como agencia representante psíquica de mociones somáticas, sino más bien como *no-psíquica en sí misma*. Ambos puntos de vista, aparentemente diferentes, se encuentran en otros lugares en los escritos posteriores de Freud, si bien el segundo de ellos es el que predomina. Puede ser, empero, que la contradicción sea más aparente que real, y que su solución resida precisamente en la ambigüedad del concepto mismo —en su carácter de concepto fronterizo entre lo físico y lo anímico—.

En una cantidad de pasajes, Freud expresó su insatisfacción con el estado del conocimiento psicológico acerca de las pulsiones. No mucho antes, por ejemplo, en «Introducción del narcisismo» (1914*c*, *supra*, pág. 75), se había quejado de «la total inexistencia de una doctrina de las pulsiones que de algún modo nos oriente». Más tarde, en *Más allá del principio de placer* (1920*g*), *AE*, **18**, pág. 34, aludió a las pulsiones como «el elemento más importante y oscuro de la investigación psicológica», y en su artículo para la *Encyclopaedia Britannica* (1926*f*), *AE*, **20**, pág. 253, confesó que «la doctrina de las pulsiones es para el psicoanálisis, sin duda, un ámbito oscuro». El presente artículo es un temprano intento de abordar el tema con amplitud. Muchos trabajos posteriores lo corrigieron y completaron en varios puntos, pero de todos modos perdura como la exposición más clara sobre qué entendía Freud por «pulsión», y cómo pensaba que ella operaba. Es cierto que reflexiones posteriores lo llevaron a modificar sus puntos de vista sobre la clasificación de las pulsiones y sus determinantes más profundos; pero este artículo es una base indispensable para comprender los desarrollos que habían de seguir.

Quizá convenga resumir aquí el curso de sus cambiantes puntos de vista sobre la clasificación de las pulsiones. Un hecho sorprendente es que estas hicieron su aparición en un momento relativamente tardío de la secuencia de sus escritos. La palabra «*Trieb*» apenas si se encuentra en los trabajos del período de Breuer, en la correspondencia con Fliess e incluso en *La interpretación de los sueños* (1900*a*). Recién en los *Tres ensayos* (1905*d*) se menciona ampliamente a la «pul-

sión sexual» como tal; en cuanto a «*Triebregungen*» {«mociones pulsionales»}, que sería una de las expresiones más comunes de Freud, parece no haber existido antes del artículo sobre «Acciones obsesivas y prácticas religiosas» (1907*b*). Pero estas son meras consideraciones *terminológicas*: por supuesto, las pulsiones estaban presentes con otros nombres. Su lugar lo ocupaban en gran medida cosas tales como las «excitaciones», las «representaciones afectivas», las «mociones de deseo», los «estímulos endógenos», etc. Por ejemplo, aquí (*infra*, pág. 114) Freud distingue entre un «estímulo», fuerza que opera «de un solo golpe», y una «pulsión», que siempre actúa como una fuerza constante. Esta precisa distinción había sido trazada por él veinte años antes, sólo que en lugar de «estímulo» y «pulsión» hablaba entonces de «excitación exógena» y «endógena».[2] De modo similar, poco más adelante (pág. 115) señala que el organismo primitivo puede eludir los estímulos externos pero no las necesidades pulsionales. También en este caso había adelantado la idea veinte años antes, aunque una vez más el término usado en esa oportunidad fue «estímulos endógenos». Nos referimos a un pasaje del «Proyecto de psicología» de 1895 (1950*a*), *AE*, **1**, pág. 341, donde prosigue diciendo que estos estímulos endógenos «provienen de células del cuerpo y dan por resultado las grandes necesidades: hambre, respiración, sexualidad», pero en ninguna parte se encuentra allí la palabra «pulsión».

En este período inicial, el conflicto subyacente en las psiconeurosis se describía a veces como un conflicto entre «el yo» y «la sexualidad»; y si bien se usaba con frecuencia el término «libido», se lo conceptualizaba como manifestación de la «tensión sexual somática», que a su vez era considerada un fenómeno químico. Recién en los *Tres ensayos* se estableció explícitamente que la libido era una expresión de la pulsión sexual. El otro participante del conflicto («el yo») permaneció indefinido durante mucho más tiempo. Se examinaron principalmente sus funciones —en particular la «represión», la «resistencia» y el «examen de realidad»—, pero poco se dijo (fuera de un intento muy temprano en el «Proyecto», *AE*, **1**, págs. 366-9) sobre su estructura o su dinámica.[3] Las pulsiones de «autoconservación» habían sido

[2] Véase el primer artículo sobre las neurosis de angustia (1895*b*), *AE*, **3**, pág. 112.

[3] Cf. el final de mi «Nota introductoria» al artículo sobre el narcisismo (1914*c*), *supra*, pág. 69, y un análisis del «examen de realidad» en mi «Nota introductoria» a «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (1917*d*), *infra*, págs. 218-9.

escasamente mencionadas, salvo de modo indirecto y en relación con la teoría de que la libido se apuntalaba en ellas en las fases más tempranas de su desarrollo;[4] y no parecía haber razones obvias para vincularlas con el papel desempeñado por el yo como agente represor en los conflictos neuróticos. Luego, aparentemente en forma súbita, en un breve trabajo sobre la perturbación psicógena de la visión (1910*i*), Freud introdujo la expresión «pulsiones yoicas», a las que identificó, por una parte, con las pulsiones de autoconservación y, por otra, con la función represora. De ahí en más el conflicto se presentó regularmente como un conflicto entre dos series de pulsiones: la libido y las pulsiones yoicas.

No obstante, la introducción del concepto de «narcisismo» suscitó una complicación. En el artículo correspondiente (1914*c*), Freud planteó la noción de «libido yoica» (o «libido narcisista»), que inviste al yo, por contraste con la «libido de objeto», que inviste a los objetos (*supra*, págs. 73-4). Un pasaje de ese artículo (*loc. cit.*) y una acotación en este trabajo (págs. 119-20) muestran que Freud ya presentía que esta clasificación «dualista» de las pulsiones quizá no fuera válida. Es cierto que en el análisis de Schreber (1911*c*) insistió en la diferencia entre «investiduras yoicas» y «libido», y entre el «interés emanado de fuentes eróticas» y el «interés en general» —distinción que reaparece, en una réplica a Jung, en el artículo sobre el narcisismo (*supra*, pág. 78)—. En el presente artículo volvió a emplear el término «interés» (pág. 130); y en la 26ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), «interés yoico» o simplemente «interés» aparecen regularmente por oposición a «libido». Con todo, permanecía oscura la naturaleza exacta de estas pulsiones no libidinales. El punto decisivo en la clasificación de las pulsiones se alcanzó en *Más allá del principio de placer* (1920*g*). En el capítulo VI de ese trabajo, Freud reconoce francamente que se había llegado a una situación difícil, y declara de manera explícita que «desde luego, la libido narcisista es una exteriorización de fuerzas de pulsiones sexuales», y que «es preciso identificarla con las "pulsiones de autoconservación"» (*AE*, **18**, págs. 49 y sigs.). Todavía sostiene, sin embargo, que hay pulsiones yoicas y pulsiones de objeto que no son libidinales, y continuando con su postura dualista introduce su hipótesis de la pulsión de muerte. Al final del capítulo VI de *Más allá*

[4] Véase, por ejemplo, un pasaje de los *Tres ensayos* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 165, donde sin embargo la mención explícita de la autoconservación se agregó en 1915.

*del principio de placer*, una larga nota al pie (*AE*, **18**, pág. 59) da cuenta de la evolución que habían tenido hasta entonces sus puntos de vista sobre la clasificación de las pulsiones; y vuelve a abordar el tema, a la luz de su recientemente completado cuadro de la estructura de la psique, en el capítulo IV de *El yo y el ello* (1923*b*). En el capítulo VI de *El malestar en la cultura* (1930*a*), Freud recorre una vez más todo este territorio, prestando especial consideración, por primera vez, a las pulsiones agresivas y destructivas. Hasta entonces les había concedido escasa atención, excepto en aquellos casos (como en el sadismo y el masoquismo) en que aparecían fusionadas con elementos libidinales; pero en ese capítulo las aborda en su forma pura y las explica como retoños de la pulsión de muerte. La 32ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*), *AE*, **22**, págs. 95 y sigs., incluye otra revisión del tema, y el resumen final está contenido en el capítulo II de su obra póstuma *Esquema del psicoanálisis* (1940*a*), *AE*, **23**, págs. 146-9.[5]

James Strachey

[5] Algunas observaciones sobre la pulsión de destrucción y la posibilidad de su sublimación se incluyen en dos cartas de Freud a la princesa Marie Bonaparte, del 27 de mayo y el 17 de junio de 1937. Ambas cartas se reproducen en el «Apéndice A» (nos. 33 y 34) del tercer volumen de la biografía de Ernest Jones (1957).

Muchas veces hemos oído sostener el reclamo de que una ciencia debe construirse sobre conceptos básicos claros y definidos con precisión. En realidad, ninguna, ni aun la más exacta, empieza con tales definiciones. El comienzo correcto de la actividad científica consiste más bien en describir fenómenos que luego son agrupados, ordenados e insertados en conexiones. Ya para la descripción misma es inevitable aplicar al material ciertas ideas abstractas que se recogieron de alguna otra parte, no de la sola experiencia nueva. Y más insoslayables todavía son esas ideas —los posteriores conceptos básicos de la ciencia— en el ulterior tratamiento del material. Al principio deben comportar cierto grado de indeterminación; no puede pensarse en ceñir con claridad su contenido. Mientras se encuentran en ese estado, tenemos que ponernos de acuerdo acerca de su significado por la remisión repetida al material empírico del que parecen extraídas, pero que, en realidad, les es sometido. En rigor, poseen entonces el carácter de convenciones, no obstante lo cual es de interés extremo que no se las escoja al azar, sino que estén determinadas por relaciones significativas con el material empírico, relaciones que se cree colegir aun antes que se las pueda conocer y demostrar. Sólo después de haber explorado más a fondo el campo de fenómenos en cuestión, es posible aprehender con mayor exactitud también sus conceptos científicos básicos y afinarlos para que se vuelvan utilizables en un vasto ámbito, y para que, además, queden por completo exentos de contradicción. Entonces quizás haya llegado la hora de acuñarlos en definiciones. Pero el progreso del conocimiento no tolera rigidez alguna, tampoco en las definiciones. Como lo enseña palmariamente el ejemplo de la física, también los «conceptos básicos» fijados en definiciones experimentan un constante cambio de contenido.[1]

Un concepto básico convencional de esa índole, por ahora bastante oscuro, pero del cual en psicología no podemos prescindir, es el de *pulsión*. Intentemos llenarlo de contenido desde diversos lados.

[1] [Una línea de pensamiento similar había sido desarrollada en el artículo sobre el narcisismo (1914*c*), *supra*, pág. 75.]

Primero del lado de la fisiología. Esta nos ha proporcionado el concepto del *estímulo* y el esquema del reflejo, de acuerdo con el cual un estímulo aportado al tejido vivo (a la sustancia nerviosa) *desde* afuera es descargado *hacia* afuera mediante una acción. Esta acción es «acorde al fin», por el hecho de que sustrae a la sustancia estimulada de la influencia del estímulo, la aleja del radio en que este opera.

Ahora bien, ¿qué relación mantiene la «pulsión» con el «estímulo»? Nada nos impide subsumir el concepto de pulsión bajo el de estímulo: la pulsión sería un estímulo para lo psíquico. Pero enseguida advertimos que no hemos de equiparar pulsión y estímulo psíquico. Es evidente que para lo psíquico existen otros estímulos que los pulsionales: los que se comportan de manera muy parecida a los estímulos fisiológicos. Por ejemplo, si una fuerte luz hiere el ojo, no es ese un estímulo pulsional; sí lo es el sentir sequedad en la mucosa de la garganta o acidez en la mucosa estomacal.[2]

Ahora hemos obtenido material para distinguir entre estímulos pulsionales y otros estímulos (fisiológicos) que influyen sobre el alma. En primer lugar: El estímulo pulsional no proviene del mundo exterior, sino del interior del propio organismo. Por eso también opera diversamente sobre el alma y se requieren diferentes acciones para eliminarlo. Además: Todo lo esencial respecto del estímulo está dicho si suponemos que opera de un solo golpe; por tanto, se lo puede despachar mediante una única acción adecuada, cuyo tipo ha de discernirse en la huida motriz ante la fuente de estímulo. Desde luego que tales golpes pueden también repetirse y sumarse, pero esto en nada modifica la concepción del hecho ni las condiciones que presiden la supresión del estímulo. La pulsión, en cambio, no actúa como una *fuerza de choque momentánea*, sino siempre como una fuerza *constante*. Puesto que no ataca desde afuera, sino desde el interior del cuerpo, una huida de nada puede valer contra ella. Será mejor que llamemos «necesidad» al estímulo pulsional; lo que cancela esta necesidad es la «*satisfacción*». Esta sólo puede alcanzarse mediante una modificación, apropiada a la meta (adecuada), de la fuente interior de estímulo.

Imaginemos un ser vivo casi por completo inerme, no orientado todavía en el mundo, que captura estímulos en su sustancia nerviosa.[3] Este ser muy pronto se halla en condi-

[2] Suponiendo, desde luego, que estos procesos internos sean las bases orgánicas de las necesidades de la sed y el hambre.

[3] [La hipótesis que sigue, relativa a la conducta de un organismo vivo primitivo, y la postulación de un «principio de constancia» fundamental habían sido enunciadas en términos similares en algunos

ciones de establecer un primer distingo y de adquirir una primera orientación. Por una parte, registra estímulos de los que puede sustraerse mediante una acción muscular (huida), y a estos los imputa a un mundo exterior; pero, por otra parte, registra otros estímulos frente a los cuales una acción así resulta inútil, pues conservan su carácter de esfuerzo {*Drang*} constante; estos estímulos son la marca de un mundo interior, el testimonio de unas necesidades pulsionales. La sustancia percipiente del ser vivo habrá adquirido así, en la eficacia de su actividad muscular, un asidero para separar un «afuera» de un «adentro».[4]

Entonces, primero hallamos la esencia de la pulsión en sus caracteres principales, a saber, su proveniencia de fuentes de estímulo situadas en el interior del organismo y su emergencia como fuerza constante, y de ahí derivamos uno de sus ulteriores caracteres, que es su incoercibilidad por acciones de huida. Ahora bien, en el curso de esas elucidaciones no pudo menos que saltarnos a la vista algo que nos impone otra admisión. No sólo aportamos a nuestro material empírico ciertas convenciones en calidad de conceptos básicos, sino que nos servimos de muchas *premisas* complejas para guiarnos en la elaboración del mundo de los fenómenos psicológicos. Ya mencionamos la más importante de ellas; sólo nos resta destacarla de manera expresa. Es de naturaleza *biológica*, trabaja con el concepto de tendencia (eventualmente, el de la condición de adecuado a fines) y dice: El sistema nervioso es un aparato al que le está deparada la función de librarse de los estímulos que le llegan, de rebajarlos al nivel mínimo posible; dicho de otro modo: es un aparato que, de ser posible, querría conservarse exento de todo estímulo.[5] Que no nos escandalice por ahora la imprecisión de esta idea, y atribuyamos al sistema nervioso el cometido (dicho en términos generales) de *dominar los es-*

trabajos psicológicos muy tempranos de Freud. Véase, por ejemplo, el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 557 y sigs., 588 y sigs.; pero antes todavía se las había expresado en términos *neurológicos* en el «Proyecto de psicología» de 1895 (1950*a*), *AE*, **1**, págs. 340-1, así como también —más brevemente— en la conferencia intitulada «Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos» (1893*h*) y en el artículo escrito en francés acerca de las parálisis histéricas (1893*c*). Freud volvió nuevamente a esta hipótesis en *Más allá del principio de placer* (1920*g*), *AE*, **18**, págs. 1 y sigs., 26 y sigs.; y la reconsideró en «El problema económico del masoquismo» (1924*c*), *AE*, **19**, págs. 165 y sigs. Cf. la nota 6.]

[4] [Cf. *infra*, págs. 128 y sigs. Freud volvió a ocuparse del tema en su artículo sobre «La negación» (1925*h*), *AE*, **19**, pág. 255, y en el capítulo I de *El malestar en la cultura* (1930*a*), *AE*, **21**, pág. 68.]

[5] [Este es el «principio de constancia». Cf. la nota 3.]

*tímulos.* Vemos ahora cuánta complicación ha traído la introducción de las pulsiones para el simple esquema fisiológico del reflejo. Los estímulos exteriores plantean una única tarea, la de sustraerse de ellos, y esto acontece mediante movimientos musculares de los que por último uno alcanza la meta y después, por ser el adecuado al fin, se convierte en disposición heredada. Los estímulos pulsionales que se generan en el interior del organismo no pueden tramitarse mediante ese mecanismo. Por eso plantean exigencias mucho más elevadas al sistema nervioso y lo mueven a actividades complejas, encadenadas entre sí, que modifican el mundo exterior lo suficiente para que satisfaga a la fuente interior de estímulo. Y sobre todo, lo obligan a renunciar a su propósito ideal de mantener alejados los estímulos, puesto que producen un aflujo continuado e inevitable de estos. Entonces, tenemos derecho a inferir que ellas, las pulsiones, y no los estímulos exteriores, son los genuinos motores de los progresos que han llevado al sistema nervioso (cuya productividad es infinita) a su actual nivel de desarrollo. Desde luego, nada impide esta conjetura: las pulsiones mismas, al menos en parte, son decantaciones de la acción de estímulos exteriores que en el curso de la filogénesis influyeron sobre la sustancia viva, modificándola.

Y si después hallamos que la actividad del aparato psíquico, aun del más desarrollado, está sometida al *principio de placer*, es decir, es regulada de manera automática por sensaciones de la serie placer-displacer, difícilmente podremos rechazar otra premisa, a saber, que esas sensaciones reflejan el modo en que se cumple el dominio de los estímulos. Y ello con seguridad en este sentido: el sentimiento de displacer tiene que ver con un incremento del estímulo, y el de placer con su disminución. La imprecisión de esta hipótesis es considerable; no obstante, nos atendremos fielmente a ella hasta que podamos, si es posible, colegir la índole del vínculo entre placer-displacer y las oscilaciones de las magnitudes de estímulo que operan sobre la vida anímica. Vínculos de este tipo, por cierto, puede haberlos muy variados y nada simples.[6]

[6] [Como se verá, acá están involucrados dos principios. Uno de ellos es el «principio de constancia», el cual vuelve a enunciarse en *Más allá del principio de placer* (1920*g*), *AE*, **18**, págs. 8-9, en los siguientes términos: «. . .la hipótesis de que el aparato anímico se afana por mantener lo más baja posible, o al menos constante, la cantidad de excitación presente en él». Para este principio Freud adoptó en el mismo trabajo (*ibid.*, pág. 54) la expresión «principio de Nirvana». El segundo principio implicado es el «principio de placer», que también vuelve a formularse en *Más allá del principio de placer* (*ibid.*,

Si ahora, desde el aspecto biológico, pasamos a la consideración de la vida anímica, la «pulsión» nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {*Repräsentant*} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal.[7]

Ahora podemos discutir algunos términos que se usan en conexión con el concepto de pulsión, y son: esfuerzo, meta, objeto, fuente de la pulsión.

Por *esfuerzo* {*Drang*} de una pulsión se entiende su factor motor, la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa {*repräsentieren*}. Ese carácter esforzante es una propiedad universal de las pulsiones, y aun su esencia misma. Toda pulsión es un fragmento de

pág. 7): «En la teoría psicoanalítica adoptamos sin reservas el supuesto de que el decurso de los procesos anímicos es regulado automáticamente por el principio de placer. Vale decir, creemos que en todos los casos lo pone en marcha una tensión displacentera, y después adopta tal orientación que su resultado final coincide con una disminución de aquella, esto es, con una evitación de displacer o una producción de placer». Freud parece haber supuesto en un comienzo que estos principios guardaban entre sí una estrecha correlación, e incluso que eran idénticos. Así, en su «Proyecto de psicología» (1950*a*), *AE*, **1**, pág. 356, escribe: «Siendo consabida para nosotros una tendencia de la vida psíquica, la de *evitar displacer*, estamos tentados a identificarla con la tendencia primaria a la inercia [la tendencia a evitar excitación]». Un punto de vista similar se adopta en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 588. En el pasaje al que se refiere esta nota, sin embargo, parece dudarse de que la correlación entre ambos principios sea completa. Esta duda es ampliada en *Más allá del principio de placer* (*AE*, **18**, págs. 8 y 61), y se discute con cierta extensión en «El problema económico del masoquismo» (1924*c*), *AE*, **19**, págs. 165 y sigs. Freud arguye allí que los dos principios no pueden ser idénticos, ya que incuestionablemente hay estados de tensión creciente que son placenteros (v. gr., la excitación sexual), y prosigue sugiriendo (como ya había insinuado en los dos pasajes de *Más allá del principio de placer* a que acabamos de aludir) que la cualidad placentera o displacentera de un estado puede ser relativa a la característica *temporal* (o ritmo) de los cambios en la cantidad de excitación presente. Concluye que, en todo caso, los dos principios no pueden considerarse idénticos: el principio de placer es una *modificación* del principio de Nirvana. Este último debe atribuirse a la «pulsión de muerte», y su modificación en principio de placer se debe a la influencia de la «pulsión de vida» o libido.]

[7] [Cf. mi «Nota introductoria», págs. 107-9. Este último punto también se trata en el agregado hecho en 1915 a los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 153, y en el *Esquema del psicoanálisis* (1940*a*), *AE*, **23**, pág. 146.]

actividad; cuando negligentemente se habla de pulsiones pasivas, no puede mentarse otra cosa que pulsiones con una meta pasiva.[8]

La *meta* {*Ziel*} de una pulsión es en todos los casos la satisfacción que sólo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión. Pero si bien es cierto que esta meta última permanece invariable para toda pulsión, los caminos que llevan a ella pueden ser diversos, de suerte que para una pulsión se presenten múltiples metas más próximas o intermediarias, que se combinan entre sí o se permutan unas por otras. La experiencia nos permite también hablar de pulsiones «*de meta inhibida*» en el caso de procesos a los que se permite avanzar un trecho en el sentido de la satisfacción pulsional, pero después experimentan una inhibición o una desviación. Cabe suponer que también con tales procesos va asociada una satisfacción parcial.

El *objeto* {*Objekt*} de la pulsión es aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta. Es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción. No necesariamente es un objeto ajeno; también puede ser una parte del cuerpo propio. En el curso de los destinos vitales de la pulsión puede sufrir un número cualquiera de cambios de vía {*Wechsel*}; a este desplazamiento de la pulsión le corresponden los más significativos papeles. Puede ocurrir que el mismo objeto sirva simultáneamente a la satisfacción de varias pulsiones; es, según Alfred Adler [1908], el caso del *entrelazamiento de pulsiones*.[9] Un lazo particularmente íntimo de la pulsión con el objeto se acusa como *fijación* de aquella. Suele consumarse en períodos muy tempranos del desarrollo pulsional y pone término a la movilidad de la pulsión contrariando con intensidad su desasimiento.[10]

Por *fuente* {*Quelle*} de la pulsión se entiende aquel proceso somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado {*repräsentiert*} en la vida anímica por la pulsión. No se sabe si este proceso es por regla general de naturaleza química o también puede corres-

8 [Se hallarán algunas observaciones sobre la naturaleza activa de las pulsiones en una nota agregada en 1915 a los *Tres ensayos* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 200. — Una crítica a Adler, por su incomprensión de este carácter «esforzante» de las pulsiones, aparece en el análisis del pequeño Hans (1909*b*), *AE*, **10**, págs. 112-3.]

9 [Freud da dos ejemplos de esto en el análisis del pequeño Hans (*ibid.*, págs. 88 y 103).]

10 [Cf. «La represión» (1915*d*), *infra*, pág. 143.]

ponder al desprendimiento de otras fuerzas, mecánicas por ejemplo. El estudio de las fuentes pulsionales ya no compete a la psicología; aunque para la pulsión lo absolutamente decisivo es su origen en la fuente somática, dentro de la vida anímica no nos es conocida de otro modo que por sus metas. El conocimiento más preciso de las fuentes pulsionales en modo alguno es imprescindible para los fines de la investigación psicológica. Muchas veces puede inferirse retrospectivamente con certeza las fuentes de la pulsión a partir de sus metas.

¿Debe suponerse que las diversas pulsiones que provienen de lo corporal y operan sobre lo anímico se distinguen también por *cualidades* diferentes, y por eso se comportan dentro de la vida anímica de manera cualitativamente distinta? No parece justificado; más bien basta con el supuesto, más simple, de que todas las pulsiones son cualitativamente de la misma índole, y deben su efecto sólo a las magnitudes de excitación que conducen o, quizás, aun a ciertas funciones de esta cantidad. Lo que distingue entre sí a las operaciones psíquicas que proceden de las diferentes pulsiones puede reconducirse a la diversidad de las fuentes pulsionales. Por lo demás, sólo en un contexto posterior podrá aclararse el significado del problema de la cualidad de las pulsiones.[11]

¿Qué pulsiones pueden establecerse, y cuántas? Es evidente que esto deja mucho lugar a la arbitrariedad. Nada puede objetarse si alguien usa el concepto de pulsión de juego, de pulsión de destrucción, de pulsión de socialidad, siempre que el asunto lo exija y la rigurosidad del análisis psicológico lo permita. Empero, no puede dejarse de indagar si estos motivos pulsionales, tan unilateralmente especializados, no admiten una ulterior descomposición en vista de las fuentes pulsionales, de suerte que sólo las pulsiones primordiales, ya no susceptibles de descomposición, pudieran acreditar una significación.

He propuesto distinguir dos grupos de tales pulsiones primordiales: las *pulsiones yoicas* o *de autoconservación* y las *pulsiones sexuales*. Pero no conviene dar a esta clasificación el carácter de una premisa necesaria, a diferencia, por ejemplo, del supuesto sobre la tendencia biológica del aparato anímico (véase *supra* [pág. 115]); es una mera construcción auxiliar que sólo ha de mantenerse mientras resulte útil, y

[11] [No queda claro cuál es el «contexto posterior» al que alude Freud.]

cuya sustitución por otra en poco alterará los resultados de nuestro trabajo descriptivo y ordenador. La ocasión que movió a establecerla brotó de la génesis misma del psicoanálisis, que tomó como su primer objeto las psiconeurosis, más precisamente el grupo de las llamadas «neurosis de trasferencia» (la histeria y la neurosis obsesiva), y en ellas obtuvo la intelección de que en la raíz de todas esas afecciones se hallaba un conflicto entre los reclamos de la sexualidad y los del yo. Comoquiera que sea, es posible que un estudio más exhaustivo de las otras afecciones neuróticas (sobre todo de las psiconeurosis narcisistas: las esquizofrenias) obligue a enmendar esa fórmula y, por tanto, a agrupar de otro modo las pulsiones primordiales. Pero en la actualidad no conocemos esa fórmula nueva y tampoco hemos descubierto argumento alguno desfavorable a la contraposición entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales. [Cf. *supra*, pág. 111.]

En general, me parece dudoso que sobre la base de la elaboración del material psicológico se puedan obtener indicios decisivos para la división y clasificación de las pulsiones. A los fines de esa elaboración, parece más bien necesario aportar al material determinados supuestos acerca de la vida pulsional, y sería deseable que se los pudiera tomar de otro ámbito para trasferirlos a la psicología. Lo que la biología dice sobre esto no contraría por cierto la separación entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales. Enseña que la sexualidad no ha de equipararse a las otras funciones del individuo, pues sus tendencias van más allá de él y tienen por contenido la producción de nuevos individuos, vale decir, la conservación de la especie. Nos muestra, además, que dos concepciones del vínculo entre yo y sexualidad coexisten con igual título una junto a la otra. Para una, el individuo es lo principal; esta aprecia a la sexualidad como una de sus funciones y a la satisfacción sexual como una de sus necesidades. Para la otra, el individuo es un apéndice temporario y transitorio del plasma germinal, cuasi-inmortal, que le fue confiado por [el proceso de] la generación.[12] La hipótesis de que la función sexual se distingue de los otros procesos corporales por un quimismo particular constituye, por lo que sé, también una premisa de la escuela de investigación biológica de Ehrlich.[13]

12 [Cf. «Introducción del narcisismo» (1914*c*), *supra*, pág. 76 y *n*. 17. Algo similar dice al comienzo de la 26ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, pág. 376.]

13 [Freud había anunciado esta hipótesis en la primera edición de sus *Tres ensayos* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 197*n*., pero ya la sustentaba

Puesto que el estudio de la vida pulsional a partir de la conciencia ofrece dificultades apenas superables, la exploración psicoanalítica de las perturbaciones del alma sigue siendo la fuente principal de nuestro conocimiento. Pero, debido a la trayectoria que ha seguido en su desarrollo, el psicoanálisis ha podido aportar hasta ahora datos más o menos satisfactorios únicamente sobre las pulsiones sexuales; es que sólo este grupo pudo observarse como aislado en las psiconeurosis. Cuando el psicoanálisis se extienda a las otras afecciones neuróticas, sin duda obtendremos también una base para conocer las pulsiones yoicas, aunque en este nuevo campo de estudio parece desmedido esperar condiciones tan favorables a la observación.

Con miras a una caracterización general de las pulsiones sexuales puede enunciarse lo siguiente: Son numerosas, brotan de múltiples fuentes orgánicas, al comienzo actúan con independencia unas de otras y sólo después se reúnen en una síntesis más o menos acabada. La meta a que aspira cada una de ellas es el logro del *placer de órgano*;[14] sólo tras haber alcanzado una síntesis cumplida entran al servicio de la *función de reproducción*, en cuyo carácter se las conoce comúnmente como pulsiones sexuales. En su primera aparición se apuntalan en las pulsiones de conservación, de las que sólo poco a poco se desasen; también en el hallazgo de objeto siguen los caminos que les indican las pulsiones yoicas.[15] Una parte de ellas continúan asociadas toda la vida a estas últimas, a las cuales proveen de componentes *libidinosos* que pasan fácilmente inadvertidos durante la función normal y sólo salen a la luz cuando sobreviene la enfermedad.[16] Se singularizan por el hecho de que en gran medida hacen un papel vicario unas respecto de las otras y pueden intercambiar con facilidad sus objetos {cambios de vía}. A consecuencia de las propiedades mencionadas en último término, se habilitan para operaciones muy alejadas de sus acciones-meta originarias (*sublimación*).

Tendremos que circunscribir a las pulsiones sexuales, me-

diez años antes, por lo menos, de la publicación de ese trabajo. Véase, por ejemplo, el Manuscrito I de la correspondencia con Fliess (1950*a*), *AE*, **1**, pág. 254.]

14 [La expresión «placer de órgano» (es decir, el placer adscrito a un órgano específico del cuerpo) parece ser usada aquí por primera vez. El término se discute extensamente en la 21ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, **16**, págs. 295-6. La idea subyacente, por supuesto, data de mucho antes. Véase, verbigracia, el último de los *Tres ensayos* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 189.]

15 [Cf. «Introducción del narcisismo» (1914*c*), *supra*, pág. 84.]

16 [*Ibid.*, págs. 79-80.]

jor conocidas por nosotros, la indagación de los destinos que las pulsiones pueden experimentar en el curso de su desarrollo. La observación nos enseña a reconocer, como destinos de pulsión de esa índole, los siguientes:

El trastorno hacia lo contrario.
La vuelta hacia la persona propia.
La represión.
La sublimación.

Puesto que no tengo proyectado tratar aquí la sublimación,[17] y como la represión exige un capítulo especial [cf. el artículo que sigue, pág. 141], sólo nos resta describir y examinar los dos primeros puntos. Atendiendo a los motivos {las fuerzas} contrarrestantes de una prosecución directa de las pulsiones, los destinos de pulsión pueden ser presentados también como variedades de la *defensa* contra las pulsiones.

El *trastorno hacia lo contrario* se resuelve, ante una consideración más atenta, en dos procesos diversos: la vuelta de una pulsión *de la actividad a la pasividad*, y el *trastorno en cuanto al contenido*. Por ser ambos procesos de naturaleza diversa, también ha de tratárselos por separado.

Ejemplos del primer proceso brindan los pares de opuestos sadismo-masoquismo y placer de ver-exhibición. El trastorno sólo atañe a las *metas* de la pulsión; la meta activa —martirizar, mirar— es remplazada por la pasiva —ser martirizado, ser mirado—. El trastorno en cuanto al contenido se descubre en este único caso: la mudanza del amor en odio.

La *vuelta hacia la persona propia* se nos hace más comprensible si pensamos que el masoquismo es sin duda un sadismo vuelto hacia el yo propio, y la exhibición lleva incluido el mirarse el cuerpo propio. La observación analítica no deja subsistir ninguna duda en cuanto a que el masoquista goza compartidamente la furia que se abate sobre su persona, y el exhibicionista, su desnudez. Lo esencial en este proceso es entonces el cambio de vía del *objeto*, manteniéndose inalterada la meta.

Entretanto, no puede escapársenos que vuelta hacia la persona propia y vuelta de la actividad a la pasividad convergen o coinciden en estos ejemplos. Para esclarecer estos vínculos se hace indispensable una investigación más a fon-

[17] [La sublimación había sido examinada ya en el artículo sobre el narcisismo (1914*c*), *supra*, págs. 91-2; pero posiblemente era el tema de uno de los trabajos metapsicológicos perdidos. (Véase mi «Introducción», pág. 102.)]

do. En cuanto al par de opuestos sadismo-masoquismo, el proceso puede presentarse del siguiente modo:

*a*. El sadismo consiste en una acción violenta, en una afirmación de poder dirigida a otra persona como objeto.

*b*. Este objeto es resignado y sustituido por la persona propia. Con la vuelta hacia la persona propia se ha consumado también la mudanza de la meta pulsional activa en una pasiva.

*c*. Se busca de nuevo como objeto una persona ajena, que, a consecuencia de la mudanza sobrevenida en la meta, tiene que tomar sobre sí el papel de sujeto.[18]

El caso *c* es el del masoquismo, como comúnmente se lo llama. La satisfacción se obtiene, también en él, por el camino del sadismo originario, en cuanto el yo pasivo se traslada en la fantasía a su puesto anterior, que ahora se deja al sujeto ajeno. Es sumamente dudoso que exista también una satisfacción masoquista más directa. No parece haber un masoquismo originario que no se engendre del sadismo de la manera descrita.[19] El supuesto de la etapa *b* no es superfluo, como lo revela la conducta de la pulsión sádica en la neurosis obsesiva. Aquí hallamos la vuelta hacia la persona propia sin la pasividad hacia una nueva. La mudanza llega sólo hasta la etapa *b*. De la manía de martirio se engendran automartirio, autocastigo, no masoquismo. El verbo en voz activa no se muda a la voz pasiva, sino a una voz media reflexiva.[20]

La concepción del sadismo es perjudicada también por la circunstancia de que esta pulsión parece perseguir, junto a su meta general (quizá mejor: en el interior de esta), una acción-meta muy especial. Junto a la humillación y al sojuzgamiento, el infligir dolores. Ahora bien, el psicoanálisis parece demostrar que el infligir dolor no desempeña ningún

[18] [Aunque el sentido general de estos pasajes es claro, puede haber alguna confusión en el empleo de la palabra «sujeto». Por regla general, «sujeto» y «objeto» se utilizan para designar, respectivamente, a la persona en quien se origina una pulsión (u otro estado psíquico) y a la persona o cosa a la cual aquella se dirige. Aquí, sin embargo, «sujeto» parece designar a la persona que desempeña el papel activo en la relación —el agente—. La palabra se utiliza más claramente en este segundo sentido un poco más adelante (pág. 125), y en otros lugares del artículo.]

[19] [*Nota agregada* en 1924:] En trabajos posteriores —véase «El problema económico del masoquismo» (1924*c*)— me he declarado partidario de una concepción opuesta en relación con problemas de la vida pulsional.

[20] [Freud alude aquí a las voces del verbo en la lengua griega.]

papel entre las acciones-meta originarias de la pulsión. El niño sádico no toma en cuenta el infligir dolores, ni se lo propone. Pero una vez que se ha consumado la trasmudación al masoquismo, los dolores se prestan muy bien a proporcionar una meta masoquista pasiva, pues tenemos todas las razones para suponer que también las sensaciones de dolor, como otras sensaciones de displacer, desbordan sobre la excitación sexual y producen un estado placentero en aras del cual puede consentirse aun el displacer del dolor.[21] Y una vez que el sentir dolores se ha convertido en una meta masoquista, puede surgir retrogresivamente la meta sádica de infligir dolores; produciéndolos en otro, uno mismo los goza de manera masoquista en la identificación con el objeto que sufre. Desde luego, en ambos casos no se goza el dolor mismo, sino la excitación sexual que lo acompaña, y como sádico esto es particularmente cómodo. El gozar del dolor sería, por tanto, una meta originariamente masoquista, pero que sólo puede devenir meta pulsional en quien es originariamente sádico.

Para hacer un recuento completo, agrego que la *compasión* no puede describirse como un resultado de la mudanza pulsional desde el sadismo, sino que exige la concepción de una *formación reactiva* contra la pulsión (acerca de esta diferencia, véase más adelante).[22]

Resultados algo diversos y más simples ofrece la indagación de otro par de opuestos: el de las pulsiones que tienen por meta, respectivamente, el ver y el mostrarse («voyeur» y exhibicionista en el lenguaje de las perversiones). También aquí pueden distinguirse las mismas etapas que en el caso anterior: *a*) El ver como *actividad* dirigida a un objeto ajeno; *b*) la resignación del objeto, la vuelta de la pulsión de ver hacia una parte del cuerpo propio, y por tanto el trastorno en pasividad y el establecimiento de la nueva meta: ser

[21] [Cf. *Tres ensayos* (1905*d*), *AE*, **7**, págs. 185-6.]

[22] [No resulta claro a qué pasaje remite Freud aquí —a menos que estuviera incluido en un artículo, perdido, sobre la sublimación—. De hecho, se menciona el asunto en «De guerra y muerte» (1915*b*), *infra*, pág. 283. Pero no puede ser esta la referencia en que pensaba Freud, porque originalmente ese artículo se publicó en otro volumen. En una nota agregada a los *Tres ensayos* (1905*d*) en 1915 (año en que escribió el presente trabajo), Freud insiste en que la sublimación y la formación reactiva han de considerarse procesos distintos (*AE*, **7**, pág. 162, *n*. 10). — La palabra alemana para «compasión» es «*Mitleid*», literalmente «sufrir con». Otro punto de vista sobre el origen de este sentimiento se expresa en el análisis del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *AE*, **17**, pág. 81, que en realidad fue escrito, con toda probabilidad, a fines de 1914, pocos meses antes que el presente artículo.]

mirado; *c*) la inserción de un nuevo sujeto,[23] al que uno se muestra a fin de ser mirado por él. Apenas puede dudarse de que la meta activa aparece también más temprano que la pasiva, el mirar precede al ser-mirado. Pero una importante divergencia con el caso del sadismo reside en que en la pulsión de ver ha de reconocerse una etapa todavía anterior a la que designamos *a*. En efecto, inicialmente la pulsión de ver es autoerótica, tiene sin duda un objeto, pero este se encuentra en el cuerpo propio. Sólo más tarde se ve llevada (por la vía de la comparación) a permutar este objeto por uno análogo del cuerpo ajeno (etapa *a*). Ahora bien, este grado previo presenta interés porque de él se siguen las dos situaciones del par de opuestos resultantes, según que el cambio de vía ocurra en un lugar o en el otro. El esquema de la pulsión de ver podría ser este:

| | |
|---|---|
| α) Uno mismo mirar miembro sexual = | Miembro sexual ser mirado por persona propia |
| β) Uno mismo mirar objeto ajeno (placer de ver activo) | γ) Objeto propio ser mirado por persona ajena (placer de mostrar, exhibición) |

Una etapa previa semejante falta en el sadismo, que desde el comienzo se dirige a un objeto ajeno; empero, no sería del todo disparatado construirla a partir de los empeños del niño que quiere hacerse señor de sus propios miembros.[24]

Para los dos ejemplos de pulsión aquí considerados vale esta observación: la mudanza pulsional mediante trastorno de la actividad en pasividad y mediante vuelta sobre la persona propia nunca afecta, en verdad, a todo el monto de la moción pulsional. La dirección pulsional más antigua, activa, subsiste en cierta medida junto a la más reciente, pasiva, aunque el proceso de la trasmudación pulsional haya sido muy extenso. El único enunciado correcto acerca de la pulsión de ver sería este: Todas las etapas de desarrollo de la pulsión (tanto la etapa previa autoerótica cuanto las conformaciones finales activa y pasiva) subsisten unas junto a las otras; y esta aseveración se hace evidente si en lugar de las acciones pulsionales se toma como base del juicio el mecanismo de la satisfacción. Quizás esté justificado además otro

[23] [Es decir, un nuevo agente; cf. pág. 123, *n*. 18.]
[24] [*Nota agregada* en 1924:] Cf. pág. 123, *n*. 19.

modo de concepción y de explicitación. Podemos descomponer toda vida pulsional en oleadas singulares, separadas en el tiempo, y homogéneas dentro de la unidad de tiempo (cualquiera que sea esta), las cuales se comportan entre sí como erupciones sucesivas de lava. Entonces podemos imaginar que la primera erupción de lava, la más originaria, prosigue inmutable y no experimenta desarrollo alguno. La oleada siguiente está expuesta desde el comienzo a una alteración, por ejemplo la vuelta a la pasividad, y se agrega con este nuevo carácter a la anterior, etc. Y si después se abarca con la mirada la moción pulsional desde su comienzo hasta un cierto punto de detención, la sucesión descrita de las oleadas proporcionará la imagen de un determinado desarrollo de la pulsión.

El hecho de que en esa [25] época más tardía del desarrollo pueda observarse, junto a una moción pulsional, su opuesto (pasivo), merece ser destacado mediante el certero nombre introducido por Bleuler: *ambivalencia*.[26]

El desarrollo pulsional se nos haría comprensible por la referencia a la historia del desarrollo de la pulsión y a la permanencia de las etapas intermedias. La experiencia nos indica que la cuantía de la ambivalencia comprobable varía en alto grado entre los individuos, grupos humanos o razas. Una extensa ambivalencia pulsional en un ser vivo actual puede concebirse como una herencia arcaica, pues tenemos razones para suponer que la proporción de las mociones activas, no mudadas, ha sido mayor en la vida pulsional de épocas primordiales que, en promedio, en la de hoy.[27]

Nos hemos acostumbrado (sin examinar al comienzo el vínculo entre autoerotismo y narcisismo) a llamar *narcisismo* a la fase temprana de desarrollo del yo, durante la cual sus pulsiones sexuales se satisfacen de manera autoerótica. De-

[25] [«*Jener*». En la primera edición decía aquí «*jeder*», «toda».]

[26] [El término «ambivalencia», acuñado por Bleuler (1910*b*, y 1911, págs. 43 y 305), no parece haber sido usado por él en este sentido. Bleuler distinguía tres tipos de ambivalencia: 1) la emocional, o sea, la oscilación entre el amor y el odio; 2) la volitiva, o sea, la incapacidad de decidir acerca de una acción, y 3) la intelectual, o sea, la creencia en proposiciones contradictorias. Freud generalmente utiliza el término en el primero de estos sentidos. Véase, por ejemplo, la primera ocasión en que parece haberlo adoptado, en «Sobre la dinámica de la trasferencia» (1912*b*), *AE*, **12**, pág. 104, y más adelante en el presente artículo (págs. 128 y 133). El pasaje actual es uno de los pocos en que Freud aplica el término a la actividad y la pasividad. Otro ejemplo de este uso excepcional se hallará en el historial clínico del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *AE*, **17**, pág. 26.]

[27] [Cf. *Tótem y tabú* (1912-13), *AE*, **13**, págs. 71-2.]

beríamos entonces decir que la etapa previa de la pulsión de ver —en que el placer de ver tiene por objeto al cuerpo propio— pertenece al narcisismo, es una formación narcisista. Desde ella se desarrolla la pulsión activa de ver, dejando atrás al narcisismo; pero la pulsión pasiva de ver retiene el objeto narcisista. De igual modo, la trasmudación del sadismo al masoquismo implica un retroceso hacia el objeto narcisista; y en los dos casos [o sea, el del placer pasivo de ver y el del masoquismo] el sujeto narcisista es permutado por identificación con un yo otro, ajeno. Si consideramos la etapa previa del sadismo, esa etapa narcisista que construimos, alcanzamos una intelección más general: los destinos de pulsión que consisten en la vuelta sobre el yo propio y en el trastorno de la actividad en pasividad dependen de la organización narcisista del yo y llevan impreso el sello de esta fase. Corresponden, quizás, a los intentos de defensa que en etapas más elevadas del desarrollo del yo se ejecutan con otros medios. [Cf. pág. 122.]

Aquí caemos en la cuenta de que hasta ahora sólo sometimos a examen el par de opuestos pulsionales sadismo-masoquismo y placer de ver-placer de mostrar. Son estas las más conocidas de las pulsiones sexuales que se presentan como ambivalentes. Los otros componentes de la función sexual más tardía no han resultado aún lo bastante asequibles al análisis como para que podamos elucidarlos de manera parecida. De ellos podemos decir, en general, que actúan de modo *autoerótico*, es decir, su objeto se eclipsa tras el órgano que es su fuente y, por lo común, coincide con este último. El objeto de la pulsión de ver es también primero una parte del cuerpo propio; no obstante, no es el ojo mismo. Y en el sadismo, el órgano fuente, que es probablemente la musculatura capaz de acción, apunta de manera directa a un objeto otro, aunque se sitúe en el cuerpo propio. En las pulsiones autoeróticas es tan decisivo el papel del órgano fuente que, según una sugerente conjetura de Federn (1913) y Jekels (1913*b*), forma y función del órgano determinan la actividad o pasividad de la meta pulsional.

La mudanza de una pulsión en su contrario (material)* sólo es observada en un caso: la *trasposición de amor en odio*.[28] Puesto que con particular frecuencia ambos se presen-

* {Es decir, el trastorno de una pulsión *en cuanto a su contenido*; cf. *supra*, pág. 122.}

[28] [En las ediciones alemanas anteriores a 1924 dice «la trasposición de *amor y odio*».]

tan dirigidos simultáneamente al mismo objeto, tal coexistencia ofrece también el ejemplo más significativo de una ambivalencia de sentimientos. [Cf. pág. 126, *n.* 26.]

El caso del amor y del odio cobra un interés particular por la circunstancia de que es refractario a ordenarse dentro de nuestra exposición de las pulsiones. El vínculo más íntimo une estos dos sentimientos opuestos con la vida sexual; no podemos dudar de eso, pero naturalmente somos reacios a concebir el amar como si fuera una pulsión parcial de la sexualidad entre otras. Más bien querríamos discernir en el amar la expresión de la aspiración sexual como un todo, pero tampoco así aclaramos nada y no sabemos cómo habría de comprenderse un contrario material de esa aspiración.

El amar no es susceptible de una sola oposición, sino de tres. Además de la oposición amar-odiar, hay la que media entre amar y ser-amado, y, por otra parte, amar y odiar tomados en conjunto se contraponen al estado de indiferencia. De estas tres oposiciones, la segunda, la que media entre amar y ser-amado, se corresponde por entero con la vuelta de la actividad a la pasividad y admite también, como la pulsión de ver, idéntica reconducción a una situación básica. Hela aquí: *amarse a sí mismo*, lo cual es para nosotros la característica del narcisismo. Ahora bien, según sean el objeto o el sujeto los que se permuten por uno ajeno, resultan la aspiración de meta activa, el amar, o la de meta pasiva, el ser-amado, de las cuales la segunda se mantiene próxima al narcisismo.

Quizá nos acerquemos a la comprensión de los múltiples contrarios del amar si consideramos que la vida anímica en general está gobernada por *tres polaridades*, las oposiciones entre:

Sujeto (yo)-Objeto (mundo exterior).
Placer-Displacer.
Activo-Pasivo.

La oposición entre yo y no-yo (afuera), [o sea,] sujeto-objeto, se impone tempranamente al individuo, como dijimos [págs. 114-5], por la experiencia de que puede acallar los estímulos exteriores mediante su acción muscular, pero está indefenso frente a los estímulos pulsionales. Esa oposición reina soberana principalmente en la actividad intelectual, y crea para la investigación la situación básica que ningún empeño puede modificar. La polaridad placer-displacer adhiere a una serie de la sensación cuya inigualable importancia para la decisión de nuestras acciones (voluntad) ya

pusimos de relieve [pág. 116]. La oposición activo-pasivo no ha de confundirse con la que media entre yo-sujeto y afuera-objeto. El yo se comporta pasivamente hacia el mundo exterior en la medida en que recibe estímulos de él, y activamente cuando reacciona frente a estos. Sus pulsiones lo compelen sobremanera a una *actividad* hacia el mundo exterior, de suerte que destacando lo esencial podría decirse: El yo-sujeto es pasivo hacia los estímulos exteriores, y activo por sus pulsiones propias. La oposición entre activo y pasivo se fusiona más tarde con la que media entre masculino y femenino, que, antes que esto acontezca, carece de significación psicológica. La soldadura entre la actividad y lo masculino, y entre la pasividad y lo femenino, nos aparece, en efecto, como un hecho biológico. Pero en modo alguno es tan omnipresente y exclusiva como nos inclinamos a suponer.[29]

Las tres polaridades del alma entran en los más significativos enlaces recíprocos. Existe una situación psíquica originaria en que dos de ellas coinciden. El yo se encuentra originariamente, al comienzo mismo de la vida anímica, investido por pulsiones {*triebbesetzt*}, y es en parte capaz de satisfacer sus pulsiones en sí mismo. Llamamos narcisismo a ese estado, y autoerótica a la posibilidad de satisfacción.[30] El

[29] [Este punto se aborda con mucho mayor extensión en una nota agregada en 1915 (año en que Freud escribió el presente artículo) a los *Tres ensayos* (1905*d*), *AE*, **7**, págs. 200-1. — Cf. también «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914*d*), *supra*, pág. 53.]

[30] Una parte de las pulsiones sexuales es, como sabemos, susceptible de esta satisfacción autoerótica, y por tanto apta para servir de sustento al desarrollo [del «yo-realidad» originario hacia el «yo-placer»] descrito a continuación [en el texto], regido por el principio de placer. Las pulsiones sexuales, que desde el comienzo reclaman un objeto, así como las necesidades de las pulsiones yoicas, que nunca se satisfacen de manera autoerótica, perturban desde luego este estado [el estado narcisista primordial] y preparan los ulteriores progresos. Por cierto, el estado narcisista primordial no podría seguir aquel desarrollo si todo individuo no pasara por un período en que se encuentra *desvalido* y debe ser *cuidado*, y durante el cual sus urgentes necesidades le fueron satisfechas por aporte desde afuera, frenándose así su desarrollo. — [Esta nota, muy condensada, sería más fácil de comprender si se la hubiera ubicado dos o tres párrafos más adelante. Quizá se la pueda ampliar de la siguiente manera: En sus «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911*b*), *AE*, **12**, págs. 228-9, Freud había introducido la idea de la trasformación de un temprano «yo-placer» en un «yo-realidad». En el siguiente pasaje del presente texto, sostiene que en verdad hay un yo-realidad *inicial*, más antiguo todavía. Este «yo-realidad» inicial, en lugar de convertirse directamente en el «yo-realidad» *definitivo*, es remplazado —bajo la influencia dominante del principio de placer— por un «yo-placer». La nota enumera, por una parte, los factores que favorecerían este último desenlace, y,

mundo exterior en esa época no está investido con interés (dicho esto en general) y es indiferente para la satisfacción. Por tanto, en ese tiempo el yo-sujeto coincide con lo placentero, y el mundo exterior, con lo indiferente (y eventualmente, en cuanto fuente de estímulos, con lo displacentero). Si por ahora definimos el amar como la relación del yo con sus fuentes de placer, entonces la situación en que sólo se ama a sí mismo y es indiferente al mundo ilustra la primera de las oposiciones en que hemos hallado el «amar».[31]

En la medida en que es autoerótico, el yo no necesita del mundo exterior, pero recibe de él objetos a consecuencia de las vivencias derivadas de las pulsiones de autoconservación del yo, y por tanto no puede menos que sentir por un tiempo como displacenteros ciertos estímulos pulsionales interiores. Ahora bien, bajo el imperio del principio de placer se consuma dentro de él un ulterior desarrollo. Recoge en su interior los objetos ofrecidos en la medida en que son fuente de placer, los introyecta (según la expresión de Ferenczi [1909]),[32] y, por otra parte, expele de sí lo que en su propia interioridad es ocasión de displacer. (Véase *infra* el mecanismo de la proyección.)[33]

Así, a partir del yo-realidad inicial, que ha distinguido el adentro y el afuera según una buena marca objetiva [cf. pág. 115 y *n.* 4], se muda en un *yo-placer* purificado que pone el carácter del placer por encima de cualquier otro. El mundo exterior se le descompone en una parte de placer que él se ha incorporado y en un resto que le es ajeno. Y del yo propio ha segregado un componente que arroja al mundo

por otra parte, los que obrarían en su contra. La existencia de pulsiones libidinosas autoeróticas alentaría la desviación hacia un «yo-placer», mientras que las pulsiones libidinosas *no*-autoeróticas y las pulsiones de autoconservación probablemente promoverían, en cambio, una transición directa hacia el «yo-realidad» definitivo del adulto. Freud observa que, de hecho, este último sería el resultado si no fuera porque el cuidado parental del bebé desvalido satisface al segundo grupo de pulsiones, prolonga artificialmente el estadio narcisista primordial, y de esa manera contribuye a hacer posible el establecimiento del «yo-placer».]

31 [En la pág. 128, Freud enumeró en el siguiente orden los opuestos al amar: 1) odiar, 2) ser amado y 3) indiferencia. En el presente párrafo, y en las págs. 131 y 134, adopta otro orden: 1) indiferencia, 2) odiar y 3) ser amado. Probablemente en este segundo ordenamiento otorga el primer lugar a la indiferencia por ser esta la primera que se presenta en el curso del desarrollo.]

32 [Esta parece ser la primera vez que Freud utiliza el término. Cf. *infra*, pág. 239*n*.]

33 [Se refiere a un párrafo de «Lo inconciente» (1915*e*), *infra*, pág. 181, y a otro de «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (1917*d*), *infra*, págs. 222-3.]

exterior y siente como hostil. Después de este reordenamiento, ha quedado restablecida la coincidencia de las dos polaridades:

Yo-sujeto {coincide} con placer.
Mundo exterior {coincide} con displacer (desde una indiferencia anterior).

Con el ingreso del objeto en la etapa del narcisismo primario se despliega también la segunda antítesis del amar: el odiar. [Cf. *n.* 31.]

Como vimos, el objeto es aportado al yo desde el mundo exterior en primer término por las pulsiones de autoconservación; y no puede desecharse que también el sentido originario del odiar signifique la relación hacia el mundo exterior hostil, proveedor de estímulos. La indiferencia se subordina al odio, a la aversión, como un caso especial, después de haber emergido, al comienzo, como su precursora. Lo exterior, el objeto, lo odiado, habrían sido idénticos al principio. Y si más tarde el objeto se revela como fuente de placer, entonces es amado, pero también incorporado al yo, de suerte que para el yo-placer purificado el objeto coincide nuevamente con lo ajeno y lo odiado.

Ahora reparamos en que así como el par de opuestos amor-indiferencia refleja la polaridad yo-mundo exterior, la segunda oposición, amor-odio, reproduce la polaridad placer-displacer, enlazada con la primera. Luego que la etapa puramente narcisista es relevada por la etapa del objeto, placer y displacer significan relaciones del yo con el objeto. Cuando el objeto es fuente de sensaciones placenteras, se establece una tendencia motriz que quiere acercarlo al yo, incorporarlo a él; entonces hablamos también de la «atracción» que ejerce el objeto dispensador de placer y decimos que «amamos» al objeto. A la inversa, cuando el objeto es fuente de sensaciones de displacer, una tendencia se afana en aumentar la distancia entre él y el yo, en repetir con relación a él el intento originario de huida frente al mundo exterior emisor de estímulos. Sentimos la «repulsión» del objeto, y lo odiamos; este odio puede después acrecentarse convirtiéndose en la inclinación a agredir al objeto, con el propósito de aniquilarlo.

De vernos precisados, podríamos decir que una pulsión «ama» al objeto al cual aspira para su satisfacción. Pero que una pulsión «odie» a un objeto nos suena bastante extraño, y

caemos en la cuenta de que los vínculos [34] de amor y de odio no son aplicables a las relaciones de las pulsiones con sus objetos, sino que están reservados a la relación del yo-total con los suyos. Por otra parte, la observación del uso lingüístico, pleno de sentido indudablemente, nos muestra otra restricción en el significado del amor y del odio. De los objetos que sirven para la conservación del yo no se dice que se los ama; se destaca que se necesita de ellos, y tal vez se expresa la injerencia de una relación de otra índole empleando giros que indican un amor muy debilitado: me gusta, lo aprecio, lo encuentro agradable.

La palabra «amar» se instala entonces, cada vez más, en la esfera del puro vínculo de placer del yo con el objeto, y se fija en definitiva en los objetos sexuales en sentido estricto y en aquellos objetos que satisfacen las necesidades de las pulsiones sexuales sublimadas. La división entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales que hemos impuesto a nuestra psicología está acorde, pues, con el espíritu de nuestro lenguaje. Si no solemos decir que la pulsión sexual singular ama a su objeto, y en cambio hallamos que el uso más adecuado de la palabra «amar» se aplica al vínculo del yo con su objeto sexual, esta observación nos enseña que su aplicabilidad a tal relación sólo empieza con la síntesis de todas las pulsiones parciales de la sexualidad bajo el primado de los genitales y al servicio de la función de la reproducción.

Es notable que en el uso de la palabra «odiar» no salga a luz una referencia tan estrecha al placer y a la función sexuales; más bien, la relación de displacer parece la única decisiva. El yo odia, aborrece y persigue con fines destructivos a todos los objetos que se constituyen para él en fuente de sensaciones displacenteras, indiferentemente de que le signifiquen una frustración de la satisfacción sexual o de la satisfacción de necesidades de conservación. Y aun puede afirmarse que los genuinos modelos de la relación de odio no provienen de la vida sexual, sino de la lucha del yo por conservarse y afirmarse.

Amor y odio, que se nos presentan como tajantes opuestos materiales, no mantienen entre sí, por consiguiente, una relación simple. No han surgido de la escisión de algo común originario, sino que tienen orígenes diversos, y cada uno ha recorrido su propio desarrollo antes que se constituyeran como opuestos bajo la influencia de la relación placer-dis-

[34] [En alemán, «*Beziehungen*». En la primera edición, esta palabra era «*Bezeichnungen*» {«designaciones»}, lo que parece más coherente.]

placer. Esto nos impone la tarea de resumir lo que sabemos sobre la génesis del amor y del odio.

El amor proviene de la capacidad del yo para satisfacer de manera autoerótica, por la ganancia de un placer de órgano, una parte de sus mociones pulsionales. Es originariamente narcisista, después pasa a los objetos que se incorporaron al yo ampliado, y expresa el intento motor del yo por alcanzar esos objetos en cuanto fuentes de placer. Se enlaza íntimamente con el quehacer de las posteriores pulsiones sexuales y coincide, cuando la síntesis de ellas se ha cumplido, con la aspiración sexual total. Etapas previas del amar se presentan como metas sexuales provisionales en el curso del complicado desarrollo de las pulsiones sexuales. Discernimos la primera de ellas en el *incorporar* o *devorar*, una modalidad del amor compatible con la supresión de la existencia del objeto como algo separado, y que por tanto puede denominarse ambivalente.[35] En la etapa que sigue, la de la organización pregenital sádico-anal,[36] el intento de alcanzar el objeto se presenta bajo la forma del esfuerzo de apoderamiento, al que le es indiferente el daño o la aniquilación del objeto. Por su conducta hacia el objeto, esta forma y etapa previa del amor es apenas diferenciable del odio. Sólo con el establecimiento de la organización genital el amor deviene el opuesto del odio.

El odio es, como relación con el objeto, más antiguo que el amor; brota de la repulsa primordial que el yo narcisista opone en el comienzo al mundo exterior prodigador de estímulos. Como exteriorización de la reacción displacentera provocada por objetos, mantiene siempre un estrecho vínculo con las pulsiones de la conservación del yo, de suerte que pulsiones yoicas y pulsiones sexuales con facilidad pueden entrar en una oposición que repite la oposición entre odiar y amar. Cuando las pulsiones yoicas gobiernan a la función sexual, como sucede en la etapa de la organización sádico-anal, prestan también a la meta pulsional los caracteres del odio.

La historia de la génesis y de los vínculos del amor nos permite comprender que tan a menudo se muestre «ambivalente», es decir, acompañado por mociones de odio hacia el

35 [La primera exposición de la etapa oral en un trabajo publicado por Freud figura en un párrafo agregado por él a la tercera edición (1915) de sus *Tres ensayos* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 180. El «Prólogo» a esa edición está fechado en octubre de 1914, algunos meses antes de que Freud escribiera el presente artículo. Cf. también *infra*, págs. 247 y sigs.]

36 [Cf. «La predisposición a la neurosis obsesiva» (1913*i*).]

mismo objeto. Ese odio mezclado con el amor proviene, en una parte, de las etapas previas del amar no superadas por completo, y en otra parte tiene su fundamento en reacciones de repulsa procedentes de las pulsiones yoicas, que a raíz de los frecuentes conflictos entre intereses del yo y del amor pueden invocar motivos reales y actuales. En ambos casos, entonces, ese odio mezclado se remonta a la fuente de las pulsiones de conservación del yo. Cuando el vínculo de amor con un objeto determinado se interrumpe, no es raro que lo remplace el odio, por lo cual recibimos la impresión de que el amor se muda en odio. Pero ahora, superando esa descripción, podemos concebirlo así: en tales casos el odio, que tiene motivación real, es reforzado por la regresión del amar a la etapa sádica previa, de suerte que el odiar cobra un carácter erótico y se garantiza la continuidad de un vínculo de amor.

La tercera oposición en que se encuentra el amar, la mudanza del amar en un ser-amado, responde a la injerencia de la polaridad entre actividad y pasividad y cae bajo idéntica apreciación que los casos de la pulsión de ver y del sadismo.[37]

Podemos destacar, a manera de resumen, que los destinos de pulsión consisten, en lo esencial, en que *las mociones pulsionales son sometidas a las influencias de las tres grandes polaridades que gobiernan la vida anímica.* De estas tres polaridades, la que media entre actividad y pasividad puede definirse como la *biológica*; la que media entre yo y mundo exterior, como la *real*; y, por último, la de placer-displacer, como la *económica.*

El destino de pulsión que es la *represión* será objeto de una indagación posterior [en el artículo que sigue].

[37] [La relación entre el amor y el odio es ulteriormente tratada por Freud, a la luz de su hipótesis de la pulsión de muerte, en el capítulo IV de *El yo y el ello* (1923*b*), *AE*, **19**, págs. 41 y sigs.]

# La represión
(1915)

# Nota introductoria

## «Die Verdrängung»

*Ediciones en alemán*

1915 *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **3**, nº 3, págs. 129-38.
1918 *SKSN*, **4**, págs. 279-93. (1922, 2ª ed.)
1924 *GS*, **5**, págs. 466-79.
1924 *Technik und Metapsychol.*, págs. 188-201.
1931 *Theoretische Schriften*, págs. 83-97.
1946 *GW*, **10**, págs. 248-61.
1975 *SA*, **3**, págs. 103-18.

*Traducciones en castellano**

1924 «La represión». *BN* (17 vols.), **9**, págs. 145-58. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **9**, págs. 140-53. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **1**, págs. 1057-63. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, **9**, págs. 121-31. El mismo traductor.
1967 Igual título. *BN* (3 vols.), **1**, págs. 1045-51. El mismo traductor.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), **6**, págs. 2053-60. El mismo traductor.

En su «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914*d*), Freud declaró que la doctrina de la represión es «el pilar fundamental sobre el que descansa el edificio del psicoanálisis» (*supra*, pág. 15); en el presente artículo, así como también en la sección IV de «Lo inconciente» (1915*e*), *infra*, págs. 177 y sigs., hizo la formulación más elaborada de dicha doctrina.

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n.* 6.}

Históricamente, el concepto de represión se retrotrae a los comienzos mismos del psicoanálisis. La primera publicación en que se lo mencionó {en la bibliografía de Freud} fue «Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos: comunicación preliminar», de Breuer y Freud (1893), *AE*, **2**, pág. 36. El término «*Verdrängung*» ya había sido utilizado por Herbart, psicólogo de comienzos del siglo XIX, y probablemente llegó a conocimiento de Freud a través de su maestro Meynert, quien era un admirador de Herbart.[1] No obstante, en la «Contribución» ya citada, Freud insistió en que sin lugar a dudas él había concebido esa doctrina independientemente (*supra*, pág. 15). En su *Presentación autobiográfica* (1925*d*) escribió: «Fue una novedad, y nada semejante se había reconocido antes en la vida anímica».

Hay en los escritos de Freud varios relatos acerca de la forma en que se produjo el descubrimiento; por ejemplo, en los *Estudios sobre la histeria* (1895*d*), *AE*, **2**, págs. 275-6, y también en la «Contribución» (*supra*, pág. 15). En todos ellos se destaca que el concepto de represión fue sugerido imperiosamente por el fenómeno clínico de la resistencia, que a su vez salió a relucir a raíz de una innovación técnica: el abandono de la hipnosis en el tratamiento catártico de la histeria.

En el relato incluido en los *Estudios sobre la histeria*, la palabra utilizada para describir el proceso no es en realidad «represión» sino «defensa». En esa temprana época Freud empleaba ambos términos indistintamente, casi como equivalentes, aunque tal vez «defensa» era más común. Pronto, sin embargo, como señala en su trabajo sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis (1906*a*), *AE*, **7**, págs. 267-8, comenzó a remplazar este último por aquel. Así, por ejemplo, en el historial clínico del «Hombre de las Ratas» (1909*d*) examinó el mecanismo de la «represión» en las neurosis obsesivas —o sea, el desplazamiento de la investidura afectiva de la representación chocante, a diferencia de su destierro total de la conciencia en la histeria— y aludió a «dos tipos de represión» (*AE*, **10**, pág. 154). De hecho, en el presente artículo el término es usado en este sentido amplio, como se ve en el examen de los diversos mecanismos de represión en las distintas variedades de psiconeurosis que efectúa hacia el final. Parece bastante claro, sin embargo, que la forma de represión a la que Freud aludía fundamentalmente aquí era la que se presenta en la histeria; y

[1] Cf. «Lo inconciente» (1915*e*), *infra*, pág. 156. En el primer volumen de la biografía de Ernest Jones (1953, págs. 407 y sigs.) se encontrará un examen completo de este asunto.

mucho después, en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, **20**, págs. 152-3, propuso restringir el término «represión» a este mecanismo en particular y restaurar el uso de «defensa» como «designación general para todas las técnicas de que se sirve el yo en los conflictos que eventualmente llevan a la neurosis». La importancia de este distingo fue más tarde ejemplificada por él en «Análisis terminable e interminable» (1937*c*), *AE*, **23**, págs. 238 y sigs.

La índole de la fuerza impulsora que pone en marcha a la represión constituyó un permanente problema para Freud, aunque en este trabajo apenas alude a él. Se planteaba, en particular, el interrogante acerca del vínculo entre la represión y la vida sexual; en sus primeros tiempos, Freud dio variables respuestas a esto, como puede verse en muchos lugares en su correspondencia con Fliess (1950*a*), pero más tarde rechazó firmemente todo intento de «sexualizar» la represión. Se hallará una amplia discusión de esta cuestión (con especial referencia a los puntos de vista de Adler) en «"Pegan a un niño"» (1919*e*), *AE*, **17**, págs. 196 y sigs. Más adelante aún, en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, **20**, esp. págs. 152 y sigs., y en la 32ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*), *AE*, **22**, pág. 79, arrojó nueva luz sobre el asunto sosteniendo que la angustia no era, como había afirmado antes (y como lo hace en este trabajo; véase *infra*, págs. 148 y 149-50), una *consecuencia* de la represión sino una de sus principales fuerzas impulsoras.[2]

James Strachey

[2] La distinción entre la represión y la desmentida («*Verleugnung*») de la realidad externa o de parte de ella por el yo fue examinada por primera vez en forma extensa en el artículo sobre el «Fetichismo» (1927*e*), *AE*, **21**, pág. 148. Véase *infra*, pág. 219.

Puede ser el destino de una moción pulsional chocar con resistencias que quieran hacerla inoperante. Bajo condiciones a cuyo estudio más atento pasaremos enseguida, entra entonces en el estado de la *represión*. Si se tratase del efecto de un estímulo exterior, es evidente que la huida sería el medio apropiado. En el caso de la pulsión, de nada vale la huida, pues el yo no puede escapar de sí mismo. Más tarde, en algún momento, se encontrará en la desestimación por el juicio (juicio adverso) un buen recurso contra la moción pulsional. Una etapa previa al juicio adverso, una cosa intermedia entre la huida y el juicio adverso, es la represión, cuyo concepto no podía establecerse en el período anterior a los estudios psicoanalíticos.

La posibilidad de una represión no es fácil de deducir en la teoría. ¿Por qué una moción pulsional habría de ser víctima de semejante destino? Para ello, evidentemente, debe llenarse la condición de que el logro de la meta pulsional depare displacer en lugar de placer. Pero este caso no se concibe bien. Pulsiones así no existen, una satisfacción pulsional es siempre placentera. Deberían suponerse constelaciones particulares, algún proceso por el cual el placer de satisfacción se mudara en displacer.

Para deslindar mejor la represión podemos traer al debate algunas otras situaciones pulsionales. Puede ocurrir que un estímulo exterior sea interiorizado, por ejemplo si ataca o destruye a un órgano; entonces se engendra una nueva fuente de excitación continuada y de incremento de tensión. Tal estímulo cobra, así, notable semejanza con una pulsión. Según sabemos, sentimos este caso como *dolor*. Ahora bien, la meta de esta seudo-pulsión es sólo el cese de la alteración de órgano y del displacer que conlleva. Otro placer, un placer directo, no puede ganarse con la cesación del dolor. El dolor es también imperativo; puede ser vencido exclusivamente por la acción de una droga o la influencia de una distracción psíquica.

Pero el ejemplo del dolor es muy poco trasparente para

que sirva de algo a nuestro propósito.[1] Tomemos el caso en que un estímulo pulsional como el hambre permanece insatisfecho. Entonces se vuelve imperativo, únicamente la acción de satisfacción puede aplacarlo,[2] y mantiene una continuada tensión de necesidad. Pero en todo esto no asoma nada parecido a una represión.

Por consiguiente, el caso de la represión no está dado cuando la tensión provocada por la insatisfacción de una moción pulsional se hace insoportablemente grande. Los medios de que el organismo dispone para defenderse contra esa situación han de elucidarse en otro orden de consideraciones.

Atengámonos preferentemente a la experiencia clínica tal como nos la brinda la práctica psicoanalítica. Aprendemos entonces que la satisfacción de la pulsión sometida a la represión sería sin duda posible y siempre placentera en sí misma, pero sería inconciliable con otras exigencias y designios. Por tanto, produciría placer en un lugar y displacer en otro. Tenemos, así, que la condición para la represión es que el motivo de displacer cobre un poder mayor que el placer de la satisfacción. Además, la experiencia psicoanalítica en las neurosis de trasferencia nos impone esta conclusión: La represión no es un mecanismo de defensa presente desde el origen; no puede engendrarse antes que se haya establecido una separación nítida entre actividad conciente y actividad inconciente del alma, y *su esencia consiste en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de ella.*[3] Este modo de concebir la represión se complementaría con un supuesto, a saber, que antes de esa etapa de la organización del alma los otros destinos de pulsión, como la mudanza hacia lo contrario y la vuelta hacia la persona propia, tenían a su exclusivo cargo la tarea de la defensa contra las mociones pulsionales.[4]

Ahora caemos en la cuenta de que represión e inconciente son correlativos en tan grande medida que debemos posponer la profundización en la esencia de la primera hasta saber más sobre la composición del itinerario de instancias psíqui-

1 [El dolor y los métodos de que dispone el organismo para hacerle frente son tratados en *Más allá del principio de placer* (1920*g*), *AE*, **18**, págs. 29-30. El tema ya había sido planteado en el «Proyecto de psicología» (1950*a*); *AE*, **1**, pág. 351, y se lo retomó en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, **20**, págs. 158-61.]

2 [En el «Proyecto» (1950*a*), *AE*, **1**, pág. 341, se da a esto el nombre de «acción específica».]

3 [Se encontrará una modificación de esta fórmula en «Lo inconciente» (1915*e*), *infra*, pág. 199.]

4 [Cf. «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*), *supra*, pág. 122.]

cas y sobre la diferenciación entre inconciente y conciente.[5] Antes de ello no podemos hacer más que resumir de un modo puramente descriptivo algunos caracteres de la represión que conocemos por la experiencia clínica, y ello a riesgo de repetir tal cual mucho de lo ya dicho en otros lugares.

Pues bien; tenemos razones para suponer una *represión primordial*, una primera fase de la represión que consiste en que a la agencia representante {*Representanz*} psíquica (agencia representante-representación) de la pulsión [6] se le deniega la admisión en lo conciente. Así se establece una *fijación*; a partir de ese momento la agencia representante en cuestión persiste inmutable y la pulsión sigue ligada a ella. Esto acontece a consecuencia de las propiedades de los procesos inconcientes, que hemos de considerar después.[7]

La segunda etapa de la represión, la *represión propiamente dicha*, recae sobre retoños psíquicos de la agencia representante reprimida o sobre unos itinerarios de pensamiento que, procedentes de alguna otra parte, han entrado en un vínculo asociativo con ella. A causa de ese vínculo, tales representaciones experimentan el mismo destino que lo reprimido primordial. La represión propiamente dicha es entonces un «esfuerzo de dar caza».[8] Por lo demás, se comete un error cuando se destaca con exclusividad la repulsión que se ejerce desde lo conciente sobre lo que ha de reprimirse. En igual medida debe tenerse en cuenta la atracción que lo reprimido primordial ejerce sobre todo aquello con lo cual puede ponerse en conexión. Probablemente, la tendencia a la represión no alcanzaría su propósito si estas fuerzas {atracción y repulsión} no cooperasen, si no existiese algo reprimido desde antes, presto a recoger lo repelido por lo conciente.[9]

[5] [Cf. «Lo inconciente» (1915*e*), *infra*, págs. 177 y sigs.]

[6] [Véase mi «Nota introductoria» a «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*), *supra*, págs. 107 y sigs.]

[7] [Cf. «Lo inconciente» (1915*e*), *infra*, pág. 184.]

[8] [«*Nachdrängen*». Freud utiliza el mismo término en su descripción del análisis de Schreber (véase la nota siguiente), así como también en su artículo sobre «Lo inconciente» (1915*e*), *infra*, págs. 177-8. Pero veinte años después, al aludir a este punto en «Análisis terminable e interminable» (1937*c*), *AE*, **23**, pág. 230, empleó la palabra «*Nachverdrängung*» («pos-represión»).]

[9] [La descripción de las dos etapas de la represión que se ofrece en los dos últimos párrafos había sido adelantada por Freud cuatro años antes (aunque en forma algo diferente), en el análisis de Schreber (1911*c*), *AE*, **12**, págs. 62-3, y en una carta a Ferenczi del 6 de diciembre de 1910 (Jones, 1955, pág. 499). Véase también *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 541, *n.* 21, y *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 159 y *n.* 4.]

Bajo la influencia del estudio de las psiconeurosis, que pone ante nuestros ojos efectos sustanciales de la represión, tendemos a sobrestimar su contenido psicológico y con facilidad olvidamos que la represión no impide a la agencia representante de pulsión seguir existiendo en lo inconciente, continuar organizándose, formar retoños y anudar conexiones. En realidad, la represión sólo perturba el vínculo con un sistema psíquico: el de lo conciente.

Empero, con respecto a lo que es sustancial para comprender los efectos de la represión en las psiconeurosis, el psicoanálisis puede mostrarnos algo más. Por ejemplo: la agencia representante de pulsión se desarrolla con mayor riqueza y menores interferencias cuando la represión la sustrajo del influjo conciente. Prolifera, por así decir, en las sombras y encuentra formas extremas de expresión que, si le son traducidas y presentadas al neurótico, no sólo tienen que parecerle ajenas, sino que lo atemorizan provocándole el espejismo de que poseerían una intensidad pulsional extraordinaria y peligrosa. Esta ilusoria intensidad pulsional es el resultado de un despliegue desinhibido en la fantasía y de la sobreestasis {*Aufstauung*} producto de una satisfacción denegada. Esta última consecuencia se anuda a la represión, lo cual nos señala el rumbo en que hemos de buscar la genuina sustancialidad {*Bedeutung*} de esta.

Pero si ahora nos volvemos al aspecto contrario, comprobamos que ni siquiera es cierto que la represión mantenga apartados de lo conciente a todos los retoños de lo reprimido primordial.[10] Si estos se han distanciado lo suficiente del representante reprimido, sea por las desfiguraciones que adoptaron o por el número de eslabones intermedios que se intercalaron, tienen, sin más, expedito el acceso a lo conciente. Es como si la resistencia que lo conciente les opone fuese una función de su distanciamiento respecto de lo originariamente reprimido. Cuando practicamos la técnica psicoanalítica, invitamos de continuo al paciente a producir esos retoños de lo reprimido, que, a consecuencia de su distanciamiento o de su desfiguración, pueden salvar la censura de lo conciente. No otra cosa son las ocurrencias que le pedimos previa renuncia, por su parte, a toda representación-meta conciente y a toda crítica, y desde las cuales restablecemos una traducción conciente de la agencia representante reprimida. Entonces observamos que el paciente puede devanar una serie de ocurrencias de esa índole hasta que tropieza en

10 [Lo que sigue en este párrafo es objeto de un tratamiento más extenso en «Lo inconciente» (1915*e*), *infra*, págs. 187 y sigs.]

su decurso con una formación de pensamiento en que el vínculo con lo reprimido se le hace sentir tan intensamente que se ve forzado a repetir su intento de represión. También los síntomas neuróticos tienen que haber llenado esa condición {el distanciamiento}, pues son retoños de lo reprimido, que, por intermedio de estas formaciones {los síntomas}, ha terminado por conquistarse su denegado acceso a la conciencia.[11]

¿Hasta dónde tiene que llegar la desfiguración, el distanciamiento respecto de lo reprimido? Es algo que no podemos indicar en general. Ahí opera un fino sopesamiento cuyo juego se nos oculta; empero, las modalidades de su acción eficaz nos hacen colegir que se trata de detenerse antes que se llegue a determinada intensidad en la investidura de lo inconciente, rebasada la cual lo inconciente irrumpiría hacia la satisfacción. La represión trabaja, entonces, de manera *en alto grado individual*; cada uno de los retoños de lo reprimido puede tener su destino particular; un poco más o un poco menos de desfiguración cambian radicalmente el resultado. Dentro de este orden de consideraciones, se comprende también que los objetos predilectos de los hombres, sus ideales, provengan de las mismas percepciones y vivencias que los más aborrecidos por ellos, y en el origen se distingan unos de otros sólo por ínfimas modificaciones.[12] Y aun puede ocurrir, según hallamos en la génesis del fetiche,[13] que la agencia originaria representante de pulsión se haya descompuesto en dos fragmentos; de ellos, uno sufrió la represión, al paso que el restante, precisamente a causa de ese íntimo enlace, experimentó el destino de la idealización.

Lo mismo que se consigue con un más o un menos de desfiguración puede alcanzarse, por así decir en el otro extremo del aparato, mediante una modificación en las condiciones de producción de placer-displacer. Existen técnicas particulares creadas con el propósito de provocar alteraciones tales en el juego de las fuerzas psíquicas que lo mismo que de otro modo produciría displacer pueda por una vez resultar placentero; y tan pronto como uno de estos medios técnicos

11 [En las ediciones alemanas anteriores a 1924, la última parte de esta frase decía: «. . . *welches sich mittels dieser Bildungen den ihm versagten Zugang vom Bewusstsein endlich erkämpft hat*» («. . . que, por intermedio de estás formaciones, ha terminado por arrancar a la conciencia el acceso que se le denegaba»). En las ediciones de 1924 y siguientes la contracción «*vom*» fue sustituida por «*zum*», alterándose así el sentido de la frase.]

12 [Cf. «Introducción del narcisismo» (1914*c*), *supra*, pág. 90.]

13 [Véase el primero de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, págs. 139-41 y notas al pie.]

entra en acción, queda cancelada la represión de una agencia representante de pulsión que de otro modo sería rechazada. Esas técnicas sólo se han estudiado hasta ahora con precisión respecto del *chiste*.[14] Por regla general, la cancelación de la represión es sólo provisional; enseguida se restablece.

Ahora bien, experiencias de esta índole bastan para hacernos notar otros caracteres de la represión. Ella no sólo es, como acabamos de consignarlo, *individual*, sino en alto grado *móvil*. No tenemos que imaginarnos el proceso de la represión como un acontecer que se consumaría de una sola vez y tendría un resultado perdurable, como si aplastáramos algo vivo que de ahí en más quedara muerto. No, sino que la represión exige un gasto de fuerza constante; si cejara, peligraría su resultado haciéndose necesario un nuevo acto represivo. Podemos imaginarlo así: Lo reprimido ejerce una presión {*Druck*} continua en dirección a lo conciente, a raíz de lo cual el equilibrio tiene que mantenerse por medio de una contrapresión {*Gegendruck*} incesante.[15] El mantenimiento de una represión supone, por tanto, un dispendio continuo de fuerza, y en términos económicos su cancelación implicaría un ahorro. Por otra parte, la movilidad de la represión encuentra expresión en los caracteres psíquicos del estado del dormir, el único que posibilita la formación del sueño.[16] Con el despertar, las investiduras de represión recogidas se emiten de nuevo.

Por último, no es lícito olvidar que es muy poco lo que enunciamos acerca de una moción pulsional cuando afirmamos que está reprimida. Es que, sin perjuicio de su represión, puede encontrarse en muy diversos estados: puede estar inactiva, es decir, escasamente investida con energía psíquica, o investida en grados variables y así habilitada para la actividad. Su activación no tendrá, por cierto, la consecuencia de cancelar directamente la represión, sino que pondrá en movimiento todos los procesos que se cierran con la irrupción en la conciencia a través de rodeos. En el caso de los retoños no reprimidos de lo inconciente, la medida de la activación o investidura suele decidir el destino de cada representación singular. Es un hecho cotidiano que un retoño así permanezca no reprimido mientras es representante de una energía baja, aunque su contenido sería idóneo para provocar

14 [Véase el segundo capítulo del libro sobre el chiste (1905*c*).]

15 [Esto vuelve a abordarse en «Lo inconciente» (1915*e*), *infra*, págs. 177-8.]

16 [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 559. Cf. también «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (1917*d*), *infra*, pág. 224.]

un conflicto con lo que impera en lo conciente. Es que el factor cuantitativo resulta decisivo para el conflicto; tan pronto como esa representación en el fondo chocante se refuerza por encima de cierto grado, el conflicto deviene actual y precisamente la activación conlleva la represión. Por tanto, en materia de represión, un aumento de la investidura energética actúa en el mismo sentido que el acercamiento a lo inconciente, y una disminución, en el mismo que el distanciamiento respecto de lo inconciente o que una desfiguración. Comprendemos así que las tendencias represoras puedan encontrar en el debilitamiento de lo desagradable un sustituto de su represión.

En las elucidaciones anteriores consideramos la represión de una agencia representante de pulsión, entendiendo por aquella a una representación o un grupo de representaciones investidas desde la pulsión con un determinado monto de energía psíquica (libido, interés). Ahora bien, la observación clínica nos constriñe a descomponer lo que hasta aquí concebimos como unitario, pues nos muestra que junto a la representación {*Vorstellung*} interviene algo diverso, algo que representa {*räpresentieren*} a la pulsión y puede experimentar un destino de represión totalmente diferente del de la representación. Para este otro elemento de la agencia representante psíquica ha adquirido carta de ciudadanía el nombre de *monto de afecto*;[17] corresponde a la pulsión en la medida en que esta se ha desasido de la representación y ha encontrado una expresión proporcionada a su cantidad en procesos que devienen registrables para la sensación como afectos. Desde ahora, cuando describamos un caso de represión, tendremos que rastrear separadamente lo que en virtud de ella se ha hecho de la representación, por un lado, y de la energía pulsional que adhiere a esta, por el otro.

Nos gustaría enunciar algo general sobre estos dos diversos destinos. Podremos hacerlo después de orientarnos un poco. El destino general de la *representación* representante de la pulsión difícilmente pueda ser otro que este: desaparecer de lo conciente si antes fue conciente, o seguir coartada de la conciencia si estaba en vías de devenir conciente. La diferencia es desdeñable; da lo mismo, por ejemplo, que yo despache de mi salón o de mi vestíbulo a un huésped desagradable, o que después de individualizarlo no le deje pisar el

[17] [«*Affektbetrag*». Este término se remonta al período de Breuer. Véanse, por ejemplo, los últimos párrafos de «Las neuropsicosis de defensa» (1894*a*), y mi «Apéndice» a dicho trabajo, *AE*, **3**, págs. 66-8.]

umbral de mi casa.[18] El factor *cuantitativo* de la agencia representante de pulsión tiene tres destinos posibles, como nos lo enseña una ojeada panorámica a las experiencias que nos ha brindado el psicoanálisis: La pulsión es sofocada por completo, de suerte que nada se descubre de ella, o sale a la luz como un afecto coloreado cualitativamente de algún modo, o se muda en angustia.[19] Las dos últimas posibilidades nos ponen frente a la tarea de discernir como un nuevo destino de pulsión la *trasposición* de las energías psíquicas de las *pulsiones* en *afectos* y, muy particularmente, en *angustia.*

Recordemos que la represión no tenía otro motivo ni propósito que evitar el displacer. De ahí se sigue que el destino del monto de afecto de la agencia representante importa mucho más que el destino de la representación. Por tanto, es el decisivo para nuestro juicio sobre el proceso represivo. Si una represión no consigue impedir que nazcan sensaciones de displacer o de angustia, ello nos autoriza a decir que ha fracasado, aunque haya alcanzado su meta en el otro componente, la representación. Desde luego, la represión fracasada tendrá más títulos para nuestro interés que la lograda de algún modo, pues esta casi siempre se sustraerá de nuestro estudio.

Ahora queremos inteligir el *mecanismo* del proceso represivo y saber, sobre todo, si hay un mecanismo único de la represión o varios, y si cada psiconeurosis acaso se singulariza por un mecanismo represivo propio. Al empezar esta indagación tropezamos, empero, con complicaciones. El mecanismo de la represión sólo nos es asequible cuando podemos inferirlo retrospectivamente desde los resultados de ella. Si circunscribimos la observación a los resultados que afectan a la parte del representante constituida por la representación, advertimos que la represión crea, por regla general, una *formación sustitutiva.* Ahora bien, ¿cuál es el mecanismo de una formación sustitutiva de esa índole, o hay que distinguir también aquí varios mecanismos? Sabemos también que la

18 Este símil, aplicable al proceso de la represión, puede extenderse también a un carácter de la represión, ya mencionado. Sólo me resta agregar que tengo que poner custodia permanente ante la puerta prohibida al huésped, pues de lo contrario el rechazado la descerrajaría. (Cf. *supra* [pág. 146].) [Este símil había sido elaborado por Freud en la segunda de sus *Cinco conferencias sobre psicoanálisis* (1910*a*), *AE*, **11**, págs. 22-4.]

19 [Freud enuncia una modificación de este último punto de vista en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, **20**, esp. págs. 105 y 150-3.]

represión deja *síntomas* como secuela. ¿Haremos coincidir formación sustitutiva y formación de síntoma? Y si esto puede aceptarse globalmente, ¿se superponen el mecanismo de la formación de síntoma y el de la represión? Por ahora parece verosímil que ambos divergen, que no es la represión misma la que crea formaciones sustitutivas y síntomas, sino que estos últimos, en cuanto indicios de un *retorno de lo reprimido*,[20] deben su génesis a procesos por completo diversos. Parece recomendable también indagar los mecanismos de la formación sustitutiva y de la formación de síntoma con anterioridad a los de la represión.

Es claro que la especulación ya nada tiene que hacer aquí, y debe relevarla el análisis cuidadoso de los resultados de la represión observables en el caso de las diferentes neurosis. No obstante, tengo que proponer que pospongamos también este trabajo hasta formarnos algunas representaciones confiables sobre el nexo de lo conciente con lo inconciente.[21] Y con el solo fin de que la presente elucidación no quede del todo infecunda, anticiparé que: 1) el mecanismo de la represión de hecho no coincide con el o los mecanismos de la formación sustitutiva; 2) existen muy diversos mecanismos de la formación sustitutiva, y 3) los mecanismos de la represión tienen al menos algo en común, la *sustracción de la investidura energética* (o *libido*, si tratamos de pulsiones sexuales).

Quiero mostrar también con algunos ejemplos, circunscribiéndome a las tres psiconeurosis más conocidas, el modo en que se aplican al estudio de la represión los conceptos que acabamos de introducir. De la *histeria de angustia* escogeré el ejemplo, bien analizado, de una fobia a los animales.[22] La moción pulsional sometida a la represión es una actitud libidinosa hacia el padre, apareada con la angustia frente a él. Después de la represión, esta moción ha desaparecido de la conciencia y el padre no se presenta en ella como objeto de la libido. Como sustituto se encuentra en posición análoga un animal más o menos apto para ser objeto de angustia. La formación sustitutiva de la parte constituida por la

[20] [El concepto de un «retorno de lo reprimido» aparece muy tempranamente en los escritos de Freud. Se lo encuentra ya en «Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa» (1896*b*), *AE*, **3**, pág. 170, y hasta en un borrador de ese artículo enviado a Fliess el 1º de enero de 1896 (1950*a*, Manuscrito K), *AE*, **1**, págs. 262-3.]

[21] [Freud encara la tarea en «Lo inconciente» (1915*e*), *infra*, págs. 178 y sigs.]

[22] [Esta es, por supuesto, una referencia al historial clínico del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), que si bien se publicó tres años después que el presente artículo, ya estaba completo en lo esencial para esta época.]

representación [en el representante de pulsión] se ha establecido por la vía del *desplazamiento* a lo largo de una trabazón regida por cierto determinismo. La parte cuantitativa no ha desaparecido, sino que se ha traspuesto en angustia. El resultado es una angustia frente al lobo en lugar de un requerimiento de amor al padre. Desde luego, las categorías aquí empleadas no bastan para satisfacer los requisitos de una explicación, ni siquiera del caso más simple de psiconeurosis. Todavía tienen que entrar en cuenta otros puntos de vista.

Una represión como la del caso de la fobia a los animales puede definirse como radicalmente fracasada. La obra de la represión consistió solamente en eliminar y sustituir la representación, pero el ahorro de displacer no se consiguió en modo alguno. Por eso el trabajo de la neurosis no descansa, sino que se continúa en un segundo *tempo* para alcanzar su meta más inmediata, más importante. Así llega a la formación de un intento de huida, la *fobia* en sentido estricto: una cantidad de evitaciones destinadas a excluir el desprendimiento de angustia. En una indagación más específica podemos llegar a comprender los mecanismos por los cuales la fobia alcanza esa meta.[23]

A una apreciación por entero diversa del proceso represivo nos fuerza el cuadro de la genuina *histeria de conversión*. Lo sobresaliente en ella es que consigue hacer desaparecer por completo el monto de afecto. El enfermo exhibe entonces hacia sus síntomas la conducta que Charcot ha llamado *«la belle indifférence des hystériques»*.[24] Otras veces esta sofocación no se logra tan completa, y una dosis de sensaciones penosas se anuda a los síntomas mismos, o no puede evitarse algún desprendimiento de angustia que, a su vez, pone en acción el mecanismo de formación de una fobia. El contenido de representación de la agencia representante de pulsión se ha sustraído radicalmente de la conciencia; como formación sustitutiva —y al mismo tiempo como síntoma— se encuentra una inervación hiperintensa —somática en los casos típicos—, unas veces de naturaleza sensorial y otras de naturaleza motriz, ya sea como excitación o como inhibición. El lugar hiperinervado se revela, a una consideración más atenta, como una porción de la agencia representante de pulsión reprimida que ha atraído hacia sí, por *condensación*, la investidura íntegra. Desde luego, tampoco estas puntualizaciones describen por completo el mecanismo de una histeria de

23 [Cf. «Lo inconciente» (1915*e*), *infra*, págs. 179 y sigs.]
24 [Freud ya había citado esto en *Estudios sobre la histeria* (1895*d*), *AE*, **2**, pág. 151.]

conversión; sobre todo resta agregar el factor de la *regresión*, que debe ser apreciado en otro contexto.[25]

La represión de la histeria [de conversión] puede juzgarse totalmente fracasada en la medida en que sólo se ha vuelto posible mediante unas extensas formaciones sustitutivas; pero con respecto a la finiquitación del monto de afecto, que es la genuina tarea de la represión, por regla general constituye un éxito completo. El proceso represivo de la histeria de conversión se clausura entonces con la formación de síntoma, y no necesita recomenzar en un segundo tiempo —o en verdad proseguir indefinidamente—, como ocurre en el caso de la histeria de angustia.

Un aspecto por entero distinto muestra también la represión en la tercera de las afecciones que veremos con fines comparativos, la *neurosis obsesiva.* Aquí nos asalta al comienzo una duda: ¿Hemos de considerar al representante sometido a la represión como una aspiración libidinosa o como una aspiración hostil? Esa incertidumbre se debe a que la neurosis obsesiva descansa en la premisa de una regresión por la cual una aspiración sádica remplaza a una aspiración tierna. Este impulso hostil hacia una persona amada es el que cae bajo la represión. El efecto es totalmente diverso en una primera fase del trabajo represivo que en una fase posterior. Primero alcanza un éxito pleno: el contenido de representación es rechazado y se hace desaparecer el afecto. Como formación sustitutiva hallamos una alteración del yo en la forma de unos escrúpulos de conciencia extremos, lo cual no puede llamarse propiamente un síntoma. Divergen entonces formación sustitutiva y formación de síntoma. También aprendemos algo sobre el mecanismo de la represión. Como lo hace dondequiera, esta ha producido una sustracción de libido, pero a este fin se sirve de la *formación reactiva* por fortalecimiento de un opuesto. La formación sustitutiva responde aquí, pues, al mismo mecanismo que la represión, y en el fondo coincide con esta; pero tanto en el tiempo cuanto en el concepto se aparta de la formación de síntoma. Es muy probable que la situación de ambivalencia en que se insertó el impulso sádico que debe reprimirse posibilite el proceso en su conjunto.

Esa represión inicialmente buena no resiste, empero; en el circuito ulterior, su fracaso se esfuerza resaltando {*sich vordrängen*} cada vez más. La ambivalencia, en virtud de la

25 [Puede tratarse de una referencia al extraviado artículo metapsicológico sobre la histeria de conversión. Véase mi «Introducción», *supra*, pág. 102.]

cual se había hecho posible la represión {esfuerzo de desalojo} por formación reactiva, es también el lugar en el cual lo reprimido consigue retornar. El afecto desaparecido retorna mudándose en angustia social, en angustia de la conciencia moral, en reproches sin medida; la representación rechazada se remplaza mediante un *sustituto por desplazamiento*, a menudo por desplazamiento a lo ínfimo, a lo indiferente.[26] En la mayoría de los casos hay una tendencia inequívoca a la producción intacta de la representación reprimida. El fracaso en la represión del factor cuantitativo, afectivo, pone en juego el mismo mecanismo de la huida por medio de evitaciones y prohibiciones de que tomamos conocimiento en la fobia histérica. Pero el rechazo que pesa sobre la representación en cuanto a su ingreso a lo conciente se mantiene con tenacidad porque trae consigo la coartación de la acción, el aherrojamiento motor del impulso. Así, en la neurosis obsesiva el trabajo de la represión desemboca en una pugna estéril e interminable.

La pequeña serie comparativa que hemos presentado basta para convencernos de que se requieren indagaciones todavía más abarcadoras antes que pueda esperarse penetrar en los procesos en que se entraman de manera íntima la represión y la formación de síntomas neuróticos. El extraordinario entrelazamiento de todos los factores que intervienen nos deja un solo camino para exponerlos. Debemos privilegiar ora un punto de vista, ora el otro, y perseguirlo a través del material todo el tiempo que su aplicación parezca sernos de provecho. Cada una de estas elaboraciones será en sí incompleta, y no podrán evitarse oscuridades allí donde ella roce lo no elaborado todavía; pero tenemos derecho a esperar que de la síntesis final resultará una buena comprensión.

[26] [Véase el análisis del «Hombre de las Ratas» (1909*d*), *AE*, **10**, pág. 188.]

# Lo inconciente
(1915)

# Nota introductoria

## «Das Unbewusste»

*Ediciones en alemán*

1915 *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **3**, nº 4, págs. 189-203, y nº 5, págs. 257-69.
1918 *SKSN*, **4**, págs. 294-338. (1922, 2ª ed.)
1924 *GS*, **5**, págs. 480-519.
1924 *Technik und Metapsychol.*, págs. 202-41.
1931 *Theoretische Schriften*, págs. 98-140.
1946 *GW*, **10**, págs. 264-303.
1975 *SA*, **3**, págs. 119-73.

*Traducciones en castellano* *

1924 «Lo inconsciente». *BN* (17 vols.), **9**, págs. 159-200. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **9**, págs. 154-94. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **1**, págs. 1063-81. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, **9**, págs. 133-63. El mismo traductor.
1967 Igual título. *BN* (3 vols.), **1**, págs. 1051-68. El mismo traductor.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), **6**, págs. 2061-82. El mismo traductor.

Aparentemente, este artículo fue escrito en menos de tres semanas, entre el 4 y el 23 de abril de 1915. Se publicó ese mismo año en el *Internationale Zeitschrift*, en dos entregas: la primera incluía las secciones I a IV, y la segunda, las secciones V a VII. En las ediciones anteriores a 1924 el artículo no estaba dividido en secciones, pero los actuales

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n*. 6.}

títulos de estas aparecían al margen del texto. La única excepción es la frase «y el punto de vista tópico», que actualmente forma parte del título de la sección II, y que originalmente figuraba, en el margen, al comienzo del segundo párrafo, junto a las palabras «Dentro de una exposición positiva...» (pág. 169). En la edición de 1924 se introdujeron también unas pocas modificaciones menores en el texto.

Si la serie de «Trabajos sobre metapsicología» es quizá lo más importante entre los escritos teóricos de Freud, no cabe duda de que el presente ensayo sobre «Lo inconciente» es la culminación de esa serie.

El concepto de que existen procesos anímicos inconcientes es, desde luego, fundamental en la teoría psicoanalítica. Freud nunca dejó de insistir, incansablemente, en los argumentos en favor de ello, ni de combatir las objeciones que se le oponían. De hecho, el último fragmento inconcluso de su pensamiento teórico, el escrito de 1938 al que tituló «Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis» (1940*b*), es una reivindicación de aquel concepto.

Debe aclararse enseguida, sin embargo, que el interés de Freud por este supuesto nunca fue de naturaleza filosófica —aunque, sin duda, los problemas filosóficos aguardaban inevitablemente a la vuelta de la esquina—. Su interés era *práctico*. Encontró que sin ese supuesto le resultaba imposible explicar o aun describir una gran variedad de fenómenos que le salían al paso. Formulándolo, por el contrario, se le abría el camino a una región, inmensamente fértil, de nuevos conocimientos.

En los comienzos del pensamiento freudiano, no puede haber habido en el medio que lo rodeaba grandes resistencias contra esta idea. Los maestros inmediatos de Freud (p. ej., Meynert)[1] se regían fundamentalmente, hasta donde llegaba su interés por la psicología, por los puntos de vista de J. F. Herbart (1776-1841); y parece ser que en la escuela secundaria a la que asistió Freud se utilizaba un libro de texto que contenía los principios herbartianos (Jones, 1953, págs. 409-10). El reconocimiento de la existencia de procesos anímicos inconcientes desempeñaba un papel esencial en el sistema de Herbart. A pesar de esto, Freud no adoptó la hipótesis de inmediato en las primeras etapas de sus investigaciones psicopatológicas. Es cierto que desde el principio parece haber sentido la fuerza del argumento puesto de re-

1 La posible influencia del fisiólogo Hering sobre Freud en este aspecto se examina en el «Apéndice A», *infra*, pág. 202.

lieve en las páginas iniciales del presente artículo: a saber, que restringir los sucesos anímicos a los que son concientes, y entremezclarlos con los sucesos puramente físicos, neurológicos, es algo que «quiebra la continuidad psíquica» e introduce brechas ininteligibles en la cadena de los fenómenos observados. Pero esta dificultad podía encararse de dos maneras distintas. Podemos desentendernos de los sucesos físicos y adoptar la hipótesis de que las brechas están cubiertas por sucesos anímicos inconcientes; o, por el contrario, podemos desentendernos de los sucesos anímicos concientes y construir una cadena puramente física, sin solución de continuidad, que abarcaría todos los hechos de la observación. Para Freud, que en los comienzos de su carrera científica había estado totalmente dedicado a la fisiología, esta segunda posibilidad resultó al principio irresistiblemente atractiva. Sin duda esto se vio reforzado por las opiniones de Hughlings-Jackson, cuya obra Freud admiraba —como lo demostró en su monografía sobre las afasias (1891*b*), de la cual se encontrará un importante pasaje en el «Apéndice B» (*infra*, págs. 204-6)—. Por lo tanto, el método de descripción de los fenómenos psicopatológicos que Freud adoptó al principio fue el neurológico, y todos sus escritos del período de Breuer se basan expresamente en ese método. La posibilidad de construir una «psicología» a partir de elementos puramente neurológicos ejerció gran fascinación intelectual sobre él, y consagró muchos meses del año 1895 a dar cumplimiento a esa hazaña. Así, el 27 de abril (Freud, 1950*a*, Carta 23), escribió a Fliess: «Me encuentro tan atollado en la "Psicología para neurólogos" que me consume por completo, al punto de que estoy trabajando en exceso y me veo obligado a interrumpir. Jamás he estado tan intensamente preocupado por cosa alguna. ¿Y qué saldrá de todo esto? Espero que algo resulte...». Algo salió, por cierto, mucho después: el «torso» que conocemos como «Proyecto de psicología», enviado a Fliess en setiembre y octubre de 1895. Esta sorprendente producción se propone describir y explicar todo el ámbito de la conducta humana, normal y patológica, por medio de un complicado manejo de dos entidades materiales: la neurona y la «cantidad fluyente», una energía física o química no especificada. De esta manera, Freud evitó por entero la necesidad de postular cualesquiera procesos anímicos inconcientes: la cadena de sucesos físicos era ininterrumpida y completa.

Sin duda, son muchas las razones por las que el «Proyecto» nunca se terminó y toda la línea de pensamiento subyacente fue al poco tiempo abandonada. Pero la principal es

que el neurólogo Freud fue desplazado y sustituido por el psicólogo: cada vez se hizo más evidente que aun la elaborada maquinaria de los sistemas neuronales resultaba demasiado incómoda y burda para lidiar con las sutilezas que el «análisis psicológico» estaba trayendo a la luz, y que sólo podían describirse en el lenguaje de los procesos anímicos. En realidad, el interés de Freud había ido desplazándose muy gradualmente. Su tratamiento del caso de Emmy von N. fue dos o tres años anterior a la publicación de su monografía sobre las afasias, y el historial clínico correspondiente fue escrito más de un año antes que el «Proyecto». Estampó por primera vez en letra impresa la expresión «lo inconciente» en una nota al pie de ese historial clínico (*AE*, **2**, pág. 96); y aunque la teoría *ostensible* que sirve de base a su participación en los *Estudios sobre la histeria* (1895*d*) sea neurológica, ya se insinuaba firmemente allí la psicología, y con ella la necesidad de los procesos anímicos inconcientes. Por cierto, los cimientos mismos de la hipótesis de la represión en la histeria y del método catártico clamaban por una explicación psicológica, y su fundamentación neurológica en la segunda parte del «Proyecto» sólo se hizo posible mediante acrobáticos esfuerzos.[2] Pocos años más tarde, en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), había ocurrido una extraña trasformación: no sólo desapareció por completo la explicación neurológica de la psicología, sino que buena parte de lo que Freud escribiera en el «Proyecto» en términos del sistema nervioso resultaba ser ahora válido, y mucho más inteligible, al traducírselo a términos anímicos. El inconciente quedó, de tal modo, establecido de una vez para siempre.

Pero, debe repetírselo, Freud no estableció una mera entidad metafísica. Lo que hizo en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* fue, por así decir, convertir la entidad metafísica en algo de carne y hueso. Por primera vez mostró cómo era el inconciente, cómo trabajaba, cómo difería de otras partes de la psique y cuáles eran sus relaciones recíprocas con ellas. En el artículo que sigue volvió a esos descubrimientos, ampliándolos y profundizándolos.

No obstante, ya antes de eso se había hecho evidente que el término «inconciente» era ambiguo. Tres años atrás, en el artículo que escribió en inglés para la Society for Psychical Research (1912*g*), y que en muchos sentidos es un prólogo a este, había investigado cuidadosamente tales am-

[2] Curiosamente, el primero en hacer una defensa razonada de las representaciones inconcientes fue Breuer, en su contribución teórica a los *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895), *AE*, **2**, págs. 232-4.

bigüedades, y diferenciado entre los usos «descriptivo», «dinámico» y «sistemático» de la palabra. Repite estas distinciones en la sección II del presente artículo (págs. 168 y sigs.), aunque en forma algo diferente; y volvería de nuevo sobre ellas en el capítulo I de *El yo y el ello* (1923*b*), y con mayor extensión todavía en la 31ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*). La desprolijidad con que se acomoda el contraste entre «conciente» e «inconciente» a las diferencias entre los diversos sistemas de la psique se expone con toda claridad *infra*, pág. 189; pero su posición completa no fue puesta en perspectiva sino en *El yo y el ello*, donde Freud introdujo un nuevo cuadro estructural de la psique. Pese a la insatisfactoria aplicabilidad del criterio para distinguir «conciente o inconciente», Freud insistió siempre (como lo hace aquí en dos lugares, págs. 168 y 189, y de nuevo en *El yo y el ello* y en las *Nuevas conferencias*) en que ese criterio «es en definitiva la única antorcha en la oscuridad de la psicología de las profundidades».[3]

James Strachey

[3] Las palabras finales del capítulo I de *El yo y el ello*. — Los términos alemanes «*bewusst*» y «*unbewusst*» tienen la forma gramatical de participios pasivos, y su sentido habitual es algo así como «conocido concientemente» y «no conocido concientemente». El vocablo inglés «*conscious*» *puede* ser usado de esa misma manera pasiva, pero también lo es (y quizá con mayor frecuencia) en un sentido *activo*: «*He was conscious of the sound*» {«El fue conciente del sonido»}, y «*He lay there unconscious*» {«Yacía allí inconciente»}. Los términos alemanes no suelen tener este significado activo, y es importante tomar en cuenta que, en lo que sigue, «conciente» debe entenderse, en general, en un sentido pasivo. Por otra parte, la palabra alemana «*Bewusstsein*» {«conciencia»} *sí* tiene un sentido activo. Así, por ejemplo, en la pág. 169 Freud habla de un acto psíquico que pasa a ser «objeto de la conciencia», y en la pág. 167, de «la percepción [de procesos anímicos] por la conciencia»; en general, cuando emplea frases como «nuestra conciencia» se está refiriendo a nuestra conciencia *de* algo. Cuando quiere significar la conciencia de un estado anímico en el sentido *pasivo* utiliza la palabra «*Bewusstheit*» {«condición de conciente»}, donde «conciente» debe entenderse —como casi siempre en estos artículos— en el sentido pasivo.

El psicoanálisis nos ha enseñado que la esencia del proceso de la represión no consiste en cancelar, en aniquilar una representación representante de la pulsión, sino ~~en~~ impedirle que devenga conciente. Decimos entonces que se encuentra en el estado de lo «inconciente», y podemos ofrecer buenas pruebas de que aun así es capaz de exteriorizar efectos, incluidos los que finalmente alcanzan la conciencia. Todo lo reprimido tiene que permanecer inconciente, pero queremos dejar sentado desde el comienzo que lo reprimido no recubre todo lo inconciente. Lo inconciente abarca el radio más vasto; lo reprimido es una parte de lo inconciente.*

¿De qué modo podemos llegar a conocer lo inconciente? Desde luego, lo conocemos sólo como conciente, después que ha experimentado una trasposición o traducción a lo conciente. El trabajo psicoanalítico nos brinda todos los días la experiencia de que esa traducción es posible. Para ello se requiere que el analizado venza ciertas resistencias, las mismas que en su momento convirtieron a eso en reprimido por rechazo de lo conciente.

* {«*Das Unbewusst*»: Hemos traducido «*lo* inconciente», salvo en los casos en que el texto se refiere al «sistema inconciente», donde recurrimos al artículo masculino. Esto implica cierta cuota de interpretación, pues el término alemán siempre es neutro, como lo son también «*das Bewusstsein*» («la conciencia») y «*das Vorbewusst*» («lo preconciente»; en este caso también aplicamos el criterio antes expuesto). Lo importante es advertir que no corresponde asociar este problema del género gramatical con el de averiguar si para Freud «inconciente» es cualidad o cosa; esto último debe discernirse por el contexto. La aclaración no es ociosa, pues en castellano el artículo neutro sugiere una cualidad, lo que no es válido para el alemán.}

# I. Justificación del concepto de lo inconciente

Desde muchos ángulos se nos impugna el derecho a suponer algo anímico inconciente y a trabajar científicamente con ese supuesto. En contra, podemos aducir que el supuesto de lo inconciente es *necesario* y es *legítimo*, y que poseemos numerosas *pruebas* en favor de la existencia de lo inconciente.

Es *necesario*, porque los datos de la conciencia son en alto grado lagunosos; en sanos y en enfermos aparecen a menudo actos psíquicos cuya explicación presupone otros actos de los que, empero, la conciencia no es testigo. Tales actos no son sólo las acciones fallidas y los sueños de los sanos, ni aun todo lo que llamamos síntomas psíquicos y fenómenos obsesivos en los enfermos; por nuestra experiencia cotidiana más personal estamos familiarizados con ocurrencias cuyo origen desconocemos y con resultados de pensamiento cuyo trámite se nos oculta. Estos actos concientes quedarían inconexos e incomprensibles si nos empeñásemos en sostener que la conciencia por fuerza ha de enterarse de todo cuanto sucede en nosotros en materia de actos anímicos, y en cambio se insertan dentro de una conexión discernible si interpolamos los actos inconcientes inferidos. Ahora bien, una ganancia de sentido y de coherencia es un motivo que nos autoriza plenamente a ir más allá de la experiencia inmediata. Y si después se demuestra que sobre el supuesto de lo inconciente podemos construir un procedimiento que nos permite influir con éxito sobre el decurso de los procesos concientes para conseguir ciertos fines, ese éxito nos procurará una prueba incontrastable de la existencia de lo así supuesto. Es preciso, entonces, adoptar ese punto de vista: No es más que una *presunción insostenible* exigir que todo cuanto sucede en el interior de lo anímico tenga que hacerse notorio también para la conciencia.

Podemos avanzar otro poco y aducir, en apoyo de la existencia de un estado psíquico inconciente, que, en cualquier momento dado, la conciencia abarca sólo un contenido exiguo; por tanto, la mayor parte de lo que llamamos conocimiento conciente tiene que encontrarse en cada caso, y por

los períodos más prolongados, en un estado de latencia; vale decir: en un estado de inconciencia {*Unbewusstheit*} psíquica. Atendiendo a todos nuestros recuerdos latentes, sería inconcebible que se pusiese en entredicho lo inconciente. Pero ahora nos sale al paso una objeción: estos recuerdos latentes ya no deberían calificarse más de psíquicos, sino que corresponderían a los restos de procesos somáticos de los cuales lo psíquico puede brotar de nuevo. Es fácil replicar que, al contrario, el recuerdo latente es indudablemente el saldo de un estado psíquico. Pero más importante es dejar en claro que esa objeción descansa en la igualación no explícita, pero establecida de antemano, entre lo conciente y lo anímico. Tal igualación es, o bien una *petitio principii* que no deja lugar a inquirir si es verdad que todo lo psíquico tiene que ser conciente, o bien un asunto de convención, de nomenclatura. En este último carácter, como convención, es desde luego irrefutable. Sólo queda preguntarse si es a tal punto adecuada que sería forzoso adherir a ella. Hay derecho a responder que la igualación convencional de lo psíquico con lo conciente es enteramente inadecuada. Desgarra las continuidades psíquicas, nos precipita en las insolubles dificultades del paralelismo psicofísico,[1] está expuesta al reproche de que sobrestima sin fundamentación visible el papel de la conciencia y nos compele a abandonar antes de tiempo el ámbito de la indagación psicológica, sin ofrecernos resarcimiento en otros campos.

De cualquier modo, resulta claro que esa cuestión, a saber, si han de concebirse como anímicos inconcientes o como físicos esos estados de la vida anímica de innegable carácter latente, amenaza terminar en una disputa terminológica. Por eso es juicioso promover al primer plano lo que sabemos con seguridad acerca de la naturaleza de estos discutibles estados. Ahora bien, en sus caracteres físicos nos resultan por completo inasequibles; ninguna idea fisiológica, ningún proceso químico pueden hacernos vislumbrar su esencia. Por el otro lado, se comprueba que mantienen el más amplio contacto con los procesos anímicos concientes; con un cierto rendimiento de trabajo pueden trasponerse en estos, ser sustituidos por estos; y admiten ser descritos con todas las categorías que aplicamos a los actos anímicos concientes, como representaciones, aspiraciones, decisiones, etc. Y aun de muchos de estos estados latentes tenemos que decir que no se

[1] [Freud mismo parece haberse inclinado en algún momento a aceptar esta teoría, como lo sugiere un pasaje de su libro sobre las afasias (1891*b*, págs. 56-8), que el lector encontrará en el «Apéndice B», *infra*, págs. 204-6.]

distinguen de los concientes sino, precisamente, porque les falta la conciencia. Por eso no vacilaremos en tratarlos como objetos de investigación psicológica, y en el más íntimo entrelazamiento con los actos anímicos concientes.

La obstinada negativa a admitir el carácter psíquico de los actos anímicos latentes se explica por el hecho de que la mayoría de los fenómenos en cuestión no pasaron a ser objeto de estudio fuera del psicoanálisis. Quien no conoce los hechos patológicos, juzga las acciones fallidas de las personas normales como meras contingencias y se conforma con la vieja sabiduría para la cual los sueños sueños son,[2] no tiene más que soslayar algunos enigmas de la psicología de la conciencia para ahorrarse el supuesto de una actividad anímica inconciente. Por lo demás, los experimentos hipnóticos, en particular la sugestión poshipnótica, pusieron de manifiesto de manera palpable, incluso antes de la época del psicoanálisis, la existencia y el modo de acción de lo inconciente anímico.[3]

Ahora bien, el supuesto de lo inconciente es, además, totalmente *legítimo*, puesto que para establecerlo no nos apartamos un solo paso de nuestro modo habitual de pensamiento, que se tiene por correcto. A cada uno de nosotros, la conciencia nos procura solamente el conocimiento de nuestros propios estados anímicos; que otro hombre posee también conciencia, he ahí un razonamiento que extraemos *per analogiam* sobre la base de las exteriorizaciones y acciones perceptibles de ese otro, y a fin de hacernos inteligible su conducta. (Psicológicamente más correcta es, empero, esta descripción: sin una reflexión especial, atribuimos a todos cuantos están fuera de nosotros nuestra misma constitución, y por tanto también nuestra conciencia; y esta identificación es en verdad la premisa de nuestra comprensión.) Este razonamiento —o esta identificación— fue extendido antaño por el yo a otros hombres, a animales, a plantas, a seres inanimados y al mundo como un todo, y resultó aplicable toda vez que la semejanza con el yo-individuo era abrumadoramente grande, pero se hacía más dudosa en la medida en que lo otro se distanciaba del yo. Hoy nuestro pensamiento crítico ya vacila en atribuir conciencia a los animales, se la rehúsa a las plantas y relega a la mística el supuesto

2 [«*Träume sind Schäume*» {literalmente, «los sueños son quimeras»}. Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **4**, pág. 152.]

3 [En su último tratamiento de este tema, Freud se ocupó con cierta amplitud de las pruebas proporcionadas por la sugestión poshipnótica; véase el trabajo inconcluso «Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis» (1940*b*).]

de una conciencia en lo inanimado. Pero aun donde la inclinación originaria a la identificación ha salido airosa del examen crítico, en lo otro humano, lo más próximo a nosotros, el supuesto de que posee conciencia descansa en un razonamiento y no puede compartir la certeza inmediata de nuestra propia conciencia.

El psicoanálisis no nos exige sino que este modo de razonamiento se vuelva también hacia la persona propia, para lo cual no tenemos inclinación constitucional alguna. Si así se hace, deberá decirse que todos los actos y exteriorizaciones que yo noto en mí y no sé enlazar con el resto de mi vida psíquica tienen que juzgarse como si pertenecieran a otra persona y han de esclarecerse atribuyendo a esta una vida anímica. La experiencia muestra también que esos mismos actos a que no concedemos reconocimiento psíquico en la persona propia, muy bien los interpretamos en otros, vale decir, nos arreglamos para insertarlos dentro de la concatenación anímica. Es evidente que nuestra indagación es desviada aquí de la persona propia por un obstáculo particular, que le impide alcanzar un conocimiento más correcto de ella.

Si, a pesar de esa renuencia interior, volvemos hacia la persona propia aquel modo de razonamiento, él no nos lleva a descubrir un inconciente, sino, en rigor, al supuesto de una conciencia otra, una conciencia segunda que en el interior de mi persona está unida con la que me es notoria. Solamente aquí encuentra la crítica ocasión justificada para objetar algo. En primer lugar, una conciencia de la que su propio portador nada sabe es algo diverso de una conciencia ajena, y en general es dudoso que merezca considerarse siquiera una conciencia así, en que se echa de menos su rasgo más importante. El que se rebeló contra el supuesto de algo psíquico inconciente no puede quedar satisfecho trocándolo por una *conciencia inconciente.* En segundo lugar, el análisis apunta que los diversos procesos anímicos latentes que discernimos gozan de un alto grado de independencia recíproca, como si no tuvieran conexión alguna entre sí y nada supieran unos de otros. Debemos estar preparados, por consiguiente, a admitir en nosotros no sólo una conciencia segunda, sino una tercera, una cuarta, y quizás una serie inacabable de estados de conciencia desconocidos para nosotros todos ellos y que se ignoran entre sí. En tercer lugar, entra en la cuenta un argumento más serio: por la investigación analítica llegamos a saber que una parte de estos procesos latentes poseen caracteres y peculiaridades que nos parecen extraños y aun increíbles, y contrarían directamente las propiedades de la conciencia que nos son familiares. Ello nos da fundamento

para reformular aquel razonamiento vuelto hacia la persona propia: no nos prueba la existencia en nosotros de una conciencia segunda, sino la de actos psíquicos que carecen de conciencia. Podremos también rechazar la designación de «subconciencia» por incorrecta y descaminada.[4] Los casos conocidos de «*double conscience*» (escisión {*Spaltung*} de la conciencia) nada prueban en contra de nuestra concepción. Admiten describirse de la manera más certera como casos de escisión de la actividad del alma en dos grupos, siendo entonces una misma conciencia la que se vuelve alternadamente a un campo o al otro.

Dentro del psicoanálisis no nos queda, pues, sino declarar que los procesos anímicos son en sí inconcientes y comparar su percepción por la conciencia con la percepción del mundo exterior por los órganos sensoriales.[5] Y aun esperamos extraer de esta comparación una ganancia para nuestro conocimiento. El supuesto psicoanalítico de la actividad anímica inconciente nos aparece, por un lado, como una continuación del animismo primitivo, que dondequiera nos espejaba homólogos de nuestra conciencia, y, por otro, como continuación de la enmienda que Kant introdujo en nuestra manera de concebir la percepción exterior. Así como Kant nos alertó para que no juzgásemos a la percepción como idéntica a lo percibido incognoscible, descuidando el condicionamiento subjetivo de ella, así el psicoanálisis nos advierte que no hemos de sustituir el proceso psíquico inconciente, que es el objeto de la conciencia, por la percepción que esta hace de él. Como lo físico, tampoco lo psíquico es necesariamente en la realidad según se nos aparece. No obstante, nos dispondremos satisfechos a experimentar que la enmienda de la percepción interior no ofrece dificultades tan grandes como la de la percepción exterior, y que el objeto interior es menos incognoscible que el mundo exterior.

4 [En algunos de sus escritos iniciales el propio Freud utilizó el término «subconciente»; por ejemplo, en su artículo en francés sobre les parálisis histéricas (1893*c*), *AE*, **1**, pág. 209, y en los *Estudios sobre la histeria* (1895*d*), *AE*, **2**, pág. 89*n*. Pero ya en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 603, recomienda que no se lo emplee. Vuelve a aludir a este punto en la 19ª de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, pág. 271, y lo discute en forma algo más completa en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926*e*), *AE*, **20**, pág. 185.]

5 [Esta idea había sido abordada ya con cierta extensión en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 602-4.]

# II. La multivocidad de lo inconciente, y el punto de vista tópico

Antes de seguir avanzando queremos establecer el hecho importante, pero también enojoso, de que la condición de inconciente {*Unbewusstheit*} es sólo una marca de lo psíquico que en modo alguno basta para establecer su característica. Existen actos psíquicos de muy diversa dignidad que, sin embargo, coinciden en cuanto al carácter de ser inconcientes. Lo inconciente abarca, por un lado, actos que son apenas latentes, inconcientes por algún tiempo, pero en lo demás en nada se diferencian de los concientes; y, por otro lado, procesos como los reprimidos, que, si devinieran concientes, contrastarían de la manera más llamativa con los otros procesos concientes. Pondríamos fin a todos los malentendidos si en lo sucesivo, para la descripción de los diversos tipos de actos psíquicos, prescindiésemos por completo de que sean concientes o inconcientes y los clasificáramos y entramáramos tan sólo según su modo de relación con las pulsiones y metas, según su composición y su pertenencia a los sistemas psíquicos supraordinados unos respecto de los otros. Ahora bien, por diversas razones esto es impracticable, y así no podemos escapar a esta ambigüedad: usamos las palabras «conciente» e «inconciente» ora en el sentido descriptivo, ora en el sistemático, en cuyo caso significan pertenencia a sistemas determinados y dotación con ciertas propiedades. También se podría hacer el intento de evitar la confusión designando a los sistemas psíquicos conocidos mediante nombres que se escogiesen al azar y no aludiesen a la condición de conciente {*Bewusstheit*}; sólo que antes debería especificarse aquello en que se funda la diferenciación entre los sistemas, y al hacerlo no se podría esquivar la condición de conciente, pues ella constituye el punto de partida de todas nuestras indagaciones. [Cf. pág. 189.] Quizá pueda depararnos algún remedio la siguiente propuesta: sustituir, al menos en la escritura, «conciencia» por el símbolo *Cc*, e «inconciente» por la correspondiente abreviatura *Icc*, toda vez que usemos esas dos palabras en el sentido sistemático.[1]

[1] [Freud ya había introducido estas abreviaturas en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 533 y sigs.]

Dentro de una exposición positiva enunciamos ahora, como resultado del psicoanálisis: un acto psíquico en general atraviesa por dos fases de estado, entre las cuales opera como selector una suerte de examen (*censura*). En la primera fase él es inconciente y pertenece al sistema *Icc*; si a raíz del examen es rechazado por la censura, se le deniega el paso a la segunda fase; entonces se llama «reprimido» y tiene que permanecer inconciente. Pero si sale airoso de este examen entra en la segunda fase y pasa a pertenecer al segundo sistema, que llamaremos el sistema *Cc*. Empero, su relación con la conciencia no es determinada todavía unívocamente por esta pertenencia. No es aún conciente, sino *susceptible de conciencia* (según la expresión de J. Breuer),[2] vale decir, ahora puede ser objeto de ella sin una particular resistencia toda vez que se reúnan ciertas condiciones. En atención a esta susceptibilidad de conciencia llamamos al sistema *Cc* también el «*preconciente*». Si se llegara a averiguar que a su vez el devenir-conciente de lo preconciente es codeterminado por una cierta censura, deberíamos aislar entre sí con rigor los sistemas *Prcc* y *Cc*. [Cf. pág. 188.] Provisionalmente baste con establecer que el sistema *Prcc* participa de las propiedades del sistema *Cc*, y que la censura rigurosa está en funciones en el paso del *Icc* al *Prcc* (o *Cc*).

Con la aceptación de estos dos (o tres) sistemas psíquicos, el psicoanálisis se ha distanciado otro paso de la psicología descriptiva de la conciencia y se ha procurado un nuevo planteamiento y un nuevo contenido. De la psicología que ha imperado hasta ahora se distingue, principalmente, por su concepción *dinámica* de los procesos anímicos; y a ello se suma que también quiere tomar en cuenta la *tópica* psíquica e indicar, para un acto psíquico cualquiera, el sistema dentro del cual se consuma o los sistemas entre los cuales se juega. A causa de este empeño ha recibido también el nombre de *psicología de lo profundo*.[3] Más adelante veremos que el psicoanálisis todavía puede enriquecerse con otro punto de vista. [Cf. pág. 178.]

Si queremos tomar en serio una tópica de los actos anímicos, tenemos que dirigir nuestro interés a una duda que en este punto asoma. Si un acto psíquico (limitémonos aquí a los que son de la naturaleza de una representación) experimenta la trasposición del sistema *Icc* al sistema *Cc* (o *Prcc*), ¿debemos suponer que a ella se liga una fijación {*Fixierung*}

[2] [Cf. Breuer y Freud, *Estudios sobre la histeria* (1895), *AE*, **2**, pág. 235.]
[3] [De parte de Bleuler (1914). Cf. «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914*d*), *supra*, pág. 40.]

nueva, a la manera de una segunda trascripción de la representación correspondiente, la cual entonces puede contenerse también en una nueva localidad psíquica subsistiendo, además, la trascripción originaria, inconciente?[4] ¿O más bien debemos creer que la trasposición consiste en un cambio de estado que se cumple en idéntico material y en la misma localidad? Esta pregunta puede parecer abstrusa, pero tenemos que planteárnosla si queremos formarnos una idea más precisa de la tópica psíquica, de la dimensión de lo psíquico profundo. Es difícil porque rebasa lo puramente psicológico y roza las relaciones del aparato psíquico con la anatomía. Sabemos que tales relaciones existen, en lo más grueso. Es un resultado inconmovible de la investigación científica que la actividad del alma se liga con la función del cerebro como no lo hace con ningún otro órgano. Un nuevo paso —no se sabe cuán largo— nos hace avanzar el descubrimiento del desigual valor de las partes del cerebro y su relación especial con determinadas partes del cuerpo y actividades mentales. Pero han fracasado de raíz todos los intentos por colegir desde ahí una localización de los procesos anímicos, todos los esfuerzos por imaginar las representaciones almacenadas en células nerviosas y la circulación de las excitaciones por los haces de nervios.[5] El mismo destino correría una doctrina que pretendiera individualizar el lugar anatómico del sistema *Cc* (la actividad conciente del alma) en la corteza cerebral, por ejemplo, y situar los procesos inconcientes en las zonas subcorticales del cerebro.[6] Aquí se nos abre una laguna; por hoy no es posible llenarla, ni es tarea de la psicología. Nuestra tópica psíquica *provisionalmente* nada tiene que ver con la anatomía; se refiere a regiones del aparato psíquico, dondequiera que estén situadas dentro del cuerpo, y no a localidades anatómicas.

Nuestro trabajo, por tanto, es libre en este aspecto y le está permitido proceder según sus propias necesidades. Esto último será provechoso siempre que tengamos presente que nuestros supuestos no reclaman, en principio, sino el valor

4 [El concepto de una representación presente en la psique en más de una «trascripción» fue enunciado por primera vez en una carta a Fliess del 6 de diciembre de 1896 (Freud, 1950*a*, Carta 52), *AE*, **1**, págs. 274 y sigs. Lo emplea en relación con la teoría de la memoria en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 532 (donde habla de las diversas «fijaciones») y vuelve a aludir a él más adelante en ese mismo capítulo (*ibid.*, pág. 598), con una argumentación que anticipa a la presente.]

5 [Freud mismo se había interesado mucho en la localización de las funciones cerebrales, en su trabajo sobre las afasias (1891*b*).]

6 [Freud ya había insistido sobre esto en el prólogo a su traducción de *De la suggestion*, de Bernheim (Freud, 1888-89).]

de ilustraciones. La primera de las dos posibilidades consideradas, a saber, que la fase *Cc* de la representación significa una trascripción nueva de ella, situada en otro lugar, es sin duda la más grosera, aunque también la más cómoda. El segundo supuesto, el de un cambio de estado meramente *funcional*, es el más verosímil de antemano, pero es menos plástico, de manejo más difícil. Con el primer supuesto, el supuesto tópico, se enlaza un divorcio tópico entre los sistemas *Icc* y *Cc* y la posibilidad de que una representación esté presente al mismo tiempo en dos lugares del aparato psíquico, y aun de que se traslade regularmente de un lugar a otro si no está inhibida por la censura, llegado el caso sin perder su primer asentamiento o su primera trascripción. Quizás esto parezca extraño, pero puede apuntalarse en impresiones extraídas de la práctica psicoanalítica.

Si comunicamos a un paciente una representación que él reprimió en su tiempo y hemos logrado colegir, ello al principio en nada modifica su estado psíquico. Sobre todo, no cancela la represión ni, como quizá podría esperarse, hace que sus consecuencias cedan por el hecho de que la representación antes inconciente ahora devenga conciente. Al contrario, primero no se conseguirá más que una nueva desautorización * de la representación reprimida. Pero de hecho el paciente tiene ahora la misma representación bajo una doble forma en lugares diferentes de su aparato anímico; primero, posee el recuerdo conciente de la huella auditiva de la representación que le hemos comunicado, y en segundo término, como con certeza sabemos, lleva en su interior (y en la forma que antes tuvo) el recuerdo inconciente de lo vivenciado.[7] En realidad, la cancelación de la represión no sobreviene hasta que la representación conciente, tras vencer las resistencias, entra en conexión con la huella mnémica inconciente. Sólo cuando esta última es hecha conciente se consigue el éxito. Por tanto, para una consideración superficial parecería comprobado que representaciones concientes e inconcientes son trascripciones diversas, y separadas en sentido tópico, de un mismo contenido. Pero la más somera reflexión muestra que la identidad entre la comunicación y el recuerdo reprimido del paciente no es sino aparente. El tener-

* {«*Ablehnung*»; vale decir, el paciente no se convence de lo comunicado por el analista, desautoriza lo que este le dice.}

7 [Freud presenta una imagen tópica de la distinción entre representaciones concientes e inconcientes en el caso del pequeño Hans (1909*b*), *AE*, **10**, págs. 98-9, y más extensamente en su artículo técnico «Sobre la iniciación del tratamiento» (1913*c*), *AE*, **12**, pág. 142.]

oído y el tener-vivenciado son, por su naturaleza psicológica, dos cosas por entero diversas, por más que posean idéntico contenido.

Por consiguiente, en un comienzo no estamos en condiciones de distinguir entre las dos posibilidades. Tal vez más adelante acertemos con factores que puedan inclinar la balanza en favor de una de ellas. Quizá nos aguarde el descubrimiento de que nuestro planteo era insuficiente y la diferencia entre la representación inconciente y la conciente ha de determinarse de un modo radicalmente diverso.[8]

[8] [Esta argumentación se retoma *infra*, pág. 198.]

# III. Sentimientos inconcientes

Hemos circunscrito el anterior debate a las representaciones, y ahora podemos plantear un nuevo problema cuya respuesta no podrá menos que contribuir a la aclaración de nuestras opiniones teóricas. Dijimos que había representaciones concientes e inconcientes; ¿existen también mociones pulsionales, sentimientos, sensaciones inconcientes, o esta vez es disparatado formar esos compuestos?

Opino, en verdad, que la oposición entre conciente e inconciente carece de toda pertinencia respecto de la pulsión. Una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia; sólo puede serlo la representación que es su representante. Ahora bien, tampoco en el interior de lo inconciente puede estar representada si no es por la representación. Si la pulsión no se adhiriera a una representación ni saliera a la luz como un estado afectivo, nada podríamos saber de ella. Entonces, cada vez que pese a eso hablamos de una moción pulsional inconciente o de una moción pulsional reprimida, no es sino por un inofensivo descuido de la expresión. No podemos aludir sino a una moción pulsional cuya agencia representante-representación es inconciente, pues otra cosa no entra en cuenta.[1]

Creeríamos que la respuesta a la pregunta por las sensaciones, los sentimientos, los afectos inconcientes se resolvería con igual facilidad. Es que el hecho de que un sentimiento sea sentido, y, por lo tanto, que la conciencia tenga noticia de él, es inherente a su esencia. La posibilidad de una condición inconciente faltaría entonces por entero a sentimientos, sensaciones, afectos. Pero en la práctica psicoanalítica estamos habituados a hablar de amor, odio, furia, etc., inconcientes, y aun hallamos inevitable la extraña combinación «conciencia inconciente de culpa» [2] o una paradójica «angustia inconciente». ¿Tiene este uso lingüístico mayor significado aquí que en el caso de la «pulsión inconciente»?

[1] [Cf. mi «Nota introductoria» a «Pulsiones y destinos de pulsión», (1915*c*), *supra*, págs. 107 y sigs.]

[2] [«*Schuldbewusstsein*», un equivalente habitual de «*Schuldgefühl*», «sentimiento de culpa».]

En realidad, las cosas se presentan en este caso dispuestas de otra manera. Ante todo puede ocurrir que una moción de afecto o de sentimiento sea percibida, pero erradamente. Por la represión de su representante genuino fue compelida a enlazarse con otra representación, y así la conciencia la tiene por exteriorización de esta última. Cuando restauramos la concatenación correcta, llamamos «inconciente» a la moción afectiva originaria, aunque su afecto nunca lo fue, pues sólo su representación debió pagar tributo a la represión. El uso de las expresiones «afecto inconciente» y «sentimiento inconciente» remite en general a los destinos del factor cuantitativo de la moción pulsional, que son consecuencia de la represión. Sabemos que esos destinos pueden ser tres:[3] el afecto persiste —en un todo o en parte— como tal, o es mudado en un monto de afecto cualitativamente diverso (en particular, en angustia), o es sofocado, es decir, se estorba por completo su desarrollo. (Estas posibilidades son quizá más fáciles de estudiar en el trabajo del sueño que en las neurosis.)[4] Sabemos también que la sofocación del desarrollo del afecto es la meta genuina de la represión, y que su trabajo queda inconcluso cuando no la alcanza. En todos los casos en que la represión consigue inhibir el desarrollo del afecto, llamamos «inconcientes» a los afectos que volvemos a poner en su sitio tras enderezar {*Redressement*} lo que el trabajo represivo había torcido. Por tanto, no puede negarse consecuencia al uso lingüístico; pero en la comparación con la representación inconciente surge una importante diferencia: tras la represión, aquella sigue existiendo en el interior del sistema *Icc* como formación real, mientras que ahí mismo al afecto inconciente le corresponde sólo una posibilidad de planteo {de amago} a la que no se le permite desplegarse. En rigor, y aunque el uso lingüístico siga siendo intachable, no hay por tanto afectos inconcientes como hay representaciones inconcientes. Pero dentro del sistema *Icc* muy bien puede haber formaciones de afecto que, al igual que otras, devengan concientes. Toda la diferencia estriba en que las representaciones son investiduras —en el fondo, de huellas mnémicas—, mientras que los afectos y sentimientos corresponden a procesos de descarga cuyas exteriorizaciones últimas se perciben como sensaciones. En el estado actual de nuestro

[3] Cf. el artículo precedente sobre «La represión» (1915*d*) [*supra*, pág. 148].
[4] [Véase el principal examen de los afectos en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 458-84.]

conocimiento de los afectos y sentimientos no podemos expresar con mayor claridad esta diferencia.[5]

Especial interés tiene para nosotros el haber averiguado que la represión puede llegar a inhibir la trasposición de la moción pulsional en una exteriorización de afecto. Esa comprobación nos muestra que el sistema *Cc* normalmente gobierna la afectividad así como el acceso a la motilidad, y realza el valor de la represión, por cuanto revela que no sólo coarta la conciencia, sino el desarrollo del afecto y la puesta en marcha de la actividad muscular. Con una formulación invertida podríamos decir: Mientras el sistema *Cc* gobierna la afectividad y la motilidad, llamamos normal al estado psíquico del individuo. Empero, hay una innegable diferencia en la relación del sistema dominante con las dos acciones de descarga próximas entre sí.[6] Mientras que el imperio de la *Cc* sobre la motilidad voluntaria es muy firme, y por regla general resiste el asalto de la neurosis y sólo es quebrantado en la psicosis, su gobierno del desarrollo del afecto es menos sólido. Y aun dentro de la vida normal puede discernirse una pugna permanente de los dos sistemas, *Cc* e *Icc*, en torno del primado sobre la afectividad; se deslindan entre sí ciertas esferas de influencia y se establecen contaminaciones entre las fuerzas eficaces.

La importancia del sistema *Cc* (*Prcc*)[7] para el acceso al desprendimiento de afecto y a la acción nos permite también comprender el papel que toca a la representación sustitutiva en la conformación de la enfermedad. Es posible que el desprendimiento de afecto parta directamente del sistema *Icc*, en cuyo caso tiene siempre el carácter de la angustia, por la cual son trocados todos los afectos «reprimidos». Pero con frecuencia la moción pulsional tiene que aguardar hasta encontrar una representación sustitutiva en el interior del sistema *Cc*. Después el desarrollo del afecto se hace posible desde este sustituto conciente, cuya naturaleza determina el carácter cualitativo del afecto. Hemos afirmado [pág. 147] que en la represión se produce un divorcio entre el afecto y

5 [Esta cuestión vuelve a tratarse en el capítulo II de *El yo y el ello* (1923*b*). La naturaleza de los afectos es objeto de un examen más claro en la 25ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, págs. 360-1, y también en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, **20**, págs. 125-6.]

6 La afectividad se exterioriza esencialmente en una descarga motriz (secretoria, vasomotriz) que provoca una alteración (interna) del cuerpo propio sin relación con el mundo exterior; la motilidad, en acciones destinadas a la alteración del mundo exterior.

7 [En la edición de 1915 no figura «(*Prcc*)».]

su representación, a raíz de lo cual ambos van al encuentro de sus destinos separados. Esto es incontrastable desde el punto de vista descriptivo; empero, el proceso real es, por regla general, que un afecto no hace su aparición hasta que no se ha consumado la irrupción en una nueva subrogación {*Vertretung*} del sistema *Cc.*

# IV. Tópica y dinámica de la represión

Llegamos entonces a este resultado: la represión es en lo esencial un proceso que se cumple sobre representaciones en la frontera de los sistemas *Icc* y *Prcc* (*Cc*). Ahora podemos hacer un renovado intento por describir más a fondo ese proceso. Ha de tratarse de una *sustracción* de investidura, pero nos resta averiguar el sistema dentro del cual se realiza esa sustracción y aquel al cual pertenece la investidura sustraída.

La representación reprimida sigue teniendo capacidad de acción dentro del *Icc*; por tanto, debe de haber conservado su investidura. Lo sustraído ha de ser algo diverso. [Cf. pág. 198.] Consideremos el caso de la represión propiamente dicha (del «esfuerzo de dar caza»),[1] tal como se ejerce sobre la representación preconciente o aun sobre la ya conciente; entonces la represión sólo puede consistir en que a la representación se le sustraiga la investidura (pre)conciente que pertenece al sistema *Prcc*. La representación queda entonces desinvestida, o recibe investidura del *Icc*, o conserva la investidura *icc* que ya tenía. Por tanto, hay sustracción de la investidura preconciente, conservación de la investidura inconciente o sustitución de la investidura preconciente por una inconciente. Notemos, además, que hemos puesto en la base de esta observación, como al descuido, este supuesto: el paso desde el sistema *Icc* a uno contiguo no acontece mediante una trascripción nueva, sino mediante un cambio de estado, una mudanza en la investidura. El supuesto funcional ha arrojado aquí del campo, con poco esfuerzo, al supuesto tópico. [Cf. *supra*, pág. 170.]

Empero, este proceso de sustracción de libido[2] no basta para hacer inteligible otro carácter de la represión. No se advierte la razón por la cual la representación que sigue investida o que es provista de investidura desde el *Icc* no haría intentos renovados por penetrar en el sistema *Prcc*, valida de su investidura. En tal caso la sustracción de libido

[1] [Cf. «La represión» (1915*d*), *supra*, pág. 143.]

[2] [Sobre el empleo de «libido» aquí, véase tres párrafos más adelante.]

tendría que repetirse en ella y ese juego idéntico se proseguiría interminablemente, pero el resultado no sería la represión. De igual modo, el aludido mecanismo de sustracción de una investidura preconciente no funcionaría cuando estuviera en juego la figuración de la represión primordial; es que en ese caso está presente una representación inconciente que aún no ha recibido investidura alguna del *Prcc* y, por tanto, ella no puede serle sustraída.

Aquí necesitamos entonces de otro proceso, que en el primer caso [el del esfuerzo de dar caza] mantenga la represión, y en el segundo [el de la represión primordial] cuide de su producción y de su permanencia, y sólo podemos hallarlo en el supuesto de una *contrainvestidura* mediante la cual el sistema *Prcc* se protege contra el asedio de la representación inconciente. En ejemplos clínicos veremos el modo en que se exterioriza una contrainvestidura así, que opera en el interior del sistema *Prcc*. Ella representa {*repräsentiert*} el gasto permanente [de energía] de una represión primordial, pero es también lo que garantiza su permanencia. La contrainvestidura es el único mecanismo de la represión primordial; en la represión propiamente dicha (el esfuerzo de dar caza) se suma la sustracción de la investidura *prcc*. Y es muy posible que precisamente la investidura sustraída de la representación se aplique a la contrainvestidura.

Reparamos en que poco a poco hemos ido delineando, en la exposición de ciertos fenómenos psíquicos, un tercer punto de vista además del dinámico y del tópico, a saber, el *económico*, que aspira a perseguir los destinos de las magnitudes de excitación y a obtener una estimación por lo menos relativa de ellos. No juzgamos inadecuado designar mediante un nombre particular este modo de consideración que es el coronamiento de la investigación psicoanalítica. Propongo que cuando consigamos describir un proceso psíquico en sus aspectos *dinámicos*, *tópicos* y *económicos* eso se llame una exposición *metapsicológica*.[3] Cabe predecir que, dado el estado actual de nuestros conocimientos, lo conseguiremos sólo en unos pocos lugares.

Hagamos un tímido intento de dar una descripción metapsicológica del proceso de la represión en las tres neurosis

[3] [Freud había empleado este término por primera vez unos veinte años antes, en una carta a Fliess del 13 de febrero de 1896 (Freud, 1950*a*, Carta 41), pero en sus trabajos *publicados* sólo lo había utilizado en una oportunidad, en *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*), *AE*, **6**, pág. 251.]

de trasferencia conocidas. Nos está permitido sustituir «investidura» por «libido»,[4] pues, como sabemos, se trata de los destinos de las pulsiones sexuales.

En el caso de la histeria de angustia, una primera fase del proceso suele descuidarse; quizá ni siquiera se la advierte, pero es bien notable para una observación más cuidadosa. Consiste en que la angustia surge sin que se perciba ante qué. Cabe suponer que dentro del *Icc* existió una moción de amor que demandaba trasponerse al sistema *Prcc*; pero la investidura volcada a ella desde este sistema se le retiró al modo de un intento de huida, y la investidura libidinal inconciente de la representación así rechazada fue descargada como angustia. A raíz de una eventual repetición del proceso, se dio un primer paso para domeñar ese desagradable desarrollo de angustia.[5] La investidura [*prcc*] fugada se volcó a una representación sustitutiva que, a su vez, por una parte se entramó por vía asociativa con la representación rechazada y, por la otra, se sustrajo de la represión por su distanciamiento respecto de aquella (*sustituto por desplazamiento* [cf. pág. 152]) y permitió una racionalización del desarrollo de angustia todavía no inhibible. La representación sustitutiva juega ahora para el sistema *Cc* (*Prcc*)[6] el papel de una contrainvestidura; en efecto, lo asegura contra la emergencia en la *Cc* de la representación reprimida. Por otra parte, es el lugar de donde arranca el desprendimiento de afecto, ahora no inhibible, y en mayor medida; al menos, se comporta como si fuera ese lugar de arranque. La observación clínica muestra, por ejemplo, que un niño afectado de fobia a los animales siente angustia cuando se da una de estas dos condiciones: la primera, cuando la moción de amor {hacia su padre} reprimida experimenta un refuerzo; la segunda, cuando es percibido el animal angustiante. La representación sustitutiva se comporta, en un caso, como el lugar de una trasmisión desde el sistema *Icc* al interior del sistema *Cc* y, en el otro, como una fuente autónoma de desprendimiento de angustia. La expansión del imperio del sistema *Cc* suele exteriorizarse en el hecho de que el primer modo de excitación de la representación sustitutiva retrocede cada vez más frente al segundo. Quizás al final el niño se comporte como si no tuviera ninguna inclinación hacia el padre, como si se hubiera emancipado por completo de él y realmente experimentara angustia frente al animal. Sólo que esa angustia frente al animal, alimentada desde la fuente pulsional inconciente, se

[4] [Ya lo había hecho tres párrafos atrás.]
[5] [Esta es la «segunda fase» del proceso.]
[6] [En la edición de 1915 no figura «(*Prcc*)».]

muestra refractaria e hipertrófica frente a todas las influencias que parten del sistema *Cc*, en lo cual deja traslucir que su origen se sitúa en el sistema *Icc*.

Por tanto, en la segunda fase de la histeria de angustia la contrainvestidura desde el sistema *Cc* ha llevado a la formación sustitutiva. El mismo mecanismo encuentra pronto un nuevo empleo. Como sabemos, el proceso de la represión no está todavía concluido; tiene un cometido ulterior: inhibir el desarrollo de angustia que parte del sustituto.[7] Esto acontece del siguiente modo: todo el entorno asociado de la representación sustitutiva es investido con una intensidad particular, de suerte que puede exhibir una elevada sensibilidad a la excitación. Una excitación en cualquier lugar de este parapeto dará, a consecuencia del enlace con la representación sustitutiva, el envión para un pequeño desarrollo de angustia que ahora es aprovechado como señal a fin de inhibir el ulterior avance de este último mediante una renovada huida de la investidura [*prcc*].[8] Cuanto más lejos del sustituto temido se dispongan las contrainvestiduras sensibles y alertas, con precisión tanto mayor podrá funcionar este mecanismo destinado a aislar la representación sustitutiva y a coartar nuevas excitaciones de ella. Estas precauciones sólo protegen, desde luego, contra excitaciones que apuntan a la representación sustitutiva desde fuera, por la percepción, pero jamás contra la moción pulsional que alcanza a la percepción sustitutiva desde su conexión con la representación reprimida. Por tanto, sólo empiezan a producir efectos cuando el sustituto ha tomado cabalmente sobre sí la subrogación de lo reprimido, mas nunca pueden ser del todo confiables. A raíz de cada acrecimiento de la moción pulsional, la muralla protectora que rodea a la representación sustitutiva debe ser trasladada un tramo más allá. El conjunto de esa construcción, establecida de manera análoga en las otras neurosis, lleva el nombre de *fobia*. La expresión de la huida frente a la investidura conciente de la representación sustitutiva son las evitaciones, renuncias y prohibiciones que permiten individualizar a la histeria de angustia.

Si abarcamos con la mirada todo el proceso, podemos decir que la tercera fase ha repetido el trabajo de la segunda en

7 [La «tercera fase».]

8 [La noción de que un pequeño desprendimiento de displacer actúa como «señal» para impedir un desprendimiento mucho mayor figura ya en el «Proyecto de psicología» de 1895 (1950*a*), *AE*, **1**, págs. 404-6, y en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 592. Por supuesto, esta idea se desarrolla mucho más en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), por ejemplo en el capítulo XI, *AE*, **20**, págs. 150-2.]

escala ampliada. El sistema *Cc* se protege ahora contra la activación de la representación sustitutiva mediante la contrainvestidura de su entorno, así como antes se había asegurado contra la emergencia de la representación reprimida mediante la investidura de la representación sustitutiva. De ese modo encuentra su prosecución la formación sustitutiva por desplazamiento. Debe agregarse que el sistema *Cc* poseía antes sólo un pequeño lugar que servía de puerta de entrada para la invasión de la moción pulsional reprimida, a saber, la representación sustitutiva, pero al final todo el parapeto fóbico es un enclave de la influencia inconciente. Puede destacarse, además, este interesante punto de vista: mediante todo el mecanismo de defensa puesto en acción se ha conseguido proyectar hacia afuera el peligro pulsional. El yo se comporta como si el peligro del desarrollo de angustia no le amenazase desde una moción pulsional, sino desde una percepción, y por eso puede reaccionar contra ese peligro externo con intentos de huida: las evitaciones fóbicas. Algo se logra con este proceso de la represión; de algún modo puede ponerse dique al desprendimiento de angustia, aunque sólo a costa de graves sacrificios en materia de libertad personal. En general, los intentos de huida frente a las exigencias pulsionales son infructuosos, y el resultado de la huida fóbica sigue siendo, a pesar de todo, insatisfactorio.

De las constelaciones que hemos discernido en la histeria de angustia, buena parte vale también para las otras dos neurosis, de suerte que podemos circunscribir su elucidación a las diferencias y al papel de la contrainvestidura. En la histeria de conversión, la investidura pulsional de la representación reprimida es traspuesta a la inervación del síntoma. En cuanto a la medida y a las circunstancias en que la representación inconciente es drenada mediante esta descarga hacia la inervación, para que pueda desistir de su esfuerzo de asedio {*Andrängen*} contra el sistema *Cc*, será mejor reservar esa y parecidas cuestiones para una investigación especial sobre la histeria.[9] El papel de la contrainvestidura que parte del sistema *Cc* (*Prcc*)[10] es nítido en la histeria de conversión; sale a la luz en la formación de síntoma. La contrainvestidura es lo que selecciona aquel fragmento de la agencia representante de pulsión sobre el cual se permite concentrarse a toda la investidura de esta última. Ese fragmento escogido como sín-

[9] [Probablemente una referencia al artículo metapsicológico extraviado sobre la histeria de conversión. (Cf. mi «Introducción», *supra*, pág. 102.) — Freud ya había tocado la cuestión en *Estudios sobre la histeria* (1895*d*), *AE*, **2**, págs. 179-81.]

[10] [En la edición de 1915 no figura «(*Prcc*)».]

toma satisface la condición de expresar tanto la meta desiderativa de la moción pulsional cuanto los afanes defensivos o punitorios del sistema *Cc*; así es sobreinvestido y apoyado desde ambos lados, como sucede en el caso de la representación sustitutiva en la histeria de angustia. De esta situación podemos inferir sin más que el gasto represivo del sistema *Cc* no necesita ser tan grande como la energía de investidura del síntoma; en efecto, la fuerza de la represión se mide por la contrainvestidura gastada, y el síntoma no se apoya sólo en esta, sino, además, en la investidura pulsional condensada en él que le viene del sistema *Icc*.

Con respecto a la neurosis obsesiva, sólo deberíamos agregar a las observaciones contenidas en el ensayo anterior [11] que en este caso la contrainvestidura del sistema *Cc* sale al primer plano de la manera más palmaria. Organizada como formación reactiva, es ella la que procura la primera represión; y en ella se consuma más tarde la irrupción de la representación reprimida. Podemos aventurar esta conjetura: al predominio de la contrainvestidura y a la falta de una descarga se debe que la obra de la represión aparezca en la histeria de angustia y en la neurosis obsesiva mucho menos lograda que en la histeria de conversión.[12]

[11] [«La represión» (1915*d*), *supra*, págs. 151-2.]

[12] [Los temas de la presente sección fueron reconsiderados por Freud en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, **20**, esp. págs. 120 y sigs., 134*n.* y 137-8.]

# V. Las propiedades particulares del sistema *Icc*

Un nuevo significado cobra el distingo entre los dos sistemas psíquicos si atendemos a que los procesos de uno de ellos, el *Icc*, exhiben propiedades que no se reencuentran en el contiguo más alto.

El núcleo del *Icc* consiste en agencias representantes de pulsión que quieren descargar su investidura; por tanto, en mociones de deseo. Estas mociones pulsionales están coordinadas entre sí, subsisten unas junto a las otras sin influirse y no se contradicen entre ellas. Cuando son activadas al mismo tiempo dos mociones de deseo cuyas metas no podrían menos que parecernos inconciliables, ellas no se quitan nada ni se cancelan recíprocamente, sino que confluyen en la formación de una meta intermedia, de un compromiso.

Dentro de este sistema no existe negación {*Negation*}, no existe duda ni grado alguno de certeza. Todo esto es introducido sólo por el trabajo de la censura entre *Icc* y *Prcc*. La negación es un sustituto de la represión, de nivel más alto.[1] Dentro del *Icc* no hay sino contenidos investidos con mayor o menor intensidad.

Prevalece [en el *Icc*] una movilidad mucho mayor de las intensidades de investidura. Por el proceso del *desplazamiento*, una representación puede entregar a otra todo el monto de su investidura; y por el de la *condensación*, puede tomar sobre sí la investidura íntegra de muchas otras. He propuesto ver estos dos procesos como indicios del llamado *proceso psíquico primario*. Dentro del sistema *Prcc* rige el *proceso secundario*;[2] toda vez que a un tal proceso primario le es

1 [Freud ya había afirmado esto en su libro sobre el chiste (1905*c*), *AE*, **8**, pág. 167. Véase, sin embargo, su trabajo posterior sobre la negación (1925*h*).]

2 Véase mi examen de este punto en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900*a*) [*AE*, **5**, págs. 578 y sigs.], que se basa en ideas desarrolladas por Breuer en *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895). [En mi «Introducción» a esta última obra (*AE*, **2**, pág. 21) y en una nota al pie de la misma (*ibid.*, pág. 206) se hallará un comentario sobre el hecho de que Freud atribuyera estas hipótesis a Breuer.]

permitido jugar con elementos del sistema *Prcc*, aparece como «cómico» y mueve a risa.[3]

Los procesos del sistema *Icc* son *atemporales*, es decir, no están ordenados con arreglo al tiempo, no se modifican por el trascurso de este ni, en general, tienen relación alguna con él. También la relación con el tiempo se sigue del trabajo del sistema *Cc*.[4]

Tampoco conocen los procesos *Icc* un miramiento por la *realidad*. Están sometidos al principio de placer; su destino sólo depende de la fuerza que poseen y de que cumplan los requisitos de la regulación de placer-displacer.[5]

Resumamos: *ausencia de contradicción, proceso primario* (movilidad de las investiduras), *carácter atemporal* y *sustitución de la realidad exterior por la psíquica*, he ahí los rasgos cuya presencia estamos autorizados a esperar en procesos pertenecientes al sistema *Icc*.[6]

[3] [Freud había expresado esta idea, con palabras muy similares, en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 594. El punto se trata más detenidamente en su libro sobre el chiste (1905*c*), *AE*, **8**, esp. págs. 189-206.]

[4] [En la edición de 1915 decía «*Prcc*». — La «atemporalidad» de lo inconciente se menciona de manera dispersa a lo largo de los escritos de Freud. La primera mención es quizás una frase que data de 1897 (Freud, 1950*a*, Manuscrito M), donde declara que «el descuido del carácter temporal es sin duda esencial para el distingo entre la actividad en lo preconciente y en lo inconciente». Alude a esto en «La etiología de la histeria» (1895*c*), *AE*, **3**, pág. 216, y vuelve a hacerlo indirectamente en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 568-70, pero la primera mención explícita que apareció publicada parece ser una nota agregada en 1907 a la *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*), *AE*, **6**, pág. 266*n*. Otra alusión al pasar es la que figura en una nota al artículo sobre el narcisismo (1914*c*), *supra*, pág. 93*n*. Freud volvió al tema más de una vez en sus escritos posteriores; particularmente en *Más allá del principio de placer* (1920*g*), *AE*, **18**, pág. 28, y en la 31ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*), *AE*, **22**, pág. 69. El tema se trató en una reunión de la Sociedad Psicoanalítica de Viena el 8 de noviembre de 1911, y las actas publicadas (*Zentralblatt für psychoanalyse*, **2**, págs. 476-7) ofrecen un resumen muy breve de algunas observaciones que Freud hizo en esa ocasión.]

[5] [Véase el apartado 8 de «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911*b*), *AE*, **12**, pág. 230. El «examen de realidad» se aborda con alguna extensión en «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (1917*d*), *infra*, págs. 230 y sigs.]

[6] Reservamos para otro contexto la mención de otro notable privilegio del *Icc*. [En una carta a Groddeck del 5 de junio de 1917, Freud escribe: «En mi ensayo sobre el *Icc* que usted menciona hallará una nota apenas visible: "Reservamos para otro contexto la mención de otro notable privilegio del *Icc*". Le revelaré a qué se refiere esta nota: a la tesis de que el acto inconciente tiene sobre los procesos somáticos una intensa influencia plástica que nunca posee el acto conciente» (Freud, 1960*a*).]

Los procesos inconcientes sólo se vuelven cognoscibles para nosotros bajo las condiciones del soñar y de las neurosis, o sea, cuando procesos del sistema *Prcc*, más alto, son trasladados hacia atrás, a un estadio anterior, por obra de un rebajamiento (regresión). En sí y por sí ellos no son cognoscibles, y aun son insusceptibles de existencia, porque en época muy temprana al sistema *Icc* se le superpuso el *Prcc*, que ha arrastrado hacia sí el acceso a la conciencia y a la motilidad. La descarga del sistema *Icc* pasa a la inervación corporal para el desarrollo de afecto, pero, como tenemos averiguado [pág. 174], también esa vía de aligeramiento le es disputada por el *Prcc*. Por sí solo, y en condiciones normales, el sistema *Icc* no podría consumar ninguna acción muscular adaptada al fin, con excepción de aquellas que ya están organizadas como reflejos.

Sólo veríamos a plena luz el significado cabal de los rasgos descritos del sistema *Icc* si les contrapusiéramos y comparásemos con ellos las propiedades del sistema *Prcc*. Pero esto nos llevaría demasiado lejos, y yo propongo que, de común acuerdo, lo pospongamos y emprendamos la comparación entre los dos sistemas después que hayamos apreciado el más alto.[7] Sólo lo más apremiante debe elucidarse desde ahora.

Los procesos del sistema *Prcc* exhiben —con independencia de que sean ya concientes o sólo susceptibles de conciencia— una inhibición de la proclividad a la descarga, característica de las representaciones investidas. Cuando el proceso traspasa de una representación a otra, la primera retiene una parte de su investidura y sólo una pequeña proporción experimenta el desplazamiento. Desplazamientos y condensaciones como los del proceso primario están excluidos o son muy limitados. Esta situación movió a J. Breuer a suponer dentro de la vida anímica dos estados diversos de la energía de investidura: uno ligado, tónico, y otro móvil, libre y proclive a la descarga. [Cf. pág. 183, *n*. 2.] Yo creo que este distingo sigue siendo hasta hoy nuestra intelección más profunda en la esencia de la energía nerviosa, y no veo cómo podríamos prescindir de él. Sería una urgente necesidad de la exposición metapsicológica —quizá una empresa demasiado osada todavía— continuar la discusión en este punto.

Al sistema *Prcc* competen, además, el establecimiento de una capacidad de comercio entre los contenidos de las representaciones, de suerte que puedan influirse unas a otras, el ordenamiento temporal de ellas,[8] la introducción de una

[7] [Probable referencia al artículo extraviado sobre la conciencia.]
[8] [Se alude al mecanismo mediante el cual el *Prcc* efectúa esto en «Nota sobre la "pizarra mágica"» (1925*a*), *AE*, **19**, pág. 247.]

censura o de varias, el examen de realidad y el principio de realidad. También la memoria conciente parece depender por completo del *Prcc*;[9] ha de separársela de manera tajante de las huellas mnémicas en que se fijan las vivencias del *Icc*, y probablemente corresponda a una trascripción particular tal como la que quisimos suponer, y después hubimos de desestimar [págs. 169-72], para el nexo de la representación conciente con la inconciente. En esta concatenación hallaremos también los medios para poner fin a nuestras fluctuaciones en la denominación del sistema más alto, que ahora, de manera aleatoria, llamamos unas veces *Prcc* y otras *Cc*.

Es atinado también hacer una advertencia en este lugar: no ha de generalizarse apresuradamente lo que aquí hemos traído a la luz sobre la distribución de las operaciones anímicas en los dos sistemas. Estamos describiendo la situación tal como se presenta en el adulto, en quien el sistema *Icc*, en sentido estricto, funciona sólo como etapa previa de la organización más alta. El contenido y los vínculos de este sistema durante el desarrollo individual, y el significado que posee en el animal, no deben derivarse de nuestra descripción sino investigarse por separado.[10] Además, en el caso del hombre debemos estar preparados para descubrir, por ejemplo, condiciones patológicas bajo las cuales ambos sistemas se alteren en su contenido y en sus caracteres, o aun los truequen entre sí.

[9] [Cf. «Introducción del narcisismo» (1914*c*), *supra*, pág. 93*n*. — En la edición de 1915 decía «*Cc*».]

[10] [Una de las escasísimas observaciones de Freud sobre la metapsicología de los animales puede encontrarse en su *Esquema del psicoanálisis* (1940*a*), *AE*, **23**, pág. 145.]

# VI. El comercio entre los dos sistemas

Sería erróneo imaginarse que el *Icc* permanece en reposo mientras todo el trabajo psíquico es efectuado por el *Prcc*, que el *Icc* es algo periclitado, un órgano rudimentario, un residuo del desarrollo. O suponer que el comercio de los dos sistemas se limita al acto de la represión, en que el *Prcc* arrojaría al abismo del *Icc* todo lo que le pareciese perturbador. El *Icc* es más bien algo vivo, susceptible de desarrollo, y mantiene con el *Prcc* toda una serie de relaciones; entre otras, la de la cooperación. A modo de síntesis debe decirse que el *Icc* se continúa en los llamados retoños,[1] es asequible a las vicisitudes de la vida, influye de continuo sobre el *Prcc* y a su vez está sometido a influencias de parte de este.

El estudio de los retoños del *Icc* deparará un radical desengaño a nuestras expectativas de obtener una separación esquemáticamente límpida entre los dos sistemas psíquicos Ello aparejará sin duda insatisfacción con nuestros resultados, y es probable que se lo utilice para poner en duda el valor de nuestro modo de dividir los procesos psíquicos. A esto replicaremos que no nos propusimos sino trasponer los resultados de la observación a una teoría, y no hemos contraído obligación ninguna de alcanzar al primer asalto una teoría tersa, que se recomiende por su simplicidad. Saldremos de fiadores de sus complicaciones mientras ellas se muestren adecuadas a la observación, y no abandonaremos la esperanza de que precisamente ellas habrán de conducirnos, en definitiva, al conocimiento de una relación de las cosas que, simple en sí misma, pueda dar razón de las complicaciones de la realidad.

Entre los retoños de las mociones pulsionales *icc* del carácter descrito, los hay que reúnen dentro de sí notas contrapuestas. Por una parte presentan una alta organización, están exentos de contradicción, han aprovechado todas las adquisiciones del sistema *Cc* y nuestro juicio los distinguiría apenas de las formaciones de este sistema. Por otra parte, son inconcientes e insusceptibles de devenir concientes. Por tanto,

[1] [Cf. «La represión» (1915*d*), *supra*, pág. 144.]

cualitativamente pertenecen al sistema *Prcc*, pero, de hecho, al *Icc*. Su origen sigue siendo decisivo para su destino. Hay que compararlos con los mestizos entre diversas razas humanas que en líneas generales se han asemejado a los blancos, pero dejan traslucir su ascendencia de color por uno u otro rasgo llamativo, y por eso permanecen excluidos de la sociedad y no gozan de ninguno de los privilegios de aquellos. De esa clase son las formaciones de la fantasía tanto de los normales cuanto de los neuróticos, que hemos individualizado como etapas previas en la formación del sueño y en la del síntoma, y que, a pesar de su alta organización, permanecen reprimidas y como tales no pueden devenir concientes.[2] Se aproximan a la conciencia y allí se quedan imperturbadas mientras tienen una investidura poco intensa, pero son rechazadas tan pronto sobrepasan cierto nivel de investidura. Otros tantos retoños del *Icc* de alta organización son las formaciones sustitutivas, que, no obstante, logran irrumpir en la conciencia merced a una relación favorable, por ejemplo, en virtud de su coincidencia con una contrainvestidura del *Prcc*.

Cuando, en otro lugar,[3] investiguemos más a fondo las condiciones del devenir-conciente, podremos solucionar una parte de las dificultades que han surgido. Aquí parece ventajoso contraponer a nuestro abordaje anterior, en que nos remontábamos desde el *Icc*, uno que parta de la conciencia. A esta, toda la suma de los procesos psíquicos se le presenta como el reino de lo preconciente. Un sector muy grande de esto preconciente proviene de lo inconciente, tiene el carácter de sus retoños y sucumbe a una censura antes que pueda devenir conciente. Otro sector del *Prcc* es susceptible de conciencia sin censura. Esto nos lleva a contradecir un supuesto anterior. Cuando consideramos la represión nos vimos precisados a situar entre los sistemas *Icc* y *Prcc* la censura decisiva para el devenir-conciente. Ahora nos es sugerida una censura entre *Prcc* y *Cc*.[4] Pero haremos bien en no ver en esta complicación una dificultad, sino en suponer que una nueva censura corresponde a todo paso de un sistema al que le sigue, más alto; vale decir, a todo progreso hacia una etapa más alta de organización psíquica. Comoquiera que fuese, queda desechado con relación a ello el supuesto de una renovación continuada de las trascripciones [cf. pág. 170].

[2] [Esta cuestión se trata con más detalle en una nota agregada en 1920 a *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*). *AE*, **7**, pág. 206, *n*. 28.]

[3] [Otra probable alusión al artículo extraviado sobre la conciencia.]

[4] [Cf. *supra*, pág. 169. Freud ya había planteado esto en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 602 y 605. Lo trata más extensamente *infra*, pág. 190.]

La raíz de todas estas dificultades ha de buscarse en que la condición de conciente {*Bewusstheit*}, el único carácter de los procesos psíquicos que nos es dado de manera inmediata, por nada del mundo es idónea para distinguir entre los sistemas. [Cf. pág. 168.] Prescindiendo de que lo conciente no lo es siempre, sino que temporariamente es también latente, la observación nos ha enseñado que mucho de lo que participa de las propiedades del sistema *Prcc* no deviene conciente; y todavía llegaremos a saber que ciertas orientaciones de la atención de este sistema son restrictivas del devenir-conciente.[5] Por tanto, ni con los sistemas ni con la represión mantiene la conciencia un vínculo simple. La verdad es que no sólo lo reprimido psíquicamente permanece ajeno a la conciencia; también, una parte de las mociones que gobiernan nuestro yo, vale decir, del más fuerte opuesto funcional a lo reprimido. En la medida en que queramos avanzar hasta una consideración metapsicológica de la vida anímica, tendremos que aprender a emanciparnos de la significatividad del síntoma «condición de conciente».[6]

Mientras sigamos adheridos a este síntoma veremos infrin-

5 [Esta frase, bastante oscura, tal vez resultaría más clara si contáramos con el artículo extraviado sobre la conciencia. La laguna es aquí particularmente exasperante, porque parece probable que la referencia aluda a un examen de la función de «atención» —un tema sobre el cual los escritos posteriores de Freud arrojan muy poca luz—. En *La interpretación de los sueños* (1900*a*) hay dos o tres pasajes que parecen pertinentes en este contexto: «Los procesos de excitación habidos en él [el preconciente] pueden alcanzar sin más demora la conciencia, siempre que se satisfagan ciertas condiciones; por ejemplo, [...] que se alcance cierta distribución de aquella función que recibe el nombre de atención» (*AE*, **5**, pág. 534). «El devenir-conciente se entrama de manera íntima con la aplicación de una determinada función psíquica, la atención» (*ibid.*, pág. 582). «El sistema *Prcc* no sólo bloquea el acceso a la conciencia, sino que [...] dispone sobre el envío de una energía de investidura móvil, una parte de la cual nos es familiar como atención» (*ibid.*, pág. 602). Contrastando con la parquedad de las alusiones al tema en escritos posteriores de Freud, el «Proyecto de psicología» de 1895 (1950*a*), incluye un extenso tratamiento de la atención, como una de las fuerzas principales en el aparato psíquico (*AE*, **1**, esp. págs. 408-20). Allí, como así también en «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911*b*), la relaciona en particular con la función de «examen de realidad». Véase mi «Nota introductoria» a «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (1917*d*), *infra*, pág. 218, donde se considera la vinculación de la atención con el sistema *P*.]

6 [Freud insiste en la complicación abordada en este párrafo en el capítulo I de *El yo y el ello* (1923*b*), *AE*, **19**, págs. 19-20, y en el capítulo II, donde propuso su nuevo modelo estructural de la psique, que tanto simplificaría la descripción que hizo en sus escritos de los procesos de esta última.]

gidas por excepciones nuestras tesis generales. Notamos que retoños del *Icc*[7] devienen concientes como formaciones sustitutivas y como síntomas, por lo regular tras grandes desfiguraciones respecto de lo inconciente, aunque suelen conservar muchos caracteres que invitan a la represión. Hallamos que permanecen inconcientes muchas formaciones preconcientes que, por su naturaleza, creeríamos plenamente autorizadas a devenir concientes. Es probable que en ellas se haga valer la atracción más fuerte del *Icc*. Eso nos lleva a buscar la diferencia más importante, no entre lo conciente y lo preconciente, sino entre lo preconciente y lo inconciente. Lo *Icc* es rechazado por la censura en la frontera de lo *Prcc*; sus retoños pueden sortear esa censura, organizarse en un nivel alto, crecer dentro del *Prcc* hasta una cierta intensidad de investidura, pero después, cuando la han rebasado y quieren imponerse a la conciencia, pueden ser individualizados como retoños del *Icc* y reprimidos otra vez en la nueva frontera de censura situada entre *Prcc* y *Cc*. Así, la primera censura funciona contra el *Icc* mismo; la segunda, contra los retoños *prcc* de él. Se diría que la censura fue empujada un tramo hacia adelante en el curso del desarrollo individual.

En la cura psicoanalítica obtenemos la prueba irrecusable de la existencia de la segunda censura, la situada entre los sistemas *Prcc* y *Cc*. Exhortamos al enfermo a formar profusión de retoños del *Icc* y lo comprometemos a vencer las objeciones que la censura haga al devenir-concientes de estas formaciones preconcientes; derrotando esta censura nos facilitamos el camino para cancelar la represión, que es la obra de la censura anterior. Consignemos aquí esta observación: la existencia de la censura entre *Prcc* y *Cc* nos advierte que el devenir-conciente no es un mero acto de percepción, sino que probablemente se trate también de una *sobreinvestidura* [cf. *infra*, pág. 198], un ulterior progreso de la organización psíquica.

Volvámonos ahora al comercio del *Icc* con los otros sistemas, no tanto para establecer algo nuevo como para no pasar por alto lo más notable. En las raíces de la actividad pulsional los sistemas se comunican entre sí de la manera más amplia. Una parte de los procesos ahí excitados pasan por el *Icc* como por una etapa preparatoria, y en la *Cc* alcanzan la conformación psíquica más alta; otra parte es retenida como *Icc*. Pero el *Icc* es alcanzado también por las vivencias que

7 [En todas las ediciones en alemán anteriores figura aquí «*Vbw*» {*Prcc*}. Como lo corroboró una consulta al manuscrito original, se trata de un error de imprenta; debe decir «*Ubw*» {*Icc*}.]

provienen de la percepción exterior. Normalmente, todos los caminos que van desde la percepción hasta el *Icc* permanecen expeditos, y sólo los que regresan de él son sometidos a bloqueo por la represión.

Cosa muy notable, el *Icc* de un hombre puede reaccionar, esquivando la *Cc*, sobre el *Icc* de otro. El hecho merece una indagación más a fondo, en particular para averiguar si no interviene la actividad preconciente; pero, como descripción, es indiscutible.[8]

El contenido del sistema *Prcc* (o *Cc*) proviene, en una parte, de la vida pulsional (por mediación del *Icc*) y, en la otra, de la percepción. Cabe dudar sobre la medida en que los procesos de este sistema pueden ejercer una influencia directa sobre el *Icc*; la investigación de casos patológicos muestra a menudo en el *Icc* un grado de autonomía y de ininfluenciabilidad apenas creíbles. Un total aislamiento recíproco de las aspiraciones, una desagregación absoluta de los dos sistemas, he ahí en general la característica de la condición patológica. No obstante, la cura psicoanalítica se edifica sobre la influencia del *Icc* desde la *Cc*, y en todo caso muestra que, si bien ella es ardua, no es imposible. Los retoños del *Icc* que hacen de mediadores entre los dos sistemas nos facilitan el camino para este logro, como ya se dijo. Pero todo nos lleva a suponer que una modificación espontánea del *Icc* por parte de la *Cc* es un proceso lento y erizado de dificultades.

Una cooperación entre una moción preconciente y una inconciente, aun reprimida con intensidad, puede producirse en esta situación eventual: que la moción inconciente pueda operar en el mismo sentido que una de las aspiraciones dominantes. La represión queda cancelada para este caso y la actividad reprimida se admite como refuerzo de la que está en la intención del yo. Para esta última, lo inconciente pasa a ser una constelación acorde con el yo, sin que en lo demás se modifique para nada su represión. El éxito del *Icc* en esta cooperación es innegable; las aspiraciones reforzadas, en efecto, se comportan diversamente que las normales, habilitan para un rendimiento particularmente consumado y exhiben frente a las contradicciones una resistencia semejante a la que oponen, por ejemplo, los síntomas obsesivos.

El contenido del *Icc* puede ser comparado con una población psíquica primitiva. Si hay en el hombre unas formaciones psíquicas heredadas, algo análogo al instinto {*Instinkt*}

8 [Véase un ejemplo de esto en «La predisposición a la neurosis obsesiva» (1913*i*), *AE*, **12**, pág. 340.]

de los animales, eso es lo que constituye el núcleo del *Icc.*[9] A ello se suma más tarde lo que se desechó por inutilizable en el curso del desarrollo infantil y que no forzosamente ha de ser, por su naturaleza, diverso de lo heredado. Una división tajante y definitiva del contenido de los dos sistemas no se establece, por regla general, hasta la pubertad.

[9] [Freud abordaría la cuestión de la herencia de las formaciones psíquicas poco después, en la 23ª de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17) y en su historial clínico del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *AE*, **17**, pág. 89.]

# VII. El discernimiento de lo inconciente

Lo que hemos reunido en las anteriores elucidaciones es quizá todo lo que puede decirse sobre el *Icc* si se toma como fuente exclusiva el conocimiento de la vida onírica y de las neurosis de trasferencia. Por cierto no es mucho; aquí y allá impresiona como algo no aclarado y confuso y, sobre todo, se echa de menos la posibilidad de coordinar el *Icc* a una concatenación ya conocida o de insertarlo dentro de ella. Sólo el análisis de una de las afecciones que llamamos psiconeurosis narcisistas promete brindarnos unas perspectivas que nos acerquen a ese enigmático *Icc* y, por así decir, nos lo pongan al alcance de la mano.

Desde un trabajo de Abraham (1908), que este escrupuloso autor ha atribuido a una sugerencia mía, procuramos caracterizar la *dementia praecox* de Kraepelin (la esquizofrenia de Bleuler) por su conducta hacia la oposición entre yo y objeto. En las neurosis de trasferencia (histeria de angustia y de conversión, neurosis obsesiva) nada había que empujase al primer plano esa oposición. Por cierto, se sabía que la denegación {frustración} del objeto generaba el estallido de la neurosis y esta envolvía la renuncia al objeto real, y también que la libido sustraída del objeto real revertía sobre un objeto fantaseado y desde ahí sobre uno reprimido (introversión).[1] Pero la investidura de objeto misma es retenida en estas neurosis con gran energía, y la indagación más fina del proceso represivo nos forzó a suponer que la investidura de objeto persiste en el interior del sistema *Icc* a pesar de la represión —más bien, a causa de ella—.[2] Y sin duda, la capacidad para la trasferencia, que en estas afecciones aprovechamos terapéuticamente, presupone una imperturbada investidura de objeto.

En el caso de la esquizofrenia, en cambio, se nos impuso el supuesto de que tras el proceso de la represión la libido quitada no busca un nuevo objeto, sino se recoge en el yo;

[1] [El proceso se describe detalladamente en el apartado *a* de «Sobre los tipos de contracción de neurosis» (1912*c*), *AE*, **12**, págs. 239-41.]

[2] [Cf. «La represión» (1915*d*), *supra*, pág. 144.]

por tanto, aquí se resignan las investiduras de objeto y se reproduce un estado de narcisismo primitivo, carente de objeto. La incapacidad de estos pacientes para la trasferencia —al menos hasta donde llega el proceso patológico—, la inaccesibilidad terapéutica que de ahí se sigue, su característica repulsa del mundo exterior, el surgimiento de signos de una sobreinvestidura del yo propio, la apatía total en que desemboca el proceso, todos estos caracteres parecen armonizar perfectamente con el supuesto de una resignación de las investiduras de objeto. En cuanto a los vínculos entre los dos sistemas psíquicos, ningún observador dejó de notar que en la esquizofrenia se exterioriza como conciente mucho de lo que en las neurosis de trasferencia sólo puede pesquisarse en el *Icc* por medio del psicoanálisis. Pero al principio no logramos establecer un enlace inteligible entre el vínculo yo-objeto y las relaciones de conciencia.

Eso que buscamos parece conseguirse por el siguiente, insospechado camino. En la esquizofrenia se observa, sobre todo en sus estadios iniciales, tan instructivos, una serie de alteraciones del *lenguaje,* algunas de las cuales merecen ser consideradas desde un punto de vista determinado. El modo de expresarse es a menudo objeto de un cuidado particular, es «rebuscado», «amanerado». Las frases sufren una peculiar desorganización sintáctica que las vuelve incomprensibles para nosotros, de suerte que juzgamos disparatadas las proferencias de los enfermos. En el contenido de esas proferencias muchas veces pasa al primer plano una referencia a órganos o a inervaciones del cuerpo. A esto puede sumarse que en tales síntomas de la esquizofrenia, semejantes a las formaciones sustitutivas de la histeria o de la neurosis obsesiva, la relación entre el sustituto y lo reprimido exhibe peculiaridades que nos resultarían sorprendentes en los casos de esas dos neurosis mencionadas.

El doctor Victor Tausk (Viena) ha puesto a mi disposición algunas de sus observaciones sobre esquizofrenias incipientes; presentan la ventaja de que la enferma misma quiso dar el esclarecimiento de sus dichos.[3] A propósito de dos de sus ejemplos mostraré la concepción que me propongo defender, aunque creo indudable que a cualquier observador le sería fácil producir en abundancia este tipo de material.

Una de las enfermas de Tausk, una muchacha que fue llevada a la clínica después de una querella con su amado, se queja: *Los ojos no están derechos, están torcidos* {*verdrehen*}.

[3] [Tausk publicó más tarde un artículo sobre la misma paciente (Tausk, 1919).]

Ella misma lo aclara, exponiendo en un lenguaje ordenado una serie de reproches contra el amado. «Ella no puede entender que a él se lo vea distinto cada vez; es un hipócrita, un *torcedor de ojos* {*Augenverdreher*, simulador}, él le ha torcido los ojos, ahora ella tiene los ojos torcidos, esos ya no son más sus ojos, ella ve el mundo ahora con otros ojos».

Las proferencias de la enferma acerca de su dicho incomprensible tienen el valor de un análisis, pues contienen el equivalente de ese dicho en giros expresivos comprensibles para todos; al mismo tiempo, echan luz sobre el significado y sobre la génesis de la formación léxica esquizofrénica. En acuerdo con Tausk destaco yo, en este ejemplo, que la relación con el órgano (con el ojo) se ha constituido en la subrogación de todo el contenido [de sus pensamientos]. El dicho esquizofrénico tiene aquí un sesgo hipocondríaco, ha devenido *lenguaje de órgano*.[4]

Una segunda comunicación de la misma enferma: «Ella está en la iglesia, de repente le da un sacudón, *tiene que ponerse de otro modo* {*sich anders stellen*}, *como si alguien la pusiera, como si fuera puesta*». Y ofrece luego el análisis de eso mediante una nueva serie de reproches contra el amado, «que es ordinario, y que a ella, que por su cuna era fina, la hizo también ordinaria. La hizo parecida a él mismo, porque le hizo creer que él era superior a ella; ahora ella se convirtió en lo que él es, porque creía que sería mejor si se le igualaba. El ha *falseado su propia posición* {*ver*stellen}, ella es ahora como él (¡identificación!), él le ha *falseado la posición*».

El movimiento del ponerse-de-otro-modo, observa Tausk, es una figuración del giro «falsear la posición» y de la identificación con el amado. De nuevo destaco la prevalencia, en toda la ilación de pensamiento, de aquel elemento que tiene por contenido una inervación corporal (más bien, la sensación de esta). Por lo demás, una histérica en el primer caso habría torcido convulsivamente los ojos, y en el segundo habría ejecutado en la realidad el sacudón en lugar de sentir el impulso a hacerlo o de tener la sensación de él, y en ninguno de los dos casos habría poseído un pensamiento conciente sobre eso ni habría sido capaz de exteriorizarlo siquiera con posterioridad.

Hasta ahí, entonces, esas dos observaciones dan testimonio de lo que hemos llamado lenguaje hipocondríaco o lenguaje de órgano. Pero también —y esto nos parece más im-

[4] [Véase el examen que hace Freud de la hipocondría en su artículo sobre el narcisismo (1914*c*), *supra*, págs. 80 y sigs.]

portante— nos señalan otra relación de las cosas, que puede registrarse cuantas veces se quiera (pongamos por caso, en los ejemplos reunidos en la monografía de Bleuler [1911]) y verterse en una fórmula determinada. En la esquizofrenia las *palabras* son sometidas al mismo proceso que desde los pensamientos oníricos latentes crea las imágenes del sueño, y que hemos llamado el *proceso psíquico primario.* Son condensadas, y por desplazamiento se trasfieren unas a otras sus investiduras completamente; el proceso puede avanzar hasta el punto en que una sola palabra, idónea para ello por múltiples referencias, tome sobre sí la subrogación de una cadena íntegra de pensamientos.[5] Los trabajos de Bleuler, Jung y sus discípulos han aportado un rico material precisamente en favor de este aserto.[6]

Antes de extraer conclusión alguna de estas impresiones, queremos considerar todavía las diferencias finas —pero que sin duda provocan un extraño efecto— entre la formación sustitutiva de la esquizofrenia, por un lado, y de la histeria y la neurosis obsesiva, por el otro. Un paciente a quien hoy tengo bajo observación resignó todos los intereses de la vida a causa del deterioro de la piel de su rostro. Afirma que tiene comedones y profundos hoyos en la cara, que todo el mundo nota. El análisis pesquisa que él juega en su piel su complejo de castración. Primero se ocupaba de sus comedones sin hacerse reproches, y el apretárselos le deparaba gran satisfacción, porque de ahí, como él decía, saltaba algo. Después dio en creer que dondequiera que él había eliminado un comedón le aparecería un profundo hoyo, y se hizo los más amargos reproches por haberse estropeado la piel para siempre con su «continuo toquetear con la mano». Es evidente que apretarse el contenido del comedón es para él un sustituto del onanismo. Los hoyos que por su culpa le aparecerían son los genitales femeninos, vale decir, el cumplimiento de la amenaza de castración (o de su fantasía subrogante) provocada por el onanismo. A pesar de su carácter hipocondríaco, esta formación sustitutiva presenta mucha semejanza con una conversión histérica, y no obstante se tiene la sensación de que algo ha debido de ocurrir diversamente, de que una histeria no sería capaz de una formación susti-

5 [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 585.]

6 También el trabajo del sueño, ocasionalmente, trata a las palabras como cosas, y así crea frases o neologismos «esquizofrénicos» muy similares. [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **4**, págs. 301 y sigs. Sin embargo, en «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (1917*d*), *infra*, págs. 227-8, se traza una distinción entre lo que sucede en los sueños y en la esquizofrenia.]

tutiva así, y ello aun antes de que pueda señalarse en qué estriba la diferencia. Un hoyito diminuto, como un poro de la piel, difícilmente será tomado por un histérico como símbolo de la vagina, que en cambio él comparará con todos los objetos posibles que encierran un hueco. Creemos también que el carácter múltiple de los hoyitos le haría abstenerse de usarlos como sustituto de los genitales femeninos. Lo mismo se aplica a un paciente joven sobre quien Tausk informó hace unos años en la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Se comportaba en todo como un neurótico obsesivo, se pasaba las horas haciéndose su toilette, etc. Pero era llamativo que pudiese comunicar sin resistencia alguna el significado de sus inhibiciones. Cuando se ponía las medias le perturbaba, por ejemplo, la idea de tener que estirar los puntos del tejido, vale decir, los agujeros, y todo agujero era para él un símbolo de la abertura genital femenina. Tampoco de esto sería capaz un neurótico obsesivo; según observó R. Reitler, uno de estos pacientes, que actuaba con la misma morosidad en el acto de ponerse las medias, después de vencer las resistencias halló esta explicación: el pie era un símbolo del pene, y el cubrirlo con la media, un acto onanista; y se veía forzado a ponerse y sacarse una y otra vez las medias, en parte para perfeccionar la imagen del onanismo y en parte para anularlo.

Si nos preguntamos qué es lo que confiere a la formación sustitutiva y al síntoma de la esquizofrenia su carácter extraño, caemos finalmente en la cuenta de que es el predominio de la referencia a la palabra sobre la referencia a la cosa. Entre el apretarse un comedón y una eyaculación del pene hay escasísima semejanza en la cosa misma, y ella es todavía menor entre los innumerables y apenas marcados poros de la piel y la vagina; pero, en el primer caso, las dos veces *salta* algo, y para el segundo vale al pie de la letra la frase cínica: «Un agujero es un agujero». El sustituto fue prescrito por la semejanza de la expresión lingüística, no por el parecido de la cosa designada. Toda vez que ambas —palabra y cosa— no coinciden, la formación sustitutiva de la esquizofrenia diverge de la que se presenta en el caso de las neurosis de trasferencia.

Reunamos esta intelección con el supuesto según el cual en la esquizofrenia son resignadas las investiduras de objeto. Tendríamos que modificarlo ahora: la investidura de las representaciones-palabra de los objetos se mantiene. Lo que pudimos llamar la *representación-objeto* {*Objektvorstellung*} conciente se nos descompone ahora en la *representación-palabra* {*Wortvorstellung*} y en la *representación-cosa*

{*Sachvorstellung*},[7] que consiste en la investidura, si no de la imagen mnémica directa de la cosa, al menos de huellas mnémicas más distanciadas, derivadas de ella. De golpe creemos saber ahora dónde reside la diferencia entre una representación conciente y una inconciente [cf. pág. 172]. Ellas no son, como creíamos, diversas trascripciones del mismo contenido en lugares psíquicos diferentes, ni diversos estados funcionales de investidura en el mismo lugar, sino que la representación conciente abarca la representación-cosa más la correspondiente representación-palabra, y la inconciente es la representación-cosa sola. El sistema *Icc* contiene las investiduras de cosa de los objetos, que son las investiduras de objeto primeras y genuinas; el sistema *Prcc* nace cuando esa representación-cosa es sobreinvestida por el enlace con las representaciones-palabra que le corresponden. Tales sobreinvestiduras, podemos conjeturar, son las que producen una organización psíquica más alta y posibilitan el relevo del proceso primario por el proceso secundario que gobierna en el interior del *Prcc*. Ahora podemos formular de manera precisa eso que la represión, en las neurosis de trasferencia, rehúsa a la representación rechazada [cf. pág. 177]: la traducción en palabras, que debieran permanecer enlazadas con el objeto. La representación no aprehendida en palabras, o el acto psíquico no sobreinvestido, se quedan entonces atrás, en el interior del *Icc*, como algo reprimido.

Me es lícito hacer notar cuán temprano poseímos ya la intelección que hoy nos permite comprender uno de los caracteres más llamativos de la esquizofrenia. En las últimas líneas de *La interpretación de los sueños*, publicada en 1900, se expone que los procesos de pensamiento, vale decir, los actos de investidura más distanciados de las percepciones, son en sí carentes de cualidad e inconcientes, y sólo cobran su capacidad de devenir concientes por el enlace con los restos de percepciones de palabra.[8] Las representaciones-palabra pro-

[7] [En «Duelo y melancolía» (1917*e*), *infra*, pág. 253, Freud remplazó «*Sachvorstellung*» por el sinónimo «*Dingvorstellung*», que ya había usado antes, en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **4**, pág. 302, y en su libro sobre el chiste (1905*c*), *AE*, **8**, pág. 115. — La distinción entre «representación-palabra» y «representación-cosa» estaba ya presente cuando Freud escribió esas obras más tempranas, y sin duda deriva de sus estudios sobre las afasias. El asunto fue tratado con cierta extensión en su monografía sobre ese tema (1891*b*), aunque utilizando una terminología algo distinta. El pasaje pertinente de ese trabajo se incluye en el «Apéndice C», *infra*, págs. 207 y sigs.]

[8] [*La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 604-5. Cf. también *ibid.*, pág. 566. En realidad, esta hipótesis había sido pro-

vienen, por su parte, de la percepción sensorial de igual manera que las representaciones-cosa, de suerte que podría plantearse esta pregunta: ¿Por qué las representaciones-objeto no pueden devenir concientes por medio de sus propios restos de percepción? Es que probablemente el pensar se desenvuelve dentro de sistemas tan distanciados de los restos de percepción originarios que ya nada han conservado de sus cualidades, y para devenir concientes necesitan de un refuerzo de cualidades nuevas. Además, mediante el enlace con palabras pueden ser provistas de cualidad aun aquellas investiduras que no pudieron llevarse cualidad ninguna de las percepciones porque correspondían a meras relaciones entre las representaciones-objeto. Y tales relaciones, que sólo por medio de palabras se han vuelto aprehensibles, constituyen un componente principal de nuestros procesos de pensamiento. Bien comprendemos que el enlace con representaciones-palabra todavía no coincide con el devenir-conciente, sino que meramente brinda la posibilidad de ello; por tanto, no caracteriza a otro sistema sino al del *Prcc.*[9] Ahora reparamos en que con estas elucidaciones nos apartamos de nuestro tema genuino y nos situamos en medio de los problemas de lo preconciente y lo conciente, que hemos reservado para un trabajo independiente, donde los trataremos de manera expresa.[10]

Con respecto a la esquizofrenia, que por cierto tocamos aquí sólo hasta donde nos parece indispensable para el conocimiento general del *Icc*, debe presentársenos una duda, a saber, si el proceso que en este caso hemos llamado represión tiene todavía algo en común con la represión de las neurosis de trasferencia. La fórmula según la cual la represión es un proceso que ocurre entre los sistemas *Icc* y *Prcc* (o *Cc*), con el resultado de que algo es mantenido lejos de la conciencia,[11] sin duda tiene que ser modificada para incluir el caso de la *dementia praecox* y de otras afecciones narcisistas. Pero el intento de huida emprendido por el yo, que se exterioriza en el quite de la investidura conciente, sigue siendo de cualquier modo lo común {a ambas clases de

puesta (aunque no publicada) en una época todavía anterior, en el «Proyecto de psicología» de 1895 (1950*a*), *AE*, **1**, págs. 413 y sigs.; asimismo, había sido mencionada por Freud poco tiempo atrás en «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911*b*), *AE*, **12**, pág. 226.]

9 [Freud retomó este tema en *El yo y el ello* (1923*b*), *AE*, **19**, pág. 22.]

10 [Parece muy probable que esta sea otra referencia al artículo no publicado sobre la conciencia. Véase, sin embargo, *infra*, págs. 230-1.]

11 [Cf. «La represión» (1915*d*), *supra*, pág. 142.]

enfermedad}. Y la reflexión más superficial nos muestra que ese intento de huida, esa huida de parte del yo, se pone en obra en las neurosis narcisistas de manera mucho más radical y profunda.

Si en la esquizofrenia esta huida consiste en el recogimiento de la investidura pulsional de los lugares que representan {*repräsentieren*} a la representación-objeto *inconciente*, cabe extrañarse de que la parte de esa misma representación-objeto que pertenece al sistema *Prcc* —las representaciones-palabra que le corresponden— esté destinada a experimentar más bien una investidura más intensa. Esperaríamos que la representación-palabra, en cuanto es la porción preconciente, resistiese el primer asalto de la represión y se volviese por completo no investible después que la represión avanzó hasta las representaciones inconcientes-cosa. Sin duda es esta una dificultad para la comprensión. Aquí viene en nuestra ayuda la reflexión de que la investidura de la representación-palabra no es parte del acto de represión, sino que constituye el primero de los intentos de restablecimiento o de curación que tan llamativamente presiden el cuadro clínico de la esquizofrenia.[12] Estos empeños pretenden reconquistar el objeto perdido, y muy bien puede suceder que con este propósito emprendan el camino hacia el objeto pasando por su componente de palabra, debiendo no obstante conformarse después con las palabras en lugar de las cosas. Es que, en sentido muy general, nuestra actividad anímica se mueve siguiendo dos circuitos contrapuestos: o bien avanza desde las pulsiones, a través del sistema *Icc*, hasta el trabajo del pensamiento conciente, o bien una incitación de afuera le hace atravesar el sistema de la *Cc* y del *Prcc* hasta alcanzar las investiduras *icc* del yo y de los objetos. A pesar de la represión sobrevenida, este segundo camino debe de permanecer transitable, y en un tramo queda expedito para los esfuerzos que hace la neurosis por reconquistar sus objetos. Cuando pensamos en abstracto nos exponemos al peligro de descuidar los vínculos de las palabras con las representaciones-cosa inconcientes, y es innegable que entonces nuestro filosofar cobra una indeseada semejanza, en su expresión y en su contenido, con la modalidad de trabajo de los esquizofrénicos.[13] Por otro lado, puede ensayarse esta caracteri-

[12] [Véase el análisis de Schreber (Freud, 1911*c*), *AE*, **12**, págs. 65 y 71. — Otro intento de restablecimiento en la esquizofrenia se menciona en «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (1917*d*), *infra*, págs. 228-9.]

[13] [Freud ya había destacado esto en *Tótem y tabú* (1912-13), *AE*, **13**, pág. 78.]

zación del modo de pensamiento de los esquizofrénicos: ellos tratan cosas concretas como si fueran abstractas.

Si realmente hemos discernido al *Icc* y si hemos definido con corrección la diferencia entre una representación inconciente y una preconciente, entonces nuestras investigaciones deberán reconducirnos desde muchos otros lugares a esta misma intelección.

# Apéndice A. Freud y Ewald Hering

[Entre los maestros que tuvo Freud en Viena se contó el fisiólogo Ewald Hering (1834-1918), quien, según nos relata Jones (1953, pág. 244), en 1884 le ofreció al joven Freud un puesto como ayudante de él en Praga. Un episodio acontecido unos cuarenta años después parece sugerir, como señala Ernst Kris (1956), que Hering pudo haber influido en las concepciones de Freud sobre lo inconciente. (Cf. mi «Nota introductoria» a «Lo inconciente» (1915*e*), *supra*, pág. 156.) En 1880, Samuel Butler publicó su libro *Unconscious Memory*, el cual incluía la traducción de una conferencia pronunciada por Hering en 1870, «Über das Gedächtnis als eine allgemeine Funktion der organisierten Materie» {Sobre la memoria como función universal de la materia organizada}; Butler declaraba coincidir, en general, con Hering. Un libro de Israel Levine con el título *The Unconscious* fue publicado en Inglaterra en 1923, y su traducción al alemán, hecha por Anna Freud, apareció en 1926, aunque una de sus secciones (parte I, sección 13) fue traducida por el propio Freud; en ella, Levine mencionaba la conferencia de Hering, pero se ocupaba más de Butler que de este último. En tal sentido, Freud agregó, en la página 34 de la versión alemana, la siguiente nota al pie:]*

«El lector alemán, familiarizado con la citada conferencia de Hering, a la que considera una pieza maestra, en modo alguno se inclinará, desde luego, a conceder prioridad a las elucidaciones que en ella basa Butler. En Hering, por lo demás, hallamos certeras observaciones que confieren a la psicología el derecho a suponer una actividad anímica inconciente: "¿Quién podría confiar en que desentrañará la trama de nuestra vida interior, formada por millares de hilos, si quiere perseguirlos sólo hasta donde discurren dentro de la conciencia? (. . .) Cadenas como estas de procesos ner-

* {*Traducción en castellano* (cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n.* 6): 1956: «Una nota sobre Hering», *RP*, **13**, nº 3, pág. 287, trad. de L. Rosenthal.}

viosos *materiales inconcientes*, que culminan en un eslabón acompañado de percepción conciente, han sido designadas como series de representaciones inconcientes y razonamientos inconcientes, y esto puede justificarse también desde el punto de vista de la psicología. En efecto, a la psicología con mucha frecuencia se le escurriría el alma de las manos si pretendiera no considerar sus estados inconcientes"». [Hering, 1870, págs. 11 y 13.]

# Apéndice B. El paralelismo psicofísico

[Como señalé en mi «Nota introductoria» a «Lo inconciente» (1915*e*), *supra*, pág. 157, las primeras concepciones de Freud sobre la relación entre la psique y el sistema nervioso fueron muy influidas por Hughlings-Jackson. Es muy revelador al respecto el siguiente pasaje extraído de su trabajo sobre las afasias (1891*b*, págs. 56-8). Resulta particularmente instructivo comparar las últimas frases, sobre el tema de los recuerdos latentes, con la posición posterior de Freud.]

Tras esta digresión, volvemos a la concepción de la afasia y recordamos que sobre el terreno de las doctrinas de Meynert creció la hipótesis de que el aparato del lenguaje consistiría en distintos centros corticales en cuyas células se contienen las representaciones-palabra; estos centros están separados por una región cortical exenta de funciones y se enlazan mediante fibras blancas (haces asociativos). He aquí lo primero que puede preguntarse: ¿Es en general admisible y correcto un supuesto de este tipo, que aloja representaciones en células? Yo creo que no.

Respecto de la tendencia de épocas anteriores de la medicina a localizar íntegras facultades anímicas, tal como las deslinda la terminología psicológica, en determinadas regiones del cerebro, no pudo menos que presentarse como un gran progreso la afirmación de Wernicke en el sentido de que sólo era lícito localizar los elementos psíquicos más simples, las representaciones sensoriales singulares, y ello sin duda en la terminación central del nervio periférico que recibió la impresión. ¿Pero en el fondo no se comete el mismo error de principio, ya se intente localizar un concepto complejo, una actividad anímica íntegra, o sólo un elemento psíquico? ¿Es lícito tomar una fibra nerviosa, que en todo su recorrido era meramente un producto fisiológico sometido a modificaciones fisiológicas, sumergir su extremo en lo psíquico y proveer a este extremo de una representación o una imagen mnémica? Si ya se ha reconocido que «voluntad»,

«inteligencia», etc., son términos creados por la psicología a los cuales corresponden en el mundo fisiológico estados de cosas muy complejos, ¿acaso respecto de la «representación sensorial simple» se sabe con mayor certeza que no es una palabra creada como aquellas?

La cadena de los procesos fisiológicos dentro del sistema nervioso probablemente no mantiene un nexo de causalidad con los procesos psíquicos. Los procesos fisiológicos no cesan en el momento en que comienzan los psíquicos; más bien, la cadena fisiológica continúa, sólo que cada eslabón de ella (o algunos eslabones) empieza a corresponder, a partir de cierto momento, a un fenómeno psíquico. Lo psíquico es, por tanto, un proceso paralelo a lo fisiológico (*«a dependent concomitant»* [1]).

Bien sé que no puedo imputar a los hombres cuyas opiniones pongo aquí en entredicho haber hecho irreflexivamente este salto y este cambio de vía del abordaje científico [del fisiológico al psicológico]. Es evidente, sólo quisieron decir que la modificación —perteneciente a la fisiología— de la fibra nerviosa a raíz de la excitación sensorial produce otra modificación en la célula nerviosa central, que pasa a ser el correlato fisiológico de la «representación». Y puesto que saben decir mucho más acerca de la representación que acerca de aquellas modificaciones desconocidas, no caracterizadas todavía en términos fisiológicos, se sirven de esta expresión elíptica: en la célula nerviosa se localiza una representación. Empero, esta subrogación lleva enseguida a confundir las dos cosas, que no necesariamente han de tener semejanza alguna entre sí. En la psicología, la representación simple es para nosotros algo elemental, que podemos distinguir tajantemente de sus conexiones con otras representaciones. Así llegamos a la hipótesis de que también su correlato fisiológico, la modificación que parte de la fibra nerviosa excitada con su terminación central, es algo simple que puede localizarse en un punto. Una trasferencia así es, desde luego, totalmente ilícita; las propiedades de esta modificación tienen que determinarse por sí y con independencia de su contraparte psicológica.[2]

[1] [La frase es de Hughlings-Jackson.]

[2] Hughlings-Jackson ha puesto en guardia con extrema energía contra confusiones de esta clase entre lo físico y lo psíquico en el proceso del lenguaje: «*In all our studies of diseases of the nervous system we must be on our guard against the fallacy that what are physical states in lower centres fine away into psychical states in higher centres; that, for example, vibrations of sensory nerves become sensations, or that somehow or another an idea produces a movement*» (1878, pág. 306). {«En todos nuestros estudios sobre enfermedades

Ahora bien, ¿cuál es el correlato fisiológico de la representación simple o de la representación que retorna en lugar de ella? Manifiestamente, no es algo quieto, sino algo de la naturaleza de un proceso. Este último es compatible con la localización; parte de un lugar particular de la corteza y desde él se difunde por toda ella o a lo largo de vías particulares. Una vez trascurrido, este proceso deja, en la corteza afectada por él, una modificación: la posibilidad del recuerdo. Es sumamente dudoso que a esta modificación corresponda también algo psíquico; nuestra conciencia nada sabe de algo semejante, algo que justifique el nombre de «imagen mnémica latente» desde el lado psíquico. Pero tan pronto vuelve a ser incitado el mismo estado de la corteza, lo psíquico surge de nuevo como imagen mnémica. [. . .]

del sistema nervioso tenemos que estar en guardia contra la falacia según la cual los que son estados físicos en centros inferiores se sutilizan en estados psíquicos en centros superiores; que, por ejemplo, vibraciones de nervios sensoriales se convierten en sensaciones, o que de un modo u otro una idea produce un movimiento».}

# Apéndice C. Palabra y cosa

[La sección final del artículo de Freud sobre «Lo inconciente» parece tener raíces en su temprana monografía sobre las afasias (1891*b*). Tal vez sea de interés, entonces, reproducir aquí un pasaje de ese trabajo (correspondiente a las págs. 74-81 de la edición alemana original) que, si bien no es en sí mismo fácil de entender, echa luz sobre los supuestos en que se basaron algunas concepciones posteriores de Freud. Otro interés incidental de este pasaje radica en que Freud emplea en él, como no era habitual que lo hiciera, el lenguaje técnico de la psicología «académica» de fines del siglo XIX.

Este fragmento continúa una serie de argumentos anatómicos y fisiológicos, de orden tanto negativo cuanto confirmatorio, que llevaron a Freud a plantear un esquema hipotético de funcionamiento neurológico que él denomina «el aparato del lenguaje». Debe señalarse que hay entre la terminología que utiliza aquí y la de «Lo inconciente» una importante diferencia, que puede dar origen a confusiones. Lo que aquí llama «representación-objeto» {*Objektvorstellung*} es lo que en «Lo inconciente» denominaría «representación-cosa» {*Sachvorstellung*}, mientras que lo que allí designaría «representación-objeto» denota una combinación de la «representación-cosa» y la «representación-palabra», a la cual no le da ningún nombre específico en este pasaje.]

Examinemos ahora las hipótesis que nos hacen falta para explicar las perturbaciones del lenguaje sobre la base de un aparato del lenguaje construido de ese modo; dicho en otros términos: lo que el estudio de las perturbaciones del lenguaje nos enseña respecto de la función de este aparato. Al hacerlo distinguiremos en lo posible entre el lado psicológico y el anatómico de la cuestión.

Para la psicología, la unidad de la función del lenguaje es la «palabra»: una representación compleja que se demuestra compuesta por elementos acústicos, visuales y kinestésicos. El conocimiento de esta composición lo debemos a la pa-

tología, que nos enseña que en caso de lesiones orgánicas en el aparato del lenguaje sobreviene una fragmentación del habla siguiendo esta composición. De tal modo, nuestra expectativa es que la ausencia de uno de estos elementos de la representación-palabra habrá de resultar la marca más esencial que nos permitirá inferir la localización del proceso patológico. Suelen citarse cuatro ingredientes de la representación-palabra: la «imagen sonora», la «imagen visual de letras», la «imagen motriz del lenguaje» y la «imagen motriz de la escritura». Pero esta composición se muestra más compleja cuando se entra a considerar el probable proceso asociativo que sobreviene a raíz de cada operación lingüística:

1. Aprendemos a *hablar* en cuanto asociamos una «*imagen sonora de palabra*» con un «*sentimiento de inervación de palabra*».[1] Una vez que hemos hablado, entramos en posesión de una «*representación motriz de lenguaje*» (sensaciones centrípetas de los órganos del lenguaje), de modo que la «palabra», desde el punto de vista motor, queda doblemente comandada para nosotros. De los dos elementos de comando, el primero, la representación de inervación de palabra, parece el de menor valor psicológico, y aun puede ponerse en entredicho, en general, su intervención como factor psíquico. Además, recibimos, después de hablar, una «imagen sonora» de la palabra pronunciada. En tanto no hayamos desarrollado más nuestro lenguaje, esta segunda imagen sonora sólo debe estar asociada a la primera, no precisa ser idéntica a ella.[2] En este estadio (del desarrollo del lenguaje en el niño) nos servimos de un lenguaje autocreado; nos comportamos como afásicos motores asociando diferentes sonidos de palabra ajenos con un sonido único producido por nosotros.

2. Aprendemos el lenguaje de los otros en cuanto nos empeñamos en hacer que la imagen sonora producida por nosotros mismos se parezca en todo lo posible a lo que dio ocasión a la inervación lingüística. Así aprendemos a

1 [«Antaño se suponía que los movimientos iniciados en forma activa implicaban un tipo especial de sensación, directamente conectada a la descarga de impulsos nerviosos de las áreas motoras del cerebro a los músculos. [...] La existencia de este "sentimiento de inervación", o sentimiento de energía puesta en juego, es por lo común negada en la actualidad» (Stout, 1938, pág. 258). Esta última observación es confirmada por Freud unas líneas más adelante.]

2 [La segunda imagen sonora corresponde a la palabra que emitimos por nuestra propia cuenta, y la primera (la mencionada a comienzos del párrafo), a la palabra que imitamos.]

«pos-hablar» {repetir lo dicho por otro}. Después, en el *«hablar sintáctico»* {*zusammenhängenden Sprechen*}, ilamos las palabras entre sí en cuanto para la inervación de la palabra que sigue aguardamos hasta que nos haya llegado la imagen sonora o la representación motriz de lenguaje (o ambas) de la palabra anterior. La seguridad de nuestro hablar muestra ser de comando múltiple [*überbestimmt*][3] y soporta bien la ausencia de uno u otro de los factores de comando. Pero esta ausencia de la corrección ejercida por la segunda imagen sonora y por la imagen motriz de lenguaje explica muchas peculiaridades de la parafasia —fisiológica y patológica—.

3. Aprendemos a *deletrear* en cuanto enlazamos las imágenes visuales de las letras con nuevas imágenes sonoras que no pueden menos que hacernos recordar los sonidos de palabra ya conocidos. Enseguida repetimos {pos-hablamos} la imagen sonora que caracteriza a la letra, de modo que esta última se nos aparece también comandada por dos imágenes sonoras que coinciden y por dos representaciones motrices que se corresponden la una a la otra.

4. Aprendemos a *leer* en cuanto enlazamos, según ciertas reglas, la sucesión de las representaciones de inervación de palabra y motriz de palabra que recibimos a raíz de la pronunciación de las letras aisladas, y ello de tal suerte que se engendran nuevas representaciones motrices de palabra. Tan pronto pronunciamos estas últimas, descubrimos, por la imagen sonora de estas nuevas representaciones de palabra, que las dos imágenes, la motriz de palabra y la sonora de palabra, que así hemos recibido nos son familiares desde hace tiempo e idénticas con las usadas en el habla. Ahora asociamos con estas dos imágenes lingüísticas obtenidas por deletreo el significado que corresponde a los sonidos de palabra primarios. Ahora leemos entendiendo. Si primariamente no hemos hablado una lengua escrita sino un dialecto, tenemos que superasociar las imágenes motrices de palabra y las imágenes sonoras adquiridas por deletreo con las antiguas; así nos es preciso aprender una lengua nueva, lo cual es facilitado por la semejanza entre dialecto y lengua escrita.

La anterior exposición permite advertir que el aprendizaje de la lectura es un proceso muy complejo, en el que la

[3] [Un término sinónimo, *«überdeterminiert»* {sobredeterminado}, es el tan frecuentemente utilizado en los escritos posteriores de Freud para expresar la idea de la causación múltiple. Cf. *Estudios sobre la histeria* (1895*d*), *AE*, **2**, pág. 223, *n.* 17.]

vía asociativa cambia repetidamente de curso. Cabe esperar, entonces, que las perturbaciones de la lectura en la afasia se presenten de maneras muy diversas. Lo único decisivo para indicar una lesión del elemento visual en la lectura es la *perturbación en el deletreo*. La combinación de las letras en una palabra se produce trasfiriéndose a la vía del lenguaje; por tanto, queda suprimida en la afasia motriz. La comprensión de lo leído se obtiene sólo por medio de las imágenes sonoras producidas por las palabras pronunciadas, o por medio de las imágenes motrices de palabra surgidas en el proceso del habla. Se presenta así como una función que no sólo desaparece a raíz de una lesión motriz, sino también de una lesión acústica; además, como una función independiente de la ejecución de la lectura. La autoobservación nos muestra que existen varias clases de lectura, de las cuales una u otra renuncia a la comprensión de lo leído. Cuando leo pruebas de imprenta, para lo cual procedo a prestar particular atención a las imágenes visuales de las letras y otros signos de la escritura, se me escapa el sentido de lo leído, tanto que para un mejoramiento estilístico de las pruebas se necesita de una relectura especial. Si leo un libro que me interesa, por ejemplo una novela, paso por alto todos los errores de imprenta, y puede ocurrir que del nombre de los personajes actuantes no recuerde más que una impresión confusa, y, tal vez, que son largos o breves y contienen una letra llamativa, una «x» o una «z». Cuando debo leer en voz alta, para lo cual tengo que prestar particular atención a las imágenes sonoras de mis palabras y a sus intervalos, corro también el peligro de cuidarme demasiado poco del sentido; y tan pronto me fatigo, leo de tal modo que los otros todavía pueden entenderme, pero yo mismo ya no sé lo que he leído. Todos estos son fenómenos de una atención dividida, y surgen aquí precisamente porque la comprensión de lo leído se produce siguiendo tan amplios rodeos. La analogía con nuestra conducta en el curso del aprendizaje de la lectura aclara que no puede hablarse de esa comprensión cuando el proceso mismo de la lectura tropieza con dificultades, y nos guardaremos muy bien de considerar la ausencia de comprensión como signo de interrupción de una vía. La lectura en voz alta no puede considerarse un proceso diverso de la lectura para sí, salvo el hecho de que contribuye a apartar la atención de la parte sensorial del proceso de lectura.

5. Aprendemos a *escribir* en cuanto reproducimos las imágenes visuales de las letras mediante imágenes de inervación de la mano, hasta dar origen a imágenes visuales iguales o

semejantes. Por lo general, las imágenes de escritura son sólo semejantes a las imágenes de lectura y están superasociadas a ellas, pues leemos en letras de imprenta y aprendemos a escribir en letra manuscrita. La escritura se presenta como un proceso relativamente más simple y no tan fácil de perturbar como la lectura.

6. Puede suponerse que también más tarde ejercitamos las funciones singulares del lenguaje por las mismas vías asociativas que seguimos al aprenderlas. Aquí pueden sobrevenir abreviaciones y subrogaciones, pero no siempre es fácil indicar su naturaleza. La significación de estas disminuye, además, por la observación de que en casos de lesión orgánica el aparato del lenguaje probablemente se verá dañado en alguna medida como un todo y forzado a retroceder a los modos de asociación primarios, bien establecidos y más minuciosos. En cuanto a la lectura, es indudable que en el caso de las personas ejercitadas se hace valer el influjo de la «*imagen de palabra* visual», de suerte que palabras individuales (nombres propios) pueden leerse aun prescindiendo del deletreo.

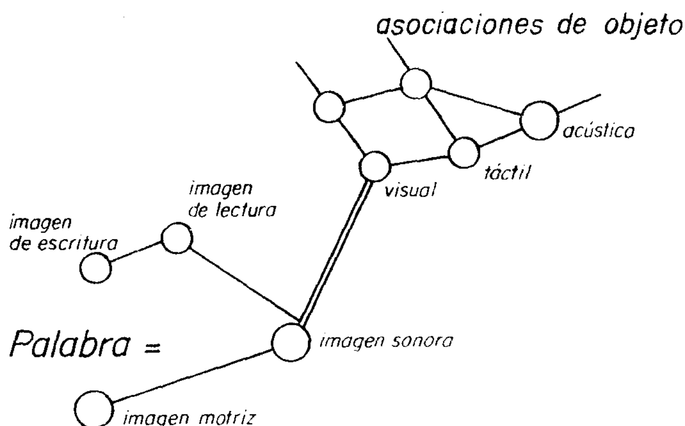
La palabra es, pues, una representación compleja, que consta de las imágenes que hemos consignado; expresado de otro modo: corresponde a la palabra un complicado proceso asociativo, en el que confluyen los elementos de origen visual, acústico y kinestésico enumerados antes.

Ahora bien, la palabra cobra su significado por su enlace con la «representación-objeto»,* al menos si consideramos solamente los sustantivos. A su vez, la representación-objeto es un complejo asociativo de las más diversas representaciones visuales, acústicas, táctiles, kinestésicas y otras. Por la filosofía sabemos que la representación-objeto no contiene nada más que esto, y que la apariencia de ser una «cosa» {*Ding*}, en favor de cuyas diversas «propiedades» aboga cada impresión sensorial, surge sólo por el hecho de que a raíz del recuento de las impresiones sensoriales que hemos recibido de un objeto del mundo {*Gegenstand*} admitimos to-

* {«*Objektvorstellung*». En la tradición filosófica alemana, *Objekt* denota más bien el objeto construido en el proceso del conocer; *Gegenstand*, en cambio (cf. *infra*, en este mismo párrafo), designa eso que está ahí, enfrente: un objeto del mundo. Por otra parte, *Ding* indica la cosa material, en tanto que *Sache* es la cosa del pensar, la cosa humana, y tiene además la connotación de «escorzo concreto» (visual, táctil, etc.).}

davía la posibilidad de una serie mayor de nuevas impresiones dentro de la misma cadena asociativa (J. S. Mill).[4] La representación-objeto nos aparece entonces como algo no cerrado y que difícilmente podría serlo, mientras que la representación-palabra nos aparece como algo cerrado, aunque susceptible de ampliación.

*Esquema psicológico de la representación-palabra.*




La representación-palabra aparece como un complejo cerrado de representación; en cambio, la representación-objeto aparece como un complejo abierto. La representación-palabra no se enlaza con la representación-objeto desde todos sus componentes, sino sólo desde la imagen sonora. Entre las asociaciones de objeto, son las visuales las que subrogan al objeto, del mismo modo como la imagen sonora subroga a la palabra. No se indican en la figura las conexiones de la imagen sonora de la palabra con otras asociaciones de objeto que no sean las visuales.

He aquí la tesis que, sobre la base de la patología de los trastornos del lenguaje, no podemos menos que formular: *La representación-palabra se anuda por su extremo sensible (por medio de las imágenes de sonido) con la representación-objeto.* Así llegamos a suponer la existencia de dos clases de trastornos lingüísticos: 1) una afasia de primer orden, *afasia verbal*, en la que solamente están perturbadas las asociaciones entre los elementos singulares de la representación-palabra, y 2) una afasia de segundo orden, *afasia asimbólica*, en la

[4] Cf. John Stuart Mill, *A System of Logic* (1843), **1**, libro I, cap. III, y también *An Examination of Sir William Hamilton's Philosophy* (1865).

que está perturbada la asociación entre representación-palabra y representación-objeto.

Uso el término «asimbolia» en otro sentido que el corriente desde Finkelnburg,[5] porque la relación que media entre representación-palabra y representación-objeto me parece más merecedora del nombre «simbólica» que la que media entre objeto y representación-objeto. Propongo llamar «*agnosia*» a las perturbaciones en el conocimiento de objetos del mundo que Finkelnburg resume bajo el término «asimbolia». Ahora bien, sería posible que trastornos agnósticos (que sólo pueden producirse en caso de lesiones bilaterales y extensas de la corteza) conllevaran también una perturbación del lenguaje; en efecto, todas las incitaciones para el habla espontánea provienen del campo de las asociaciones de objeto. A estas perturbaciones del lenguaje las llamaría yo *afasias de tercer orden* o *afasias agnósticas*. Y, de hecho, la clínica nos ha permitido conocer algunos casos que reclaman esta concepción. [...]

5 Citado por Spamer (1876). [El término fue acuñado por Finkelnburg (1870).]

# Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños[1] (1917 [1915])

# Nota introductoria

## «Metapsychologische Ergänzung zur Traumlehre»

*Ediciones en alemán*

1917 *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **4**, nº 6, págs. 277-87.
1918 *SKSN*, **4**, págs. 339-55. (1922, 2ª ed.)
1924 *GS*, **5**, págs. 520-34.
1924 *Technik und Metapsychol.*, págs. 242-56.
1931 *Theoretische Schriften*, págs. 141-56.
1946 *GW*, **10**, págs. 412-26.
1975 *SA*, **3**, págs. 175-91.

*Traducciones en castellano* *

1924 «Adición metapsicológica a la teoría de los sueños». *BN* (17 vols.), **9**, págs. 201-15. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **9**, págs. 195-208. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **1**, págs. 1081-7. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, **9**, págs. 165-75. El mismo traductor.
1967 Igual título. *BN* (3 vols.), **1**, págs. 1069-75. El mismo traductor.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), **6**, págs. 2083-90. El mismo traductor.

Este artículo, junto con el siguiente («Duelo y melancolía»), parece haber sido escrito en un lapso de once días, entre el 23 de abril y el 4 de mayo de 1915. No se publicaron hasta dos años después. Como lo indica el título, se trata en esencia de una aplicación del esquema teórico que Freud acababa de reformular a las hipótesis propuestas en el capítu-

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n.* 6.}

lo VII de *La interpretación de los sueños* (1900*a*); pero en gran medida consiste en una discusión sobre los efectos producidos por el estado del dormir en los diferentes «sistemas» de la psique. Y esta discusión, a su vez, se centra fundamentalmente en el problema de la alucinación y en una investigación sobre cómo es que en nuestro estado normal podemos distinguir entre fantasía y realidad.

Freud se había ocupado de este problema desde época muy temprana. Le dedicó mucho espacio en el «Proyecto de psicología» de 1895 (1950*a*), *AE*, **1**, esp. págs. 370-5 y 408 y sigs. Y la solución que allí propuso se asemeja visiblemente a la enunciada aquí —aunque la terminología usada es diferente—. Incluía dos líneas principales de pensamiento. Freud sostenía que los «procesos psíquicos primarios», por sí mismos, no hacen distinción alguna entre una representación y una percepción; primero tienen que ser inhibidos por los «procesos psíquicos secundarios», los cuales sólo pueden operar cuando hay un «yo» con una reserva de investiduras lo suficientemente grande como para proveer la energía necesaria para efectuar la inhibición. El fin de la inhibición es dar tiempo a que los «signos de realidad» lleguen desde el aparato perceptual. Pero, en segundo lugar, además de esta función de inhibición y posposición, el yo también es responsable de dirigir las investiduras de «atención» (cf. «Lo inconciente» (1915*e*), *supra*, pág. 189 y *n*. 5) hacia el mundo exterior, sin lo cual los signos de realidad no podrían observarse.

En *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 558 y sigs., y 587 y sigs., Freud insistió nuevamente en la función de inhibición y posposición, como un factor esencial en el proceso de juzgar si las cosas son reales o no, y una vez más atribuyó esa función al «proceso secundario», aunque sin mencionar al yo como tal. El siguiente tratamiento detenido del tema corresponde a «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911*b*), donde por primera vez Freud utilizó la frase «examen de realidad». Nuevamente puso énfasis allí en que el proceso se caracterizaba por la posposición, pero además se ocupó de la función de atención, describiéndola como un examen periódico del mundo externo, y vinculándola en particular con los órganos de los sentidos y la conciencia. Este último aspecto del problema —el papel desempeñado por los sistemas *P* y *Cc*— es el único al que se da preponderancia en el artículo que sigue.

Pero el interés de Freud por el tema de ninguna manera quedó agotado tras el presente estudio. En *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921*c*), por ejemplo, atribuyó al

ideal del yo la función de examen de realidad (*AE*, **18**, pág. 108) —atribución de la que, sin embargo, se retractó poco después, en una nota al pie de *El yo y el ello* (1923*b*), *AE*, **19**, pág. 30, *n*. 2—. Y ahora, por primera vez desde los tempranos días del «Proyecto», el examen de realidad fue adscrito definitivamente al yo. En un tratamiento posterior y particularmente interesante de este tema —en «La negación» (1925*h*), *AE*, **19**, pág. 256—, se presenta a la prueba de realidad como dependiente de la estrecha relación genética del yo con los instrumentos de la percepción sensorial. También en ese artículo (al igual que en «Nota sobre la "pizarra mágica"» (1925*a*), casi contemporáneo) hay ulteriores referencias al envío periódico, por parte del yo, de investiduras exploratorias hacia el mundo exterior —evidentemente una alusión, en distintos términos, a lo que originalmente se había descrito como «atención»—. Pero en «La negación» Freud lleva más lejos su análisis del examen de realidad, y reconduce el curso de su desarrollo hasta los más tempranos vínculos de objeto del individuo.

En sus últimos años, el creciente interés de Freud por la psicología del yo lo llevó a examinar con más detenimiento las relaciones entre el yo y el mundo externo. En dos artículos breves (1924*b* y 1924*e*), publicados poco después de *El yo y el ello*, abordó la distinción entre la relación del yo con la realidad en las neurosis y las psicosis. Y en su artículo sobre el fetichismo (1927*e*) describió por primera vez en forma detallada un método de defensa del yo —la «*Verleugnung*» (desmentida)— que hasta ese momento no había sido diferenciado nítidamente de la represión, y que designaba la reacción del yo ante una realidad externa intolerable. El tema fue objeto de ulterior desarrollo en algunos de los escritos finales de Freud, sobre todo en el capítulo VIII del póstumo *Esquema del psicoanálisis* (1940*a*), *AE*, **23**, págs. 197 y sigs.

James Strachey

A raíz de diversos problemas, apreciamos la ventaja que significa para nuestra investigación aducir con fines comparativos ciertos estados y fenómenos que pueden concebirse como los *modelos normales* de afecciones patológicas. Entre ellos se cuentan estados afectivos como el duelo y el enamoramiento, pero también el estado del dormir y el fenómeno del soñar.

No suele reflexionarse bastante en que el hombre se despoja todas las noches de los envoltorios con que ha recubierto su piel, y aun, tal vez, de los complementos de sus órganos corporales, si es que ha logrado compensar sus deficiencias mediante un sustituto: las gafas, la peluca, los dientes postizos, etc. Cabría agregar que al irse a dormir ejecuta un desvestido análogo de su psiquismo, renuncia a la mayoría de sus adquisiciones psíquicas, y así, por ambos lados, recrea una aproximación extraordinaria a aquella situación que fue el punto de partida de su desarrollo vital. El dormir es, en lo somático, una reactivación de la permanencia en el seno materno, y cumple las condiciones de estado de paz, de calidez y de apartamiento de los estímulos; y aun muchos hombres vuelven a adoptar, dormidos, la posición fetal. El estado psíquico del durmiente se caracteriza por un retiro casi total del mundo que lo rodea y por el cese de todo interés hacia él.

Cuando investigamos los estados psiconeuróticos nos vemos llevados a poner de resalto en cada uno de ellos las llamadas *regresiones temporales*, el monto de retroceso en el desarrollo que les es peculiar. Distinguimos dos de esas regresiones: en el desarrollo del yo y en el de la libido. En el

[1] {Corresponde a la llamada que aparece en el título, *supra*, pág. 215.} Los dos ensayos que siguen provienen de una colección que originariamente yo me proponía publicar en forma de libro bajo el título de *Zur Vorbereitung einer Metapsychologie* {Trabajos preliminares para una metapsicología}. Son la continuación de trabajos que se imprimieron en el volumen 3 de la *Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse* («Pulsiones y destinos de pulsión», «La represión» y «Lo inconciente»). Esta serie tiene como propósito aclarar y profundizar las hipótesis teóricas que podrían ponerse en la base de un sistema psicoanalítico. [Cf *supra*, pág. 101.]

estado del dormir, este último llega hasta la reproducción del *narcisismo primitivo*, y el primero, hasta la etapa de la *satisfacción alucinatoria del deseo.* [Cf. págs. 225-6.]

Lo que se sabe acerca de los caracteres psíquicos del estado del dormir se lo ha averiguado, desde luego, por el estudio del sueño. Es verdad que este nos muestra al hombre en tanto *no* está dormido, pero no puede menos que revelarnos caracteres del dormir como tal. La observación nos ha permitido conocer ciertas peculiaridades del sueño que primero nos resultaban incomprensibles y ahora con poco trabajo podemos enhebrar. Así, sabemos que el sueño es absolutamente egoísta[2] y que la persona que en sus escenas desempeña el papel principal ha de discernirse siempre como la persona propia. Ahora bien, esto se desprende de manera fácilmente comprensible del narcisismo del estado del dormir. Es que narcisismo y egoísmo coinciden; la palabra «narcisismo» sólo quiere destacar que el egoísmo es también un fenómeno libidinoso o, expresado de otro modo, que el narcisismo puede definirse como el complemento libidinoso del egoísmo.[3] Comprensible, de igual modo, se vuelve la capacidad «diagnóstica» del sueño, universalmente reconocida y juzgada enigmática: en el sueño, padecimientos corporales incipientes se sienten muchas veces antes y con mayor nitidez que en la vigilia, y todas las sensaciones corporales actuales se presentan agigantadas.[4] Este aumento es de naturaleza hipocondríaca, y tiene por premisa que toda investidura psíquica se retiró del mundo exterior sobre el yo propio; de tal modo, posibilita el conocimiento anticipado de alteraciones corporales que en la vida de vigilia pasarán inadvertidas todavía durante algún tiempo.

Un sueño es para nosotros indicio de que ocurrió algo que quiso perturbar al dormir, y nos permite inteligir el modo en que pudo efectuarse la defensa contra esa perturbación. Al final el durmiente soñó y pudo seguir durmiendo; en lugar del reclamo interno que quería ocuparlo, sobrevino una vivencia externa cuyo reclamo fue tramitado. Por tanto, un sueño es también una proyección, una exteriorización de un proceso interior. Recordamos que nos hemos topado ya con la proyección en otro lugar, entre los medios de la defensa.

[2] [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **4**, págs. 276 y sigs. Véase, sin embargo, el agregado hecho en 1925 a una nota al pie, *ibid.*, pág. 279.]

[3] [Se hallará un tratamiento más extenso de la relación entre narcisismo y egoísmo en la 26ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, págs. 379-80.]

[4] [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **4**, págs. 30-1 y 59-60.]

También el mecanismo de la fobia histérica culminaba en que al individuo le era dado protegerse mediante un intento de huida frente a un peligro exterior constituido en remplazo de un reclamo pulsional interior.[5] Pero nos reservamos una elucidación a fondo de la proyección para el momento en que hayamos de descomponer aquella afección narcisista en la cual este mecanismo desempeña el papel más llamativo.[6]

Ahora bien, ¿de qué modo puede darse el caso de que el propósito de dormir sufra una perturbación? Esta puede partir de una excitación interior o de un estímulo exterior. Queremos considerar primero la perturbación desde el interior, menos trasparente y más interesante; la experiencia nos presenta como excitadores del sueño a restos diurnos, investiduras de pensamiento que no obedecieron al quite general de las investiduras y, a pesar de este, conservaron un cierto grado de interés, libidinoso u otro.[7] Entonces el narcisismo del dormir tuvo que admitir de entrada una excepción, y con ella principia la formación del sueño. En el análisis tomamos conocimiento de esos restos diurnos como pensamientos oníricos latentes; por su naturaleza, así como por toda la situación, es preciso considerarlos representaciones preconcientes, integrantes del sistema *Prcc.*

El ulterior esclarecimiento de la formación del sueño no se obtiene sin vencer ciertas dificultades. Es que el narcisismo del estado del dormir implica el quite de la investidura a todas las representaciones-objeto, tanto a su parte conciente cuanto a su parte preconciente. Entonces, si ciertos «restos diurnos» permanecieron investidos, es difícil suponer que por la noche consigan energía suficiente para imponerse a la consideración de la conciencia; más bien nos inclinamos a creer que la investidura que retuvieron es mucho más débil que la que poseyeron durante el día. El análisis nos dispensa aquí de ulteriores especulaciones; en efecto, nos demuestra que esos restos diurnos tienen que recibir un refuerzo desde las fuentes de las mociones pulsionales inconcientes si es que han de hacer el papel de formadores de un sueño. A primera vista este supuesto no ofrece dificultades, pues todo nos lleva a creer que, mientras se duerme, la censura entre *Prcc* e *Icc* está muy aminorada, y por tanto el comercio entre los dos sistemas se encuentra más bien facilitado.[8]

5 [Cf. «Lo inconciente» (1915*e*), *supra*, págs. 179 y sigs.]

6 [Posible referencia a un artículo perdido sobre la paranoia (cf. *supra*, pág. 102).]

7 [Con respecto a este párrafo y el siguiente, cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 546-8.]

8 [*Ibid.*, pág. 520.]

Pero hay otro reparo que no debe callarse. Si el estado narcisista del dormir ha tenido por consecuencia que se recogieran todas las investiduras de los sistemas *Icc* y *Prcc*, entonces no es posible que los restos diurnos preconcientes reciban un refuerzo desde unas mociones pulsionales inconcientes que también entregaron al yo sus investiduras. La teoría de la formación del sueño desemboca aquí en una contradicción, o bien deberá ser rescatada modificando los supuestos sobre el narcisismo del dormir.

Un supuesto limitativo de esa índole, como más adelante se verá,[9] es insoslayable también en la teoría de la *dementia praecox*. Sólo puede ser este: el sector reprimido del sistema *Icc* no obedece al deseo de dormir que parte del yo, retiene en todo o en parte su investidura y, en general, a consecuencia de la represión se ha procurado cierto grado de independencia respecto del yo. Ello implicaría que a fin de salir al paso del peligro pulsional debería mantenerse toda la noche un gasto de represión (la *contrainvestidura*), aunque la intransitabilidad de todos los caminos que llevan al desprendimiento de afecto y a la motilidad puede haber disminuido considerablemente el nivel de la contrainvestidura necesaria.[10] Por tanto, nos imaginaríamos del siguiente modo la situación que lleva a la formación del sueño: el deseo de dormir procura recoger todas las investiduras emitidas por el yo y establecer un narcisismo absoluto. Lo logra sólo en parte, pues lo reprimido del sistema *Icc* no obedece al deseo de dormir. Por eso debe conservarse también una parte de las contrainvestiduras, así como mantenerse la censura entre *Icc* y *Prcc*, aunque no en toda su fuerza. Hasta donde alcanza el imperio del yo, todos los sistemas son vaciados de investiduras. Cuanto más fuertes son las investiduras pulsionales *icc*, tanto más lábil es el dormir. Conocemos también el caso extremo en que el yo resigna el deseo de dormir porque se siente incapaz de inhibir las mociones reprimidas que se liberan en ese estado; en otras palabras: renuncia a dormir porque teme a sus sueños.[11]

Más adelante[12] apreciaremos en toda su importancia este supuesto del carácter refractario de las mociones reprimidas. Ahora sigamos estudiando la situación de la formación del sueño.

[9] [No resulta claro a qué remite esto.]

[10] [*La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 559. Cf. también «La represión» (1915*d*), *supra*, pág. 146.]

[11] [*La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 571.]

[12] [Tampoco esta remisión es clara.]

Como segunda fractura del narcisismo [13] tenemos que considerar la ya citada posibilidad de que también algunos de los pensamientos diurnos preconcientes se muestren resistentes y retengan una parte de su investidura. Ambos casos pueden ser idénticos en el fondo; la resistencia de los restos diurnos puede reconducirse a un enlace con mociones inconcientes, que ya existía en la vida de vigilia, o las cosas son un poco menos simples y los restos diurnos no del todo vaciados se ponen en vinculación con lo reprimido sólo en el estado del dormir, merced a la facilitada comunicación entre *Prcc* e *Icc.* En ambos casos resulta el mismo avance decisivo para la formación del sueño: Se forma el deseo onírico preconciente que *da expresión a la moción inconciente dentro del material de los restos diurnos preconcientes.* A este deseo onírico deberíamos distinguirlo tajantemente de los restos diurnos; no es preciso que haya estado presente en la vida de vigilia, puede mostrar ya ese carácter irracional que todo lo inconciente lleva en sí cuando se lo traduce a lo conciente. Tampoco es lícito confundir el deseo onírico con las mociones de deseo que posiblemente, aunque no de manera necesaria, se encontraban entre los pensamientos oníricos (latentes) preconcientes. Pero si tales deseos preconcientes existieron, el deseo onírico se les asocia como el refuerzo más eficaz.

Ahora nos interesan los ulteriores destinos de esta moción de deseo que se ha formado en el *Prcc* como un deseo onírico (una fantasía que cumple un deseo) y que, en su ser, subroga un reclamo pulsional inconciente. La reflexión nos dice que podría tramitarse por tres caminos diversos: por el que sería normal en la vida de vigilia, que parte del *Prcc* y esfuerza por abrirse paso en la conciencia; por el de procurarse una descarga motriz directa esquivando la *Cc*; o por ese otro insospechado camino que la observación nos hace rastrear en la realidad. En el primer caso se convertiría en una *idea delirante* cuyo contenido es el cumplimiento del deseo, pero esto nunca acontece en el estado del dormir. (Siendo que estamos tan poco familiarizados con las condiciones metapsicológicas de los procesos anímicos, quizá podríamos tomar este hecho como indicio de que el vaciamiento total de un sistema disminuye su capacidad de respuesta frente a incitaciones.) El segundo caso, la descarga motriz directa, debería excluirse por el mismo principio,[14] pues normalmente el acceso a la

[13] [La primera es «el carácter refractario de las mociones reprimidas».]

[14] [El «principio de la inexcitabilidad de sistemas no investidos» (*infra*, pág. 233, *n.* 38) parece aludido en uno o dos pasajes de los escritos posteriores de Freud; por ejemplo, en *Más allá del principio*

motilidad está situado todavía un poco más allá de la censura de la conciencia, aunque por excepción se lo observa como *sonambulismo.* No conocemos las condiciones que lo posibilitan ni las razones por las cuales no es más frecuente. Lo que en realidad acontece en el caso de la formación del sueño es un resultado muy asombroso y del todo imprevisto. El proceso urdido dentro del *Prcc* y reforzado por el *Icc* toma un camino retrocedente a través del *Icc* hasta llegar a la percepción, que se impone a la conciencia. Esta *regresión* es la tercera fase de la formación del sueño. Para abarcar el panorama repito las anteriores: Refuerzo de los restos diurnos *prcc* por el *Icc,* producción del deseo onírico.

A una regresión así la llamamos *tópica,* a diferencia de la *temporal,* antes mencionada [pág. 221], o regresión en la historia del desarrollo.[15] Ambas no por fuerza coincidirán siempre, aunque sí lo hacen en el ejemplo que ahora consideramos. La vuelta hacia atrás del decurso de la excitación (desde el *Prcc,* a través del *Icc,* hasta la percepción) es, al mismo tiempo, el retroceso al estadio anterior del cumplimiento alucinatorio de deseo.

Por *La interpretación de los sueños* conocemos el modo en que se produce la regresión de los restos diurnos preconcientes en el caso de la formación del sueño.[16] Los pensamientos se trasponen en imágenes —predominantemente visuales—, y por tanto las representaciones-palabra son reconducidas a las representaciones-cosa que les corresponden; en el conjunto es como si un miramiento por la *figurabilidad* presidiese

*de placer* (1920*g*), *AE*, **18**, pág. 30, y en el trabajo sobre la «pizarra mágica» (1925*a*), *AE,* **19**, pág. 247. Ya había sido anticipado en términos neurológicos en el «Proyecto de psicología» de 1895 (1950*a*), *AE*, **1**, pág. 364, donde se establece que «una cantidad pasa más fácilmente de una neurona a una neurona investida que a una no investida». Y en *ibid.*, pág. 383, Freud aplica de hecho esta hipótesis al problema de la descarga motriz en los sueños, el mismo tema que el del presente pasaje. Escribe en ese lugar: «Los sueños *están privados de descarga motriz*, así como, las más de las veces, de elementos motores. En el sueño uno está paralizado. La explicación más cómoda de este carácter es la ausencia de la preinvestidura espinal. [. . .] La excitación motriz no puede sobrepasar la barrera con neuronas no investidas». Pocos párrafos más adelante (*ibid.*, págs. 385-6) examina la naturaleza «retrocedente» de la característica alucinatoria de los sueños, tal como lo hace en la última parte del presente pasaje.]

[15] [Véase un párrafo agregado en 1914 al capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 541, donde se distinguen tres tipos de regresión, y otro tratamiento de la regresión en la 22ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, págs. 310-12. Véase también mi «Apéndice A» al «Proyecto de psicología» (1950*a*), *AE*, **1**, págs. 390 y sigs.]

[16] [*AE*, **5**, págs. 536 y sigs.]

todo el proceso.[17] Después de consumada la regresión, dentro del sistema *Icc* quedan pendientes una serie de investiduras, investiduras de recuerdos-cosa, sobre los cuales actúa el proceso psíquico primario hasta que por su condensación y por el desplazamiento recíproco de las investiduras acaba por formar el contenido manifiesto del sueño. Sólo cuando las representaciones-palabra incluidas entre los restos diurnos son restos actuales, frescos, de percepciones, y no expresión de un pensamiento, reciben el mismo tratamiento que las representaciones-cosa y son sometidas como tales a las influencias de la condensación y el desplazamiento. De ahí la regla que dimos en *La interpretación de los sueños*,[18] corroborada después hasta la evidencia: las palabras y dichos del contenido del sueño no son creaciones nuevas, sino que están calcadas de dichos del día del sueño (o de otras impresiones frescas, aun las tomadas de la lectura). Muy digno de notarse es lo poco que el trabajo del sueño se atiene a las representaciones-palabra; en todo momento está dispuesto a permutar entre sí las palabras hasta hallar aquella expresión que ofrece el asidero más favorable para la figuración plástica.[19]

En este punto se muestra la diferencia decisiva entre el trabajo del sueño y la esquizofrenia. En esta última, las palabras mismas en que se expresó el pensamiento preconciente pasan a ser objeto de la elaboración por parte del proceso primario; en el sueño no son las palabras, sino las represen-

17 [*Ibid.*, pág. 541.]

18 [*Ibid.*, págs. 419 y sigs.]

19 Al miramiento por la figurabilidad adscribo también el hecho, destacado por Silberer [1914] y quizá sobrestimado por él, de que muchos sueños admiten dos interpretaciones simultáneamente válidas y, no obstante, de diferente naturaleza. Silberer llama a la una *analítica* y a la otra *anagógica*. En todos los casos se trata de pensamientos de índole muy abstracta, que por fuerza ofrecieron grandes dificultades para su figuración en el sueño. A modo de comparación, considérese la tarea que importaría sustituir el artículo editorial de una gaceta política por ilustraciones. En tales circunstancias, el trabajo del sueño tiene que sustituir primero el texto de pensamientos abstractos por uno más concreto, enlazado con aquel de algún modo por comparación, simbolismo, alusión alegórica y, en el mejor de los casos, genéticamente. Sólo después puede usar este último, en remplazo de aquel, como material del trabajo del sueño. Los pensamientos abstractos producen la interpretación llamada anagógica, que en el trabajo interpretativo colegimos con mayor facilidad que la genuinamente analítica. Según una acertada observación de Otto Rank, ciertos «sueños sobre la cura» de pacientes bajo tratamiento analítico son los mejores modelos para entender esos sueños de interpretación múltiple. [En 1919 Freud agregó un parágrafo sobre interpretaciones anagógicas a *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 518. Cf. también «Sueño y telepatía» (1922*a*), *AE*, **18**, pág. 207.]

taciones-cosa a que las palabras fueron reconducidas.[20] El sueño conoce una regresión tópica, la esquizofrenia no; en el sueño está expedito el comercio entre investiduras de palabra (*prcc*) e investiduras de cosa (*icc*); lo característico de la esquizofrenia es que ese comercio permanece bloqueado. Pero, justamente, es la magnitud misma con que se nos aparece esa diferencia lo que se debilita a raíz de las interpretaciones de sueños que emprendemos en la práctica psicoanalítica. Tan pronto como la interpretación pesquisa el circuito del trabajo onírico, sigue los caminos que llevan desde los pensamientos latentes hasta los elementos del sueño, descubre el modo en que se sacó partido de las ambigüedades de las palabras y pone de manifiesto las palabras-puentes entre los diversos círculos de materiales, trasmite la impresión de algo ora chistoso, ora esquizofrénico, y así nos hace olvidar que todas las operaciones con palabras no son en el sueño sino otros tantos preparativos para la regresión a cosa {escorzo de cosa concreta}.

El proceso onírico culmina cuando el contenido de pensamiento que se mudó en sentido regresivo y se retrabajó como fantasía de deseo deviene conciente en calidad de percepción sensorial, con lo cual experimenta la elaboración secundaria a que es sometido todo contenido perceptivo. Decimos que el deseo onírico es *alucinado* y, en cuanto alucinación, recibe la creencia en la realidad de su cumplimiento. Y justamente con esta pieza que remata la formación del sueño se vinculan las incertidumbres más graves, para cuya aclaración compararemos al sueño con estados patológicos que le son afines.

La formación de la fantasía de deseo y su marcha regresiva hasta la alucinación son las piezas más importantes del trabajo del sueño, pero no le pertenecen a él con exclusividad. Al contrario; se encuentran también en dos estados patológicos: en la confusión alucinatoria aguda, la *amentia* (de Meynert),[21] y en la fase alucinatoria de la esquizofrenia. El delirio alucinatorio de la *amentia* es una fantasía de deseo claramente reconocible, que a menudo se ordena por entero como un cabal sueño diurno. De un modo generalizante podría hablarse de una *psicosis alucinatoria de deseo*, atribuyéndola al sueño y a la *amentia* por igual. Acontecen también sueños que no constan sino de fantasías de deseo no desfiguradas, muy ricas en contenido.[22] La fase alucinatoria de la esquizofrenia no está tan bien estudiada; por regla general, parece

[20] [Cf. «Lo inconciente» (1915*e*), *supra*, pág. 196.]

[21] [En el resto del artículo debe entenderse que el término «*amentia*» alude a este estado.]

[22] [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **4**, pág. 149*n*.]

ser de naturaleza más compleja, pero en lo esencial respondería a un nuevo intento de restitución que pretende devolver a las representaciones-objeto su investidura libidinosa.[23] No puedo aducir aquí con fines comparativos los otros estados alucinatorios que se presentan en múltiples afecciones patológicas porque no dispongo al respecto de una experiencia propia ni puedo aprovechar la de otros.

Tengamos en claro que la psicosis alucinatoria de deseo —en el sueño o dondequiera— consuma dos operaciones en modo alguno coincidentes. No sólo trae a la conciencia deseos ocultos o reprimidos, sino que los figura, con creencia plena, como cumplidos. Es preciso comprender esta conjunción. No puede aseverarse que unos deseos inconcientes deberían tenerse por realidades tan pronto como han devenido concientes, pues es bien notorio que nuestro juicio tiene plena capacidad para distinguir realidades de representaciones y deseos, por intensos que estos sean. Parece justificado suponer, en cambio, que la creencia en la realidad se anuda a la percepción por los sentidos. Toda vez que un pensamiento ha hallado el camino de la regresión hasta las huellas mnémicas inconcientes de objeto, y de ahí hasta la percepción, admitimos su percepción como real.[24] Por tanto, la alucinación conlleva la creencia en la realidad. Ahora tenemos que averiguar la condición para que sobrevenga una alucinación. La primera respuesta sería: la regresión; y así, en lugar de la pregunta por la génesis de la alucinación, tenemos la pregunta por el mecanismo de la regresión. Para el caso del sueño, no necesitaríamos demorar mucho la respuesta. La regresión desde los pensamientos oníricos *Prcc* hasta las imágenes mnémicas de cosa es, manifiestamente, la consecuencia de la atracción que estos representantes de pulsión *icc* —p. ej., recuerdos vivenciales reprimidos— ejercen sobre los pensamientos vertidos en palabras.[25] Sólo que enseguida advertimos que hemos caído en una vía falsa. Si el secreto de la alucinación no fuera otro que el de la regresión, cualquier regresión lo bastante intensa produciría una alucinación con creencia en la realidad. Pero harto bien conocemos los casos en que una reflexión regresiva trae a la conciencia imágenes mnémicas visuales muy nítidas, a las

23 En el ensayo sobre «Lo inconciente» (*1915e*) [*supra*, pág. 200] tomamos conocimiento de la sobreinvestidura de las representaciones-palabra como un ensayo de esa índole.

24 [Esta observación fue hecha por Breuer en su contribución teórica a los *Estudios sobre la histeria* (1895), *AE*, **2**, págs. 200 y 201, *n* 2. El parece atribuir la idea a Meynert.]

25 [*La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 538-9.]

que no por eso, en momento alguno, tenemos por una percepción real. Además, muy bien concebiríamos que el trabajo del sueño avanzase hasta imágenes mnémicas tales que se nos hiciesen concientes las que hasta entonces fueron inconcientes, espejándonos así una fantasía de deseo que nos provocaría una sensación de nostalgia pero no reconoceríamos como el cumplimiento real del deseo. Por tanto, la alucinación tiene que ser algo más que la reanimación regresiva de las imágenes mnémicas en sí *icc*.

Tengamos en cuenta, además, que es de gran importancia práctica distinguir percepciones de representaciones, por grande que sea la intensidad con que estas últimas se recuerden. Toda nuestra vinculación con el mundo exterior, con la realidad, depende de esta capacidad. Hemos forjado la ficción [26] de que no siempre poseímos esta capacidad y al comienzo de nuestra vida anímica de hecho alucinábamos el objeto satisfaciente cuando sentíamos la necesidad de él. Pero en tal caso la satisfacción quedaba en suspenso, y el fracaso tiene que habernos movido muy pronto a crear un dispositivo con ayuda del cual pudiera distinguirse una percepción desiderativa así de un cumplimiento real, y evitarse aquella en lo sucesivo. Con otras palabras: muy temprano resignamos la satisfacción alucinatoria de deseo e instauramos una suerte de *examen de realidad*.[27] Ahora se plantea esta pregunta: ¿En qué consistió este examen de realidad, y cómo es que la psicosis alucinatoria de deseo del sueño y de la *amentia*, etc., logran cancelarlo y restaurar el viejo modo de satisfacción?

Obtendremos la respuesta si procedemos a determinar con mayor precisión el tercero de nuestros sistemas psíquicos, el sistema *Cc*, que hasta ahora no separamos tajantemente del *Prcc*. Ya en *La interpretación de los sueños* [28] debimos decidirnos a considerar la percepción conciente como la operación de un sistema particular, al que atribuimos ciertas propiedades asombrosas y al que con buenas razones agregaremos todavía otros caracteres. A ese sistema, que allí llamamos *P*, lo hacemos coincidir con el sistema *Cc*, de cuyo trabajo depende por regla general el devenir-conciente. Pero no siempre el hecho del devenir-conciente coincide por entero con la pertenencia a ese sistema; en efecto, tenemos averiguado que pueden notarse ciertas imágenes mnémicas sensoriales a las que es imposible atribuir un lugar psíquico dentro del sistema *Cc* o *P*.

[26] [*Ibid.*, págs. 556 y sigs.]
[27] [Véase mi «Nota introductoria», *supra*, pág. 218.]
[28] [*AE*, **5**, págs. 527 y sigs.]

No obstante, tendremos que volver a diferir el tratamiento de esta dificultad hasta que podamos concentrar nuestro interés en el sistema *Cc.*[29] En este contexto puede permitírsenos el supuesto de que la alucinación consiste en una investidura del sistema *Cc* (*P*), que, empero, no viene desde afuera, como en el caso normal, sino desde adentro, y que tiene por condición que la regresión avance hasta el punto de excitar aun a este sistema y así pueda saltarse el examen de realidad.[30]

En un contexto anterior,[31] hubimos de reclamar para el organismo todavía inerme la capacidad de procurarse por medio de sus percepciones una primera orientación en el mundo distinguiendo un «afuera» y un «adentro» por referencia a una acción muscular. Una percepción que se hace desaparecer mediante una acción es reconocida como exterior, como realidad; toda vez que una acción así nada modifica, la percepción proviene del interior del cuerpo, no es objetiva {*real*}. Es harto valioso para el individuo poseer un tal signo distintivo de realidad objetiva,[32] que al mismo tiempo constituye un remedio contra ella, y bien quisiera estar dotado de un poder semejante en contra de sus reclamos pulsionales, a menudo implacables. Por eso pone tanto empeño en trasladar hacia afuera lo que desde adentro se le vuelve penoso, en *proyectarlo.*[33]

Ahora, luego de una descomposición más a fondo del aparato anímico, tenemos que atribuir con exclusividad al sistema *Cc* (*P*) esta operación de orientarse en el mundo distinguiendo entre un adentro y un afuera. *Cc* tiene que disponer de una inervación motriz por la cual se establezca si la percepción puede hacerse desaparecer o se comporta como refractaria. No otra cosa que este dispositivo necesita ser el *examen de realidad.*[34] Nada más estricto podemos decir,

29 [Otra probable remisión al artículo perdido que trataría sobre la conciencia.]

30 A manera de complemento agrego que un ensayo de explicar la alucinación no debería partir de la alucinación positiva, sino más bien de la *negativa.*

31 «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*) [*supra,* pág. 115].

32 [«*Kennzeichen der Realität*». Cf. «*Realitätszeichen*» («signo de realidad objetiva») en el «Proyecto de psicología» (1950*a*), *AE,* **1**, pág. 371 y *passim.*]

33 [Véase el tratamiento ulterior del «afuera» y el «adentro» en el artículo muy posterior sobre «La negación» (1925*h*) y en *El malestar en la cultura* (1930*a*), *AE,* **21**, pág. 68.]

34 Acerca de la diferenciación entre un examen de la actualidad {*Aktualitätsprüfung*} y un examen de la realidad {*Realitätsprüfung*}, véase un pasaje posterior. [En ninguna otra parte parece hacerse referencia a la primera; quizá se trate, una vez más, de una alusión a un ensayo perdido.]

pues todavía conocemos muy poco la naturaleza y el modo de trabajo del sistema *Cc*. Al examen de realidad lo situaremos, como una de las grandes *instituciones del yo*, junto a las *censuras* establecidas entre los sistemas psíquicos, que ya nos son familiares, a la espera de que el análisis de las afecciones narcisistas nos ayude a descubrir otras instituciones de esa clase.[35]

En cambio, desde ahora podemos averiguar por la patología el modo en que el examen de realidad puede cancelarse o ponerse fuera de acción; y por cierto lo discerniremos de manera más unívoca en la psicosis de deseo, la *amentia*, que en el sueño: La *amentia* es la reacción frente a una pérdida que la realidad asevera pero que debe ser desmentida {*Verleugnung*} por el yo como algo insoportable. A raíz de ello el yo rompe el vínculo con la realidad, sustrae la investidura al sistema *Cc* de las percepciones (o quizá le sustrae una investidura cuya particular naturaleza puede ser todavía objeto de indagación). Con este extrañamiento de la realidad queda eliminado el examen de realidad, las fantasías de deseo —no reprimidas, por entero concientes— pueden penetrar en el sistema y ser admitidas desde ahí como una realidad mejor. Una sustracción así puede ponerse en el mismo rango que los procesos de la represión; la *amentia* nos ofrece el interesante espectáculo de una desavenencia del yo con uno de sus órganos, quizás el que le servía con mayor fidelidad y el que estaba más íntimamente ligado a él.[36]

Eso que en la *amentia* es efectuado por la «represión» {esfuerzo de suplantación}, en el sueño lo produce la renuncia voluntaria. El estado del dormir no quiere saber nada del mundo exterior, no se interesa por la realidad o lo hace sólo en la medida en que entra en juego el abandono del estado del dormir, el despertar. Por tanto, quita también la investidura al sistema *Cc*, así como a los otros sistemas, el *Prcc* y el *Icc*, en la medida en que las posiciones [37] presentes en ellos acaten el deseo de dormir. Con esta «condición de no investidura» {*Unbesetzheit*} que adquiere el sis-

35 [Cf. «Duelo y melancolía» (1917*e*), *infra*, pág. 245.]

36 A partir de esto puede conjeturarse que también las alucinosis tóxicas, por ejemplo el delirio alcohólico, han de entenderse de manera análoga. La pérdida insoportable infligida por la realidad sería justamente la del alcohol. Cuando se suministra este último, las alucinaciones cesan.

37 [La palabra alemana es aquí «*Positionen*», «puestos militares». El uso de la metáfora fue sugerido sin duda por el hecho de que «*Besetzung*» {«investidura»} puede ser también utilizado en el sentido de «ocupación militar».]

tema *Cc* se imposibilita el examen de realidad, y las excitaciones que, independientemente del estado del dormir, han emprendido el camino de la regresión lo encontrarán expedito hasta el sistema *Cc*, en el interior del cual se las tendrá por una realidad indiscutida.[38]

Respecto de la psicosis alucinatoria de la *dementia praecox*, nuestras reflexiones nos permiten deducir que no puede pertenecer a los síntomas iniciales de la afección. Sólo se vuelve posible cuando el yo del enfermo se ha fragmentado hasta el punto en que el examen de realidad ya no impide la alucinación.

En cuanto a la psicología de los procesos oníricos, alcanzamos el resultado de que todos los caracteres esenciales del sueño son determinados {*determiniert*} por la condición del estado del dormir. El viejo Aristóteles, con su modesto enunciado de que el sueño es la actividad anímica del durmiente, acierta por entero.[39] Podríamos glosarlo: un resto de actividad anímica posibilitado por el hecho de que el estado narcisista del dormir no puede imponerse en toda la regla. Esto no es muy diferente de lo que psicólogos y filósofos dijeron desde siempre, pero descansa en perspectivas completamente divergentes acerca del edificio y el funcionamiento del aparato anímico. Y estas perspectivas aventajan a las anteriores en que pudieron acercarnos también a la comprensión de todas las particularidades del sueño.

Para terminar, echemos todavía una mirada a la importancia que una *tópica* del proceso de la represión cobra para nuestra intelección del mecanismo de las perturbaciones del alma. En el sueño, la sustracción de la investidura (libido, interés) recae sobre todos los sistemas en igual medida; en las neurosis de trasferencia es retirada la investidura *prcc*; en la esquizofrenia, la del *Icc*, y en la *amentia*, la de la *Cc*.

[38] El principio de la inexcitabilidad de sistemas no investidos [cf. pág. 225 y *n.* 14] aparece aquí invalidado para la *Cc* (*P*); pero sólo puede tratarse de una cancelación parcial de la investidura, y justamente para el sistema de la percepción tendremos que suponer cierto número de condiciones de excitación que se apartan mucho de las de otros sistemas. — Desde luego, de ninguna manera puede ocultarse o embellecerse el carácter tentativo, inseguro, de estas elucidaciones metapsicológicas. Sólo una ulterior profundización puede aportarnos cierto grado de probabilidad.

[39] [Citado en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **4**, pág. 30.]

# Duelo y melancolía
(1917 [1915])

# Nota introductoria

## «Trauer und Melancholie»

*Ediciones en alemán*

1917 *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **4**, nº 6, págs. 288-301.
1918 *SKSN*, **4**, págs. 356-77. (1922, 2ª ed.)
1924 *GS*, **5**, págs. 535-53.
1924 *Technik und Metapsychol.*, págs. 257-75.
1931 *Theoretische Schriften*, págs. 157-77.
1946 *GW*, **10**, págs. 428-46.
1975 *SA*, **3**, págs. 193-212.

*Traducciones en castellano* *

1924 «La aflicción y la melancolía». *BN* (17 vols.), **9**, págs. 217-35. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **9**, págs. 209-26. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **1**, págs. 1087-95. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, **9**, págs. 177-90. El mismo traductor.
1967 Igual título. *BN* (3 vols.), **1**, págs. 1075-82. El mismo traductor.
1972 «Duelo y melancolía». *BN* (9 vols.), **6**, págs. 2091-100. El mismo traductor.

Ernest Jones (1955, págs. 367-8) nos informa que Freud le expuso el tema del presente artículo en enero de 1914, y habló sobre él en la Sociedad Psicoanalítica de Viena el 30 de diciembre de ese año. En febrero de 1915 escribió un primer borrador. Lo remitió a Abraham (cf. Freud, 1965*a*, págs. 206-7 y 211-2), quien le envió extensos comentarios; entre ellos, la importante sugerencia de una conexión entre

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n*. 6.}

la melancolía y la etapa oral de la libido (cf. *infra*, pág. 247). El borrador final quedó completado el 4 de mayo de 1915, pero, como el del artículo anterior (cf. pág. 217), fue publicado dos años después.

En época muy temprana (probablemente en enero de 1895), Freud había enviado a Fliess un detallado intento de explicar la melancolía (término bajo el cual Freud incluía, por lo común, lo que ahora suele describirse como estados de depresión) en términos puramente neurológicos (Freud, 1950*a*, Manuscrito G), *AE*, **1**, págs. 239-46.

Este intento no resultó muy fructífero, y pronto fue remplazado por un enfoque psicológico. Apenas dos años más tarde, nos encontramos con uno de los casos más notables de anticipación de los hechos por parte de Freud. Ocurre en un manuscrito, también dirigido a Fliess y titulado «Anotaciones III». Consignemos que en este manuscrito, fechado el 31 de mayo de 1897, aparece prefigurado por primera vez el complejo de Edipo (Freud, 1950*a*, Manuscrito N), *AE*, **1**, pág. 296. El pasaje en cuestión, tan denso en significado que por momentos resulta oscuro, merece ser citado en forma completa:

«Los impulsos hostiles hacia los padres (deseo de que mueran) son, de igual modo, un elemento integrante de la neurosis. Afloran concientemente como representación obsesiva. En la paranoia les corresponde lo más insidioso del delirio de persecución (desconfianza patológica de los gobernantes y los monarcas). Estos impulsos son reprimidos en tiempos en que se suscita compasión por los padres: enfermedad, muerte de ellos. Entonces es una exteriorización del duelo hacerse reproches por su muerte (las llamadas melancolías), o castigarse histéricamente, mediante la idea de la retribución, con los mismos estados [de enfermedad] que ellos han tenido. La identificación que así sobreviene no es otra cosa, como se ve, que un modo del pensar, y no vuelve superflua la búsqueda del motivo».

Freud parece haber dejado totalmente de lado la aplicación ulterior a la melancolía de la línea de pensamiento bosquejada en este pasaje. De hecho, muy rara vez volvió a mencionar este estado antes del presente artículo, si se exceptúan algunas observaciones suyas incluidas en un debate sobre el suicidio que tuvo lugar en 1910 en la Sociedad Psicoanalítica de Viena (véase Freud (1910*g*), *AE*, **11**, pág. 232); en esa oportunidad destacó la importancia de establecer una comparación entre la melancolía y los estados nor-

males de duelo, pero declaró que el problema psicológico allí involucrado era todavía insoluble.

Lo que permitió a Freud reabrir el tema fue, por supuesto, la introducción de los conceptos del narcisismo y de un ideal del yo. El presente artículo puede considerarse, en verdad, una extensión del trabajo sobre el narcisismo que Freud escribiera un año antes (1914*c*). Así como en ese trabajo había descrito el funcionamiento de la «instancia crítica» (cf. *supra*, págs. 92-3), en este se ve la misma instancia operando en la melancolía.

Pero las implicaciones de este artículo —que no fueron evidentes de inmediato— estaban destinadas a ser más importantes que la explicación del mecanismo de un estado patológico particular. El material aquí contenido llevó a la ulterior consideración de la «instancia crítica», en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921*c*), *AE*, **18**, págs. 122 y sigs.; y esto a su vez condujo a la hipótesis del superyó, en *El yo y el ello* (1923*b*), y a una nueva evaluación del sentido de culpa.

Desde otro punto de vista, este artículo exigió someter a examen toda la cuestión de la naturaleza de la identificación. Freud parece haberse inclinado primero por considerarla estrechamente asociada a la fase oral o canibálica del desarrollo de la libido, y quizá dependiente de ella. Así, en *Tótem y tabú* (1912-13), *AE*, **13**, págs. 143-4, había escrito acerca de la relación entre los hijos y el padre de la horda primordial: «En el acto de la devoración consumaban la identificación con él». Y en un pasaje agregado a la tercera edición de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), publicado en 1915 pero escrito algunos meses antes que el presente artículo, describió la fase oral o canibálica como «el paradigma de lo que más tarde, en calidad de identificación, desempeñará un papel psíquico tan importante» (*AE*, **7**, pág. 180). Aquí (*infra*, pág. 247) se refiere a la identificación como «la etapa previa de la elección de objeto [. . .] el primer modo [. . .] como el yo distingue a un objeto», y agrega que el yo «querría incorporárselo, en verdad, por la vía de la devoración, de acuerdo con la fase oral o canibálica del desarrollo libidinal».[1] Y ciertamente, aunque haya sido Abraham quien sugirió la relevancia de la fase oral para

[1] El término «introyección» no aparece en este artículo, aunque Freud ya lo había usado —en un contexto diferente— en el primero de estos trabajos metapsicológicos («Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*), *supra*, pág. 130). Cuando regresó al tema de la identificación, en las páginas de *Psicología de las masas* a que aludimos, utilizó la palabra «introyección» en varios puntos, y ella reaparece —aunque no muy frecuentemente— en sus escritos siguientes.

la melancolía, el propio Freud había comenzado ya a interesarse por ello, como lo muestra el historial clínico del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), escrito durante el otoño de 1914 y en el que esa fase desempeña un papel prominente. (Cf. *AE*, **17**, pág. 97.) Pocos años después, en *Psicología de las masas* (1921*c*), *AE*, **18**, págs. 99 y sigs., donde se retoma el tema de la identificación como continuación explícita del examen que aquí se hace de él, parece haber un cambio respecto del punto de vista anterior —o quizá solamente una elucidación—. Allí leemos que la identificación es algo que *precede* a la investidura de objeto y se distingue de ella, aunque todavía se nos dice que «se comporta como un retoño de la primera fase, la fase oral». En muchos de sus escritos posteriores, Freud hizo reiterado énfasis en esta concepción de la identificación; por ejemplo, en *El yo y el ello* (1923*b*), donde escribe que la identificación con los padres «no parece ser, en el comienzo, el resultado o el desenlace de una investidura de objeto; es una identificación directa e inmediata, y más temprana que cualquier investidura de objeto» (*AE*, **19**, pág. 33).

Más tarde, sin embargo, lo más significativo de este artículo parece haber sido para Freud su exposición del proceso a través del cual una investidura de objeto es remplazada en la melancolía por una identificación. En el capítulo III de *El yo y el ello*, Freud argüiría que ese proceso no se restringe a la melancolía sino que es bastante general. Estas identificaciones regresivas, señaló, son en buena medida la base de lo que llamamos el «carácter» de una persona. Pero, lo que es mucho más importante, indicó que las más tempranas de estas identificaciones regresivas —las que provienen del sepultamiento del complejo de Edipo— pasan a ocupar una posición muy especial, y forman de hecho el núcleo del superyó.

James Strachey

Tras servirnos del sueño como paradigma normal de las perturbaciones anímicas narcisistas, intentaremos ahora echar luz sobre la naturaleza de la melancolía comparándola con un afecto normal: el duelo.[1] Pero esta vez tenemos que hacer por adelantado una confesión a fin de que no se sobrestimen nuestras conclusiones. La melancolía, cuya definición conceptual es fluctuante aun en la psiquiatría descriptiva, se presenta en múltiples formas clínicas cuya síntesis en una unidad no parece certificada; y de ellas, algunas sugieren afecciones más somáticas que psicógenas. Prescindiendo de las impresiones que se ofrecen a cualquier observador, nuestro material está restringido a un pequeño número de casos cuya naturaleza psicógena era indubitable. Por eso renunciamos de antemano a pretender validez universal para nuestras conclusiones y nos consolamos con esta reflexión: dados nuestros medios presentes de investigación, difícilmente podríamos hallar algo que no fuera *típico*, si no para una clase íntegra de afecciones, al menos para un grupo más pequeño de ellas.

La conjunción de melancolía y duelo parece justificada por el cuadro total de esos dos estados.[2] También son coincidentes las influencias de la vida que los ocasionan, toda vez que podemos discernirlas. El duelo es, por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc. A raíz de idénticas influencias, en muchas personas se observa, en lugar de duelo, melancolía (y por eso sospechamos en ellas una disposición enfermiza). Cosa muy digna de notarse, además, es que a pesar de que el duelo trae consigo graves desviaciones de la conducta

1 [El término alemán «*Trauer*», como el inglés «*mourning*» {y el castellano «duelo»}, puede significar tanto el afecto penoso como su manifestación exterior.]

2 Abraham (1912), a quien debemos el más importante entre los escasos estudios analíticos sobre este tema, también adoptó esta comparación como punto de partida. [El propio Freud la había hecho en 1910 e incluso antes. (Cf. mi «Nota introductoria», *supra*, págs. 238-9.)]

normal en la vida, nunca se nos ocurre considerarlo un estado patológico ni remitirlo al médico para su tratamiento. Confiamos en que pasado cierto tiempo se lo superará, y juzgamos inoportuno y aun dañino perturbarlo.

La melancolía se singulariza en lo anímico por una desazón profundamente dolida, una cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad y una rebaja en el sentimiento de sí que se exterioriza en autorreproches y autodenigraciones y se extrema hasta una delirante expectativa de castigo. Este cuadro se aproxima a nuestra comprensión si consideramos que el duelo muestra los mismos rasgos, excepto uno; falta en él la perturbación del sentimiento de sí. Pero en todo lo demás es lo mismo. El duelo pesaroso, la reacción frente a la pérdida de una persona amada, contiene idéntico talante dolido, la pérdida del interés por el mundo exterior —en todo lo que no recuerde al muerto—, la pérdida de la capacidad de escoger algún nuevo objeto de amor —en remplazo, se diría, del llorado—, el extrañamiento respecto de cualquier trabajo productivo que no tenga relación con la memoria del muerto. Fácilmente se comprende que esta inhibición y este angostamiento del yo expresan una entrega incondicional al duelo que nada deja para otros propósitos y otros intereses. En verdad, si esta conducta no nos parece patológica, ello sólo se debe a que sabemos explicarla muy bien.

Aprobaremos también la comparación que llama «dolido» al talante del duelo. Es probable que su legitimidad nos parezca evidente cuando estemos en condiciones de caracterizar económicamente al dolor.[3]

Ahora bien, ¿en qué consiste el trabajo que el duelo opera? Creo que no es exagerado en absoluto imaginarlo del siguiente modo: El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. A ello se opone una comprensible renuencia; universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma. Esa renuencia puede alcanzar tal intensidad que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo.[4] Lo normal es que prevalezca el acatamiento a la realidad. Pero la orden que esta imparte no puede cumplirse enseguida. Se ejecuta pieza

[3] [Cf. «La represión» (1915*d*), *supra*, pág. 142, *n.* 1.]
[4] Véase el artículo precedente [págs. 228-9].

por pieza con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura, y entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico. Cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvestidos y en ellos se consuma el desasimiento de la libido.[5] ¿Por qué esa operación de compromiso, que es el ejecutar pieza por pieza la orden de la realidad, resulta tan extraordinariamente dolorosa? He ahí algo que no puede indicarse con facilidad en una fundamentación económica. Y lo notable es que nos parece natural este displacer doliente. Pero de hecho, una vez cumplido el trabajo del duelo el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido.[6]

Apliquemos ahora a la melancolía lo que averiguamos en el duelo. En una serie de casos, es evidente que también ella puede ser reacción frente a la pérdida de un objeto amado; en otras ocasiones, puede reconocerse que esa pérdida es de naturaleza más ideal. El objeto tal vez no está realmente muerto, pero se perdió como objeto de amor (p. ej., el caso de una novia abandonada). Y en otras circunstancias nos creemos autorizados a suponer una pérdida así, pero no atinamos a discernir con precisión lo que se perdió, y con mayor razón podemos pensar que tampoco el enfermo puede apresar en su conciencia lo que ha perdido. Este caso podría presentarse aun siendo notoria para el enfermo la pérdida ocasionadora de la melancolía: cuando él sabe *a quién* perdió, pero no *lo que* perdió en él. Esto nos llevaría a referir de algún modo la melancolía a una pérdida de objeto sustraída de la conciencia, a diferencia del duelo, en el cual no hay nada inconciente en lo que atañe a la pérdida.

En el duelo hallamos que inhibición y falta de interés se esclarecían totalmente por el trabajo del duelo que absorbía al yo. En la melancolía la pérdida desconocida tendrá por consecuencia un trabajo interior semejante y será la responsable de la inhibición que le es característica. Sólo que la inhibición melancólica nos impresiona como algo enigmático porque no acertamos a ver lo que absorbe tan enteramente al enfermo. El melancólico nos muestra todavía algo que falta en el duelo: una extraordinaria rebaja en su sentimiento yoico {*Ichgefühl*}, un enorme empobrecimiento del yo. En el duelo, el mundo se ha hecho pobre y vacío; en la melancolía, eso le ocurre al yo mismo. El enfermo nos

[5] [Esta idea parece haber sido expresada ya en *Estudios sobre la histeria* (1895*d*): Freud describe un proceso similar en su discusión del historial clínico de Elisabeth von R. (*AE*, **2**, págs. 175-6).]

[6] [Véase más adelante (pág. 252) un examen de la economía de este proceso.]

describe a su yo como indigno, estéril y moralmente despreciable; se hace reproches, se denigra y espera repulsión y castigo. Se humilla ante todos los demás y conmisera a cada uno de sus familiares por tener lazos con una persona tan indigna. No juzga que le ha sobrevenido una alteración, sino que extiende su autocrítica al pasado; asevera que nunca fue mejor. El cuadro de este delirio de insignificancia —predominantemente moral— se completa con el insomnio, la repulsa del alimento y un desfallecimiento, en extremo asombroso psicológicamente, de la pulsión que compele a todos los seres vivos a aferrarse a la vida.

Tanto en lo científico como en lo terapéutico sería infructuoso tratar de oponérsele al enfermo que promueve contra su yo tales querellas. Es que en algún sentido ha de tener razón y ha de pintar algo que es como a él le parece. No podemos menos que refrendar plenamente algunos de sus asertos. Es en realidad todo lo falto de interés, todo lo incapaz de amor y de trabajo que él dice. Pero esto es, según sabemos, secundario; es la consecuencia de ese trabajo interior que devora a su yo, un trabajo que desconocemos, comparable al del duelo. También en algunas otras de sus autoimputaciones nos parece que tiene razón y aun que capta la verdad con más claridad que otros, no melancólicos. Cuando en una autocrítica extremada se pinta como insignificantucho, egoísta, insincero, un hombre dependiente que sólo se afanó en ocultar las debilidades de su condición, quizás en nuestro fuero interno nos parezca que se acerca bastante al conocimiento de sí mismo y sólo nos intrigue la razón por la cual uno tendría que enfermarse para alcanzar una verdad así. Es que no hay duda; el que ha dado en apreciarse de esa manera y lo manifiesta ante otros —una apreciación que el príncipe Hamlet hizo de sí mismo y de sus prójimos—,[7] ese está enfermo, ya diga la verdad o sea más o menos injusto consigo mismo. Tampoco es difícil notar que entre la medida de la autodenigración y su justificación real no hay, a juicio nuestro, correspondencia alguna. La mujer antes cabal, meritoria y penetrada de sus deberes, no hablará, en la melancolía, mejor de sí misma que otra en verdad inservible para todo, y aun quizá sea más proclive a enfermar de melancolía que esta otra de quien nada bueno sabríamos decir. Por último, tiene que resultarnos llamativo que el melancólico no se comporte en un todo como alguien que hace contrición de arrepentimiento

[7] «Dad a cada hombre el trato que se merece, y ¿quién se salvaría de ser azotado?» (*Hamlet*, acto II, escena 2).

y de autorreproche. Le falta (o al menos no es notable en él) la vergüenza en presencia de los otros, que sería la principal característica de este último estado. En el melancólico podría casi destacarse el rasgo opuesto, el de una acuciante franqueza que se complace en el desnudamiento de sí mismo.

Lo esencial no es, entonces, que el melancólico tenga razón en su penosa rebaja de sí mismo, hasta donde esa crítica coincide con el juicio de los otros. Más bien importa que esté describiendo correctamente su situación psicológica. Ha perdido el respeto por sí mismo y tendrá buenas razones para ello. Esto nos pone ante una contradicción que nos depara un enigma difícil de solucionar. Siguiendo la analogía con el duelo, deberíamos inferir que él ha sufrido una pérdida en el objeto; pero de sus declaraciones surge una pérdida en su yo.

Antes de abordar esta contradicción, detengámonos un momento en la mirada que esta afección, la melancolía, nos ha permitido echar en la constitución íntima del yo humano. Vemos que una parte del yo se contrapone a la otra, la aprecia críticamente, la toma por objeto, digamos. Y todas nuestras ulteriores observaciones corroborarán la sospecha de que la instancia crítica escindida del yo en este caso podría probar su autonomía también en otras situaciones. Hallaremos en la realidad fundamento para separar esa instancia del resto del yo. Lo que aquí se nos da a conocer es la instancia que usualmente se llama *conciencia moral*; junto con la censura de la conciencia y con el examen de realidad la contaremos entre las grandes instituciones del yo,[8] y en algún lugar hallaremos también las pruebas de que puede enfermarse ella sola. El cuadro nosológico de la melancolía destaca el desagrado moral con el propio yo por encima de otras tachas: quebranto físico, fealdad, debilidad, inferioridad social, rara vez son objeto de esa apreciación que el enfermo hace de sí mismo; sólo el empobrecimiento ocupa un lugar privilegiado entre sus temores o aseveraciones.

Una observación nada difícil de obtener nos lleva ahora a esclarecer la contradicción antes presentada [al final del penúltimo párrafo]. Si con tenacidad se presta oídos a las querellas que el paciente se dirige, llega un momento en que no es posible sustraerse a la impresión de que las más fuertes de ellas se adecuan muy poco a su propia persona y muchas veces, con levísimas modificaciones, se ajustan a otra persona a quien el enfermo ama, ha amado a amaría.

[8] [Cf. «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (1917*d*), *supra*, pág. 232.]

Y tan pronto se indaga el asunto, él corrobora esta conjetura. Así, se tiene en la mano la clave del cuadro clínico si se disciernen los autorreproches como reproches contra un objeto de amor, que desde este han rebotado sobre el yo propio.

La mujer que conmisera en voz alta a su marido por estar atado a una mujer de tan nulas prendas quiere quejarse, en verdad, de la falta de valía de él, en cualquier sentido que se la entienda. No es mucha maravilla que entre los autorreproches revertidos haya diseminados algunos genuinos; pudieron abrirse paso porque ayudan a encubrir a los otros y a imposibilitar el conocimiento de la situación, y aun provienen de los pros y contras que se sopesaron en la disputa de amor que culminó en su pérdida. También la conducta de los enfermos se hace ahora mucho más comprensible. Sus quejas {*Klagen*} son realmente querellas {*Anklagen*}, en el viejo sentido del término. Ellos no se avergüenzan ni se ocultan: todo eso rebajante que dicen de sí mismos en el fondo lo dicen de otro. Y bien lejos están de dar pruebas frente a quienes los rodean de esa postración y esa sumisión, las únicas actitudes que convendrían a personas tan indignas; más bien son martirizadores en grado extremo, se muestran siempre como afrentados y como si hubieran sido objeto de una gran injusticia. Todo esto es posible exclusivamente porque las reacciones de su conducta provienen siempre de la constelación anímica de la revuelta, que después, por virtud de un cierto proceso, fueron trasportadas a la contrición melancólica.

Ahora bien, no hay dificultad alguna en reconstruir este proceso. Hubo una elección de objeto, una ligadura de la libido a una persona determinada; por obra de *una afrenta real o un desengaño* de parte de la persona amada sobrevino un sacudimiento de ese vínculo de objeto. El resultado no fue el normal, que habría sido un quite de la libido de ese objeto y su desplazamiento a uno nuevo, sino otro distinto, que para producirse parece requerir varias condiciones. La investidura de objeto resultó poco resistente, fue cancelada, pero la libido libre no se desplazó a otro objeto sino que se retiró sobre el yo. Pero ahí no encontró un uso cualquiera, sino que sirvió para establecer una *identificación* del yo con el objeto resignado. La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien, en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular [9] como un objeto, como el objeto abandonado. De esa manera, la pérdida del objeto hubo de mu-

[9] [En la primera edición (1917), esta palabra no aparecía.]

darse en una pérdida del yo, y el conflicto entre el yo y la persona amada, en una bipartición entre el yo crítico y el yo alterado por identificación.

Hay algo que se colige inmediatamente de las premisas y resultados de tal proceso. Tiene que haber existido, por un lado, una fuerte fijación en el objeto de amor y, por el otro y en contradicción a ello, una escasa resistencia de la investidura de objeto. Según una certera observación de Otto Rank, esta contradicción parece exigir que la elección de objeto se haya cumplido sobre una base narcisista, de tal suerte que la investidura de objeto pueda regresar al narcisismo si tropieza con dificultades. La identificación narcisista con el objeto se convierte entonces en el sustituto de la investidura de amor, lo cual trae por resultado que el vínculo de amor no deba resignarse a pesar del conflicto con la persona amada. Un sustituto así del amor de objeto por identificación es un mecanismo importante para las afecciones narcisistas; hace poco tiempo Karl Landauer ha podido descubrirlo en el proceso de curación de una esquizofrenia (1914). Desde luego, corresponde a la *regresión* desde un tipo de elección de objeto al narcisismo originario. En otro lugar hemos consignado que la identificación es la etapa previa de la elección de objeto y es el primer modo, ambivalente en su expresión, como el yo distingue a un objeto. Querría incorporárselo, en verdad, por la vía de la devoración, de acuerdo con la fase oral o canibálica del desarrollo libidinal.[10] A esa trabazón reconduce Abraham, con pleno derecho, la repulsa de los alimentos que se presenta en la forma grave del estado melancólico.[11]

La inferencia que la teoría pide, a saber, que en todo o en parte la disposición a contraer melancolía se remite al predominio del tipo narcisista de elección de objeto, desdichadamente aún no ha sido confirmada por la investigación. En las frases iniciales de este estudio confesé que el material empírico en que se basa es insuficiente para garantizar nuestras pretensiones. Si pudiéramos suponer que la observación concuerda con las deducciones que hemos hecho, no vacilaríamos en incluir dentro de la característica de la melancolía la regresión desde la investidura de objeto hasta la fase oral de la libido que pertenece todavía al narcisismo. Tampoco son raras en las neurosis de trasferencia identifi-

[10] [Cf. «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*), *supra*, pág. 133. Cf. también mi «Nota introductoria», *supra*, págs. 239-40.]

[11] [Abraham llamó por primera vez la atención de Freud sobre esto en una carta que le dirigió el 31 de marzo de 1915. Cf. *Sigmund Freud/Karl Abraham. Briefe 1907 bis 1926* (Freud, 1965*a*, pág. 208).]

caciones con el objeto, y aun constituyen un conocido mecanismo de la formación de síntoma, sobre todo en el caso de la histeria. Pero tenemos derecho a diferenciar la identificación narcisista de la histérica porque en la primera se resigna la investidura de objeto, mientras que en la segunda esta persiste y exterioriza un efecto que habitualmente está circunscrito a ciertas acciones e inervaciones singulares. De cualquier modo, también en las neurosis de trasferencia la identificación expresa una comunidad que puede significar amor. La identificación narcisista es la más originaria, y nos abre la comprensión de la histérica, menos estudiada.[12]

Por tanto, la melancolía toma prestados una parte de sus caracteres al duelo, y la otra parte a la regresión desde la elección narcisista de objeto hasta el narcisismo. Por un lado, como el duelo, es reacción frente a la pérdida real del objeto de amor, pero además depende de una condición que falta al duelo normal o lo convierte, toda vez que se presenta, en un duelo patológico. La pérdida del objeto de amor es una ocasión privilegiada para que campee y salga a la luz la ambivalencia de los vínculos de amor.[13] Y por eso, cuando preexiste la disposición a la neurosis obsesiva, el conflicto de ambivalencia presta al duelo una conformación patológica y lo compele a exteriorizarse en la forma de unos autorreproches, a saber, que uno mismo es culpable de la pérdida del objeto de amor, vale decir, que la quiso. En esas depresiones de cuño obsesivo tras la muerte de personas amadas se nos pone por delante eso que el conflicto de ambivalencia opera por sí solo cuando no es acompañado por el recogimiento regresivo de la libido. Las ocasiones de la melancolía rebasan las más de las veces el claro acontecimiento de la pérdida por causa de muerte y abarcan todas las situaciones de afrenta, de menosprecio y de desengaño en virtud de las cuales puede instilarse en el vínculo una oposición entre amor y odio o reforzarse una ambivalencia preexistente. Este conflicto de ambivalencia, de origen más bien externo unas veces, más bien constitucional otras, no ha de pasarse por alto entre las premisas de la melancolía. Si el amor por el objeto —ese amor que no puede resignarse al par que el objeto mismo es resignado— se refugia en la identificación narcisista, el odio se ensaña con ese objeto sustitutivo in-

[12] [El tema de la identificación fue abordado luego por Freud en *Psicología de las masas* (1921*c*), *AE*, **18**, págs. 99 y sigs. Sobre la identificación histérica hay una descripción temprana en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **4**, págs. 167-8.]

[13] [Gran parte de lo que sigue es examinado con más detalle en el capítulo V de *El yo y el ello* (1923*b*).]

sultándolo, denigrándolo, haciéndolo sufrir y ganando en este sufrimiento una satisfacción sádica. Ese automartirio de la melancolía, inequívocamente gozoso, importa, en un todo como el fenómeno paralelo de la neurosis obsesiva, la satisfacción de tendencias sádicas y de tendencias al odio [14] que recaen sobre un objeto y por la vía indicada han experimentado una vuelta hacia la persona propia. En ambas afecciones suelen lograr los enfermos, por el rodeo de la autopunición, desquitarse de los objetos originarios y martirizar a sus amores por intermedio de su condición de enfermos, tras haberse entregado a la enfermedad a fin de no tener que mostrarles su hostilidad directamente. Y por cierto, la persona que provocó la perturbación afectiva del enfermo y a la cual apunta su ponerse enfermo se hallará por lo común en su ambiente más inmediato. Así, la investidura de amor del melancólico en relación con su objeto ha experimentado un destino doble; en una parte ha regresado a la identificación, pero, en otra parte, bajo la influencia del conflicto de ambivalencia, fue trasladada hacia atrás, hacia la etapa del sadismo más próxima a ese conflicto.

Sólo este sadismo nos revela el enigma de la inclinación al *suicidio* por la cual la melancolía se vuelve tan interesante y... peligrosa. Hemos individualizado como el estado primordial del que parte la vida pulsional un amor tan enorme del yo por sí mismo, y en la angustia que sobreviene a consecuencia de una amenaza a la vida vemos liberarse un monto tan gigantesco de libido narcisista, que no entendemos que ese yo pueda avenirse a su autodestrucción. Desde hace mucho sabíamos que ningún neurótico registra propósitos de suicidio que no vuelva sobre sí mismo a partir del impulso de matar a otro, pero no comprendíamos el juego de fuerzas por el cual un propósito así pueda ponerse en obra. Ahora el análisis de la melancolía nos enseña que el yo sólo puede darse muerte si en virtud del retroceso de la investidura de objeto puede tratarse a sí mismo como un objeto, si le es permitido dirigir contra sí mismo esa hostilidad que recae sobre un objeto y subroga la reacción originaria del yo hacia objetos del mundo exterior.[15] Así, en la regresión desde la elección narcisista de objeto, este último fue por cierto cancelado, pero probó ser más poderoso que el yo mismo. En las dos situaciones contrapuestas del enamoramiento más extre-

[14] Sobre la distinción entre ambas, véase mi artículo «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*) [*supra*, pág. 133].

[15] Cf. *ibid.* [*supra*, págs. 130-1].

mo y del suicidio, el yo, aunque por caminos enteramente diversos, es sojuzgado por el objeto.[16]

Además, respecto de uno de los caracteres llamativos de la melancolía, el predominio de la angustia de empobrecimiento, es sugerente admitir que deriva del erotismo anal arrancado de sus conexiones y mudado en sentido regresivo.

La melancolía nos plantea todavía otras preguntas cuya respuesta se nos escapa en parte. La mancomuna al duelo este rasgo: pasado cierto tiempo desaparece sin dejar tras sí graves secuelas registrables. Con relación a aquel nos enteramos [*supra*, págs. 242-3] de que se necesita tiempo para ejecutar detalle por detalle la orden que dimana del examen de realidad; y cumplido ese trabajo, el yo ha liberado su libido del objeto perdido. Un trabajo análogo podemos suponer que ocupa al yo durante la melancolía; aquí como allí nos falta la comprensión económica del proceso. El insomnio de la melancolía es sin duda testimonio de la pertinacia de ese estado, de la imposibilidad de efectuar el recogimiento general de las investiduras que el dormir requiere. El complejo melancólico se comporta como una herida abierta, atrae hacia sí desde todas partes energías de investidura (que en las neurosis de trasferencia hemos llamado «contrainvestiduras») y vacía al yo hasta el empobrecimiento total;[17] es fácil que se muestre resistente contra el deseo de dormir del yo. Un factor probablemente somático, que no ha de declararse psicógeno, es el alivio que por regla general recibe ese estado al atardecer. Estas elucidaciones plantean un interrogante: si una pérdida del yo sin miramiento por el objeto (una afrenta del yo puramente narcisista) no basta para producir el cuadro de la melancolía, y si un empobrecimiento de la libido yoica, provocado directamente por toxinas, no puede generar ciertas formas de la afección.

La peculiaridad más notable de la melancolía, y la más menesterosa de esclarecimiento, es su tendencia a volverse del revés en la manía, un estado que presenta los síntomas opuestos. Según se sabe, no toda melancolía tiene ese destino. Muchos casos trascurren con recidivas periódicas, y en los inter-

16 [Freud vuelve sobre el tema del suicidio en el capítulo V de *El yo y el ello* (1923*b*), *AE*, **19**, pág. 54, y en «El problema económico del masoquismo» (1924*c*), *AE*, **19**, págs. 175-6.]

17 [Esta analogía de la herida abierta aparece ya (ilustrada con dos diagramas) en un temprano apunte sobre la melancolía, probablemente escrito en enero de 1895 (Freud, 1950*a*, Manuscrito G), *AE*, **1**, págs. 245-6. Cf. mi «Nota introductoria», *supra*, pág. 238.]

valos no se advierte tonalidad alguna de manía, o se la advierte sólo en muy escasa medida. Otros casos muestran esa alternancia regular de fases melancólicas y maníacas que ha llevado a diferenciar la insania cíclica. Estaríamos tentados de no considerar estos casos como psicógenos si no fuera porque el trabajo psicoanalítico ha permitido resolver la génesis de muchos de ellos, así como influirlos en sentido terapéutico. Por tanto, no sólo es lícito, sino hasta obligatorio, extender un esclarecimiento analítico de la melancolía también a la manía.

No puedo prometer que ese intento se logre plenamente. Es que no va más allá de la posibilidad de una primera orientación. Aquí se nos ofrecen dos puntos de apoyo: el primero es una *impresión psicoanalítica*, y el otro, se estaría autorizado a decir, una experiencia económica general. La impresión, formulada ya por varios investigadores psicoanalíticos, es esta: la manía no tiene un contenido diverso de la melancolía, y ambas afecciones pugnan con el mismo «complejo», al que el yo probablemente sucumbe en la melancolía, mientras que en la manía lo ha dominado o lo ha hecho a un lado. El otro apoyo nos lo brinda la experiencia según la cual en todos los estados de alegría, júbilo o triunfo, que nos ofrecen el paradigma normal de la manía, puede reconocerse idéntica conjunción de condiciones económicas. En ellos entra en juego un influjo externo por el cual un gasto psíquico grande, mantenido por largo tiempo o realizado a modo de un hábito, se vuelve por fin superfluo, de suerte que queda disponible para múltiples aplicaciones y posibilidades de descarga. Por ejemplo: cuando una gran ganancia de dinero libera de pronto a un pobre diablo de la crónica preocupación por el pan de cada día, cuando una larga y laboriosa brega se ve coronada al fin por el éxito, cuando se llega a la situación de poder librarse de golpe de una coacción oprimente, de una disimulación arrastrada de antiguo, etc. Esas situaciones se caracterizan por el empinado talante, las marcas de una descarga del afecto jubiloso y una mayor presteza para emprender toda clase de acciones, tal como ocurre en la manía y en completa oposición a la depresión y a la inhibición propias de la melancolía. Podemos atrevernos a decir que la manía no es otra cosa que un triunfo así, sólo que en ella otra vez queda oculto para el yo eso que él ha vencido y sobre lo cual triunfa. A la borrachera alcohólica, que se incluye en la misma serie de estados, quizá se la pueda entender de idéntico modo (en la medida en que sea alegre); es probable que en ella se cancelen, por vía tóxica, unos gastos de represión. Los legos se inclinan a suponer que en tal complexión maníaca

se está tan presto a moverse y a acometer empresas porque se tiene «brío». Desde luego, hemos de resolver ese falso enlace. Lo que ocurre es que en el interior de la vida anímica se ha cumplido la mencionada condición económica, y por eso se está de talante tan alegre, por un lado, y tan desinhibido en el obrar, por el otro.

Si ahora reunimos esas dos indicaciones,[18] resulta lo siguiente: En la manía el yo tiene que haber vencido a la pérdida del objeto (o al duelo por la pérdida, o quizás al objeto mismo), y entonces queda disponible todo el monto de contrainvestidura que el sufrimiento dolido de la melancolía había atraído sobre sí desde el yo y había ligado. Cuando parte, voraz, a la búsqueda de nuevas investiduras de objeto, el maníaco nos demuestra también inequívocamente su emancipación del objeto que le hacía penar.

Este esclarecimiento suena verosímil, pero, en primer lugar, está todavía muy poco definido y, en segundo, hace aflorar más preguntas y dudas nuevas que las que podemos nosotros responder. No queremos eludir su discusión, aun si no cabe esperar que a través de ella hallaremos el camino hacia la claridad.

En primer término: El duelo normal vence sin duda la pérdida del objeto y mientras persiste absorbe de igual modo todas las energías del yo. ¿Por qué después que trascurrió no se establece también en él, limitadamente, la condición económica para una fase de triunfo? Me resulta imposible responder a esa objeción de improviso. Ella nos hace notar que ni siquiera podemos decir cuáles son los medios económicos por los que el duelo consuma su tarea [cf. pág. 243]; pero quizá pueda valernos aquí una conjetura. Para cada uno de los recuerdos y de las situaciones de expectativa que muestran a la libido anudada con el objeto perdido, la realidad pronuncia su veredicto: El objeto ya no existe más; y el yo, preguntado, por así decir, si quiere compartir ese destino, se deja llevar por la suma de satisfacciones narcisistas que le da el estar con vida y desata su ligazón con el objeto aniquilado. Podemos imaginar que esa desatadura se cumple tan lentamente y tan paso a paso que, al terminar el trabajo, también se ha disipado el gasto que requería.[19]

Es tentador buscar desde esa conjetura sobre el trabajo del

[18] [La «impresión psicoanalítica» y la «experiencia económica general».]

[19] El punto de vista económico ha recibido hasta ahora poca atención en los escritos psicoanalíticos. Mencionaré como excepción un artículo de Victor Tausk (1913*a*) sobre la desvalorización, por recompensa, de los motivos de la represión.

duelo el camino hacia una figuración del trabajo melancólico. Aquí nos ataja de entrada una incertidumbre. Hasta ahora apenas hemos considerado el punto de vista tópico en el caso de la melancolía, ni nos hemos preguntado por los sistemas psíquicos en el interior de los cuales y entre los cuales se cumple su trabajo. ¿Cuánto de los procesos psíquicos de la afección se juega todavía en las investiduras de objeto inconcientes que se resignaron, y cuánto dentro del yo, en el sustituto de ellas por identificación?

Se discurre de inmediato y con facilidad se consigna: la «representación(-cosa) {*Dingvorstellung*} [20] inconciente del objeto es abandonada por la libido». Pero en realidad esta representación se apoya en incontables representaciones singulares (sus huellas inconcientes), y la ejecución de ese quite de libido no puede ser un proceso instantáneo, sino, sin duda, como en el caso del duelo, un proceso lento que avanza poco a poco. ¿Comienza al mismo tiempo en varios lugares o implica alguna secuencia determinada? No es fácil discernirlo; en los análisis puede comprobarse a menudo que ora este, ora estotro recuerdo son activados, y que esas quejas monocordes, fatigantes por su monotonía, provienen empero en cada caso de una diversa raíz inconciente. Si el objeto no tiene para el yo una importancia tan grande, una importancia reforzada por millares de lazos, tampoco es apto para causarle un duelo o una melancolía. Ese carácter, la ejecución pieza por pieza del desasimiento de la libido, es por tanto adscribible a la melancolía de igual modo que al duelo; probablemente se apoya en las mismas proporciones económicas y sirve a idénticas tendencias.

Pero la melancolía, como hemos llegado a saber, contiene algo más que el duelo normal. La relación con el objeto no es en ella simple; la complica el conflicto de ambivalencia. Esta es o bien constitucional, es decir, inherente a todo vínculo de amor de este yo, o nace precisamente de las vivencias que conllevan la amenaza de la pérdida del objeto. Por eso la melancolía puede surgir en una gama más vasta de ocasiones que el duelo, que por regla general sólo es desencadenado por la pérdida real, la muerte del objeto. En la melancolía se urde una multitud de batallas parciales por el objeto; en ellas se enfrentan el odio y el amor, el primero pugna por desatar la libido del objeto, y el otro por salvar del asalto esa posición libidinal. A estas batallas parciales no podemos situarlas en otro sistema que el *Icc*, el reino de las huellas mnémicas de

[20] [Cf. «Lo inconciente» (1915*e*), *supra*, pág. 198, *n*. 7. {Véase también la nota de la traducción castellana, *supra*, pág. 211.}]

cosa {*sachliche Erinnerungspuren*} (a diferencia de las investiduras de palabra). Ahí mismo se efectúan los intentos de desatadura en el duelo, pero en este caso nada impide que tales procesos prosigan por el camino normal que atraviesa el *Prcc* hasta llegar a la conciencia. Este camino está bloqueado para el trabajo melancólico, quizás a consecuencia de una multiplicidad de causas o de la conjunción de estas. La ambivalencia constitucional pertenece en sí y por sí a lo reprimido, mientras que las vivencias traumáticas con el objeto pueden haber activado otro [material] reprimido. Así, de estas batallas de ambivalencia, todo se sustrae de la conciencia hasta que sobreviene el desenlace característico de la melancolía. Este consiste, como sabemos, en que la investidura libidinal amenazada abandona finalmente al objeto, pero sólo para retirarse al lugar del yo del cual había partido. De este modo el amor se sustrae de la cancelación por su huida al interior del yo. Tras esta regresión de la libido, el proceso puede devenir conciente y se representa {*repräsentiert*} ante la conciencia como un conflicto entre una parte del yo y la instancia crítica.

Por consiguiente, lo que la conciencia experimenta del trabajo melancólico no es la pieza esencial de este, ni aquello a lo cual podemos atribuir una influencia sobre la solución de la enfermedad. Vemos que el yo se menosprecia y se enfurece contra sí mismo, y no comprendemos más que el enfermo adónde lleva eso y cómo puede cambiarse. Es más bien a la pieza inconciente del trabajo a la que podemos adscribir una operación tal; en efecto, no tardamos en discernir una analogía esencial entre el trabajo de la melancolía y el del duelo. Así como el duelo mueve al yo a renunciar al objeto declarándoselo muerto y ofreciéndole como premio el permanecer con vida, de igual modo cada batalla parcial de ambivalencia afloja la fijación de la libido al objeto desvalorizando este, rebajándolo; por así decir, también victimándolo. De esa manera se da la posibilidad de que el pleito {*Prozess*} se termine dentro del *Icc*, sea después que la furia se desahogó, sea después que se resignó el objeto por carente de valor. No vemos todavía cuál de estas dos posibilidades pone fin a la melancolía regularmente o con la mayor frecuencia, ni el modo en que esa terminación influye sobre la ulterior trayectoria del caso. Tal vez el yo pueda gozar de esta satisfacción: le es lícito reconocerse como el mejor, como superior al objeto.

Por más que aceptemos esta concepción del trabajo melancólico, ella no nos proporciona la explicación que buscábamos. Esperábamos derivar de la ambivalencia que reina en la afección melancólica la condición económica merced a la cual,

una vez trascurrida aquella, sobreviene la manía; esa expectativa pudo apoyarse en analogías extraídas de otros diversos ámbitos, pero hay un hecho frente al cual debe inclinarse. De las tres premisas de la melancolía: pérdida del objeto, ambivalencia y regresión de la libido al yo, a las dos primeras las reencontramos en los reproches obsesivos tras acontecimientos de muerte. Ahí, sin duda alguna, es la ambivalencia el resorte del conflicto, y la observación muestra que, expirado este, no resta nada parecido al triunfo de una complexión maníaca. Nos vemos remitidos, pues, al tercer factor como el único eficaz. Aquella acumulación de investidura antes ligada que se libera al término del trabajo melancólico y posibilita la manía tiene que estar en trabazón estrecha con la regresión de la libido al narcisismo. El conflicto en el interior del yo, que la melancolía recibe a canje de la lucha por el objeto, tiene que operar a modo de una herida dolorosa que exige una contrainvestidura grande en extremo. Pero aquí, de nuevo, será oportuno detenernos y posponer el ulterior esclarecimiento de la manía hasta que hayamos obtenido una intelección sobre la naturaleza económica del *dolor*, primero del corporal, y después del anímico, su análogo.[21] Sabemos ya que la íntima trabazón en que se encuentran los intrincados problemas del alma nos fuerza a interrumpir, inconclusa, cada investigación, hasta que los resultados de otra puedan venir en su ayuda.[22]

[21] [Cf. «La represión» (1915*d*), *supra*, pág. 142, *n.* 1.]

[22] [*Nota agregada* en 1925:] Cf. una continuación de este examen de la manía en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921*c*) [*AE*, **18**, págs. 123-6].

# Apéndice a los «Trabajos sobre metapsicología»

## Escritos de Freud que versan predominantemente o en gran parte sobre teoría psicológica general

[La fecha que aparece a la izquierda es la del año de redacción; la que figura luego de cada uno de los títulos corresponde al año de publicación y remite al ordenamiento adoptado en la bibliografía del final del volumen. Los trabajos que se dan entre corchetes fueron publicados póstumamente.]

| | |
|---|---|
| [1895 | «Proyecto de psicología» (1950*a*).] |
| [1896 | Cartas a Fliess, del 1º de enero y del 6 de diciembre (1950*a*).] |
| 1899 | *La interpretación de los sueños*, capítulo VII (1900*a*). |
| 1910-11 | «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911*b*). |
| 1911 | «Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente», sección III (1911*c*). |
| 1912 | «Nota sobre el concepto de lo inconciente en psicoanálisis» (1912*g*). |
| 1914 | «Introducción del narcisismo» (1914*c*). |
| 1915 | «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*). |
| 1915 | «La represión» (1915*d*). |
| 1915 | «Lo inconciente» (1915*e*). |
| 1915 | «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (1917*d*). |
| 1915 | «Duelo y melancolía» (1917*e*). |
| 1916-17 | *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, 22ª y 26ª conferencias (1916-17). |
| 1920 | *Más allá del principio de placer* (1920*g*). |
| 1921 | *Psicología de las masas y análisis del yo*, capítulos VII y XI (1921*c*). |

1922 «Teoría de la libido» (en «Dos artículos de enciclopedia: "Psicoanálisis" y "Teoría de la libido"», segundo artículo) (1923*a*).

1923 *El yo y el ello* (1923*b*).

1924 «Neurosis y psicosis» (1924*b*).

1924 «El problema económico del masoquismo» (1924*c*).

1924 «La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis» (1924*e*).

1925 «Nota sobre la "pizarra mágica"» (1925*a*).

1925 «La negación» (1925*b*).

1929 *El malestar en la cultura*, capítulos VI, VII y VIII (1930*a*).

1932 *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, 31ª y 32ª conferencias (1933*a*).

[1938 *Esquema del psicoanálisis*, capítulos I, II, IV, VIII y IX (1940*a*).]

[1938 «Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis» (1940*b*).]

# Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica (1915)

# Nota introductoria

## «Mitteilung eines der psychoanalytischen Theorie widersprechenden Falles von Paranoia»

*Ediciones en alemán*

1915 *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **3**, nº 6, págs. 321-9.
1918 *SKSN*, **4**, págs. 125-38. (1922, 2ª ed.)
1924 *GS*, **5**, págs. 288-300.
1926 *Psychoanalyse der Neurosen*, págs. 23-37.
1931 *Neurosenlehre und Technik*, págs. 23-36.
1946 *GW*, **10**, págs. 234-46.
1973 *SA*, **7**, págs. 205-16.

*Traducciones en castellano* *

1929 «Comunicación de un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica». *BN* (17 vols.), **13**, págs. 175-87. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **13**, págs. 181-93. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **1**, págs. 1006-11. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, **13**, págs. 141-50. El mismo traductor.
1967 Igual título. *BN* (3 vols.), **1**, págs. 994-9. El mismo traductor.
1972 «Un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica». *BN* (9 vols.), **6**, págs. 2010-6. El mismo traductor.

El historial clínico presentado en este artículo sirve como confirmación del punto de vista enunciado por Freud en su análisis de Schreber (1911*c*), en el sentido de que hay una

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n.* 6.}

estrecha relación entre la paranoia y la homosexualidad. Incidentalmente, es una demostración práctica dirigida a los profesionales acerca del peligro de emitir una opinión apresurada sobre un caso basándose en un conocimiento superficial de los hechos. Las últimas páginas contienen algunas interesantes observaciones de un tipo más general, sobre los procesos que operan durante un conflicto neurótico.

James Strachey

Hace algunos años me visitó un conocido abogado para consultarme sobre un caso cuya apreciación le parecía dudosa. Una joven dama había recurrido a él en busca de protección contra las persecuciones de un hombre que la había movido a una relación amorosa. Ella aseveraba que ese hombre había abusado de su condescendencia haciendo que espectadores no vistos tomaran placas fotográficas de su tierno encuentro; ahora estaría en manos de él, si enseñaba estas fotografías, el exponerla a la vergüenza y forzarla a resignar su empleo. Su asesor legal tenía suficiente experiencia para reconocer el sesgo enfermizo de esta querella, pero consideró que le convenía recabar el juicio de un psiquiatra sobre el caso. Es que en la vida ocurren tantas cosas que parecen increíbles... Prometió visitarme una próxima vez en compañía de la querellante.

Antes de proseguir quiero confesar que he alterado las circunstancias ambientales del caso investigado hasta volverlas irreconocibles, pero nada más que eso. Es que juzgo mala práctica, cualesquiera que sean los motivos (aun los mejores) que se invoquen, desfigurar los rasgos de un historial clínico al comunicarlo; es imposible anticipar el aspecto del caso que un lector de juicio independiente destacará, y así se corre el riesgo de hacer que se extravíe.[1]

La paciente, a quien conocí poco después, era una muchacha de unos treinta años, de gracia y belleza inusuales; parecía mucho más joven que su edad declarada, y su aspecto era el de una genuina feminidad. Adoptó una actitud totalmente negativa hacia el médico, y no se tomó el trabajo de ocultar su desconfianza. Sólo presionada por su abogado, que estaba presente, me contó la historia que sigue, y que me planteó un problema que después mencionaré. Sus gestos y sus exteriorizaciones de afecto no dejaban traslucir nada de

[1] [Véase una nota al pie en el mismo sentido, agregada en 1924 al historial clínico de «Katharina» (Freud), en Breuer y Freud, *Estudios sobre la histeria* (1895), *AE*, **2**, pág. 149, y algunas observaciones en la «Introducción» al caso del «Hombre de las Ratas» (1909*d*), *AE*, **10**, págs. 123-4.]

esa timidez vergonzosa que habría sido la actitud indicada hacia un oyente extraño. Estaba toda absorbida por el hechizo de esa aprensión que su vivencia le había provocado.

Desde hacía años era empleada de un gran instituto donde se desempeñaba en un cargo de responsabilidad para satisfacción de ella y con el beneplácito de sus jefes. Nunca había buscado vinculaciones amorosas con hombres; vivía reposadamente junto a una madre anciana, cuyo único sostén era ella. No tenía hermanos, y el padre había muerto hacía muchos años. En los últimos tiempos un empleado varón de la misma oficina se le había aproximado, un hombre muy educado y atractivo a quien ella no pudo rehusar sus simpatías. El matrimonio entre ellos quedaba excluido por circunstancias externas, pero el hombre no quería saber nada de abandonar la relación a causa de esta imposibilidad. Le expuso cuán disparatado era renunciar, movidos por unas convenciones sociales, a todo cuanto ellos se deseaban, a lo cual tenían un indudable derecho y que contribuía, como ninguna otra cosa, a la exaltación de la vida. Como él había prometido no ponerla en peligro, ella finalmente le concedió visitarlo de día en su vivienda de soltero. Ahí ocurrieron los besos y los abrazos, yacieron uno al lado del otro y él admiró sus encantos a medias descubiertos. En mitad de esta hora de amor la atemorizó un repentino ruido, como un latido o tictac. Venía del lado del escritorio, que estaba puesto trasversalmente a la ventana. El espacio que mediaba entre mesa y ventana estaba en parte cubierto por una espesa cortina. Ella contó que enseguida inquirió al amigo por el significado del ruido, y él le dijo que probablemente venía del pequeño reloj que estaba sobre el escritorio; pero yo me tomaré la libertad de apuntar más adelante algo sobre esta parte de su informe.

Cuando abandonó la casa, se topó además en la escalera con dos hombres que al verla se secretearon algo. Uno de los desconocidos llevaba un objeto envuelto, como un cofrecillo. El encuentro le dio que pensar; camino hacia su casa, se forjó esta combinación: ese cofrecillo fácilmente podía haber sido un aparato fotográfico, y el hombre que lo llevaba, un fotógrafo que mientras ella se encontraba en la habitación había estado al acecho escondido tras la cortina; el tictac que oyó fue el ruido del disparador, una vez que el hombre hubo obtenido la situación particularmente comprometida que quería fijar en la imagen. Desde ese momento no pudo acallar más su suspicacia hacia el amado; lo persiguió de palabra y por escrito con la demanda de una explicación tranquilizadora, y también con reproches. Pero se mostró inaccesible a los juramentos que él le hizo, con los que sustentaba la sinceridad

de sus sentimientos y lo infundado de la sospecha. Por último se dirigió al abogado, le contó su vivencia y le entregó las cartas que a raíz de ese asunto había recibido del sospechado. Después pude yo echar un vistazo a algunas de esas cartas; me hicieron la mejor impresión; lo principal de su contenido era el lamento por el hecho de que un entendimiento tan hermoso y tierno pudiera destruirse a causa de esa «desdichada idea enfermiza».

No necesito justificarme por haber hecho mío el juicio del culpado. Pero el caso tenía para mí un interés diverso del meramente diagnóstico. En la literatura psicoanalítica se había aseverado que el paranoico se debate contra un refuerzo de sus tendencias homosexuales, lo que remite en esencia a una elección narcisista de objeto. Además, se había señalado que el perseguidor en el fondo era el amado o alguien que lo fue en el pasado.[2] De la conjunción de ambas tesis resulta este requisito: el perseguidor tiene que ser del mismo sexo que el perseguido. Por otra parte, si a la tesis del condicionamiento de la paranoia por la homosexualidad no la presentamos como de validez universal y sin excepciones, ello se debió a que nuestras observaciones no eran lo bastante numerosas. Pero dicha tesis era de aquellas que, a consecuencia de ciertos nexos, sólo poseen significado pleno si pueden reclamar universalidad. En la bibliografía psiquiátrica no faltaban, por cierto, casos en que el enfermo se creía perseguido por allegados del otro sexo, pero una cosa era leer acerca de esos casos, y otra distinta tenerlos enfrente y verlos. Lo que yo y mis amigos habíamos podido observar y analizar confirmaba hasta entonces sin dificultad el vínculo de la paranoia con la homosexualidad. El caso aquí presentado lo contradecía de manera terminante. La muchacha parecía defenderse del amor a un hombre, puesto que mudaba directamente al amado en el perseguidor; nada se descubría de la influencia de la mujer, de una renuencia hacia un vínculo homosexual.

En vista de esa situación, lo más sencillo era evidentemente desistir en la demanda de validez universal para esa tesis según la cual el delirio de persecución dependía de la homosexualidad, y para todo cuanto se ligaba a ella. Y sin duda era forzoso renunciar a este conocimiento, a menos que, no dejándose persuadir por esta desviación respecto de la expectativa, uno se pusiese de parte del abogado admitiendo, como él lo hacía, que la vivencia había sido correctamente interpretada y no se trataba de una combinación paranoica. Pero

2 [Véase la tercera parte del análisis de Schreber (Freud, 1911*c*), *AE*, **12**, págs. 55 y sigs.]

yo ví otra salida que en principio posponía la decisión. Recordé cuán a menudo se había llegado a juzgar falsamente sobre enfermos psíquicos por no haberse ocupado de ellos con insistencia suficiente, a raíz de lo cual la averiguación era pobre. Declaré, por tanto, que me era imposible formular ese día un juicio, y pedí que se me hiciera una segunda visita para contarme la historia con mayor detalle y con todas las circunstancias colaterales que quizá se habían pasado por alto en esta ocasión. Gracias a la mediación del abogado obtuve el consentimiento de la paciente, que seguía mostrando su desgana; él vino también en mi ayuda declarando que en esa segunda entrevista su presencia era superflua.

El segundo relato de la paciente no anuló al primero, pero le aportó complementos tales que despejaron toda duda y todas las dificultades. En primer lugar, no había visitado al joven en su casa una vez sola, sino dos. Fue en el segundo encuentro cuando ocurrió la perturbación por el ruido al cual ella había anudado su sospecha; en su comunicación inicial había ocultado, omitido, esa primera visita porque en esa oportunidad nada importante le había sucedido. Era cierto que entonces no había pasado nada llamativo, pero sí al día siguiente. La sección de la gran empresa donde ella trabajaba estaba dirigida por una anciana dama a quien describió con estas palabras: «Tiene cabellos blancos como mi madre». Estaba habituada a que esta anciana jefa la tratara con gran ternura, por más que muchas veces la fastidiase, y se juzgaba la predilecta de ella. El día que siguió a la primera visita a casa del joven empleado, este se presentó en las oficinas para comunicar a la anciana dama alguna cosa del servicio, y mientras hablaba con esta en voz baja, nació en ella de pronto la certeza de que le estaba contando la aventura de ayer, y aun que desde hacía tiempo mantenía una relación con ella, sólo que ella hasta entonces no había notado nada.* Ahora la maternal anciana de cabellos blancos lo sabía todo. En el curso de ese día pudo refirmarse, por la conducta y las manifestaciones de la anciana, en esta sospecha suya. Aprovechó la primera oportunidad para enrostrar al amado su traición. El, desde luego, protestó con energía contra eso que llamó una imputación disparatada, y de hecho logró por esta vez disuadirla de su delirio, de suerte que algún tiempo después —creo que unas semanas— estuvo lo bastante confiada para repetir la visita a casa de él. Ya conocemos el resto por el primer relato de la paciente.

* {El juego de palabras con «ella» es un recurso estilístico deliberado para sugerir identificación.}

Lo que acabamos de averiguar pone término, en primer lugar, a la duda sobre la naturaleza enfermiza de la sospecha. Con facilidad se advierte que la jefa de cabellos blancos es un sustituto de la madre; que el hombre amado, a pesar de su juventud, es puesto en el lugar del padre, y que es el poder del complejo materno el que compele a la enferma a suponer una relación amorosa entre esos dos desiguales compañeros, en contra de toda su inverosimilitud. Pero con ello se evapora también la aparente contradicción a la expectativa alentada por la doctrina psicoanalítica de que un vínculo homosexual reforzado sería la condición para el desarrollo de un delirio de persecución. El perseguidor originario, la instancia de cuya influencia se quiere escapar, tampoco en este caso es el hombre, sino la mujer. La jefa sabe de las relaciones amorosas de la muchacha, las ve con malos ojos y le da a conocer este juicio adverso mediante tácitas insinuaciones. El vínculo con el mismo sexo se contrapone a los empeños por ganar como objeto de amor un compañero del otro sexo. El amor a la madre deviene el portavoz de todas las aspiraciones que, cumpliendo el papel de una «conciencia moral», quieren hacer que la muchacha se vuelva atrás en su primer paso por el camino nuevo, peligroso en muchos sentidos, hacia la satisfacción sexual normal, y aun logra perturbar la relación con el hombre.

Cuando la madre inhibe o pone en suspenso la afirmación sexual de la hija, cumple una función normal que está prefigurada por vínculos de la infancia, posee poderosas motivaciones inconcientes y ha recibido la sanción de la sociedad. Es asunto de la hija desasirse de esta influencia y decidirse, sobre la base de una motivación racional más amplia, por cierto grado de permisión o de denegación del goce sexual. Si en el intento de alcanzar esa liberación contrae una neurosis, ello se debe a la preexistencia de un complejo materno por regla general hiperintenso, y ciertamente no dominado, cuyo conflicto con la nueva corriente libidinosa se zanja, según sea la disposición aplicable, en la forma de tal o cual neurosis. En todos los casos, las manifestaciones de la reacción neurótica no están determinadas por el vínculo presente con la madre actual, sino por los vínculos infantiles con la imagen materna del tiempo primordial.

De nuestra paciente sabemos que desde hacía muchos años era huérfana de padre; también estamos autorizados a suponer que no se habría mantenido lejos del hombre hasta la edad de treinta años si una fuerte ligazón afectiva con la madre no le hubiera ofrecido un apoyo para eso. Ese apoyo se le convirtió en pesada cadena cuando su libido empezó a as-

pirar al hombre, llamada por un insistente cortejo. Procuro quitar de en medio ese apoyo, finiquitar su ligazón homosexual. Su disposición —de la que no hace falta hablar aquí— proveyó para que esto ocurriera como una formación paranoica de delirio. La madre deviene así una observadora desfavorable y una perseguidora. Como tal, habría podido ser vencida si el complejo materno no hubiera conservado el poder de imponer su propósito, el mantenerla alejada del hombre. Al final de esta primera fase del conflicto, por tanto, ella se ha alienado de la madre sin plegarse al hombre. Y entonces ambos conspiran contra ella. En ese momento prevalece el empeño del hombre por atraerla decididamente a sí. Ella vence el veto de la madre y se dispone a conceder al amado una nueva cita. La madre no aparece más en los acontecimientos ulteriores; no obstante, nos es lícito establecer que en esta fase [la primera] el hombre amado no había devenido perseguidor directamente, sino pasando por la vía de la madre y en virtud de su vínculo con la madre, en quien había recaído el papel principal en la primera formación delirante.

Ahora se creería que la resistencia fue vencida definitivamente y que la muchacha, ligada hasta entonces a la madre, ha logrado amar a un hombre. Pero tras el segundo encuentro se establece una nueva formación delirante que, mediante una hábil utilización de ciertas contingencias, consigue arruinar ese amor y, así, lleva a su ejecución exitosa el propósito del complejo materno. Sigue pareciéndonos sorprendente que la mujer haya de defenderse del amor por el hombre con ayuda de un delirio paranoico. Pero antes de esclarecer con mayor detenimiento esta situación, queremos echar una ojeada a las contingencias sobre las que se apoyó la segunda formación delirante, dirigida con exclusividad contra el hombre.

Medio desvestida, yacente en el diván junto al amado, ella oye un ruido como un tictac, un toc, un latido, cuya causa ignora, pero que interpreta más tarde, después que se ha topado en la escalera de la casa con dos hombres, uno de los cuales lleva como un cofrecillo envuelto. Adquiere el convencimiento de que ha sido espiada y fotografiada durante el encuentro íntimo por encargo del amado. Lejos estamos, desde luego, de pensar que si no se hubiera producido ese desdichado ruido tampoco habría surgido la formación delirante. Más bien, tras esa contingencia reconocemos algo necesario que debía imponerse de manera tan compulsiva como la conjetura de una relación amorosa entre el hombre amado y la anciana jefa, escogida como sustituto de la madre. La observación del comercio amoroso entre los padres es una pieza que rara vez se echa de menos en el tesoro de fantasías in-

concientes que el análisis puede descubrir en todos los neuróticos, y con probabilidad en todos los seres humanos. Llamo a estas formaciones de la fantasía, la de la observación del comercio sexual entre los padres, la de la seducción, la castración y otras, *fantasías primordiales*, y en otro lugar indagaré en profundidad su origen así como su relación con la vivencia individual.[3] Por tanto, ese ruido contingente sólo desempeña el papel de una provocación que activa la fantasía del espionaje con las orejas, fantasía típica contenida en el complejo parental. Y aun es discutible que pueda designárselo como «contingente». Según me ha hecho notar Otto Rank, es más bien un requisito necesario de la fantasía del espionaje y repite el ruido por el cual se delata el comercio de los padres, o bien aquel por el cual temió delatarse el niño que espiaba. Pero ahora reconocemos de golpe el suelo que pisamos. El amado sigue siendo el padre, y ella misma se ha puesto en el lugar de la madre. Entonces el espionaje tiene que asignarse a una persona extraña. Ahora discernimos el modo en que ella se ha liberado de la dependencia homosexual respecto de la madre. Fue mediante una pequeña regresión; en lugar de tomar a la madre como el objeto de amor, se ha identificado con ella, ha devenido ella misma la madre. La posibilidad de esta regresión remite al origen narcisista de su elección homosexual de objeto y, así, a la disposición, preexistente en ella, a contraer una paranoia.[4] Podría esbozarse una ilación de pensamientos que lleva al mismo resultado que esta identificación: «Si la madre lo hace, yo también puedo hacerlo; tengo el mismo derecho que la madre».

Podemos dar otro paso en la eliminación de las contingencias, sin pretender que el lector nos acompañe, pues la falta de una indagación analítica más profunda hace imposible en nuestro caso pasar de cierto grado de verosimilitud. En la primera entrevista la enferma había indicado que enseguida inquirió por la causa del ruido y le dijeron que probablemente era el tictac del pequeño reloj de mesa que estaba sobre el escritorio. Me tomo la libertad de considerar esta comunicación un espejismo del recuerdo {*Erinnerungstäuschung*}. Me parece mucho más creíble que primero ella omitiese toda reacción ante el ruido y sólo le pareciese significativo luego de toparse con los dos hombres en la esca-

[3] [El tema de las «fantasías primordiales» se trata por extenso en la 23ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, págs. 336-8, y en el historial del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *AE*, **17**, págs. 56-7 y 89.]

[4] [Véase la regresión similar del amor de objeto a la identificación descrita en «Duelo y melancolía» (1917*e*), *supra*, págs. 247-8.]

lera. En cuanto al intento de explicación por el tictac del reloj, el hombre, que quizá ni siquiera había oído ese ruido, lo habrá aventurado más tarde, asediado ya por la suspicacia de la muchacha: «No sé lo que puedes haber oído; quizá fue el tictac del reloj de mesa, que muchas veces se oye». Esa posterioridad en el uso de impresiones y ese desplazamiento en el recuerdo son, precisamente, frecuentes en la paranoia y característicos de ella. Pero como nunca hablé con el hombre ni pude continuar el análisis de la muchacha, mi conjetura es indemostrable.

Podría aventurarme a avanzar todavía otro poco en la descomposición de esa «contingencia» supuestamente real. No creo en absoluto que se oyera el tictac del reloj de mesa ni otro ruido alguno. La situación en que ella se encontraba justificaba una sensación de «toc toc» o de latido en el clítoris. Esto fue, entonces, lo que con posterioridad se proyectó hacia afuera, como percepción de un objeto exterior. Algo por entero semejante es posible en el sueño. Una de mis pacientes histéricas informó una vez de un breve sueño de despertar, sobre el que no había caso de obtener ocurrencia alguna. El sueño decía: «Hacen toc toc», y ella se despertó. Nadie había llamado a la puerta, pero la noche anterior la habían despertado sensaciones penosas de poluciones y ahora tenía interés en despertarse tan pronto como se instalaran los primeros signos de la excitación sexual. Habían hecho «toc toc» en el clítoris.[5] En el caso de nuestra paranoica, yo remplazaría el ruido contingente por idéntico proceso de proyección. No puedo garantizar, desde luego, que dado lo fugaz de nuestro conocimiento mutuo y el manifiesto desagrado que ella sentía ante la compulsiva situación, la enferma me diese un informe sincero de lo ocurrido en los dos tiernos encuentros; pero la contracción aislada del clítoris concuerda muy bien con su aserto de que no había tenido lugar la unión de los genitales. Y en el rechazo resultante del hombre, junto a la «conciencia moral» también la insatisfacción tuvo, sin duda, su parte.

Ahora regresemos al llamativo hecho de que la enferma se defienda del amor al hombre con ayuda de una formación delirante paranoica. La clave para comprenderlo es proporcionada por la génesis de este delirio. Originariamente estaba dirigido, según nos era lícito esperar, contra la mujer, pero ahora, *sobre el terreno de la paranoia, se cumplió el avance de la mujer al hombre en cuanto objeto.* Un avance así no es

5 [Véase un caso similar en la 17ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, págs. 243-4.]

habitual en la paranoia; por regla general hallamos que el perseguido permanece fijado a las mismas personas (y por tanto también al mismo sexo) sobre las que recayó su elección de amor antes de la trasmudación paranoica. Pero la afección neurótica no lo excluye; nuestra observación podría ser paradigmática para muchas otras. Además de la paranoia, hay muchos procesos semejantes que hasta ahora no fueron reunidos bajo este punto de vista; entre ellos, algunos muy conocidos. Por ejemplo, el llamado neurasténico, por su ligazón inconciente con objetos de amor incestuosos, se abstiene de tomar por objeto a una mujer extraña, y en cuanto a su realización sexual queda encerrado en la fantasía. Ahora bien, en el terreno de la fantasía realiza ese avance que le es rehusado y puede sustituir a madre y hermana por objetos extraños. Y como en estos está ausente la objeción de la censura, la elección de tales personas sustitutivas en sus fantasías le deviene conciente.

Junto a los fenómenos de ese avance que se intenta desde el nuevo terreno, conquistado las más de las veces por vía regresiva, se instalan los esfuerzos emprendidos en muchas neurosis por recobrar una posición de la libido que ya se poseyó, pero se ha perdido. Las dos series de manifestaciones, como bien se comprende, apenas pueden separarse unas de otras. Nos inclinamos demasiado a pensar que el conflicto que está en la base de la neurosis se cierra con la formación de síntoma. En realidad, la lucha prosigue muchas veces aun después de la formación de síntoma. En ambos bandos emergen nuevos contingentes de pulsión que la continúan. El síntoma mismo deviene objeto de esta lucha; aspiraciones que quieren afirmarlo se miden con otras empeñadas en cancelarlo y restablecer el estado anterior. A menudo se ensayan vías para restar valor al síntoma, procurando reconquistar con otros abordajes lo perdido y denegado {frustrado} por él. Estas circunstancias arrojan luz esclarecedora sobre una tesis de C. G. Jung, según la cual una peculiar inercia psíquica, opuesta al cambio y al avance, sería la condición fundamental de la neurosis. Esta inercia es de hecho en extremo peculiar; no es genérica, sino especializada en grado sumo; tampoco reina sola en su campo, sino que lucha con tendencias al progreso y a la recuperación que no se apaciguan tras la formación de síntoma de la neurosis. Si se pesquisa el punto de partida de esta inercia especial, ella se revela como la exteriorización de unos enlaces, tempranamente establecidos y muy difíciles de desatar, de pulsiones con impresiones y con los objetos dados en estas; en virtud de esos enlaces se detuvo

el ulterior desarrollo de estos componentes pulsionales. O bien, para decirlo de otro modo, esta «inercia psíquica» especializada no es sino una expresión distinta, aunque difícilmente mejor, de lo que en el psicoanálisis estamos habituados a llamar *fijación*.[6]

[6] [Freud había aludido a esta tendencia a la fijación —o, como la llama en otro lugar, a la «viscosidad de la libido»— en la primera edición de sus *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, págs. 221-2. Prosiguió examinándola en el historial clínico del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *AE*, **17**, pág. 105, y en la 22ª de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, págs. 310-311; estos dos últimos trabajos fueron más o menos contemporáneos del presente artículo. Volvió a ella mucho más tarde, en «Análisis terminable e interminable» (1937*c*), *AE*, **23**, pág. 243, donde él mismo utiliza la frase «inercia psíquica» y relaciona este fenómeno con la «resistencia del ello» —encontrada en el tratamiento psicoanalítico—, y que en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, **20**, págs. 149-50, había atribuido a la fuerza de la compulsión de repetición. Una última alusión a la «inercia psíquica» aparece en *Esquema del psicoanálisis* (1940*a*), *AE*, **23**, pág. 182, publicado póstumamente. Se hace referencia al caso especial de «inercia de la libido» en *El malestar en la cultura* (1930*a*), *AE*, **21**, pág. 105.]

# De guerra y muerte. Temas de actualidad (1915)

# Nota introductoria

## «Zeitgemässes über Krieg und Tod»

*Ediciones en alemán*

1915 *Imago*, **4**, nº 1, págs. 1-21.
1918 *SKSN*, **4**, págs. 486-520. (1922, 2ª ed.)
1924 *GS*, **10**, págs. 315-46.
1924 Leipzig, Viena y Zurich: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 35 págs.
1946 *GW*, **10**, págs. 324-55.
1974 *SA*, **9**, págs. 33-60.

*Traducciones en castellano* *

1943 «Sobre la guerra y la muerte». *EA*, **18**, págs. 277-312. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1948 «Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte». *BN* (2 vols.), **2**, págs. 1002-16. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1954 «Sobre la guerra y la muerte». *SR*, **18**, págs. 219-44. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1968 «Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte». *BN* (3 vols.), **2**, págs. 1094-108. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), **6**, págs. 2101-17. El mismo traductor.

Estos dos ensayos se escribieron alrededor de marzo y abril de 1915, unos seis meses después del estallido de la Primera Guerra Mundial, y expresan algunas de las meditadas opiniones de Freud acerca de ella. Sus reacciones más personales se describen en el capítulo VII del segundo volumen de Ernest Jones (1955). Aquí (*infra*, págs. 302-3) se incluye como apéndice una carta escrita por Freud a un holandés conocido

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n*. 6.}

suyo, el doctor Frederik van Eeden, publicada poco antes que el presente trabajo. Hacia el final del mismo año (1915), Freud escribió otro ensayo sobre un tema análogo, «La transitoriedad», que también se hallará *infra*, págs. 305 y sigs. Muchos años más tarde volvió sobre el tema, en su carta abierta a Einstein, *¿Por qué la guerra?* (1933*b*). El segundo de los dos ensayos que siguen, sobre la muerte, fue al parecer leído por primera vez en una reunión del B'nai B'rith —el club judío de Viena al que Freud perteneció durante gran parte de su vida—, en abril de 1915 (cf. 1941*e*). Este ensayo, por supuesto, se basa en gran medida en el mismo material que la segunda sección de *Tótem y tabú* (1912-13).

James Strachey

# I. La desilusión provocada por la guerra

Envueltos en el torbellino de este tiempo de guerra, condenados a una información unilateral, sin la suficiente distancia respecto de las grandes trasformaciones que ya se han consumado o empiezan a consumarse y sin vislumbrar el futuro que va plasmándose, caemos en desorientación sobre el significado de las impresiones que nos asedian y sobre el valor de los juicios que formamos. Creemos poder decir que nunca antes un acontecimiento había destruido tanto del costoso patrimonio de la humanidad, ni había arrojado en la confusión a tantas de las más claras inteligencias, ni echado tan por tierra los valores superiores. Hasta la ciencia ha perdido su imparcialidad exenta de pasiones. Sus servidores, enconados hasta sus últimas fibras, buscan arrancarle armas para contribuir a la derrota del enemigo. El antropólogo tiene que declarar inferior y degenerado al oponente, y el psiquiatra, proclamar el diagnóstico de su enfermedad mental o anímica. Pero es probable que resintamos con desmedida fuerza la maldad de esta época, y no tenemos derecho a compararla con la de otras épocas que no hemos vivenciado.

El individuo que no se ha convertido en combatiente —y por tanto en una partícula de la gigantesca maquinaria de guerra— se siente confundido en su orientación e inhibido en su productividad. Creo que dará la bienvenida a cualquier pequeño consejo que le facilite reencontrarse al menos en su propio interior. Entre los factores que han sido los causantes de la miseria anímica de quienes se quedaron en casa, y cuyo control les plantea unas tareas tan difíciles, dos querría destacar y tratar aquí: la desilusión que esta guerra ha provocado y el cambio que nos ha impuesto —como lo hacen todas las guerras— en nuestra actitud hacia la muerte.

Cuando hablo de desilusión, todo el mundo comprende enseguida lo que quiero significar. No hace falta ser un visionario compasivo; es posible reconocer la objetiva necesidad biológica y psicológica del sufrimiento en la economía de la vida humana y, no obstante eso, condenar las guerras en cuanto a sus medios y a sus objetivos, y anhelar su terminación. Por cierto, se ha dicho que las guerras no podrán cesar

mientras los pueblos vivan en condiciones de existencia tan diversas, mientras difiera tanto el valor que cada uno de ellos atribuye a la vida del individuo y mientras los odios que los dividen sigan siendo unas fuerzas con tanto imperio en lo anímico. También se esperaba que la humanidad seguiría recurriendo durante largo tiempo a guerras entre los pueblos primitivos y los civilizados, entre las razas separadas por el color de la piel, y que aun en Europa las habría entre las naciones poco desarrolladas o caídas en el salvajismo, o en contra de ellas. Pero se osaba esperar algo más. De las grandes naciones de raza blanca, dominadoras del mundo y en las que ha recaído la conducción del género humano; de esas naciones a las que se sabía empeñadas en el cuidado de intereses que se extendían por el universo entero, creadoras de los progresos técnicos en el sojuzgamiento de la naturaleza así como de los valores de cultura, artísticos y científicos, de esos pueblos se había esperado que sabrían ingeniárselas para zanjar por otras vías las desinteligencias y los conflictos de intereses. Dentro de cada una de esas naciones se habían establecido elevadas normas éticas para el individuo, quien debía acomodarse a ellas si quería participar en la comunidad de cultura. Estos preceptos, a menudo extremados, le exigían mucho, le imponían una extensa restricción de sí mismo, una vasta renuncia a su satisfacción pulsional. Sobre todo, le estaba vedado valerse de la extraordinaria ventaja que en la lucha competitiva procura el uso de la mentira y el fraude. El Estado civilizado * tenía estas normas éticas por base de su subsistencia; adoptaba serias medidas si alguien osaba infringirlas y aun declaraba ilícito que el entendimiento crítico las sometiera a examen. Cabía suponer, pues, que él mismo las respetaría y no intentaría nada que contradijera ese basamento de su propia existencia. Por último, podía percibirse que dentro de estas naciones cultas había diseminados ciertos restos de pueblos que eran objeto de general malquerencia y a los que sólo a disgusto, y no en todos los ámbitos, se les dejaría participar en el trabajo en común, en el trabajo de la cultura para el cual habían demostrado ser suficientemente aptos. Pero podía suponerse que los grandes pueblos, como tales, habían alcanzado un entendimiento suficiente acerca de su patrimonio común y una tolerancia tal hacia sus diferencias que «extranjero» y «enemigo» ya no podrían confundirse en un solo concepto, como aún ocurría en la Antigüedad clásica.

* {El uso nos obliga a veces a decir en castellano «civilizado» donde lo literal sería «culto».}

Confiados en este avenimiento entre los pueblos cultos, innumerables hombres trocaron su morada en la patria por otra, en el extranjero, y dedicaron su existencia a las relaciones comerciales entre los pueblos amigados. Y además, aquel a quien el apremio de la vida no confinaba de manera permanente en un mismo lugar podía crearse, con todas las ventajas y los atractivos de los países cultos, una nueva patria, una patria mayor, dentro de la cual se paseaba libre de inhibición y de sospecha. Así gozaba del mar azul y del mar gris, de la belleza de los montes nevados y de las verdes praderas, del encanto de los bosques nórdicos y de la magnificencia de la vegetación meridional, de la armonía de los paisajes en que perduran grandiosos recuerdos históricos y de la paz de la naturaleza inhollada. Esta nueva patria era para él también un museo rebosante de todos los tesoros que los artistas de la humanidad culta habían creado y legado desde hace siglos. Y mientras recorría este museo de una sala a otra, podía reconocer con imparcialidad los tipos de perfección que la mezcla de estirpes, la historia y los dones de la Madre Tierra habían plasmado en sus compatriotas, entendidos en este sentido amplio. Aquí se había desarrollado al máximo la energía indómita y atrevida, allí el gracioso arte de embellecer la vida, y en otras partes el sentido del orden y de la ley u otras de las cualidades que han hecho del hombre el amo de la Tierra.

No olvidemos tampoco que cada uno de los ciudadanos del mundo culto se había creado un *Parnaso* particular y una *Escuela de Atenas.*[1] Entre los grandes pensadores, creadores literarios, artistas de todas las naciones, había escogido a quienes creía deber lo mejor que le era deparado en goce y comprensión de la vida, y los sumó en su veneración a los inmortales de la Antigüedad así como a los maestros familiares que hablaban su misma lengua. Ninguno de esos grandes le parecía extranjero porque hubiera hablado en otra lengua: ni el insuperable explorador de las pasiones humanas, ni el visionario ebrio de belleza, ni el profeta de tremendas admoniciones, ni el fino satírico; y ello nunca lo llevó a reprocharse infidelidad hacia su propia nación ni hacia su amada lengua materna.

[1] [Dos de los famosos frescos de Rafael en las cámaras papales del Vaticano. Uno de ellos representa a un grupo de grandes poetas del mundo y el otro a un grupo similar de sabios. En *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **4**, pág. 320, Freud recurre a los mismos cuadros para trazar una analogía con una de las técnicas empleadas por el trabajo onírico.]

El disfrute de la comunidad de cultura fue turbado en ocasiones por algunas voces; ellas advertían que, a causa de diferencias heredadas de antiguo, serían inevitables todavía las guerras entre las naciones que la integraban. No se les quiso dar crédito, pero, ¿cómo se imaginaba una guerra así, si es que había de sobrevenir? Como una oportunidad para exhibir los progresos del sentimiento comunitario de los hombres desde aquel tiempo en que las anfictionías griegas tenían prohibido destruir a una ciudad perteneciente a la Liga, arrasar sus olivares y cortarle el agua. Como una justa caballeresca que se limitaría a establecer la superioridad de una de las partes, con la máxima evitación de crueles sufrimientos que en nada podrían contribuir a esa decisión, con total piedad por el herido, que debía ser apartado de la lucha, y por los médicos y enfermeros consagrados a su tarea. Y además, desde luego, con toda clase de miramientos por la parte de la población no combatiente, por las mujeres, que permanecen alejadas de las acciones bélicas, y por los niños, que, cuando crezcan, se brindarán —supuestamente— amistad y ayuda por encima de los bandos. También con la preservación de todas las empresas e instituciones internacionales en que ha cobrado cuerpo la comunidad de cultura de tiempos de paz.

Una guerra tal, es cierto, aún habría acarreado una considerable cuota de horror y de sufrimiento, pero no habría interrumpido el desarrollo de relaciones éticas entre esos individuos rectores {*Grossindividuen*} de la humanidad que son los pueblos y los Estados.

La guerra, en la que no quisimos creer, ha estallado ahora y trajo consigo... la desilusión. No sólo es más sangrienta y devastadora que cualquiera de las guerras anteriores, y ello a causa de las poderosas y perfeccionadas armas ofensivas y defensivas, sino que es por lo menos tan cruel, tan encarnizada y tan inmisericorde como ellas. Trasgrede todas las restricciones a que nos obligamos en tiempos de paz y que habían recibido el nombre de derecho internacional; no reconoce las prerrogativas del herido ni las del médico, ignora el distingo entre la población combatiente y la pacífica, así como los reclamos de la propiedad privada. Arrasa todo cuanto se interpone a su paso, con furia ciega, como si tras ella no hubiera un porvenir ni paz alguna entre los hombres. Destroza los lazos comunitarios entre los pueblos empeñados en el combate y amenaza dejar como secuela un encono que por largo tiempo impedirá restablecerlos.

Trajo a la luz también un fenómeno casi inconcebible: los pueblos cultos se conocen y se comprenden tan poco

entre sí que pueden mirarse con odio y con horror. Y hasta una de las grandes naciones cultas es objeto de una malquerencia tan universal que se intentó excluirla por «bárbara» de la comunidad de cultura, aunque desde hace tiempo ha demostrado su aptitud mediante las más grandiosas contribuciones.[2] Alentamos la esperanza de que una historiografía imparcial habrá de demostrar que precisamente esta nación, esa en cuya lengua escribimos y por cuya victoria combaten nuestros seres queridos, ha sido la que menos infringió las leyes de la convivencia humana. Pero, ¿quién, en tales tiempos, tiene derecho a erigirse en juez de su propia causa?

Los pueblos están más o menos representados por los Estados que ellos forman; y estos Estados, por los gobiernos que los rigen. El ciudadano particular puede comprobar con horror en esta guerra algo que en ocasiones ya había creído entrever en las épocas de paz: que el Estado prohíbe al individuo recurrir a la injusticia, no porque quiera eliminarla, sino porque pretende monopolizarla como a la sal y al tabaco. El Estado beligerante se entrega a todas las injusticias y violencias que infamarían a los individuos. No sólo se vale de la astucia permitida, sino de la mentira conciente y del fraude deliberado contra el enemigo, y por cierto en una medida que parece exceder de todo cuanto fue usual en guerras anteriores. El Estado exige de sus ciudadanos la obediencia y el sacrificio más extremos, pero los priva de su mayoridad mediante un secreto desmesurado y una censura de las comunicaciones y de la expresión de opiniones que los dejan inermes, sofocados intelectualmente frente a cualquier situación desfavorable y a cualquier rumor antojadizo. Denuncia los tratados y compromisos con que se había obligado frente a los otros Estados, y confiesa paladinamente su codicia y su afán de poderío, que después los individuos deben aplaudir por patriotismo.

Y no se objete que el Estado no puede renunciar al uso de la injusticia porque de esa manera se pondría en desventaja. También para el individuo es, por regla general, harto desventajosa la observancia de las normas éticas, la renuncia al ejercicio brutal de la violencia; y el Estado rara vez se muestra capaz de resarcir al individuo por el sacrificio que le ha exigido. Tampoco puede asombrar que el aflojamiento de las relaciones éticas entre los individuos rectores de la humanidad haya repercutido en la eticidad de los individuos, pues nuestra conciencia moral no es ese juez insobornable

2 [Hay una remisión a este pasaje en la *Presentación autobiográfica* (1925*d*), *AE*, **20**, pág. 46.]

que dicen los maestros de la ética: en su origen, no es otra cosa que *«angustia social»*.[3] Toda vez que la comunidad suprime el reproche, cesa también la sofocación de los malos apetitos, y los hombres cometen actos de crueldad, de perfidia, de traición y de rudeza que se habían creído incompatibles con su nivel cultural.

Así, ese ciudadano del mundo culto que presentamos antes puede quedar desorientado y perplejo en un mundo que se le ha hecho ajeno, despedazada su patria grande, devastado el patrimonio común, desavenidos y envilecidos sus ciudadanos.

Habría que apuntar algo como crítica a su desilusión. En sentido estricto no está justificada, pues consiste en la destrucción de una ilusión. Las ilusiones se nos recomiendan porque ahorran sentimientos de displacer y, en lugar de estos, nos permiten gozar de satisfacciones. Entonces, tenemos que aceptar sin queja que alguna vez choquen con un fragmento de la realidad y se hagan pedazos.

Dos cosas en esta guerra han provocado nuestra desilusión: la ínfima eticidad demostrada hacia el exterior por los Estados que hacia el interior se habían presentado como los guardianes de las normas éticas, y la brutalidad en la conducta de individuos a quienes, por su condición de partícipes en la más elevada cultura humana, no se los había creído capaces de algo semejante.

Empecemos por el segundo punto y procuremos sintetizar en una sola frase la opinión que queremos criticar. ¿Cómo es imaginado, en verdad, el proceso por el cual un individuo humano alcanza un nivel superior de eticidad? La primera respuesta dirá, sin duda: «El es bueno y noble desde su nacimiento, desde el comienzo mismo». A esta no hemos de considerarla más aquí. Una segunda respuesta conjeturará que ha de estar en juego un proceso de desarrollo, y sin duda supondrá que este consiste en lo siguiente: las malas inclinaciones del hombre le son desarraigadas y, bajo la influencia de la educación y del medio cultural, son sustituidas por inclinaciones a hacer el bien. Siendo ese el caso, puede uno en verdad maravillarse de que en los así educados la maldad pueda volver a aflorar con tanta violencia.

Pero esta respuesta contiene justamente el enunciado que queremos refutar. En realidad, no hay «desarraigo» alguno de la maldad. La investigación psicológica —en sentido más estricto, la psicoanalítica— muestra más bien que la esencia

[3] [Freud había dado ya una concepción, menos simplificada, de la naturaleza de la conciencia moral en su artículo sobre el narcisismo (1914*c*). Cf. *supra*, pág. 92.]

más profunda del hombre consiste en mociones pulsionales; de naturaleza elemental, ellas son del mismo tipo en todos los hombres y tienen por meta la satisfacción de ciertas necesidades originarias. En sí, estas mociones pulsionales no son ni buenas ni malas. Las clasificamos así, a ellas y a sus exteriorizaciones, de acuerdo con la relación que mantengan con las necesidades y las exigencias de la comunidad humana. Ha de concederse que todas las mociones que la sociedad proscribe por malas —escojamos como representativas las mociones egoístas y las crueles— se cuentan entre estas primitivas.

Estas mociones primitivas tienen que andar un largo camino de desarrollo antes que se les permita ponerse en práctica en el adulto. Son inhibidas, guiadas hacia otras metas y otros ámbitos, se fusionan unas con otras, cambian sus objetos, se vuelven en parte sobre la persona propia. Formaciones reactivas respecto de ciertas pulsiones simulan la mudanza del contenido de estas, como si el egoísmo se hubiera convertido en altruismo, y la crueldad, en compasión.[4] Favorece a estas formaciones reactivas el hecho de que muchas mociones pulsionales se presentan desde el comienzo en pares de opuestos, una circunstancia bien asombrosa y ajena al conocimiento popular, que ha recibido el nombre de «ambivalencia de sentimientos». Facilísimo de observar y de comprender es el hecho de que, con gran frecuencia, un amor y un odio intensos aparecen juntos en la misma persona. El psicoanálisis agrega que no raras veces las dos mociones de sentimientos contrapuestos toman también por objeto a una misma persona.

Sólo después de superados tales «destinos de pulsión» se perfila lo que se llama el carácter de un hombre, que, según es notorio, únicamente de manera harto defectuosa puede clasificarse como «bueno» o «malo». El hombre rara vez es íntegramente bueno o malo; casi siempre es «bueno» en esta relación, «malo» en aquella otra, o «bueno» bajo ciertas condiciones exteriores, y bajo otras, decididamente «malo». Interesante es la experiencia de que la preexistencia de fuertes mociones «malas» en la infancia deviene a menudo la condición directa para que se produzca un vuelco muy nítido del adulto hacia el «bien». Aquellos que fueron en su infancia los más crasos egoístas pueden convertirse en los ciudadanos más proclives a ayudar a los demás y a sacrificarse a sí mismos; la mayoría de los sentimentales, de los filántropos, de los protectores de animales, han sido, de pequeños, sádicos y torturadores de animales.

[4] [Cf. «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*), *supra*, pág. 124.]

La reforma de las pulsiones «malas» es obra de dos factores, uno interno y el otro externo, que operan en el mismo sentido. El factor interno consiste en la influencia ejercida sobre las pulsiones malas —digamos: egoístas— por el erotismo, la necesidad humana de amar en el sentido más lato. Por la injerencia de los componentes *eróticos*, las pulsiones egoístas se trasmudan en pulsiones *sociales*. Se aprende a apreciar el ser-amado como una ventaja a cambio de la cual se puede renunciar a otras. El factor externo es la compulsión ejercida por la educación, portadora de las exigencias del medio cultural, y prosigue después con la intervención directa de este. La cultura se adquiere por renuncia a la satisfacción pulsional, y a cada recién venido le exige esa misma renuncia. A lo largo de la vida individual se produce una trasposición continua de compulsión externa a compulsión interna. Mediante unos aditamentos eróticos, las influencias culturales hacen que, en proporción cada vez mayor, las aspiraciones egoístas se muden en altruistas, sociales. En definitiva, es lícito suponer que todas las compulsiones internas que adquirieron vigencia en el desarrollo del hombre fueron en el origen, vale decir, en la *historia de la humanidad*, sólo compulsiones externas. Los seres humanos que hoy nacen traen consigo en calidad de organización heredada cierto grado de inclinación (disposición) a trasmudar pulsiones egoístas en pulsiones sociales, y unos débiles enviones bastan para que ello se consume. Otra parte de esa trasmudación de pulsiones tiene que realizarse en la vida misma. De tal modo, el individuo no recibe sólo la influencia de su medio cultural del presente; está sometido también a las influencias de la historia cultural de sus antepasados.

Si llamamos *aptitud para la cultura* a la capacidad de un ser humano para reformar las pulsiones egoístas bajo la influencia del erotismo, podemos enunciar que consta de dos partes, una innata y la otra adquirida en el curso de la vida, y que es muy variable la proporción de ambas entre sí y con respecto a la parte de la vida pulsional que permanece inmutada.

En general nos inclinamos a exagerar la importancia de la parte innata; además, corremos el riesgo de sobrestimar la aptitud total para la cultura en su comparación con la vida pulsional que ha conservado su estado primitivo. En suma, erramos juzgando a los hombres «mejores» de lo que en realidad son. En efecto, resta todavía otro factor que enturbia nuestro juicio y falsea el resultado en un sentido favorable.

Las mociones pulsionales de otro hombre escapan desde luego a nuestra percepción Las inferimos por sus acciones

y su conducta, que reconducimos a *motivos* procedentes de su vida pulsional. Una inferencia de esa índole es por fuerza errónea en cierto número de casos. Idénticas acciones culturalmente «buenas» pueden provenir de motivos «nobles» en un caso, y en otro no. Los teóricos de la ética llaman «buenas» sólo a las acciones que son expresión de mociones pulsionales buenas, y deniegan a las otras su reconocimiento. Pero la sociedad, guiada por propósitos prácticos, hace caso omiso de ese distingo; se conforma con que un hombre oriente su conducta y sus acciones de acuerdo con los preceptos culturales, y pregunta poco por sus motivos.

Como ya sabemos, la *compulsión externa* (la que ejercen la educación y el medio) provoca en el hombre una reforma de su vida pulsional hacia el bien, una vuelta del egoísmo en altruismo. Pero este no es su efecto necesario ni regular. La educación y el medio no sólo tienen premios de amor por ofrecer; trabajan también con otra clase de premios de conveniencia: recompensas y castigos. Por tanto, su efecto puede ser que el sometido a su influencia se decida por la acción culturalmente buena sin haber consumado dentro de sí un ennoblecimiento pulsional, una trasposición de inclinaciones egoístas a inclinaciones sociales. El resultado será, en líneas generales, el mismo; sólo bajo particulares condiciones se revelará que un individuo actúa siempre bien porque sus inclinaciones pulsionales lo fuerzan a ello, mientras que otro sólo es bueno en la medida en que esta conducta cultural le trae ventajas para sus propósitos egoístas, y únicamente durante el tiempo en que ello ocurre. Pero un conocimiento superficial del individuo no nos proporciona medio alguno de discernir entre esos dos casos, y sin duda nuestro optimismo nos llevará a sobrestimar en mucho el número de los hombres que se han trasformado en el sentido de la cultura.

La sociedad de cultura, que promueve la acción buena y no hace caso de su fundamento pulsional, ha conseguido así obediencia para la cultura en un gran número de hombres que en eso no obedecen a su naturaleza. Alentada por este éxito, se vio llevada a imprimir la máxima tensión posible a los requerimientos éticos, y forzó en sus miembros un distanciamiento todavía mayor respecto de su disposición pulsional. Esta es sometida entonces a una continua sofocación, cuya tensión se da a conocer en los más extraordinarios fenómenos de reacción y de compensación. En el ámbito de la sexualidad, donde esa sofocación encuentra la máxima dificultad para realizarse, ello provoca los fenómenos reactivos de los diversos modos de contracción de neurosis. En lo

demás, la presión de la cultura no hace madurar consecuencias patológicas, pero se exterioriza en las deformaciones del carácter y en la propensión de las pulsiones inhibidas a irrumpir hasta la satisfacción cuando se presenta la oportunidad adecuada. Quien se ve precisado a reaccionar constantemente en el sentido de preceptos que no son la expresión de sus inclinaciones pulsionales, vive —entendido esto en su aplicación psicológica— por encima de sus recursos, y objetivamente merece el calificativo de hipócrita, sin que importe que haya alcanzado conciencia clara de ese déficit. Es indiscutible que nuestra cultura presente favorece en extraordinaria medida la conformación de ese tipo de hipocresía. Podría aventurarse està aseveración: está edificada sobre esa hipocresía y tendría que admitir profundas modificaciones en caso de que los hombres se propusieran vivir de acuerdo con la verdad psicológica. Existen, por tanto, muchísimos más hipócritas de la cultura que hombres realmente cultos. Y aun podría examinarse este punto de vista: Es posible que la aptitud para la cultura ya organizada en los hombres de hoy sea insuficiente para conservar esta, y por eso siga siendo indispensable cierto grado de hipocresía. Por otra parte, la conservación de la cultura, aun sobre una base tan precaria, ofrece la perspectiva de propender en cada generación nueva, en cuanto portadora de una cultura mejor, a una reforma más vasta de las pulsiones.

Las elucidaciones anteriores nos ofrecen por lo menos un consuelo: la afrenta y la dolorosa desilusión que experimentamos por la conducta inculta de nuestros conciudadanos del mundo en la presente guerra no estaban justificadas. Descansaban en una ilusión de la que éramos prisioneros. En realidad, no cayeron tan bajo como temíamos, porque nunca se habían elevado tanto como creímos. Para ellos, el hecho de que los individuos rectores de la humanidad, los pueblos y los Estados, abandonaran las restricciones éticas en sus relaciones recíprocas fue una natural incitación a sustraerse de la presión continua de la cultura y a permitirse transitoriamente la satisfacción de sus pulsiones refrenadas. Es probable que no se produjera quiebra alguna en la eticidad relativa de los individuos en el interior de su propio pueblo.

Pero podemos profundizar todavía más en la comprensión del cambio que la guerra ha revelado en nuestros ex compatriotas, y ello nos aleccionará para no hacerles injusticia. Los desarrollos del alma poseen una peculiaridad que no se encuentra en ningún otro proceso de desarrollo. Cuando una aldea crece hasta convertirse en ciudad o un niño se vuelve hombre, aldea y niño desaparecen en la ciudad o en

el hombre. Sólo el recuerdo puede refigurar los antiguos rasgos en la imagen nueva; en realidad, los materiales o las formas antiguas se dejaron de lado y se sustituyeron por otras nuevas. En un desarrollo anímico las cosas ocurren diversamente. Aquí la situación no es comparable con aquellas, y no puede describirse sino aseverando que todo estadio evolutivo anterior se conserva junto a los más tardíos, devenidos a partir de él; la sucesión envuelve a la vez una coexistencia, y ello a pesar de que los materiales en que trascurre toda la serie de trasformaciones son los mismos. Por más que el estado anímico anterior no se haya exteriorizado durante años, tan cierto es que subsiste, que un día puede convertirse de nuevo en la forma de manifestación de las fuerzas del alma, y aun en la única forma, como si todos los desarrollos más tardíos hubieran sido anulados, hubieran involucionado. Esta plasticidad extraordinaria de los desarrollos del alma no es irrestricta en cuanto a su dirección; puede designársela como una capacidad particular para la involución —para la regresión—, pues suele ocurrir que si se abandona un estadio de desarrollo más tardío y elevado no pueda alcanzárselo de nuevo. Ahora bien, los estados primitivos pueden restablecerse siempre; lo anímico primitivo es imperecedero en el sentido más pleno.

Las llamadas enfermedades mentales tienen que despertar en el lego la impresión de que la vida mental y anímica ha sufrido una destrucción. En realidad, tal destrucción sólo alcanza a las adquisiciones y desarrollos más tardíos. La esencia de la enfermedad mental consiste en el regreso a estados anteriores de la vida afectiva y de la función. Un destacado ejemplo de la plasticidad de la vida anímica nos lo da el estado del dormir, al que todas las noches nos disponemos. Desde que nos hemos ingeniado para traducir también sueños locos y confusos, sabemos que cada vez que nos dormimos arrojamos de nosotros, como a una vestidura, esa eticidad nuestra que hemos adquirido con tanto trabajo... para volvérnosla a poner cada mañana. Este desnudamiento no es, desde luego, peligroso, pues mientras dura el estado del dormir estamos paralizados y condenados a la inactividad. Sólo el sueño puede dar testimonio de la regresión de nuestra vida afectiva a una de las etapas de desarrollo más tempranas. Digno de notarse es, por ejemplo, que todos nuestros sueños están gobernados por motivos puramente egoístas.[5] Uno de mis amigos ingleses sostuvo esto en una reu-

[5] [Más tarde, Freud formuló reservas a este punto de vista, en un agregado hecho en 1925 a una nota al pie de *La interpretación de los*

nión científica realizada en Estados Unidos; una de las damas presentes le replicó con esta observación: muy bien podía ser válido para Austria, pero de sí misma y de sus amigos se juzgaba autorizada a aseverar que incluso en sueños tenían sentimientos altruistas. Mi amigo, no obstante pertenecer también a la raza inglesa, debió contradecirla de la manera más enérgica, basado en sus propias experiencias de análisis de sueños: La noble norteamericana era en sueños tan egoísta como la austríaca.

Y siendo así, también la reforma pulsional en que descansa nuestra aptitud para la cultura puede ser deshecha —de manera permanente o temporaria— por las influencias de la vida. Sin duda, los efectos de la guerra se cuentan entre los poderes capaces de producir semejante involución; por eso, no necesariamente hemos de negar aptitud para la cultura a todos los que en el presente se comportan de manera inculta, y nos es lícito esperar que su ennoblecimiento pulsional habrá de restablecerse en épocas más pacíficas.

Ahora bien, otro síntoma exhibido por nuestros conciudadanos del mundo no nos ha sorprendido ni espantado menos, quizá, que el hundimiento, que tan dolorosamente sentimos, de su elevación ética. Aludo a la falta de penetración que se advierte en las mejores cabezas, a su tozudez, su inaccesibilidad para los argumentos más evidentes y su credulidad acrítica hacia las aseveraciones más discutibles. Esto nos ofrece un cuadro bien triste, y quiero destacar expresamente que en modo alguno, como un secuaz enceguecido, veo todos los defectos intelectuales en uno solo de los bandos. No obstante, este fenómeno es todavía más fácil de explicar y menos dudoso que el considerado antes. Conocedores del hombre y filósofos nos han enseñado desde hace mucho que caeremos en un error si concebimos nuestra inteligencia como un poder autónomo y descuidamos su dependencia de la vida afectiva. Nuestro intelecto, nos han dicho, sólo puede trabajar de manera confiable apartado de las influencias de poderosas mociones afectivas; en caso contrario, se comporta simplemente como un instrumento al servicio de una voluntad, y ofrece el resultado que esta quiera arrancarle. Los argumentos lógicos son entonces impotentes frente a los intereses afectivos, y por eso el disputar con argumentos, que, según el dicho de Falstaff, abundan como la zarzamora,[6] es tan infructuoso en el mundo de los intereses.

*sueños* (1900*a*), *AE*, **4**, pág. 279, donde también narra la anécdota que sigue. El «amigo inglés», como allí se aclara, era Ernest Jones.]

6 [Cf. «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914*d*), *supra*, pág. 23*n*.]

La experiencia psicoanalítica no ha hecho sino realzar, si cabe, este aserto. Puede mostrar todos los días que los hombres más perspicaces caen repentinamente en una conducta sin acumen, como de idiotas, tan pronto como la intelección requerida tropieza en ellos con una resistencia afectiva, pero también recuperan toda su inteligencia cuando esta es vencida. Por tanto, la ceguera para lo lógico que esta guerra, como por arte de magia, ha producido justamente en los mejores de nuestros conciudadanos es un fenómeno secundario, una consecuencia de la excitación afectiva, y está destinada, así podemos esperarlo, a desaparecer con ella.

Si de esta manera volvemos a comprender a nuestros conciudadanos, alienados de nosotros, con facilidad mucho mayor sobrellevaremos la desilusión que nos han deparado los individuos rectores de la humanidad, los pueblos, pues las exigencias que a ellos podemos plantearles son mucho más modestas. Quizá repitan el desarrollo de los individuos y todavía hoy estemos frente a etapas muy primitivas de la organización, de la formación de unidades superiores. En armonía con ello, el factor pedagógico de la compulsión externa a la eticidad, que hallamos tan eficaz en el individuo, en aquellos es ápenas rastreable. Habíamos esperado, es cierto, que la grandiosa comunidad de intereses establecida por el comercio y la producción constituiría el comienzo de una compulsión así; no obstante, parece que en esta época los pueblos obedecen más a sus pasiones que a sus intereses. Se sirven a lo sumo de los intereses para *racionalizar* las pasiones; ponen en el primer plano sus intereses para poder fundar la satisfacción de sus pasiones. ¿Por qué los individuos-pueblos en rigor se menosprecian, se odian, se aborrecen, y aun en épocas de paz, y cada nación a todas las otras? Es bastante enigmático. Yo no sé decirlo. Es como si, al reunirse una multitud, por no decir unos millones de hombres, todas las adquisiciones éticas de los individuos se esfumasen y no restasen sino las actitudes anímicas más primitivas, arcaicas y brutales. Esta situación lamentable quizá sólo pueda ser modificada en algo por desarrollos que sobrevendrán después. Pero un poco más de veracidad y de sinceridad en todas las partes, en las relaciones recíprocas de los hombres, y entre ellos y quienes los gobiernan, allanarían el camino a esa trasmudación.[7]

[7] [Los efectos del conflicto entre la cultura y la vida pulsional (*supra*, págs. 284-8) fueron abordados por Freud en muchas ocasiones, desde su temprano trabajo «La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna» (1908*d*) hasta su tardío *El malestar en la cultura* (1930*a*).]

# II. Nuestra actitud hacia la muerte

El segundo factor por el cual, según yo infiero, nos sentimos así de ajenos en este mundo otrora tan hermoso y familiar es la perturbación en la actitud que hasta ahora habíamos adoptado hacia la muerte.

Esa actitud no era sincera. De creérsenos, estábamos desde luego dispuestos a sostener que la muerte es el desenlace necesario de toda vida, que cada uno de nosotros debía a la naturaleza una muerte [1] y tenía que estar preparado para saldar esa deuda; en suma, que la muerte era algo natural, incontrastable e inevitable. Pero en realidad solíamos comportarnos como si las cosas fueran diversas. Hemos manifestado la inequívoca tendencia a hacer a un lado la muerte, a eliminarla de la vida. Hemos intentado matarla con el silencio; y aun tenemos [en alemán] el dicho: «Creo en eso tan poco como en la muerte».[2] En la muerte propia, desde luego. La muerte propia no se puede concebir; tan pronto intentamos hacerlo podemos notar que en verdad sobrevivimos como observadores. Así pudo aventurarse en la escuela psicoanalítica esta tesis: En el fondo, nadie cree en su propia muerte, o, lo que viene a ser lo mismo, en el inconciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad.

Por lo que toca a la muerte de otro, el hombre culto evitará cuidadosamente hablar de esta posibilidad si el sentenciado puede oírlo. Sólo los niños trasgreden esta restricción; se amenazan despreocupadamente unos a otros con la posibilidad de morir, y aun llegan a decírselo en la cara a una persona amada, por ejemplo: «Mamá querida, cuando por desgracia mueras, haré esto o aquello». El adulto cultivado no imaginará la muerte de otro ni siquiera en el pensamiento

1 [Reminiscencia de las palabras del príncipe Hal a Falstaff en *1 Henry IV* (acto V, escena 1): «*Thou owest God a death*» {«Debes a Dios una muerte»}. Esta errónea cita era una de las favoritas de Freud. Véase, por ejemplo, *La interpretación de los sueños*, *AE*, **4**, pág. 219, y una carta a Fliess del 6 de febrero de 1899 (Freud, 1950*a*, Carta 104), donde la atribuye explícitamente a Shakespeare.]

2 [Es decir, pensar que algo es improbable o increíble.]

sin considerarse a sí mismo desalmado o malo; a menos que, en calidad de médico, de abogado, etc., tenga que ocuparse profesionalmente de ella. Y menos todavía se permitirá pensar en la muerte del otro si con este acontecimiento se asocia una ganancia en materia de libertad, de propiedad o de posición social. Desde luego, este sentimiento tierno nuestro no impide que sobrevengan los casos de muerte; cuando ocurren, nos conmueven en lo profundo y es como si nos sacudieran en nuestras expectativas. Por lo general, destacamos el ocasionamiento contingente de la muerte, el accidente, la contracción de una enfermedad, la infección, la edad avanzada, y así dejamos traslucir nuestro afán de rebajar la muerte de necesidad a contingencia. Una acumulación de muertes nos parece algo terrible en extremo. Frente al muerto mismo mantenemos una conducta particular, casi de admiración, como si hubiera llevado a cabo algo muy difícil. Suspendemos toda crítica hacia él, le disculpamos cualquier desaguisado, ordenamos «*De mortuis nil nisi bene*», y hallamos justificado que en el discurso fúnebre o en su epitafio se lo honre con lo más favorable. Ponemos el respeto por el muerto, que a este ya no le sirve de nada, por encima de la verdad, y la mayoría de nosotros lo valora más incluso que al respeto por los vivos.

Esta actitud cultural-convencional hacia la muerte se complementa con nuestro total descalabro cuando fenece una de las personas que nos son próximas, cuando la muerte alcanza a nuestro padre, a nuestro consorte, a un hermano, un hijo o un caro amigo. Sepultamos con él nuestras esperanzas, nuestras demandas, nuestros goces; no nos dejamos consolar y nos negamos a sustituir al que perdimos. Nos portamos entonces como una suerte de Asra, de esos que *mueren cuando mueren aquellos a quienes aman.*[3]

Ahora bien, esta actitud nuestra hacia la muerte tiene un fuerte efecto sobre nuestra vida. La vida se empobrece, pierde interés, cuando la máxima apuesta en el juego de la vida, que es la vida misma, no puede arriesgarse. Se vuelve tan insípida e insustancial como un *flirt* norteamericano, en que de antemano se ha establecido que nada puede suceder, a diferencia de un vínculo de amor en el Continente, donde ambas partes deben tener en cuenta permanentemente las más serias consecuencias. Nuestros vínculos afectivos, la insoportable intensidad de nuestro duelo, hacen que nos abs-

[3] [Los Asra del poema de Heine («Der Asra», en *Romanzero*, basado en un pasaje de *De l'amour*, de Stendhal) eran una tribu de árabes que «mueren cuando aman».]

tengamos de buscar peligros para nosotros y para los nuestros. No osamos considerar cierto número de empresas que son peligrosas pero en verdad indispensables, como los ensayos de vuelo, las expediciones a países lejanos, los experimentos con sustancias explosivas. Nos paraliza para ello este reparo: ¿Quién ha de sustituirle a la madre su hijo, a la mujer su esposo, a los hijos su padre, si es que acaece una desgracia? La inclinación a no computar la muerte en el cálculo de la vida trae por consecuencia muchas otras renuncias y exclusiones. Y no obstante, la divisa de la Hansa decía «*Navigare necesse est, vivere non necesse!*»: Navegar es necesario, vivir no lo es.

Por eso, no puede ocurrir de otro modo: es en el mundo de la ficción, en la literatura, en el teatro, donde tenemos que buscar el sustituto de lo que falta a la vida. Ahí todavía hallamos hombres que saben morir, y aun que perpetran la muerte de otro. Y solamente ahí se cumple la condición bajo la cual podríamos reconciliarnos con la muerte: que tras todas las vicisitudes de la vida nos reste una vida intocable. Es por cierto demasiado triste que en la vida haya de suceder lo que en el ajedrez, donde una movida en falso puede forzarnos a dar por perdida la partida; y encima con esta diferencia: no podemos iniciar una segunda partida, una revancha. En el ámbito de la ficción hallamos esa multitud de vidas de que necesitamos. Morimos identificados con un héroe, pero le sobrevivimos y estamos prontos a morir una segunda vez con otro, igualmente incólumes.

Es evidente que la guerra ha de barrer con este tratamiento convencional de la muerte. Esta ya no se deja desmentir {*verleugnen*}; es preciso creer en ella. Los hombres mueren realmente; y ya no individuo por individuo, sino multitudes de ellos, a menudo decenas de miles un solo día. Ya no es una contingencia. Por cierto todavía parece contingente que un determinado proyectil alcance a uno o a otro; pero al que se salvó quizá lo alcance un segundo proyectil, y la acumulación pone fin a la impresión de lo contingente. La vida de nuevo se ha vuelto interesante, ha recuperado su contenido pleno.

Aquí debería trazarse una separación en dos grupos: los que arriesgan su vida en la batalla, y los que quedaron en casa y no tienen otra cosa sino esperar que la muerte les arrebate uno de sus seres queridos por herida, enfermedad o infección. Sería muy interesante, sin lugar a dudas, estudiar las alteraciones producidas en la psicología de los combatientes, pero yo sé demasiado poco sobre eso. Tenemos que

atenernos al segundo grupo, al que nosotros mismos pertenecemos. Ya dije que a mi juicio el desconcierto y la parálisis de nuestra productividad, que ahora sufrimos, están comandados esencialmente por la circunstancia de que no podemos conservar la relación que hasta ahora mantuvimos con la muerte, y todavía no hemos hallado una nueva. Quizá nos auxilie en esto dirigir nuestra indagación psicológica a otras dos relaciones con la muerte: la que podemos atribuir al hombre primordial,* al hombre prehistórico, y la que todavía se conserva en cada uno de nosotros pero permanece oculta en estratos más profundos, invisible para nuestra conciencia.

La conducta que el hombre de la prehistoria pudo haber tenido hacia la muerte la conocemos, desde luego, sólo por inferencias retrospectivas y reconstrucciones, pero opino que estos recursos nos han proporcionado unas noticias bastante dignas de confianza.

El hombre primordial adoptaba una actitud muy extraña hacia la muerte. No era unitaria, sino, más bien, directamente contradictoria. Por una parte, la tomó en serio, la reconoció como supresión de la vida y se valió de ella en este sentido; por otra parte, empero, dio el mentís a la muerte, la redujo a nada. Esta contradicción fue posibilitada por el hecho de que frente a la muerte del otro, del extraño, del enemigo, adoptó una actitud radicalmente diversa que frente a la suya propia. La muerte del otro era para él justa, la entendía como aniquilamiento del que odiaba, y no conoció reparos para provocarla. El hombre primordial era sin duda un ser en extremo apasionado, más cruel y maligno que otros animales. Asesinaba de buena gana y como un hecho natural. No hemos de atribuirle el instinto {*Instinkt*} que lleva a otros animales a abstenerse de matar y devorar seres de su misma especie.

La historia primordial de la humanidad está, pues, llena de asesinatos. Todavía hoy lo que nuestros niños aprenden en la escuela como historia universal es, en lo esencial, una seguidilla de matanzas de pueblos. El oscuro sentimiento de culpa que asedia a la humanidad desde tiempos primordiales, y que en muchas religiones se ha condensado en la aceptación de una *culpa primordial*, un pecado original, es probablemente la expresión de una culpa de sangre que la hu-

* {«*Urmensch*»; tres párrafos más adelante, Freud vuelve a emplear varios términos con el prefijo «*Ur-*», que hemos traducido siempre por «primordial»: «*Urgeschichte*», «historia primordial»; «*Urzeiten*», «tiempos primordiales»; «*Urschuld*», «culpa primordial».}

manidad primordial ha echado sobre sus espaldas. En mi libro *Tótem y tabú* (1912-13), siguiendo las indicaciones de W. Robertson Smith, Atkinson y Charles Darwin, me he empeñado en desentrañar la naturaleza de esta antigua culpa, y opino que la doctrina cristiana de nuestros días nos permite inferirla retrospectivamente. Si el Hijo de Dios debió ofrendar su vida para limpiar a la humanidad del pecado original, entonces, según la ley del talión (la venganza con lo mismo), ese pecado ha sido una muerte, un asesinato. Sólo esto pudo exigir como expiación el sacrificio de una vida. Y si el pecado original fue un agravio contra Dios Padre, el crimen más antiguo de la humanidad tiene que haber sido un parricidio, la muerte del padre primordial de la horda primitiva, cuya imagen en el recuerdo fue después trasfigurada en divinidad.[4]

La muerte propia fue para el hombre primordial sin duda tan inimaginable e irreal como lo es hoy para cada uno de nosotros. Pero a él se le presentaba un caso en que esas dos actitudes contrapuestas hacia la muerte chocaban y entraban en conflicto recíproco, y este caso devino muy importante y muy rico en consecuencias de vasto alcance. Ocurría cuando el hombre primordial veía morir a uno de sus deudos, su mujer, su hijo, su amigo, a quienes ciertamente él amaba como nosotros a los nuestros, pues el amor no puede ser mucho más reciente que el gusto de matar {*Mordlust*}. Entonces debía hacer en su dolor la experiencia de que también uno mismo puede fenecer, y todo su ser se sublevaba contra la admisión de ello; es que cada uno de esos seres queridos era un fragmento de su propio yo, de su amado yo. Pero por otra parte a esa muerte la consideraba merecida, pues cada una de las personas amadas llevaba adherido también un fragmento de ajenidad. La ley del sentimiento de ambivalencia, que todavía hoy preside nuestros vínculos afectivos con las personas a quienes más amamos, reinaba por cierto aún más incontrovertible en épocas primordiales. Así, esos difuntos queridos habían sido también unos extraños y unos enemigos que despertaron en él una porción de sentimientos hostiles.[5]

Los filósofos han aseverado que el enigma intelectual que le planteaba al hombre primordial el cuadro de la muerte lo obligó a reflexionar y devino el comienzo de toda especulación. Yo creo que los filósofos piensan en esto demasia-

[4] Véase el ensayo IV de *Tótem y tabú* (1912-13) [*AE*, **13**, págs. 147 y sigs.]
[5] *Ibid.*, ensayo II [*AE*, **13**, págs. 66 y sigs.]

do... filosóficamente; descuidan los motivos eficaces primarios. Por eso, querría restringir y corregir aquella aseveración: Frente al cadáver del enemigo aniquilado, el hombre primordial habrá triunfado, sin hallar motivo alguno para devanarse los sesos con el enigma de la vida y de la muerte. No fue el enigma intelectual ni cualquier caso de muerte, sino el conflicto afectivo a raíz de la muerte de personas amadas, pero al mismo tiempo también ajenas y odiadas, lo que puso en marcha la investigación de los seres humanos. De este conflicto de sentimientos nació ante todo la psicología. El hombre ya no pudo mantener lejos de sí a la muerte, pues la había probado en el dolor por el difunto. Pero no quiso admitirla, pues no podía representarse a sí mismo muerto. Así entró en compromisos, admitió la muerte también para sí, pero le impugnó el significado del aniquilamiento de la vida, para lo cual no había tenido motivo alguno cuando se trataba de la muerte del enemigo. Frente al cadáver de la persona amada, inventó los espíritus, y su conciencia de culpa por la satisfacción entreverada con el duelo hizo que estos espíritus recién creados se convirtieran en demonios malignos que había que temer. Las alteraciones [físicas] del muerto le sugirieron la descomposición del individuo en un cuerpo y un alma (originariamente fueron varias); de esa manera, su ilación de pensamientos iba paralela al proceso de disgregación que la muerte introducía. El perdurable recuerdo del difunto fue la base para que se supusieran otras formas de existencia; le dio la idea de una pervivencia después de la muerte aparente.

Estas existencias posteriores fueron al comienzo sólo apéndices de aquella que tronchó la muerte; eran como la de una sombra, vacías, y hasta épocas muy avanzadas se las menospreció; tenían todavía el carácter de unas reproducciones lamentables. Recordemos lo que el alma de Aquiles respondió a Odiseo:

«"...antes, cuando vivías {le dice Odiseo al alma de Aquiles}, los argivos te honrábamos como a una deidad, y ahora, estando aquí, imperas poderosamente sobre los difuntos. Por lo cual, oh Aquiles, no debe entristecerte que estés muerto".

»Así le dije, y me contestó enseguida: "No intentes consolarme de la muerte, esclarecido Odiseo: preferiría vivir aquí en la tierra y servir como labrador a otro, a algún hombre indigente de pocos recursos, antes que reinar sobre todos los muertos"».[6]

[6] *Odisea*, XI, 484-91.

O en la potente versión de H. Heine, amargamente paródica:

> «El más ínfimo filisteo vivo
> de Stuckert junto al Neckar
> es mucho más feliz que yo,
> el pelida, el héroe muerto,
> príncipe de las sombras
> en el mundo subterráneo».[7]

Sólo más tarde lograron las religiones presentar esta existencia postrera como la más valiosa, como la existencia plena, y rebajar la vida tronchada por la muerte a un mero prolegómeno. Y era consecuente con ello que después se prolongara la vida hacia el pasado, se imaginaran las existencias anteriores, la trasmigración del alma y la reencarnación, todo con el propósito de arrebatar a la muerte su significado de canceladora de la vida. Esa desmentida de la muerte que hemos llamado cultural-convencional [pág. 291] comenzó en tales épocas tempranas.

Frente al cadáver de la persona amada no sólo nacieron la doctrina del alma, la creencia en la inmortalidad y una potente raíz de la humana conciencia de culpa, sino los primeros preceptos éticos. El primer mandamiento, y el más importante, de esa incipiente conciencia moral decía *«No matarás»*. Se lo adquirió frente al muerto amado, como reacción frente a la satisfacción del odio que se escondía tras el duelo, y poco a poco se lo extendió al extraño a quien no se amaba y, por fin, también al enemigo.

En este último caso el hombre civilizado ya no siente esa reacción. Cuando la pugna salvaje de esta guerra se haya decidido, los combatientes victoriosos regresarán a su hogar, junto a su mujer y a sus hijos, y lo harán impertérritos y sin que los turbe pensar en los enemigos a quienes dieron muerte en la lucha cuerpo a cuerpo o mediante las armas de largo alcance. Es digno de nota que los pueblos primitivos que todavía viven sobre la Tierra y están por cierto más próximos que nosotros al hombre primordial se conducen en este punto de otro modo (o se conducían así cuando aún no habían sufrido la influencia de nuestra cultura). El salvaje —australiano, bosquimano, o de la Tierra del Fuego— en modo alguno es un matador sin remordimiento; cuando vuelve a casa triunfante de la empresa bélica, no osa pisar su aldea ni tocar a su mujer antes de limpiarse

[7] [Versos finales de «Der Scheidende», uno de los últimos poemas de Heine.]

de sus hechos de muerte por medio de una expiación a menudo prolongada y trabajosa. Fácil es, desde luego, explicarlo por su creencia supersticiosa; el salvaje teme todavía la venganza del espíritu del enemigo aniquilado. Pero este espíritu no es sino la expresión de su mala conciencia por causa de su culpa de sangre; tras esta superstición se oculta un filón de fina sensibilidad ética que nosotros, los hombres civilizados, hemos perdido.[8]

Almas piadosas que a toda costa querrían saber a nuestra naturaleza alejada del contacto con lo malo y lo bajo no dejarán sin duda de extraer, de la temprana aparición y del carácter imperativo de la prohibición de matar, confortantes inferencias acerca de la fuerza de unas mociones éticas que tienen que habernos sido implantadas. Por desdicha, este argumento prueba todavía más lo contrario. Una prohibición tan fuerte sólo puede haber ido dirigida contra un impulso igualmente fuerte. Lo que no anhela en su alma hombre alguno, no hace falta prohibirlo,[9] se excluye por sí solo. Precisamente lo imperativo del mandamiento «No matarás» nos da la certeza de que somos del linaje de una serie interminable de generaciones de asesinos que llevaban en la sangre el gusto de matar, como quizá lo llevemos todavía nosotros. Las aspiraciones éticas de la humanidad, cuya fuerza e importancia no hace falta andar criticando, son una conquista de la historia humana; y han devenido después, en medida por desdicha muy variable, el patrimonio heredado de la humanidad que hoy vive.

Dejemos ahora a los hombres primordiales y dirijámonos a lo inconciente dentro de nuestra propia vida anímica. Aquí nos apoyamos exclusivamente en el método de indagación del psicoanálisis, el único que alcanza a tales profundidades. Preguntamos: ¿Cómo se comporta nuestro inconciente frente al problema de la muerte? La respuesta tiene que ser: Casi de igual modo que el hombre primordial. En este aspecto, como en muchos otros, el hombre de la prehistoria sobrevive inmutable en nuestro inconciente. Por tanto, nuestro inconciente no cree en la muerte propia, se conduce como si fuera inmortal. Lo que llamamos nuestro «inconciente» (los estratos más profundos de nuestra alma, compuestos por mociones pulsionales) no conoce absolutamente nada negativo {*Negativ*}, ninguna negación {*Verneinung*} —los opuestos coinciden en su interior—, y por consiguiente tampoco conoce la muerte propia, a la que sólo podemos darle un

[8] Cf. *Tótem y tabú* (1912-13) [*AE*, **13**, págs. 71 y sigs.]
[9] Véase el brillante argumento de Frazer citado en *ibid.* [*AE*, **13**, pág. 126].

contenido negativo. Entonces, nada pulsional en nosotros solicita a la creencia en la muerte. Y quizá sea este, incluso, el secreto del heroísmo. La fundamentación del heroísmo según la *ratio* descansa en el juicio de que la vida propia no puede ser tan valiosa como ciertos bienes abstractos y universales. Pero opino que más frecuente ha de ser el heroísmo instintivo e impulsivo que prescinde de cualquier motivación de esa índole y sencillamente arrostra el peligro, tras asegurarse, como Juancito Picapiedra,[10] el personaje de Anzengruber: «*Eso nunca puede sucederte a ti*». O bien aquella motivación sirve sólo para desechar los reparos que podrían detener esa reacción heroica que corresponde a lo inconciente. La angustia de muerte, que nos domina más a menudo de lo que pensamos, es en cambio algo secundario, y la mayoría de las veces proviene de una conciencia de culpa.[11]

Por otra parte, admitimos la muerte de extraños y enemigos, y la fulminamos sobre ellos tan pronta y despreocupadamente como el hombre primordial. Es verdad que aquí aparece una diferencia que en la realidad habrá de manifestarse decisiva. Nuestro inconciente no ejecuta el asesinato, meramente lo piensa y lo desea. Pero sería equivocado restar a esta realidad *psíquica* todo valor por comparación con la *fáctica*. Es lo bastante significativa, y está grávida de consecuencias. En nuestras mociones inconcientes eliminamos día tras día y hora tras hora a todos cuantos nos estorban el camino, a todos los que nos han ultrajado o perjudicado. El «¡Que el diablo se lo lleve!», que un despecho sarcástico tantas veces hace aflorar a nuestros labios, y que en verdad quiere decir «¡Que la muerte se lo lleve!», es en el interior de nuestro inconciente un serio y poderoso deseo de muerte. Y más: nuestro inconciente mata incluso por pequeñeces; como la vieja legislación ateniense de Dracón, no conoce para los crímenes otro castigo que la muerte; y hay en eso una cierta congruencia, pues todo perjuicio inferido a nuestro yo omnipotente y despótico es, en el fondo, un crimen *laesae majestatis* {de lesa majestad}.

Así, también nosotros, si se nos juzga por nuestras mociones inconcientes de deseo, somos, como los hombres primordiales, una gavilla de asesinos. Es una suerte que todos estos deseos no posean la fuerza que los hombres eran to-

10 [«*Steinklopferhanns*», personaje de una comedia del dramaturgo vienés Ludwig Anzengruber (1839-1889).]

11 [Tratamientos más amplios de la angustia de muerte se incluyen en los párrafos finales de *El yo y el ello* (1923*b*), *AE*, **19**, págs. 58-9, y en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, **20**, pág. 123.]

davía capaces de darles en épocas primordiales;[12] bajo el fuego cruzado de las maldiciones recíprocas, hace tiempo que la humanidad se habría ido a pique, incluso los mejores y más sabios entre los hombres, y las mujeres más hermosas y encantadoras.

Por tesis como esta, el psicoanálisis no suele ser creído por los legos. Las desaprueban tildándolas de calumnias indignas de tenerse en cuenta frente a las aseveraciones de la conciencia, y hábilmente se omiten los mínimos indicios por los cuales lo inconciente suele también delatarse a esta última. Por eso es oportuno señalar que muchos pensadores que no pudieron estar influidos por el psicoanálisis han condenado con claridad suficiente la predisposición de nuestros pensamientos secretos a eliminar lo que se nos interpone en el camino, con prescindencia de la prohibición de matar. En remplazo de otros muchos, escojo un único ejemplo que se ha hecho famoso.

En *Le Père Goriot*, Balzac alude a un pasaje de las obras de J.-J. Rousseau, quien pregunta al lector qué haría si —sin abandonar París y, desde luego, sin ser descubierto— pudiera dar muerte a un viejo mandarín pequinés cuya desaparición hubiera de granjearle sumo beneficio. Deja entrever que no juzga muy a salvo la vida de ese dignatario. «*Tuer son mandarin*» se ha convertido desde entonces en expresión proverbial para esta secreta predisposición, que es también la de los hombres de hoy.

Hay, además, toda una colección de chistes y de anécdotas cínicas que testimonian en este mismo sentido, como aquella declaración atribuida al cónyuge: «Si uno de nosotros muere, me mudo a París».[13] Tales chistes cínicos no serían posibles si no comunicaran una verdad desmentida que no se podría confesar de manera expresa, seriamente y sin disfraz. En broma, como es sabido, puede decirse hasta la verdad.

Tal como le sucedía al hombre primordial, también para nuestro inconciente se presenta un caso en que las dos actitudes contrapuestas frente a la muerte —una que la admite como aniquilación de la vida, y la otra que la desmiente como irreal— chocan y entran en conflicto. Y este caso es, como en las épocas primordiales, la muerte o el peligro de muerte de uno de nuestros seres queridos, un padre o cónyuge, un hermano, un hijo o un amigo entrañable. Estos

[12] Cf. *Tótem y tabú* (1912-13), ensayo IV [*AE*, **13**, págs. 88-9.]
[13] [Esto es citado también en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 481.]

seres queridos son, por un lado, una propiedad interior, componentes de nuestro yo propio, pero, por el otro, también son en parte extraños y aun enemigos. El más tierno y más íntimo de nuestros vínculos de amor, con excepción de poquísimas situaciones, lleva adherida una partícula de hostilidad que puede incitar el deseo inconciente de muerte. Pero de este conflicto de ambivalencia no surgen, como en aquellos tiempos, la doctrina del alma y la ética, sino la neurosis, que nos permite penetrar hondamente incluso en la vida anímica normal. Hartas veces los médicos que practican el tratamiento psicoanalítico se han encontrado con el síntoma del cuidado hipertierno por el bienestar de los familiares, o con autorreproches totalmente infundados tras la muerte de una persona amada. El estudio de estos hechos no les ha dejado duda alguna sobre la difusión y la importancia de los deseos inconcientes de muerte.

El lego siente un extraordinario horror frente a la posibilidad de tales sentimientos y toma esta repugnancia como fundamento legítimo de su incredulidad hacia las aseveraciones del psicoanálisis. Creo que se equivoca. No se intenta desvalorización alguna de nuestra vida amorosa, ni va implícita en ello. Bien lejos está, sin duda, de nuestra inteligencia y de nuestro sentimiento el acoplar de esa manera amor y odio. Pero toda vez que la naturaleza trabaja con este par de opuestos, logra conservar al amor siempre despierto y siempre fresco, para reasegurarlo así contra el odio que acecha tras él. Es lícito decir que los despliegues más hermosos de nuestra vida afectiva los debemos a la *reacción* contra el impulso hostil que registramos en nuestro pecho.

Resumamos ahora: Nuestro inconciente es tan inaccesible a la representación de la muerte propia, tan ganoso de muerte contra el extraño, tan dividido (ambivalente) hacia la persona amada como el hombre de los tiempos primordiales. ¡Cuánto nos hemos distanciado de ese estado originario con la actitud cultural-convencional hacia la muerte!

Fácil es señalar el modo en que la guerra se injerta en esta disarmonía. Nos extirpa las capas más tardías de la cultura y hace que en el interior de nosotros nuevamente salga a la luz el hombre primordial. Nos fuerza a ser otra vez héroes que no pueden creer en la muerte propia; nos señala a los extraños como enemigos cuya muerte debe procurarse o desearse; nos aconseja pasar por alto la muerte de personas amadas. Pero la guerra no puede eliminarse; mientras las condiciones de existencia de los pueblos sean tan diversas, y tan violentas las malquerencias entre ellos, la guerra será inevitable. Esto plantea la pregunta: ¿No hemos de ser no-

sotros los que cedamos y nos adecuemos a ella? ¿No debemos admitir que con nuestra actitud cultural hacia la muerte hemos vivido de nuevo en lo psicológico por encima de nuestros recursos? ¿No daremos marcha atrás y reconoceremos la fatal verdad? ¿No sería mejor dejar a la muerte, en la realidad y en nuestros pensamientos, el lugar que por derecho le corresponde, y sacar a relucir un poco más nuestra actitud inconciente hacia ella, que hasta el presente hemos sofocado con tanto cuidado? No parece esto una gran conquista; más bien sería un retroceso en muchos aspectos, una regresión, pero tiene la ventaja de dejar más espacio a la veracidad y hacer que de nuevo la vida nos resulte más soportable. Y soportar la vida sigue siendo el primer deber de todo ser vivo. La ilusión pierde todo valor cuando nos estorba hacerlo.

Recordamos el viejo apotegma: «*Si vis pacem, para bellum*»: Si quieres conservar la paz, ármate para la guerra.

Sería tiempo de modificarlo: «*Si vis vitam, para mortem*»: Si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte.

# Apéndice. Carta al doctor Frederik van Eeden

[Esta carta fue escrita por Freud a fines de 1914, pocos meses después del estallido de la Primera Guerra Mundial y pocos meses antes de redactar «De guerra y muerte». El destinatario de la misiva, Van Eeden, era un psicopatólogo holandés a quien, sin embargo, se lo conocía más como literato. Hizo larga amistad con Freud, aunque nunca aceptó las ideas de este. La carta fue publicada por primera vez en alemán por Van Eeden en un semanario de Amsterdam, *De Amsterdammer*,[1] el 17 de enero de 1915 (nº 1960, pág. 3). Aparentemente, nunca más volvió a imprimirse en alemán. Ernest Jones la tradujo al inglés en el segundo volumen de su biografía de Freud (1955, pág. 413).]*

Viena, 28 de diciembre de 1914

Distinguido colega:

Esta guerra hace que me atreva a recordarle dos tesis sustentadas por el psicoanálisis que indudablemente han contribuido a su impopularidad.

Partiendo del estudio de los sueños y las acciones fallidas que se observan en personas normales, así como de los síntomas de los neuróticos, el psicoanálisis ha llegado a la conclusión de que los impulsos primitivos, salvajes y malignos de la humanidad no han desaparecido en ninguno de sus individuos sino que persisten, aunque reprimidos, en el inconciente (para emplear el término de nuestro lenguaje), y que esperan las ocasiones propicias para desarrollar su actividad. Nos ha enseñado también que nuestro intelecto es una cosa débil y dependiente, juguete e instrumento de nuestras

1 [Este nombre fue modificado más tarde por *De Groene Amsterdammer.*]

* {*Traducciones en castellano* (cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n.* 6): 1956: «Carta al doctor F. van Eeden», *RP*, **13**, nº 3, págs. 284-5, trad. de L. Rosenthal. La versión castellana de la biografía de Jones, que incluye esta carta, es de fecha posterior (Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 3 vols., 1960, **2**, págs. 387-8, trad. de M. Carlisky; 2ª ed., Buenos Aires: Hormé, 3 vols., 1976, **2**, págs. 387-8, el mismo traductor).}

inclinaciones pulsionales y afectos, y que todos nos vemos forzados a actuar inteligente o tontamente según lo que nos ordenan nuestras actitudes [emocionales] y resistencias internas.

Ahora bien, si repara usted en lo que está ocurriendo en esta guerra —las crueldades e injusticias causadas por las naciones más civilizadas, el diferente criterio con que juzgan sus propias mentiras e iniquidades y las de sus enemigos, la pérdida generalizada de toda visión clara de las cosas—, tendrá que confesar que el psicoanálisis ha acertado en esas dos tesis.

Es posible que no haya sido totalmente original en ello; son muchos los pensadores y los estudiosos de lo humano que han formulado afirmaciones semejantes a estas; pero nuestra ciencia las ha elaborado detalladamente, empleándolas a la vez para descifrar muchos enigmas de la psicología.

Confío en que volveremos a vernos en tiempos mejores. Suyo cordialísimo,

Sigmund Freud

# La transitoriedad
(1916 [1915])

# Nota introductoria

## «Vergänglichkeit»

*Ediciones en alemán*

1916 En *Das Land Goethes, 1914-1916*, Stuttgart: Deutsche Verlagsanstalt, págs. 37-8.
1926 *Almanach 1927*, págs. 39-42.
1928 *GS*, **11**, págs. 291-4.
1946 *GW*, **10**, págs. 358-61.
1975 *SA*, **10**, págs. 223-7.

*Traducciones en castellano* *

1944 «Lo perecedero». *EA*, **19**, págs. 289-93. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1955 Igual título. *SR*, **19**, págs. 253-6. El mismo traductor.
1968 Igual título. *BN* (3 vols.), **3**, págs. 172-5.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), **6**, págs. 2118-20.

Este ensayo fue escrito en noviembre de 1915, aceptando una invitación de la Berliner Goethebund (Sociedad Goethe de Berlín) para colaborar en un volumen conmemorativo que fue editado al año siguiente bajo el título de *Das Land Goethes* {El país de Goethe}. Este volumen, de cuidadosa preparación, incluía gran cantidad de contribuciones de conocidos autores y artistas del pasado y del presente, tales como Bernhard von Bülow, Clemens von Brentano, Ricarda Huch, Gerhard Hauptmann y Max Liebermann. El original alemán (aparte del cuadro que ofrece sobre los sentimientos de Freud acerca de la guerra, la cual se hallaba entonces en su segundo año) constituye una excelente muestra de su talento literario.

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n*. 6.}

Interesa hacer notar que el presente ensayo incluye una enunciación de la teoría del duelo contenida en el artículo «Duelo y melancolía» (1917*e*), que Freud había escrito algunos meses antes pero que no fue publicado hasta dos años después.

James Strachey

Hace algún tiempo, en compañía de un amigo taciturno y de un poeta joven, pero ya famoso, salí de paseo, en verano, por una riente campiña.[1] El poeta admiraba la hermosura de la naturaleza que nos circundaba, pero sin regocijarse con ella. Lo preocupaba la idea de que toda esa belleza estaba destinada a desaparecer, que en el invierno moriría, como toda belleza humana y todo lo hermoso y lo noble que los hombres crearon o podrían crear. Todo eso que de lo contrario habría amado y admirado le parecía carente de valor por la transitoriedad a que estaba condenado.

Sabemos que de esa caducidad de lo bello y perfecto pueden derivarse dos diversas mociones del alma. Una lleva al dolorido hastío del mundo, como en el caso de nuestro joven poeta, y la otra a la revuelta contra esa facticidad aseverada. ¡No, es imposible que todas esas excelencias de la naturaleza y del arte, el mundo de nuestras sensaciones y el mundo exterior, estén destinados a perderse realmente en la nada! Sería demasiado disparatado e impío creerlo. Tienen que poder perdurar de alguna manera, sustraerse de todas las influencias destructoras.

Empero, esta exigencia de eternidad deja traslucir demasiado que es un producto de nuestra vida desiderativa como para reclamar un valor de realidad. También lo doloroso puede ser verdadero. Yo no me decidí a poner en duda la universal transitoriedad ni a exigir una excepción en favor de lo hermoso y lo perfecto. Pero le discutí al poeta pesimista que la transitoriedad de lo bello conllevara su desvalorización.

¡Al contrario, un aumento del valor! El valor de la transitoriedad es el de la escasez en el tiempo. La restricción en la posibilidad del goce lo torna más apreciable. Declaré incomprensible que la idea de la transitoriedad de lo bello hubiera de empañarnos su regocijo. En lo que atañe a la hermosura de la naturaleza, tras cada destrucción por el invierno

[1] [Freud pasó parte del mes de agosto de 1913 en los Dolomitas, pero la identidad de sus compañeros no ha podido establecerse.]

ella vuelve al año siguiente, y ese retorno puede definirse como eterno en proporción al lapso que dura nuestra vida. A la hermosura del cuerpo y del rostro humanos la vemos desaparecer para siempre dentro de nuestra propia vida, pero esa brevedad agrega a sus encantos uno nuevo. Si hay una flor que se abre una única noche, no por eso su florescencia nos parece menos esplendente. Y en cuanto a que la belleza y la perfección de la obra de arte y del logro intelectual hubieran de desvalorizarse por su limitación temporal, tampoco podía yo comprenderlo. Si acaso llegara un tiempo en que las imágenes y las estatuas que hoy admiramos se destruyeran, o en que nos sucediera un género humano que ya no comprendiese más las obras de nuestros artistas y pensadores, o aun una época geológica en que todo lo vivo cesase sobre la Tierra, el valor de todo eso bello y perfecto estaría determinado únicamente por su significación para nuestra vida sensitiva; no hace falta que la sobreviva y es, por tanto, independiente de la duración absoluta.

Yo juzgaba incontrastables estas reflexiones, pero observé que no habían hecho impresión ninguna al poeta ni a mi amigo. De este fracaso inferí la injerencia de un fuerte factor afectivo que les enturbiaba el juicio, y más tarde hasta creí haberlo descubierto. Tiene que haber sido la revuelta anímica contra el duelo la que les desvalorizó el goce de lo bello. La representación de que eso bello era transitorio dio a los dos sensitivos un pregusto del duelo por su sepultamiento, y, puesto que el alma se aparta instintivamente de todo lo doloroso, sintieron menoscabado su goce de lo bello por la idea de su transitoriedad.

El duelo por la pérdida de algo que hemos amado o admirado parece al lego tan natural que lo considera obvio. Para el psicólogo, empero, el duelo es un gran enigma, uno de aquellos fenómenos que uno no explica en sí mismos, pero a los cuales reconduce otras cosas oscuras. Nos representamos así la situación: poseemos un cierto grado de capacidad de amor, llamada libido, que en los comienzos del desarrollo se había dirigido sobre el yo propio. Más tarde, pero en verdad desde muy temprano, se extraña del yo y se vuelve a los objetos, que de tal suerte incorporamos, por así decir, a nuestro yo. Si los objetos son destruidos o si los perdemos, nuestra capacidad de amor (libido) queda de nuevo libre. Puede tomar otros objetos como sustitutos o volver temporariamente al yo. Ahora bien, ¿por qué este desasimiento de la libido de sus objetos habría de ser un proceso tan doloroso? No lo comprendemos, ni por el momento podemos deducirlo de ningún supuesto. Sólo vemos que la libido se aferra a sus

objetos y no quiere abandonar los perdidos aunque el sustituto ya esté aguardando. Eso, entonces, es el duelo.

La conversación con el poeta tuvo lugar en el verano anterior a la guerra. Un año después estalló esta y robó al mundo sus bellezas. No sólo destruyó la hermosura de las comarcas que la tuvieron por teatro y las obras de arte que rozó en su camino; quebrantó también el orgullo que sentíamos por los logros de nuestra cultura, nuestro respeto hacia tantos pensadores y artistas, nuestra esperanza en que finalmente superaríamos las diferencias entre pueblos y razas. Ensució la majestuosa imparcialidad de nuestra ciencia, puso al descubierto nuestra vida pulsional en su desnudez, desencadenó en nuestro interior los malos espíritus que creíamos sojuzgados duraderamente por la educación que durante siglos nos impartieron los más nobles de nosotros. Empequeñeció de nuevo nuestra patria e hizo que el resto de la Tierra fuera otra vez ancho y ajeno. Nos arrebató harto de lo que habíamos amado y nos mostró la caducidad de muchas cosas que habíamos juzgado permanentes.

No es maravilla que nuestra libido, así empobrecida de objetos, haya investido con intensidad tanto mayor lo que nos ha quedado, ni que hayan crecido de súbito el amor a la patria, la ternura hacia nuestros allegados y el orgullo por lo que tenemos en común. Pero aquellos otros bienes, ahora perdidos, ¿se nos han desvalorizado realmente porque demostraron ser tan perecederos y tan frágiles? Entre nosotros, a muchos les parece así, pero yo, en cambio, creo que están equivocados. Creo que quienes tal piensan y se muestran dispuestos a una renuncia perenne porque lo apreciado no acreditó su perdurabilidad se encuentran simplemente en estado de duelo por la pérdida. Sabemos que el duelo, por doloroso que pueda ser, expira de manera espontánea. Cuando acaba de renunciar a todo lo perdido, se ha devorado también a sí mismo, y entonces nuestra libido queda de nuevo libre para, si todavía somos jóvenes y capaces de vida, sustituirnos los objetos perdidos por otros nuevos que sean, en lo posible, tanto o más apreciables. Cabe esperar que con las pérdidas de esta guerra no suceda de otro modo. Con sólo que se supere el duelo, se probará que nuestro alto aprecio por los bienes de la cultura no ha sufrido menoscabo por la experiencia de su fragilidad. Lo construiremos todo de nuevo, todo lo que la guerra ha destruido, y quizá sobre un fundamento más sólido y más duraderamente que antes.

# Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico (1916)

# Nota introductoria

## «Einige Charaktertypen aus der psychoanalytischen Arbeit»

*Ediciones en alemán*

1916 *Imago*, **4**, nº 6, págs. 317-36.
1918 *SKSN*, **4**, págs. 521-52. (1922, 2ª ed.)
1924 *GS*, **10**, págs. 287-314.
1924 *Dichtung und Kunst*, págs. 59-86.
1925 *Almanach 1926*, págs. 21-6. (1er. ensayo solamente.)
1935 *Psychoan. Pädagog.*, **9**, págs. 193-4. (3er. ensayo solamente.)
1946 *GW*, **10**, págs. 364-91.
1975 *SA*, **10**, págs. 229-53.

*Traducciones en castellano* *

1943 «Algunos tipos caractéricos revelados por el psicoanálisis». *EA*, **18**, págs. 131-62. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1948 «Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica». *BN* (2 vols.), **2**, págs. 990-1002. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1954 «Algunos tipos caractéricos revelados por el psicoanálisis». *SR*, **18**, págs. 111-34. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1968 «Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica». *BN* (3 vols.), **2**, págs. 1082-94. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1974 Igual título. *BN* (9 vols.), **7**, págs. 2413-28. El mismo traductor.

Estos tres ensayos se publicaron en el último número de 1916 de la revista *Imago*. El tercero de ellos, a pesar de

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n.* 6.}

ser el más breve, ha tenido tanta repercusión como cualquiera de los otros escritos no médicos de Freud, puesto que echó una luz totalmente nueva sobre los problemas de la psicología del delito.

James Strachey

Cuando el médico lleva a cabo el tratamiento psicoanalítico de un neurótico, su interés en modo alguno se dirige en primer término al carácter de este. Mucho más le interesa averiguar el significado de sus síntomas, las mociones pulsionales que se ocultan tras ellos y que por su intermedio se satisfacen, y las estaciones del secreto camino que ha llevado de aquellos deseos pulsionales a estos síntomas. Pero la técnica que le es forzoso obedecer lo obliga pronto a dirigir su apetito de saber primeramente a otros objetos. Nota que su investigación es puesta en peligro por resistencias que el enfermo le opone, y le está permitido imputar tales resistencias al carácter de este. Y entonces ese carácter cobra primacía en cuanto a su interés.

Eso que se muestra renuente al empeño del médico no siempre son los rasgos de carácter que el enfermo confiesa y le son atribuidos por quienes lo rodean. Hartas veces se acrecientan hasta una intensidad insospechada propiedades del enfermo que él parecía poseer sólo escasamente, o salen en él a la luz actitudes que no se habían traslucido en otros vínculos de la vida. En las líneas que siguen nos ocupamos de describir y reconducir a su origen algunos de estos sorprendentes rasgos de carácter.

# I. Las «excepciones»

El trabajo psicoanalítico se ve una y otra vez enfrentado a la tarea de instar al enfermo a que renuncie a una ganancia de placer fácil e inmediata. No es que deba renunciar al placer en general; quizás a ningún hombre pueda alentárselo a eso, y aun la religión tiene que fundar su reclamo de abandonar el placer terrenal prometiendo a cambio la concesión de un grado incomparablemente más alto de placer superior en un más allá. No, el enfermo sólo debe renunciar a esas satisfacciones de las que infaltablemente se sigue un perjuicio, sólo debe privarse por un tiempo y aprender a trocar esa ganancia inmediata de placer por una más segura, aunque pospuesta. Dicho con otras palabras: debe realizar, bajo la guía del médico, *ese avance desde el principio de placer hasta el principio de realidad* por el cual el hombre maduro se diferencia del niño. En esta labor educativa, la mejor intelección del médico difícilmente desempeñe un papel decisivo; por regla general, lo único que sabe decirle al enfermo es aquello que puede serle dicho a este por su propio entendimiento. Pero no es lo mismo saber algo dentro de sí y oírlo de parte de otro; el médico asume el papel de este otro eficaz; se sirve de la influencia que un ser humano puede ejercer sobre los otros. O, recordando que en el psicoanálisis es usual poner lo originario y lo raigal en lugar de lo derivado y diluido, digamos que el médico, en su obra educativa, se sirve de algunos componentes del *amor*. Es probable que en semejante poseducación no haga sino repetir el proceso que, en general, posibilitó la educación primera. Junto al apremio de la vida, es el amor el gran pedagogo, y el hombre inacabado es movido por el amor de quienes le son más próximos a tener en cuenta los mandamientos del apremio y a ahorrarse los castigos de su trasgresión.

Si del enfermo se exige así una renuncia provisional a alguna satisfacción placentera, un sacrificio, una aquiescencia a aceptar por un tiempo un sufrimiento a cambio de una finalidad mejor, o aun sólo la decisión a someterse a una necesidad que vale para todos, se tropieza con individuos que con alguna motivación particular se revuelven contra esa pro-

puesta. Dicen que han sufrido y se han privado bastante, que tienen derecho a que se los excuse de ulteriores requerimientos, y que no se someten más a ninguna necesidad desagradable pues ellos son *excepciones* y piensan seguir siéndolo. En un enfermo de este tipo, esa pretensión se extremaba hasta el convencimiento de que una Providencia particular, que lo protegería de semejantes sacrificios dolorosos, velaba por él. En contra de certidumbres interiores que se exteriorizan con esa fuerza, los argumentos del médico nada consiguen, pero también su influencia fracasa al comienzo, por lo cual se ve llevado a rastrear las fuentes de que se alimenta ese dañino prejuicio.

Ahora bien, es cosa segura que cada cual querría presentarse como una «excepción» y reclamar privilegios sobre los demás. Pero, precisamente por eso, hace falta un fundamento particular, que no se encuentra en todas partes, para que el enfermo realmente se proclame una excepción y se comporte como tal. Puede alegar más de uno de tales fundamentos; en los casos indagados por mí se logró revelar una peculiaridad común a esos pacientes en sus *más tempranos destinos de vida*: Su neurosis se anudaba a una vivencia o a un sufrimiento que los habían afectado en la primera infancia, de los que se sabían inocentes y pudieron estimar como un injusto perjuicio inferido a su persona. Los privilegios que ellos se arrogaron por esa injusticia, y la rebeldía que de ahí resultó, habían contribuido no poco a agudizar los conflictos que más tarde llevaron al estallido de la neurosis. En una de las pacientes de este tipo se instaló tal actitud frente a la vida al enterarse ella de que un doloroso padecimiento orgánico, que le había impedido alcanzar sus metas vitales, era de origen congénito. Mientras creyó que ese padecimiento era una adquisición tardía y contingente, lo sobrellevó con resignación; desde que se la esclareció sobre su carácter hereditario, se alzó en rebeldía. El joven que se creía tutelado por una Providencia particular había sido, de lactante, víctima de una infección accidental que le trasmitió su nodriza, y por el resto de sus días vivió de sus reclamos de resarcimiento como de una pensión por accidente, sin saber ni por asomo el fundamento de su pretensión. En su caso, el análisis, que construyó este resultado partiendo de oscuros restos mnémicos e interpretaciones de síntomas, fue objetivamente corroborado por informaciones obtenidas de la familia.

Por razones que con facilidad se comprenden, no puedo comunicar mucho más de estas historias clínicas ni de otras. Tampoco quiero profundizar en la sugerente analogía entre la deformación del carácter tras un prolongado achaque en la

infancia y la conducta de pueblos enteros que tienen un pasado de graves sufrimientos. En cambio, no me privaré de aludir a una figura plasmada por el más grande de los creadores literarios, en cuyo carácter la pretensión de excepcionalidad se enlaza íntimamente con los factores del daño congénito y es motivada por este último.

En el monólogo introductorio de *Ricardo III*, de Shakespeare, dice Gloucester,* el que después es coronado rey:

«Mas yo, que no estoy hecho para traviesos deportes
ni para cortejar a un amoroso espejo;
yo, que con mi burda estampa carezco de amable majestad
para pavonearme ante una ninfa licenciosa;
yo, cercenado de esa bella proporción,
arteramente despojado de encantos por la Naturaleza,
deforme, inacabado, enviado antes de tiempo
al mundo que respira; a medias terminado,
y tan renqueante y falto de donaire
que los perros me ladran cuando me paro ante ellos;
(. . . . . . . . . . .)
»Y pues que no puedo actuar como un amante
frente a estos tiempos de palabras corteses,
estoy resuelto a actuar como un villano
y odiar los frívolos placeres de esta época».

A primera vista, en este parlamento programático echaríamos de menos quizá la relación con nuestro tema. Ricardo no parece decir sino esto: «Me aburro en este tiempo de ocio y quiero divertirme. Pero ya que por mi deformidad no puedo entretenerme como amante, obraré como un malvado, intrigaré, asesinaré y haré cuanto me venga en gana». Una motivación tan frívola tendría que ahogar todo rastro de simpatía en el espectador si nada más serio se ocultara tras ella. Pero en tal caso la pieza sería también psicológicamente imposible, pues el creador debe ingeniárselas para suscitar en nosotros un secreto trasfondo de simpatía por su héroe, si es que hemos de sentir sin veto interior la admiración por su osadía y su habilidad, y semejante simpatía sólo puede estar fundada en la comprensión, en el sentimiento de una posible comunidad interior con él.

Por eso, creo que el monólogo de Ricardo no lo dice todo; insinúa meramente, y deja a nuestro cargo explicitar lo insinuado. Pero si emprendemos ese completamiento, desaparece la apariencia de frivolidad, cobran su justificación la amar-

* {La grafía antigua de «Gloster».}

gura y el detalle con que Ricardo ha descrito su deformidad, y se nos revela esa comunidad que gana nuestra simpatía aun en favor de ese malvado. He aquí, entonces, lo que él quiere decir: «La naturaleza ha cometido conmigo una grave injusticia negándome la bella figura que hace a los hombres ser amados. La vida me debe un resarcimiento, que yo me tomaré. Tengo derecho a ser una excepción, a pasar por encima de los reparos que detienen a otros. Y aun me es lícito ejercer la injusticia, pues conmigo se la ha cometido». Y ahora sentimos que nosotros mismos podríamos volvernos como Ricardo, y hasta en pequeña medida ya estamos dispuestos a hacerlo. Ricardo es una magnificación gigantesca de este aspecto que descubrimos también en nosotros. Creemos tener pleno fundamento para poner mala cara a la naturaleza y al destino a causa de daños congénitos y sufridos en la infancia; exigimos total resarcimiento por tempranas afrentas a nuestro narcisismo, a nuestro amor propio. ¿Por qué la naturaleza no nos ha agraciado con los dorados bucles de Balder, la fortaleza de Sigfrido, la frente levantada del genio o el noble perfil del aristócrata? ¿Por qué nacimos en una casa burguesa y no en el palacio del rey? Eso de ser hermosos y distinguidos lo haríamos tan bien como todos aquellos a quienes ahora tenemos que envidiar.

Pero, en el arte del creador, es una fina economía que no haga proferir a su héroe en alta voz y hasta el final todos los secretos de su motivación. Así nos compele a completarla, apela a nuestra actividad espiritual apartándola del pensamiento crítico y reteniéndonos en la identificación con el héroe. Un chapucero, en su lugar, vertiría en expresión conciente todo lo que quiere comunicarnos, y entonces tropezaría con nuestra inteligencia fría, desembarazada en sus movimientos, que no nos dejaría abismarnos en la ilusión.

No queremos abandonar las «excepciones» sin apuntar que la pretensión de las mujeres a ciertas prerrogativas y dispensas de tantas coerciones de la vida descansa en el mismo fundamento. Como lo averiguamos por el trabajo psicoanalítico, las mujeres se consideran dañadas en la infancia, cercenadas de un pedazo y humilladas sin su culpa, y el encono de tantas hijas contra su madre tiene por raíz última el reproche de haberlas traído al mundo como mujeres y no como varones.

## II. Los que fracasan cuando triunfan

El trabajo psicoanalítico nos ha obsequiado esta tesis: Los hombres enferman de neurosis a consecuencia de la *frustración* {denegación}.[1] La de la satisfacción de sus deseos libidinosos, se entiende; y se precisa de un rodeo más largo para comprender esa tesis. En efecto, para la génesis de la neurosis se necesita de un conflicto entre los deseos libidinosos de un hombre y aquella parte de su ser que llamamos su «yo», que es expresión de sus pulsiones de autoconservación e incluye los ideales de su propio ser. Un conflicto patógeno de esa índole sólo se produce cuando la libido quiere lanzarse por caminos y en pos de metas que el yo hace tiempo ha superado y ha proscrito, y que por tanto también ha prohibido para todo el porvenir; y eso lo hace la libido sólo si no tiene la posibilidad de una satisfacción ideal acorde con el yo. Así, la privación, la frustración de una satisfacción real, se convierte en la condición primera para la génesis de la neurosis, aunque no es ni con mucho la única.

Tanto más sorprendidos y aun confundidos quedamos, entonces, cuando, como médicos, hacemos la experiencia de que en ocasiones ciertos hombres enferman precisamente cuando se les cumple un deseo hondamente arraigado y por mucho tiempo perseguido. Parece como si no pudieran soportar su dicha, pues el vínculo causal entre la contracción de la enfermedad y el éxito no puede ponerse en duda. Tuve oportunidad de tomar conocimiento del destino de una mujer, que quiero describir a modo de paradigma de esos vuelcos trágicos.

De buena cuna y bien criada, no pudo de muchacha, aún muy joven, poner freno a su gana de vivir; escapó de la casa paterna y rodó por el mundo de aventura en aventura, hasta que conoció a un artista que supo apreciar su encanto femenino, pero también atinó a vislumbrar que había en la descarriada una disposición más fina. La recogió en su casa y ganó en ella una fiel compañera, a quien sólo parecía faltarle la rehabilitación social para alcanzar la dicha plena. Tras una

[1] [Cf. «Sobre los tipos de contracción de neurosis» (1912*c*).]

convivencia de años, él impuso a su familia que la aceptase y estaba dispuesto a hacerla su mujer ante la ley. En ese momento empezó ella a denegarse. Descuidó la casa cuya ama legítima estaba destinada a ser ahora, se juzgó perseguida por los parientes que querían incorporarla a la familia, por celos absurdos bloqueó al hombre todo trato social, lo estorbó en su trabajo artístico y pronto contrajo una incurable enfermedad anímica.

Otra observación me mostró a un hombre respetable en grado sumo, un profesor universitario que había alimentado durante muchos años el comprensible deseo de convertirse en sucesor de su maestro, el que lo había introducido en la ciencia. Cuando, tras el retiro de aquel anciano, los colegas le comunicaron que lo habían elegido a él, y a ningún otro, como su sucesor, empezó a intimidarse, empequeñeció sus méritos, se declaró indigno de desempeñar el puesto que se le confería y cayó en una melancolía que durante algunos años lo inhabilitó para cualquier actividad.

Por diversos que sean estos dos casos en otros aspectos, coinciden en uno, a saber: que la contracción de la enfermedad subsigue al cumplimiento del deseo y aniquila el goce de este.

La contradicción entre esas experiencias y la tesis según la cual el hombre enferma por frustración no es insoluble. El distingo entre una frustración *exterior* y una *interior* la cancela. Cuando es removido en la realidad el objeto en que la libido puede hallar su satisfacción, estamos ante una frustración exterior. En sí, es inoperante; no es todavía patógena mientras no se le asocie una frustración interior. Esta tiene que partir del yo y disputarle a la libido otros objetos de los que ella ahora quiere apoderarse. Sólo entonces se engendran un conflicto y la posibilidad de contracción de una neurosis, es decir, la posibilidad de una satisfacción sustitutiva por el desvío a través de lo inconciente reprimido. Por consiguiente, la frustración interior entra en cuenta en todos los casos, sólo que no produce efectos hasta que la frustración exterior real no le haya preparado el terreno. En esos casos excepcionales en que los hombres enferman con el triunfo, la frustración interior ha producido efectos por sí sola, y aun ha surgido únicamente después que la frustración exterior cedió lugar al cumplimiento del deseo. Aquí resta algo sorprendente a primera vista, pero, ante una consideración más detenida, advertimos que en modo alguno es inhabitual que el yo tolere un deseo por inofensivo mientras este arrastra su existencia como fantasía y parece alejado del cumplimiento, en tanto que se defiende con fuerza contra él tan pronto

como se acerca al cumplimiento y amenaza hacerse realidad. La diferencia respecto de las situaciones bien conocidas de la formación de neurosis reside sólo en que, en los otros casos, unos incrementos interiores de la investidura libidinal hacen de la fantasía hasta entonces despreciada y tolerada un temido oponente, mientras que en nuestros casos la señal para el estallido del conflicto es dada por un cambio exterior real.

El trabajo analítico nos muestra fácilmente que son *poderes de la conciencia moral* los que prohíben a la persona extraer de ese feliz cambio objetivo el provecho largamente esperado. No obstante, averiguar la esencia y el origen de estas tendencias correctoras y punitivas, que a menudo nos sorprenden aun allí donde no esperaríamos hallarlas, es tarea difícil. Lo que sabemos o conjeturamos sobre eso no quiero elucidarlo, por las razones conocidas, basándome en casos de la observación médica, sino en figuras que grandes literatos han plasmado a partir de su cabal conocimiento del alma humana.

Una persona que se derrumba tras alcanzar el triunfo, después que bregó por él con pertinaz energía, es Lady Macbeth, de Shakespeare. Antes, ninguna vacilación y ningún indicio en ella de lucha interior, ninguna otra aspiración que disipar los reparos de su ambicioso pero sentimental marido. A su designio de muerte quiere sacrificar incluso su feminidad, sin atender al papel decisivo que habrá de caberle a esa feminidad después, cuando sea preciso asegurar esa meta de su ambición alcanzada por el crimen:

«¡Venid a mí, espíritus que servís a los mortales pensamientos! ¡Despojadme de mi sexo! (. . .) ¡Venid a mis senos de mujer, y convertid mi leche en hiel, emisarios homicidas!». (Acto I, escena 5.)

«He amamantado a un niño, y sé lo grato que es amar a quien del seno se alimenta: pues bien, en el instante mismo en que sonriese ante mi rostro le arrancaría el pezón de sus blandas encías y le partiría el cráneo, si hubiera jurado hacerlo como tú lo juraste en este caso». (Acto I, escena 7.)

Una única, imperceptible, moción renuente se apodera de ella antes de obrar:

«Yo misma lo habría hecho, de no haberme él recordado a mi padre dormido. . .». (Acto II, escena 2.)

Ahora, cuando se ha convertido en reina por el asesinato de Duncan, se anuncia fugazmente en ella algo como una desilusión, como un hastío. No sabemos el porqué.

«Nada se gana, al contrario, todo se pierde, cuando nuestro deseo se cumple sin contento: vale más ser aquello que hemos destruido, que por la destrucción vivir en dudosa alegría». (Acto III, escena 2.)

Pero persevera. En la escena del banquete, la que sigue a esas palabras, sólo ella conserva la sangre fría, salva la turbación de su marido, halla un pretexto para despedir a los huéspedes. Y después desaparece de nuestra vista. Volvemos a verla (en la primera escena del quinto acto) como sonámbula, fijada en las impresiones de aquella noche sangrienta. De nuevo, como entonces, infunde ánimo a su esposo:

«¡Qué vergüenza, mi señor, qué vergüenza! ¿Un soldado, y con miedo? ¿Por qué temer que alguien lo sepa, si nadie puede pedir cuentas a nuestro poder?». (Acto V, escena 1.)

Oye el toc toc en la puerta que aterrorizó a su esposo tras el crimen. Pero a la vez se esfuerza por «deshacer lo que ya no puede ser deshecho». Lava sus manos salpicadas de sangre y que a sangre huelen, y se hace conciente de la vanidad de ese empeño. El arrepentimiento parece haberla postrado a ella, la que parecía tan despiadada. Cuando Lady Macbeth muere, su esposo, que entretanto se ha vuelto tan inflexible como ella se mostraba al comienzo, sólo le dedica este breve epitafio:

«Bien pudo haberse muerto luego; tiempo habría habido para esa palabra». (Acto V, escena 5.)

Y ahora uno se pregunta: ¿Qué fue lo que destruyó ese carácter que parecía forjado del metal más duro? ¿Fue sólo la desilusión, la otra cara de la hazaña cumplida?[2] ¿Acaso debemos inferir que también en Lady Macbeth una vida anímica en su origen dulce y de femenina blandura se fue empinando hasta alcanzar una concentración y una tensión extrema que no podían ser duraderas, o tenemos que salir en busca de indicios que nos hagan comprender humanamente ese derrumbe por una motivación más profunda?

[2] [Alusión a dos versos de *Die Braut von Messina* (acto IV, escena 5), de Schiller.]

Considero imposible acertar aquí con una decisión. *Macbeth*, de Shakespeare, es una pieza de ocasión, compuesta para la coronación de Jacobo, hasta entonces rey de Escocia. El material preexistía y había sido tratado contemporáneamente por otros autores, cuyo trabajo, es probable, Shakespeare aprovechó de la manera habitual. Presentaba notables analogías con la situación presente. La «virginal» Isabel, de quien las habladurías decían que en verdad había sido infecunda y cierta vez, cuando le dieron la noticia del nacimiento de Jacobo, en un doloroso estallido se definió como «un tronco estéril»,[3] se vio forzada, justamente por su falta de hijos, a dejar que la sucediese el rey de Escocia. Pero este era el hijo de aquella María cuya ejecución ella había dispuesto aun a disgusto, y que a pesar de todo lo que se empañaron las relaciones por causas políticas, no dejaba de ser su parienta consanguínea y su huésped.

La ascensión al trono de Jacobo I fue como un testimonio de la maldición de la esterilidad y de la bendición de una generación continuada. Y por este mismo contraste se rige el desarrollo de *Macbeth*, de Shakespeare.[4] Las Parcas le habían augurado que él sería rey, pero a Banquo, que sus hijos habrían de ceñirse la corona. Macbeth se subleva contra este veredicto del destino, no se conforma con satisfacer su propia ambición, quiere ser el fundador de una dinastía y no haber asesinado para beneficio de unos extraños. Se descuida este punto cuando sólo se quiere discernir en la pieza de Shakespeare la tragedia de la ambición. Resulta claro que, como Macbeth no puede vivir eternamente, no le queda más que un camino para desvirtuar la parte de la profecía que le es desfavorable, a saber, tener él mismo hijos que puedan sucederle. Es lo que parece esperar de su fuerte mujer:

«¡No des a luz más que hijos varones, pues tu temple intrépido sólo puede crear machos!». (Acto I, escena 7.)

Y es igualmente claro que si es defraudado en esta expectativa deberá someterse al destino; de otro modo, su obrar perdería toda meta, toda finalidad, y se mudaría en la furia ciega de alguien que está condenado a desaparecer, pero que antes quiere aniquilar lo que se ponga a su alcance. Vemos que Macbeth recorre este desarrollo, y en el ápice de la tra-

[3] Cf. *Macbeth* (acto III, escena 1): «Ciñeron sobre mi cabeza una corona infructífera, y me dieron a empuñar un cetro estéril que me arrancará una mano extraña, pues no tengo hijo que me suceda...».

[4] [Freud ya había sugerido esto en la primera edición de *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **4**, pág. 274.]

gedia hallamos aquel grito conmovedor, cuya multivocidad se ha reconocido tantas veces y que podría contener la clave de la mudanza de Macbeth; nos referimos al grito de Macduff:

«¡El no tiene hijos!». (Acto IV, escena 3.)

Eso quiere decir, sin duda: «Sólo porque él no tiene hijos pudo matar a los míos»; pero puede esconder algo más, y sobre todo podría despejar el motivo más profundo que empuja a Macbeth a rebasar en mucho su naturaleza y que también alcanza a su dura mujer en su único punto débil. Pero si se contempla el panorama de la tragedia desde el punto culminante que marcan las palabras de Macduff, se la ve toda ella recorrida por referencias a la relación padre-hijos. El asesinato del bondadoso Duncan es poco menos que un parricidio; en el caso de Banquo, Macbeth ha matado al padre, mientras que el hijo se le escapó; en cuanto a Macduff, le mató los hijos porque el padre se le había escapado. En la escena del conjuro, las Parcas le hacen aparecer un niño ensangrentado y un niño coronado; la cabeza cubierta con un casco que apareció antes es, sin duda, Macbeth mismo. Pero en el trasfondo se levanta la sombría figura del vengador Macduff, él mismo una excepción a las leyes de la generación, pues no nació de su madre, sino que lo sacaron de su vientre.

Ahora bien, sería de una justicia poética erigida totalmente sobre la ley del talión que la falta de hijos de Macbeth y la esterilidad de su mujer fueran el castigo por sus crímenes contra la santidad de la generación, que Macbeth no pudiera ser padre porque arrebató los hijos al padre y el padre a los hijos, y que en Lady Macbeth se cumpliera ese despojamiento de su sexo que pidió a los espíritus de la muerte. Creo que se comprendería sin más la enfermedad de Lady Macbeth, la mudanza de su temeridad en arrepentimiento, como reacción frente a su falta de hijos, que la convence de su impotencia contra los decretos de la naturaleza y al mismo tiempo le recuerda que por su propia culpa ha sido privada de los mejores frutos de su crimen.

En la crónica de Holinshed (1577), de la que Shakespeare tomó el tema de *Macbeth*, Lady Macbeth es mencionada una sola vez como una ambiciosa que instigó a su marido al asesinato para convertirse en reina. Nada se dice de sus ulteriores destinos ni de un desarrollo de su carácter. En cambio, parece como si la mudanza del carácter de Macbeth en una fiera sanguinaria tuviera ahí motivos parecidos a los que aca-

bamos de aventurar. En efecto, en Holinshed, entre el asesinato de Duncan, por el cual Macbeth se hace rey, y sus posteriores fechorías trascurren *diez años*, en los que él se muestra como un monarca severo, pero justo. Sólo pasado ese lapso le sobreviene aquella alteración, dominado por el martirizante temor de que la profecía augurada a Banquo pudiera cumplirse, como en efecto ocurrió con la de su propio destino. Sólo entonces hace asesinar a Banquo, y es llevado, como en Shakespeare, de un crimen a otro. Es verdad que en la crónica de Holinshed no se dice expresamente que su falta de hijos lo empujara por ese camino, pero en ella queda tiempo y espacio para esa sugerente motivación. No así en Shakespeare. En la tragedia, los acontecimientos se precipitan sobre nosotros con una prisa que suspende el aliento, y por las indicaciones de los personajes se puede calcular que la acción de la pieza trascurre más o menos en *una semana*.[5] Esta precipitación resta base a todas nuestras construcciones sobre los motivos del vuelco de carácter de Macbeth y su mujer. Falta el tiempo de un continuo desengaño en la espera del hijo, que pudiera desmoralizar a la mujer y empujar al hombre a una furia temeraria, y queda en pie la contradicción: dentro de la pieza, y entre ella y la ocasión que llevó a escribirla, son muchos los finos nexos que convergen coincidentemente en el motivo de la falta de hijos; no obstante, la economía temporal de la tragedia desautoriza de manera expresa una evolución del carácter no debida a los motivos más internos.

¿Cuáles pueden ser esos motivos, que en un lapso tan breve hacen de un ambicioso pusilánime una fiera desenfrenada y de la instigadora de temple de acero una enferma contrita por el arrepentimiento? He aquí algo que a mi juicio no puede averiguarse. Creo que no tenemos más remedio que renunciar a ello en esa triple oscuridad en que se han condensado la mala conservación del texto, la ignorada intención de su creador y el sentido secreto de la saga. Y yo no admitiría, por otra parte, que alguien objetase tales indagaciones por ociosas en vista del grandioso efecto que la tragedia produce en el espectador. Mientras dura la representación, sin duda, el dramaturgo puede dominarnos gracias a su arte y paralizar nuestro pensamiento, pero no puede impedirnos que nos empeñemos, con posterioridad, en aprehender el mecanismo psicológico de ese efecto. También me parece fuera de lugar aquí la observación de que el artista es libre de compendiar arbitrariamente la sucesión natural de los aconteci-

[5] Darmesteter (1881, pág. lxxv).

mientos que presenta si mediante ese sacrificio de la común verosimilitud puede obtener un realce del efecto dramático. Un sacrificio así sólo puede justificarse si menoscaba meramente la verosimilitud,[6] mas no si suprime el enlace causal; y el efecto dramático no quedaría roto si el discurrir temporal se dejara indeterminado en lugar de circunscribirlo a unos pocos días mediante declaraciones expresas.

Es tan penoso abandonar por insoluble un problema como el de *Macbeth*, que me atrevo todavía a señalar algo que apunta a una salida novedosa. Ludwig Jekels, en un reciente estudio sobre Shakespeare,[7] ha creído entrever un resorte de la técnica del poeta que también podría operar en *Macbeth*. Opina que Shakespeare con frecuencia parte un carácter en dos personajes, cada uno de los cuales, como bien se comprende, parece después incompleto hasta que no se lo recompone en unidad con el otro. Ese podría ser también el caso con Macbeth y Lady Macbeth, y entonces sería vano, desde luego, el empeño de concebirla a ella como una persona autónoma y de buscar los motivos de su mudanza sin tomar en cuenta el Macbeth complementario. No he de seguir adelante por esta pista; empero, quiero aducir algo que de manera harto llamativa apoya esta concepción, a saber, que los gérmenes de angustia que la noche del asesinato brotan en Macbeth no prosperan en él, sino en Lady Macbeth.[8] El fue quien antes del crimen tuvo la alucinación del puñal, pero es ella la que después cae presa de la enfermedad mental. El, tras el asesinato, oyó que gritaban en la casa: «¡No dormirás más! ¡Macbeth ha asesinado al sueño!», y entonces Macbeth no debería dormir más, pero nada de eso percibimos; no vemos que el rey Macbeth no duerma más, y sí a la reina levantarse dormida y, sonámbula, delatar su culpa; él estuvo inerme ahí, con las manos ensangrentadas, lamentándose de que el inmenso océano de Neptuno no bastaría para limpiarlas; en ese momento ella le infundió confianza: «Un poco de agua nos limpiará de esta acción», pero después es ella la que durante un largo cuarto de hora se lava y no puede quitarse las salpicaduras de la sangre: «Ni todos los perfumes de Arabia purificarían esta pequeña mano mía» (acto V, escena 1).

6 Como en el cortejo de Ricardo III a Ana junto al féretro del rey por él asesinado.

7 [Este trabajo no parece haberse publicado. En un artículo posterior sobre *Macbeth*, Jekels (1917) apenas alude a esta teoría, fuera de la cita de este párrafo. En otro trabajo, «Zur Psychologie der Komödie» (1926), Jekels vuelve sobre el tema, pero, una vez más, muy someramente.]

8 Cf. Darmesteter (1881, pág. lxxv).

Así se cumple en ella lo que él, en los remordimientos de su conciencia moral, temía; ella pasa a ser la arrepentida tras el crimen, él pasa a ser el temerario, y entre los dos agotan las posibilidades de reacción frente al crimen, como dos partes desunidas de una única individualidad psíquica y quizá copias de un solo modelo.

Si en la figura de Lady Macbeth no hemos podido averiguar por qué ella, tras el triunfo, se derrumba en la enfermedad, quizá nos resulte más promisoria la creación de otro gran dramaturgo que gusta aplicarse con rigor insospechado a la tarea del examen psicológico.*

Rebeca Gamvik, la hija de una comadrona, fue educada por su padre adoptivo, el doctor West, como librepensadora y en el desprecio por las cadenas con que una moralidad fundada en la fe religiosa querría aherrojar los deseos de la vida. Tras la muerte del doctor, ella consigue ser recogida en Rosmersholm, casa de un antiguo linaje cuyos miembros no conocen la risa y han sacrificado la alegría al rígido cumplimiento del deber. En Rosmersholm moran el pastor Johannes Rosmer y su esposa Beate, enfermiza y sin hijos. Dominada por «una pasión salvaje e indomable» hacia ese hombre de noble cuna, Rebeca resuelve quitar de en medio a la mujer que le estorba el camino y para eso se vale de su voluntad «osada y nacida libre», no inhibida por miramiento alguno. Como al descuido le deja en las manos un libro médico donde se indica que el fin del matrimonio es concebir hijos, de suerte que la pobre se pregunta, extraviada, por la justificación de su propio matrimonio; le deja entrever que Rosmer, cuyas lecturas y pensamientos ella comparte, está a punto de abandonar la antigua fe y abrazar el partido de la Ilustración; y después de haber sacudido así la confianza de la mujer en la solidez moral de su marido, le hace entender, por último, que ella misma, Rebeca, pronto abandonará la casa para ocultar las consecuencias de un comercio carnal prohibido con Rosmer. Ese plan criminal triunfa. La pobre mujer, que ha pasado por deprimida e irresponsable, se arroja al agua desde la pasarela del molino, imbuida del sentimiento de su nulidad y para no estorbar la dicha del hombre amado.

Y ahora, largo tiempo viven Rebeca y Rosmer solos en Rosmersholm, en una relación en que él quiere ver una amistad ideal y puramente espiritual. Pero cuando desde fue-

* {Se refiere a Ibsen, cuyo drama *Rosmersholm* examina a continuación.}

ra caen sobre ellos las primeras sombras de la murmuración, y al mismo tiempo una duda martirizante mueve a Rosmer a preguntarse por los motivos que llevaron a su mujer a darse muerte, pide a Rebeca que sea su segunda mujer, para oponer al triste pasado una realidad nueva y viviente (acto II). A ella por un instante la llena de júbilo esa propuesta, pero enseguida declara que eso es imposible y que si él la asedia «seguirá el camino de Beate». Rosmer no atina a comprender ese rechazo; pero es todavía más incomprensible para nosotros, que sabemos más de las obras y propósitos de Rebeca. De lo único que no podemos dudar es de que su «no» debe tomarse en serio.

¿Cómo es posible que la aventurera de la voluntad osada, nacida libre, que se abre paso sin miramiento alguno para la realización de sus deseos, no quiera asir al vuelo el fruto del triunfo que ahora se le ofrece? Ella misma nos lo esclarece en el cuarto acto: «Ahí está justamente lo terrible: ahora que toda la dicha del mundo me es ofrecida a manos llenas, he cambiado, de manera que mi propio pasado me bloquea el camino hacia la felicidad». O sea, ella ha cambiado en el ínterin, su conciencia moral se ha despertado, ha cobrado una conciencia de culpa que le deniega el goce.

¿Y a raíz de qué despertó su conciencia moral? Escuchémosla a ella misma, y consideremos después si podemos darle crédito pleno: «Es la visión de la vida de los Rosmer —o al menos tu visión de la vida— la que ha contagiado mi voluntad... Y la ha hecho enfermar. La ha hecho sierva de leyes que antes no tenían imperio sobre mí. Tú y la convivencia contigo han ennoblecido mi alma». Esta influencia, hay que admitirlo, se hizo valer únicamente cuando ella pudo convivir a solas con Rosmer: «En la paz... en la soledad.. cuando me comunicabas todos tus pensamientos sin reserva... un estado de ánimo cualquiera, tan suave y tan fino como lo sentías..., ahí sobrevino la gran trasformación».

Poco antes, ella había lamentado el otro costado de esa mudanza: «Porque Rosmersholm me ha quitado la fuerza; ¡aquí se ha quebrantado y se ha paralizado mi osada voluntad! Para mí ya pasó el tiempo en que me atrevía a todo y a todos. He perdido la energía para la acción, Rosmer».

Esta explicación la da Rebeca después de haber confesado espontáneamente su crimen a Rosmer y al rector Kroll, el hermano de la mujer que ella eliminó. Mediante pequeñas pinceladas de magistral finura, Ibsen deja establecido que esta Rebeca no miente, pero tampoco es del todo sincera. Así como a pesar de su desprejuicio ha rebajado en un año su edad, también su confesión ante los dos hombres es in-

completa y, forzada por Kroll, la complementa en algunos puntos esenciales. Y entonces quedamos en libertad para suponer que al explicar los motivos de su renuncia sólo revela algunas cosas para callar otras.

No tenemos, es verdad, fundamento alguno para desconfiar de lo que dijo, a saber, que la atmósfera de Rosmersholm, su trato con el noble Rosmer, ejercieron sobre ella una influencia ennoblecedora y... paralizante. Con eso dice lo que sabe y lo que ha sentido. Mas no por fuerza ha de ser todo lo que ocurrió dentro de ella; tampoco es necesario que pudiera explicárselo todo. La influencia de Rosmer podría no haber sido sino una cubierta tras la cual se escondiera otro efecto, y en este último sentido apunta un notable rasgo.

Todavía después de la confesión, en el último diálogo, que pone fin a la pieza, Rosmer le pide otra vez que sea su mujer. El le perdona el crimen que cometió por amor a él. Y hete aquí que ella no responde lo que debería —que ningún perdón podría quitarle el sentimiento de culpa que le valió su alevoso engaño a la pobre Beate—, sino que carga sobre sí otro reproche que por fuerza nos suena extraño en la librepensadora, y en modo alguno merece la importancia que le atribuye Rebeca: «¡Ah!, amigo mío, no vuelvas sobre eso! ¡Es algo imposible! Pues has de saber, Rosmer, que yo tengo... un pasado». Desde luego, ella quiere aludir a que ha mantenido relaciones sexuales con otro hombre, y nosotros ahora nos enteramos de que esas relaciones, de una época en que era libre y no tenía que dar cuentas a nadie, parecen ser un obstáculo mayor para su unión con Rosmer que su conducta realmente criminal hacia la mujer de este.

Rosmer no quiere oír nada de ese pasado. Podemos adivinarlo, aunque todo lo referido a él permanece subterráneo, por así decir, en la pieza, y tiene que ser inferido por alusiones. Por alusiones, es cierto, intercaladas con un arte tal que se vuelve imposible equivocar su sentido.

Entre la primera negativa de Rebeca y su confesión ocurre algo que es de importancia decisiva para su destino ulterior. El rector Kroll la visita para humillarla comunicándole que sabe que ella es bastarda, la hija justamente de ese doctor West que la adoptó tras la muerte de su madre. El odio ha aguzado su sagacidad, pero no cree decirle con eso nada nuevo. «De hecho, yo creí que usted tenía un conocimiento preciso de esto. De lo contrario, habría sido asombroso que usted se dejara adoptar por el doctor West». «Y entonces él se la lleva a usted a su casa, enseguida de la muerte de su madre. La trata con dureza. No obstante, usted permanece junto a él. Usted sabe que él no puede dejarle ni un centavo.

Y en verdad no ha recibido sino un cajón de libros. Sin embargo, usted persevera junto a él. Soporta sus caprichos. Lo cuida hasta el último instante». «Lo que usted ha hecho por él, yo lo atribuyo al instinto natural de una hija. El resto de su conducta lo tengo por un fruto natural de su origen».

Pero Kroll estaba en un error. Rebeca no había sabido nada que era la hija del doctor West. Cuando Kroll empezó a hablar con oscuras alusiones a su pasado, ella debió de suponer que apuntaba a otra cosa. Después que entendió a qué se refería, pudo mantener todavía un momento su compostura, pues le estaba permitido creer que su enemigo había echado sus cuentas sobre la base de la edad que ella falsamente le había dado en una visita anterior. Pero Kroll disipa triunfante esa objeción: «Quizá. Pero la cuenta ha de ser correcta, pues un año antes que fuera designado, West estuvo allí arriba en una visita de pasada»; y entonces, tras esta nueva comunicación, ella pierde toda su serenidad: «¡Eso no es cierto!». Se pasea de un lado a otro de la habitación y se retuerce las manos: «Es imposible. Usted meramente me lo quiere hacer creer. Eso jamás puede ser cierto. ¡No puede ser cierto! ¡Jamás!». Su agitación es tan fuerte que Kroll no puede atribuirla a su sola comunicación.

«*Kroll:* Pero, querida mía, ¿por qué, en nombre de Dios, se pone usted tan violenta? Me mete usted miedo. ¡Qué debo creer y pensar!

*Rebeca:* Nada. No debe usted creer nada ni pensar nada.

*Kroll:* Pero entonces tiene usted realmente que explicarme por qué se ha tomado tan a pecho esta cosa, esta posibilidad.

*Rebeca (reponiéndose):* Es muy simple, sin embargo, señor rector. No me produce gusto alguno ser considerada hija bastarda».

El enigma de la conducta de Rebeca admite una sola solución. La comunicación de que el doctor West pudo ser su padre es el golpe más duro que podía propinársele, pues no sólo fue ella la hija adoptiva, sino la amante de ese hombre. Cuando Kroll empezó a hablar, ella creyó que iba a aludir a esas relaciones, que probablemente habría confesado invocando su libertad. Pero eso estaba lejos de la intención del rector; él nada sabía de su relación amorosa con el doctor West, así como ella no sabía nada de su filiación. No otra cosa que esta relación amorosa *puede* ella tener en la mente cuando, en su última negativa ante Rosmer, alega que su pasado la hace indigna de ser su mujer. Probablemente le

habría comunicado a Rosmer, de haberlo querido este, sólo una mitad de su secreto, callando la parte más grave de él.

Pero ahora comprendemos bien que ese pasado se le aparezca como el más grave impedimento para contraer matrimonio, como el más grave... crimen.

Cuando se entera de que ha sido la amante de su propio padre, sucumbe a su sentimiento de culpa, que ahora estalla con fuerza avasalladora. Hace su confesión ante Rosmer y Kroll, motejándose de asesina; renuncia, en definitiva, a la dicha para la cual se había abierto camino mediante el crimen, y se apresta a partir. Pero el motivo genuino de su conciencia de culpa, que la hace fracasar cuando triunfa, permanece secreto. Hemos visto que es algo bien distinto de la atmósfera de Rosmersholm y de la influencia moralizadora de Rosmer.

Quien nos haya seguido hasta aquí no dejará de presentar una objeción que justificaría albergar una buena dosis de duda. El primer rechazo de Rosmer por parte de Rebeca se produce antes de la segunda visita de Kroll, y, por ende, antes que descubra su nacimiento bastardo, cuando todavía nada sabe de su incesto... si es que hemos comprendido rectamente al dramaturgo. Y no obstante, ese rechazo es enérgico y serio. La conciencia de culpa que le manda renunciar a la ganancia de sus crímenes está entonces activa en ella antes de conocer su crimen capital, y si tal admitimos, quizás ha de eliminarse por completo el incesto como fuente de la conciencia de culpa.

Hasta aquí hemos tratado a Rebeca West como si ella fuera una persona viva y no la creación del dramaturgo Ibsen, de su fantasía guiada por la inteligencia más crítica. Podríamos atenernos a ese mismo punto de vista para despachar esa objeción. La objeción es buena: la conciencia moral se había despertado en parte en Rebeca aun antes de conocer el incesto. Nada impide responsabilizar de ese cambio a la influencia que la propia Rebeca reconoce y lamenta. Pero ello no nos exime de admitir el segundo motivo. La conducta de Rebeca frente a la comunicación del rector, su reacción inmediata por vía de la confesión, no dejan ninguna duda de que sólo ahora interviene el motivo más fuerte y decisivo para la renuncia. Presenta justamente un caso de motivación múltiple, en que tras el motivo superficial sale a la luz uno más profundo. Las reglas que rigen la economía poética ordenan presentar así el caso, pues ese motivo más profundo no debía ser elucidado de manera expresa: tenía que permanecer escondido, sustraído de la fácil percepción del espectador en el teatro o del lector; de lo contrario, se habrían levantado contra él serias resistencias, y aun habría dado pie a los sen-

timientos más penosos, que podrían hacer peligrar el efecto del drama.

Pero tenemos derecho a exigir que el motivo exhibido mantenga una conexión íntima con el motivo que él oculta; que resulte ser como un atemperamiento o una derivación de este último. Y si podemos confiar en que el dramaturgo derivó consecuentemente su combinación poética conciente de premisas inconcientes, será lícito el intento de mostrar que cumplió con aquel requisito. La conciencia de culpa de Rebeca brota de la fuente del reproche de incesto aun antes que el rector se lo lleve a la conciencia con precisión analítica. Si reconstruimos su pasado —que el dramaturgo apenas insinúa— con detalle y completándolo, diremos que ella no pudo dejar de tener alguna vislumbre de la relación íntima entre su madre y el doctor West. Por fuerza ha de haberle causado una gran impresión el convertirse en la sucesora de la madre junto a ese hombre; ella estaba bajo el imperio del complejo de Edipo, aunque no supiera que esta fantasía universal se había realizado en su caso. Cuando llegó a Rosmersholm, el yugo interior de aquella primera vivencia la empujó a crear, mediante una acción violenta, la misma situación que la primera vez se había realizado sin su cooperación: eliminar a la mujer y madre para ocupar su lugar junto al hombre y padre. Ella pinta con una vivacidad convincente el modo en que se vio compelida, contra su voluntad, a obrar paso a paso para eliminar a Beate:

«¡Pero ustedes creen que yo procedía con fría y calculada premeditación! Yo no era entonces la que soy ahora, cuando estoy frente a ustedes y lo cuento. Y además existen, diría yo, dos clases de voluntad en nosotros. ¡Yo quería eliminar a Beate, por cualquier medio! Y sin embargo no creía que eso ocurriría alguna vez. A cada paso que eso me estimulaba a dar hacia adelante, era para mí como si algo me gritara: ¡Ahora detente! ¡Ni un paso más! Y no obstante, no pude detenerme. Me veía forzada a avanzar otro poco, a dar un último paso, y después otro... y otro más todavía. Así ocurrió eso. De esta manera suceden tales cosas».

Esto no es embellecer lo sucedido sino exponerlo con veracidad. Todo lo que le sucedió en Rosmersholm, el enamoramiento de Rosmer y la hostilidad hacia su mujer, era ya fruto del complejo de Edipo, réplica inevitable de sus relaciones con su madre y con el doctor West.

Por eso el sentimiento de culpa que le hizo rechazar primero el requerimiento de Rosmer no es en el fondo dife-

rente de aquel otro, más serio, que la compele a la confesión tras la comunicación de Kroll. Ahora bien, así como bajo la influencia del doctor West se había convertido en librepensadora y en menospreciadora de la moral religiosa, de igual modo se mudó, bajo la de su nuevo amor por Rosmer, en un ser noble y regido por la conciencia moral. Hasta ahí pudo penetrar ella misma en sus procesos interiores, y por eso le era lícito señalar la influencia de Rosmer como el motivo de su cambio, el motivo que ella podía entender.

El médico que practica el psicoanálisis sabe cuán frecuente o cuán regular es que la muchacha que entra en una casa como servidora, dama de compañía o institutriz urda allí, conciente o inconcientemente, el sueño diurno cuyo contenido está tomado del complejo de Edipo, a saber: que la señora de la casa desaparezca de algún modo y el señor la tome a ella por mujer en su remplazo.[9] *Rosmersholm* es, dentro del género que se ocupa de esta cotidiana fantasía de las muchachas, la más excelsa obra de arte. Se convierte en una pieza trágica por el añadido de que al sueño diurno de la heroína le ha precedido, en su prehistoria, la realidad que se le corresponde íntegramente.[10]

Tras esta larga visita a la creación literaria, regresemos ahora a la experiencia médica; pero sólo para establecer, con pocas palabras, la plena armonía entre ambas. El trabajo psicoanalítico enseña que las fuerzas de la conciencia moral que llevan a contraer la enfermedad por el triunfo, y no, como es lo corriente, por la frustración, se entraman de manera íntima con el complejo de Edipo, la relación con el padre y con la madre, como quizá lo hace nuestra conciencia de culpa en general.[11]

9 [Véase el caso de Lucy R. en *Estudios sobre la histeria* (1895*d*), *AE*, 2, págs. 133 y sigs.]

10 La presencia del tema del incesto en *Rosmersholm* ya fue demostrada, con argumentos idénticos a los míos, en la muy profusa obra de Otto Rank *Das Inzest-Motiv in Dichtung und Sage* (1912*c* [págs. 404-5]).

11 [Unos veinte años después, en su carta a Romain Rolland describiendo su primera visita a la Acrópolis de Atenas (1936*a*), Freud compararía la sensación de que algo es «demasiado bueno para ser cierto» con la situación analizada en el presente artículo.]

# III. Los que delinquen por conciencia de culpa

Con mucha frecuencia, en sus comunicaciones sobre su juventud, en particular los años de la prepubertad, personas después muy decentes me informaron acerca de ciertas acciones prohibidas de que se habían hecho culpables entonces: latrocinios, fraudes y aun incendios deliberados. Yo solía desechar esas indicaciones diciendo que es bien conocida la debilidad de las inhibiciones morales en ese período de la vida, y no procuraba insertarlas dentro de una concatenación más significativa. Pero al cabo, a raíz de casos más claros y accesibles, en que los enfermos cometían tales faltas mientras se hallaban bajo mi tratamiento, o eran personas que hacía tiempo habían pasado su juventud, me vi llevado a estudiar más a fondo esos sucesos. El trabajo analítico trajo entonces un sorprendente resultado: tales fechorías se consumaban sobre todo porque eran prohibidas y porque a su ejecución iba unido cierto alivio anímico para el malhechor. Este sufría de una acuciante conciencia de culpa, de origen desconocido, y después de cometer una falta esa presión se aliviaba. Por lo menos, la conciencia de culpa quedaba ocupada de algún modo.

Por paradójico que pueda sonar, debo sostener que ahí la conciencia de culpa preexistía a la falta, que no procedía de esta, sino que, a la inversa, la falta provenía de la conciencia de culpa. A estas personas es lícito designarlas como «delincuentes por conciencia de culpa». La preexistencia de esta última, desde luego, había podido demostrarse por toda una serie de otras manifestaciones y efectos.

Pero el trabajo científico no se termina al establecer un hecho curioso. Es preciso responder a otras dos preguntas: ¿De dónde proviene ese oscuro sentimiento de culpa anterior a la fechoría? ¿Acaso es probable que una causación de esa índole tenga una participación importante en la comisión de delitos?

El examen de la primera pregunta promete brindarnos información sobre la fuente del sentimiento humano de culpa en general. El resultado regular del trabajo analítico fue que este oscuro sentimiento de culpa brota del complejo de

Edipo, es una reacción frente a los dos grandes propósitos delictivos, el de matar al padre y el de tener comercio sexual con la madre. Por comparación a estos dos, en verdad, los delitos cometidos para fijar el sentimiento de culpa eran un alivio para los martirizados. Es preciso recordar aquí que parricidio e incesto con la madre son los dos grandes delitos de los hombres, los únicos que en sociedades primitivas son perseguidos y abominados como tales. Y cumple recordar también el supuesto a que otras indagaciones nos han llevado, a saber, que la humanidad ha adquirido su conciencia moral, que ahora se presenta como un poder anímico heredado, merced al *complejo de Edipo*.

Responder a la segunda pregunta sobrepasa el trabajo psicoanalítico. En ciertos niños puede observarse, sin más, que se vuelven «díscolos» para provocar un castigo y, cumplido este, quedan calmos y satisfechos. Una ulterior indagación analítica a menudo nos pone en la pista del sentimiento de culpa que les ordena buscar el castigo. En cuanto a los delincuentes adultos, es preciso excluir, sin duda, a todos aquellos que cometen delitos sin sentimiento de culpa, ya sea porque no han desarrollado inhibiciones morales o porque en su lucha contra la sociedad se creen justificados en sus actos. Pero en la mayoría de los otros delincuentes, aquellos para los cuales en verdad se han hecho los códigos punitivos, una motivación así de sus delitos muy bien podría entrar en cuenta, iluminar muchos puntos oscuros de la psicología del delincuente y proporcionar a la punición un nuevo fundamento psicológico.

Un amigo me ha hecho notar después que el «delincuente por conciencia de culpa» era conocido también por Nietzsche. La preexistencia del sentimiento de culpa y el recurso a la falta para su racionalización son patentes en los aforismos [1] de Zaratustra «Sobre el pálido delincuente». Dejemos a la investigación futura el decidir cuántos delincuentes han de contarse entre estos «pálidos».

[1] [En las ediciones anteriores a 1924, «oscuros aforismos». — La idea de que el sentimiento de culpa es una motivación para cometer fechorías se insinúa ya en el historial clínico del pequeño Hans (1909*b*), *AE*, **10**, pág. 37, así como también en el del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *AE*, **17**, pág. 27 —el cual, aunque publicado después que el presente artículo, fue escrito en su mayor parte en 1914—. En este último pasaje se introduce, complicando el cuadro. el factor del masoquismo.]

# Escritos breves
(1915 - 16)

# Carta a la doctora Hermine von Hug-Hellmuth[1] (1919 [1915])

El diario es una pequeña joya. Creo realmente que nunca, hasta ahora, se había podido penetrar con esa claridad y esa veracidad en las mociones anímicas que caracterizan al desarrollo de la muchacha de nuestro nivel social y cultural en los años de la prepubertad. El modo en que los sentimientos crecen desde el egoísmo infantil hasta alcanzar la madurez social; el modo en que se perfilan primero las relaciones con padres y hermanos, y después poco a poco se acendran en seriedad e intimidad; el modo en que se anudan amistades y se las abandona, y cómo tantea la ternura sus primeros objetos; sobre todo, el modo en que el secreto del sexo emerge al comienzo borroso, para apoderarse luego por completo del alma infantil, y de qué manera esta niña, bajo la conciencia de su secreto saber, sufre un perjuicio y gradualmente lo supera: todo eso se expresa de manera tan encantadora, tan natural y tan seria en esos bocetos hechos sin artificio, que por fuerza despertará en pedagogos y psicólogos el máximo interés. [. . .]

Opino que está obligada usted a dar el diario a la estampa. Mis lectores le quedarán agradecidos.

1 [La carta, de la que se trascriben aquí algunos fragmentos, fue escrita el 27 de abril de 1915. Estos fragmentos se incluyeron en el prefacio de la doctora Von Hug-Hellmuth a su edición del diario íntimo que se menciona en la carta: *Tagebuch eines halbwüchsigen Mädchens* {Diario íntimo de una jovencita}, el cual fue publicado por la Internationaler Psychoanalytischer Verlag (Leipzig, Viena y Zurich, 1919; 1921, 2ª ed.; 1922, 3ª ed.), y se reprodujeron en 1928: *GS*, **11**, pág. 261, y en 1946: *GW*, **10**, pág. 456. Una traducción inglesa del diario (incluyendo el prefacio), a cargo de Eden y Cedar Paul, fue publicada en Londres por George Allen and Unwin y en Nueva York por Seltzer (1921; 1936, 2ª ed.), con el título de *A Young Girl's Diary*. Cabe agregar que luego de su publicación se insinuó que el diario podría haber sido retocado por la persona no identificada que confió el manuscrito a la doctora Von Hug-Hellmuth. La edición alemana fue entonces retirada de circulación, no así la inglesa. {*Traducciones en castellano* (cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n*. 6): 1955: «Carta a la doctora Von Hug-Hellmuth», *SR*, **20**, págs. 152-3, trad. de L. Rosenthal; 1968: Igual título, *BN* (3 vols.), **3**, pág. 297; 1972: «Carta a la doctora Hermine von Hug-Hellmuth», *BN* (9 vols.), **6**, pág. 2121.}]

# Paralelo mitológico de una representación obsesiva plástica[1] (1916)

A cierto enfermo, de unos 21 años, los productos del trabajo mental inconciente no le devienen concientes sólo como pensamientos obsesivos, sino también como *imágenes obsesivas*. Unos y otras pueden ir juntos o presentarse de manera independiente. En cierta época, cada vez que veía a su padre entrar en la habitación, le emergían, íntimamente enlazadas, una palabra y una imagen obsesivas. La palabra decía: «*Vaterarsch*» {culo de padre}, y la imagen concomitante figuraba al padre como la parte inferior de un cuerpo desnudo, provisto de brazos y piernas, al que le faltaban la parte superior del cuerpo y la cabeza. Los genitales no se mostraban, y los rasgos del rostro estaban pintados sobre el abdomen.

Con miras a elucidar esta formación de síntoma, extravagante en mayor grado que lo común, cumple hacer notar que ese enfermo, de un desarrollo intelectual pleno y de elevadas aspiraciones éticas, hasta bien pasados sus diez años había practicado en las más variadas formas un erotismo anal muy vivo. Superado este, su vida sexual fue empujada hacia atrás, hacia el estadio anal previo, por la lucha ulterior con el erotismo genital. Amaba y respetaba mucho a su padre, y le temía no poco; pero desde el punto de vista de sus elevadas pretensiones a la sofocación pulsional y al

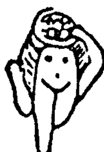
1 [«Mythologische Parallele zu einer plastischen Zwangsvorstellung». *Ediciones en alemán:* 1916: *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **4**, nº 2, págs. 110-1; 1918: *SKSN*, **4**, págs. 195-7 (1922, 2ª ed.); 1924: *GS*, **10**, págs. 240-2; 1946: *GW*, **10**, págs. 398-400. {1973: *SA*, **7**, págs. 119-22. *Traducciones en castellano* (cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n.* 6): 1943: «Símil mitológico de una representación obsesiva plástica», *EA*, **18**, págs. 163-7, trad. de L. Rosenthal; 1948: «Un paralelo mitológico a una representación obsesiva plástica», *BN* (2 vols.), **2**, pág. 970, trad. de L. López-Ballesteros; 1954: «Símil mitológico de una representación obsesiva plástica», *SR*, **18**, págs. 135-8, trad. de L. Rosenthal; 1968: «Un paralelo mitológico a una representación obsesiva plástica», *BN* (3 vols.), **2**, pág. 1062, trad. de L. López-Ballesteros; 1974: «Un paralelo mitológico a una imagen obsesiva plástica», *BN* (9 vols.), **7**, págs. 2429-30, el mismo traductor.}]

ascetismo, el padre le aparecía como el subrogado de la «lujuria», del afán de goce dirigido a lo material.

«*Vaterarsch*» se explicó enseguida como germanización traviesa del título honorífico «*Patriarch*» {patriarca}.[2] La imagen obsesiva es una evidente caricatura. Trae a la memoria otras figuraciones que, con propósito denigratorio, sustituyen a la persona total por un solo órgano, por ejemplo, sus genitales; trae a la memoria también fantasías inconcientes que llevan a identificar los genitales con el hombre total, y giros idiomáticos en broma como «Soy todo oídos».

La fijación de los rasgos del rostro sobre el abdomen de la caricatura me pareció al comienzo muy extraña. Pero pronto recordé haber visto algo parecido en caricaturas francesas.[3] El azar hizo que tomara después conocimiento de una figuración antigua, que muestra una total concordancia con la imagen obsesiva de mi paciente.

Según la saga griega, Deméter había llegado a Eleusis en busca de su hija robada; allí la albergaron en su casa Disaules y su mujer Baubo, pero, en su hondo duelo, rehusaba probar alimento y bebida. Ante eso, su huéspeda Baubo la movió a reír levantándose de repente el vestido y descubriendo su vientre. La discusión de esta anécdota, probablemente destinada a explicar un ceremonial mágico que ya no se entendía, se encuentra en el cuarto volumen de la obra *Cultes, mythes et religions*, 1912 [pág. 115], de Salomon Reinach. Ahí se dice que durante las excavaciones practicadas en Priena,* en el Asia Menor, se hallaron terracotas que figuraban a esta Baubo. Muestran un cuerpo femenino sin cabeza y sin busto, sobre cuyo abdomen se ha pintado un rostro; el vestido alzado enmarca ese rostro como una corona de cabellos (*ibid.*, pág. 117).



2 [Las dos palabras suenan parecidas en alemán.]

3 Cf. «Das unanständige Albion» [«L'impudique Albion»], caricatura de Inglaterra, dibujada en 1901 por Jean Véber y reproducida en Eduard Fuchs, *Das erotische Element in der Karikatur*, 1904. [Incluido en Fuchs (1908, pág. 384).]

* {La actual Samsun}.

# Una relación entre un símbolo y un síntoma[1] (1916)

Que el sombrero es símbolo de los genitales, sobre todo de los masculinos, ha sido suficientemente respaldado por la experiencia de los análisis de sueños.[2] Pero no puede aseverarse que este símbolo se cuente entre los inteligibles. En fantasías, así como en múltiples síntomas, aparece también la cabeza como símbolo de los genitales masculinos o, si se quiere, como subrogación de ellos. Muchos analistas habrán observado que sus pacientes que sufren de obsesiones exteriorizan hacia la decapitación un grado de horror y de exasperación muchísimo mayor que hacia cualquier otra variedad de muerte, y se habrán visto movidos a explicarles que ellos tratan el ser-decapitado como un sustituto del ser-castrado. Repetidas veces se han analizado, y también comunicado, sueños de personas jóvenes, o sueños que tuvieron los pacientes en su juventud, relativos al tema de la castración y en los que se hablaba de una bola que fue preciso interpretar como la cabeza del padre. Hace poco pude resolver un ceremonial previo al dormir, en que se prescribía que la pequeña almohada para la cabeza debía colocarse en forma de rombo sobre las otras almohadas, y la cabeza de la durmiente debía descansar exactamente sobre la diagonal mayor del rombo. Este último tenía el significado notorio bien conocido de las inscripciones que se hacen sobre las paredes

[1] [«Eine Beziehung zwischen einem Symbol und einem Symptom». *Ediciones en alemán:* 1916: *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **4**, nº 2, pág. 111; 1918: *SKSN*, **4**, pág. 198 (1922, 2ª ed.); 1924: *GS*, **5**, pág. 310; 1926: *Psychoanalyse der Neurosen*, pág. 38; 1931: *Neurosenlehre und Technik*, pág. 21; 1946: *GW*, **10**, pág. 394. {*Traducciones en castellano* (cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n.* 6): 1929: «Una relación entre un símbolo y un síntoma», *BN* (17 vols.), **13**, págs. 197-8, trad. de L. López-Ballesteros; 1943: Igual título, *EA*, **13**, págs. 205-6, el mismo traductor; 1948: Igual título, *BN* (2 vols.), **1**, pág. 1015, el mismo traductor; 1953: Igual título, *SR*, **13**, págs. 158-9, el mismo traductor; 1967: Igual título, *BN* (3 vols.), **1**, págs. 1003-4, el mismo traductor; 1974: Igual título, *BN* (9 vols.), **7**, pág. 2431, el mismo traductor.}]

[2] [Freud informa sobre un sueño de sombrero en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 366-7.]

[*graffiti*]; la cabeza estaba destinada a figurar un miembro masculino.[3]

Ahora bien, podría ocurrir que el significado simbólico del sombrero derivase del de la cabeza, siendo que aquel puede considerarse una cabeza que se continúa, pero separable. En este contexto me viene a la memoria un síntoma de los neuróticos obsesivos, a partir del cual estos enfermos saben crearse un obstinado martirio. Acechan por la calle de continuo para ver si algún conocido los ha saludado primero quitándose el sombrero o parece aguardar el saludo de ellos, y renuncian a una cantidad de relaciones cuando descubren que las personas respectivas no los saludan más o no contestan formalmente a su saludo. Tales dificultades en el saludo, que ellos se crean según su talante y antojo, son interminables. Y en nada varía su conducta si se les pone por delante lo que, sin embargo, todos ellos saben: que el descubrirse al saludar significa una humillación ante el saludado (p. ej., un grande de España goza de la prerrogativa de permanecer cubierto en presencia del rey), y que la susceptibilidad de ellos hacia el saludo tiene entonces el sentido de no aparecer inferiores de lo que los otros se creen a sí mismos. La resistencia de su susceptibilidad a tal esclarecimiento admite la conjetura de que se está frente al efecto de un motivo mal conocido por la conciencia, y la fuente de ese refuerzo podría fácilmente hallarse en la relación con el complejo de castración.

3 [Este caso se relata detalladamente en la 17ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, págs. 241-5.]

# Bibliografía e índice de autores

[Los títulos de libros y de publicaciones periódicas se dan en bastardilla, y los de artículos, entre comillas. Las abreviaturas utilizadas para las publicaciones periódicas fueron tomadas de la *World List of Scientific Periodicals* (Londres, 1952; 4ª ed., 1963-65). Otras abreviaturas empleadas en este libro figuran *supra*, págs. xiv-xv. Los números en negrita corresponden a los volúmenes en el caso de las revistas y otras publicaciones, y a los tomos en el caso de libros. Las cifras entre paréntesis al final de cada entrada indican la página o páginas de este libro en que se menciona la obra en cuestión. Las letras en bastardilla anexas a las fechas de publicación (tanto de obras de Freud como de otros autores) concuerdan con las correspondientes entradas de la «Bibliografía general» que será incluida en el volumen 24 de estas *Obras completas*.

Esta bibliografía cumple las veces de índice onomástico para los autores de trabajos especializados que se mencionan a lo largo del volumen. Para los autores no especializados, y para aquellos autores especializados de los que no se menciona ninguna obra en particular, consúltese el «Indice alfabético».

{En las obras de Freud se han agregado entre llaves las referencias a la *Studienausgabe* (*SA*), así como a las versiones castellanas de Santiago Rueda (*SR*), Biblioteca Nueva (*BN*, 1972-75, 9 vols.) o *Revista de Psicoanálisis* (*RP*), y a las incluidas en los volúmenes correspondientes a esta versión de Amorrortu editores (*AE*). En las obras de otros autores se consignan, también entre llaves, las versiones castellanas que han podido verificarse con las fuentes de consulta bibliográfica disponibles.}]

Abraham, K. (1907) «Das Erleiden sexueller Traumen als Form infantiler Sexualbetätigung», *Zbl. Nervenheilk.*, N. F., **18**, pág. 854. {«La experimentación de traumas sexuales como una forma de actividad sexual», en *Psi-*

*coanálisis clínico*, Buenos Aires: Hormé, cap. 1, pág. 35.} (17)

(1908) «Die psychosexuellen Differenzen der Hysterie und der Dementia praecox», *Zbl. Nervenheilk.*, N. F., **19**, pág. 521. {«Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz», en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires: Hormé, cap. 2, pág. 48. En *RP*, **4**, nº 2, 1946-47, pág. 351.} (72, 193)

(1909) *Traum und Mythus: Eine Studie zur Völkerpsychologie*, Leipzig y Viena. {«Sueños y mitos. Un estudio de psicología colectiva», en *Estudios sobre psicoanálisis y psiquiatría*, Buenos Aires: Hormé, 3ª parte, pág. 145.} (35)

(1911*b*) *Giovanni Segantini: Ein psychoanalytischer Versuch*, Leipzig y Viena. {«Giovanni Segantini: un estudio psicoanalítico», en *Estudios sobre psicoanálisis y psiquiatría*, Buenos Aires: Hormé, 3ª parte, pág. 199.} (35)

(1912) «Ansätze zur psychoanalytischen Erforschung und Behandlung des manisch-depressiven Irreseins und verwandter Zustände», *Zbl. Psychoanal.*, **2**, pág. 302. {«Notas sobre la investigación y tratamiento psicoanalíticos de la locura maníaco-depresiva y condiciones asociadas», en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires: Hormé, cap. 6, pág. 104. «Sobre la exploración y el tratamiento psicoanalítico de la psicosis maníaco-depresiva y estados análogos», *RP*, **3**, nº 2, 1945-46, pág. 314.} (241)

Adler, A. (1907) *Studie über Minderwertigkeit von Organen*, Berlín y Viena. {*Estudios sobre la inferioridad de los órganos*, Buenos Aires: Paidós.} (49, 54, 95)

(1908) «Der Aggressionstrieb im Leben und in der Neurose», *Fortschr. Med.*, **26**, pág. 577. (118)

(1910) «Der psychische Hermaphroditismus im Leben und in der Neurose», *Fortschr. Med.*, **28**, pág. 486. (52, 89-90)

(1911*a*) Reseña de C. G. Jung, «Über Konflikte der kindlichen Seele», *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 122. (54, 63)

(1911*b*) «Beitrag zur Lehre vom Widerstand», *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 214. (55)

(1912) *Über den nervösen Charakter*, Wiesbaden. {*El carácter neurótico*, Buenos Aires: Paidós.} (54)

(1914) En colaboración con Furtmüller, C. (eds.), *Heilen und Bilden*, Munich. (37)

Bernheim, H. (1886) *De la suggestion et de ses applications à la thérapeutique*, París. (2ª ed., 1887.) (170)
Bleuler, E. (1906*b*) *Affektivität, Suggestibilität, Paranoia*, Halle. {*Afectividad, sugestibilidad, paranoia*, Barcelona: Científico-Médica.} (39)
(1910*a*) «Die Psychoanalyse Freuds. Verteidigung und kritische Bemerkungen», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **2**, pág. 623. (39)
(1910*b*) «Vortrag über Ambivalenz» (Berna), informe en *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 266. (126)
(1911) *Dementia Praecox, oder Gruppe der Schizophrenien*, Leipzig y Viena. {*Demencia precoz*, Buenos Aires: Hormé.} (27, 126, 196)
(1913*b*) «Kritik der Freudschen Theorien», *Allg. Z. Psychiat.*, **70**, pág. 665. (39)
(1914) «Die Kritiken der Schizophrenien», *Z. ges. Neurol. Psychiat.*, **22**, pág. 19. (40, 169)
Breuer, J. y Freud, S. (1893): *véase* Freud, S. (1893*a*).
(1895): *véase* Freud, S. (1895*d*).
Brill, A. A. (1912) *Psychoanalysis: its Theories and Practical Application*, Filadelfia y Londres. (2ª ed., 1914; 3ª ed., 1922.) (31)
Butler, S. (1880) *Unconscious Memory*, Londres. (202)
Darmesteter, J. (ed.) (1881) *Macbeth*, París. (329-30)
Ellis, H. (1898*a*) «Auto-Erotism: a Psychological Study», *Alien. & Neurol.*, **19**, pág. 260. (71)
(1911*b*) «Die Lehren der Freud-Schule», *Zbl. Psychoanal.*, **2**, pág. 61. (29)
(1927) «The Conception of Narcissism», *Psychoanal. Rev.*, **14**, pág. 129; *Studies in the Psychology of Sex*, vol. VII: *Eonism and Other Supplementary Studies*, Filadelfia, 1928, cap. VI. (71)
Erb, W. (1882) *Handbuch der Elektrotherapie*, Leipzig. (9)
Farrow, E. Pickworth (1926) «Eine Kindheitserinnerung aus dem 6. Lebensmonat», *Int. Z. Psychoanal.*, **12**, pág. 79. (20)
Federn, P. (1913) «Beiträge zur Analyse des Sadismus und Masochismus, I: Die Quellen des männlichen Sadismus», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 29. (127)
Ferenczi, S. (1909) «Introjektion und Übertragung», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **1**, pág. 422. {«Introyección y trasferencia», en *Sexo y psicoanálisis*, Buenos Aires: Hormé, cap. II, pág. 35. En *RP*, **6**, nos. 3-4, 1948-49, pág. 701.} (130)
(1913*b*) Reseña de C. G. Jung, *Wandlungen und Sym-*

*bole der Libido* (Leipzig y Viena, 1912), *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 391. (77)
(1913*c*) «Entwicklungsstufen des Wirklichkeitssinnes», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 124. {«Estadios en el desarrollo del sentido de la realidad», en *Sexo y psicoanálisis*, Buenos Aires: Hormé, cap. VIII, pág. 153. En *RP*, **5**, nº 3, 1947-48, pág. 807.} (73)

Finkelnburg, F. C. (1870) Niederrheinische Gesellschaft {Sociedad de la Baja Renania}, sesión realizada en Bonn el 21 de marzo de 1870, *Berl. klin. Wschr.*, **7**, págs. 449 y 460. (213)

Freud, S. (1888-89) Traducción, con prólogo y notas complementarios, de H. Bernheim, *De la suggestion et de ses applications à la thérapeutique*, París, 1886, con el título *Die Suggestion und ihre Heilwirkung* {De la sugestión y sus aplicaciones a la terapéutica}, Viena (parte II trad. por O. von Springer). (2ª ed., rev. por M. Kahane, Viena, 1896.) *SE*, **1**, pág. 73 (prólogo). {*SR*, **21**, pág. 374 (prólogo y notas); *BN*, **1**, pág. 4 (prólogo y notas).} (170)
(1891*b*) *Zur Auffassung der Aphasien* {*La concepción de las afasias*}, Viena. {*Véase* Freud (1897*b*).} (157-8, 164, 170, 198, 204-13)
(1893*a*) En colaboración con Breuer, J., «Über den psychischen Mechanismus hysterischer Phänomene: Vorläufige Mitteilung» {«Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar». Es el cap. I de *Estudios sobre la histeria* (1895)}, *GS*, **1**, pág. 7; *GW*, **1**, pág. 81; *SE*, **2**, pág. 3. {*SR*, **10**, pág. 9; *BN*, **1**, pág. 41; *AE*, **2**, pág. 27.} (138)
(1893*c* [1888-93]) «Quelques considérations pour une étude comparative des paralysies motrices organiques et hystériques» {«Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas»} (en francés), *GS*, **1**, pág. 273; *GW*, **1**, pág. 39; *SE*, **1**, pág. 157. {*SR*, **11**, pág. 123; *BN*, **1**, pág. 13.} (115, 167)
(1893*f*) «Charcot» {Nota necrológica}, *GS*, **1**, pág. 243; *GW*, **1**, pág. 21; *SE*, **3**, pág. 9. {*SR*, **10**, pág. 195; *BN*, **1**, pág. 30; *AE*, **3**, pág. 7.} (21)
(1893*h*) «Über den psychischen Mechanismus hysterischer Phänomene» {«Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos»} (conferencia; versión taquigráfica revisada por el conferencista), *Wien. med. Presse*, **34**, nº 4, pág. 121, y nº 5, pág. 165. *SE*, **3**, pág.

Freud, S. *(cont.)*
27. {*SA*, **6**, pág. 9; *RP*, **13**, nº 3, 1956, pág. 266; *AE*, **3**, pág. 25.} (115)

(1894*a*) «Die Abwehr-Neuropsychosen» {«Las neuropsicosis de defensa»}, *GS*, **1**, pág. 290; *GW*, **1**, pág. 59; *SE*, **3**, pág. 43. {*SR*, **11**, pág. 85; *BN*, **1**, pág. 169; *AE*, **3**, pág. 41.} (8, 147)

(1895*b* [1894]) «Über die Berechtigung, von der Neurasthenie einen bestimmten Symptomenkomplex als "Angstneurose" abzutrennen» {«Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de "neurosis de angustia"»}, *GS*, **1**, pág. 306; *GW*, **1**, pág. 315; *SE*, **3**, pág. 87. {*SA*, **6**, pág. 25; *SR*, **11**, pág. 99; *BN*, **1**, pág. 183; *AE*, **3**, pág. 85.} (80, 110)

(1895*d*) En colaboración con Breuer, J., *Studien über Hysterie* {*Estudios sobre la histeria*}, Viena; reimpresión, Francfort, 1970. *GS*, **1**, pág. 3; *GW*, **1**, pág. 77 (estas ediciones no incluyen las contribuciones de Breuer); *SE*, **2** (incluye las contribuciones de Breuer). {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 37 (sólo la parte IV: «Zur Psychotherapie der Hysterie»); *SR*, **10**, pág. 7; *BN*, **1**, pág. 39 (estas ediciones no incluyen las contribuciones de Breuer); *AE*, **2** (incluye las contribuciones de Breuer).} (8-12, 28, 32, 138, 150, 158, 167, 169, 181, 183, 209, 229, 243, 263, 337)

(1896*b*) «Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen» {«Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa»}, *GS*, **1**, pág. 363; *GW*, **1**, pág. 379; *SE*, **3**, pág. 159. {*SR*, **11**, pág. 175; *BN*, **1**, pág. 286; *AE*, **3**, pág. 157.} (28, 149)

(1896*c*) «Zur Ätiologie der Hysterie» {«La etiología de la histeria»}, *GS*, **1**, pág. 404; *GW*, **1**, pág. 425; *SE*, **3**, pág. 189. {*SA*, **6**, pág. 51; *SR*, **12**, pág. 158; *BN*, **1**, pág. 299; *AE*, **3**, pág. 185.} (20, 184)

(1897*b*) *Inhaltsangaben der wissenschaftlichen Arbeiten des Privatdozenten Dr. Sigm. Freud (1877-1897)* {*Sumario de los trabajos científicos del docente adscrito Dr. Sigmund Freud*}, Viena. *GW*, **1**, pág. 463; *SE*, **3**, pág. 225. {*SR*, **22**, pág. 457; *AE*, **3**, pág. 219.}

(1900*a* [1899]) *Die Traumdeutung* {*La interpretación de los sueños*}, Viena. *GS*, **2-3**; *GW*, **2-3**; *SE*, **4-5**. {*SA*, **2**; *SR*, **6-7**, y **19**, pág. 217; *BN*, **2**, pág. 343; *AE*, **4-5**.} (19, 21-2, 25, 27, 50, 55, 62-3, 94, 101-2, 109, 115, 117, 143, 146, 158, 165, 167-8, 170, 174, 180,

Freud, S. *(cont.)*
183-4, 188-9, 196, 198, 218, 222-4, 226-30, 233, 248, 257, 279, 287-8, 290, 299, 327, 346)
(1901*b*) *Zur Psychopathologie des Alltagslebens* {*Psicopatología de la vida cotidiana*}, Berlín, 1904. *GS*, **4**, pág. 3; *GW*, **4**; *SE*, **6**. {*SR*, **1**; *BN*, **3**, pág. 755; *AE*, **6**.} (178, 184)
(1905*c*) *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten* {*El chiste y su relación con lo inconciente*}, Viena. *GS*, **9**, pág. 5; *GW*, **6**; *SE*, **8**. {*SA*, **4**, pág. 9; *SR*, **3**, pág. 7; *BN*, **3**, pág. 1029; *AE*, **8**.} (25, 36, 64, 101, 146, 183-4, 198)
(1905*d*) *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie* {*Tres ensayos de teoría sexual*}, Viena. *GS*, **5**, pág. 3; *GW*, **5**, pág. 29; *SE*, **7**, pág. 125. {*SA*, **5**, pág. 37; *SR*, **2**, pág. 7, y **20**, pág. 187; *BN*, **4**, pág. 1169; *AE*, **7**, pág. 109.} (53, 68, 71, 74, 81, 84, 108-11, 117-8, 120-1, 124, 129, 133, 143, 145, 188, 239, 272)
(1905*e* [1901]) «Bruchstück einer Hysterie-Analyse» {«Fragmento de análisis de un caso de histeria»}, *GS*, **8**, pág. 3; *GW*, **5**, pág. 163; *SE*, **7**, pág. 3. {*SA*, **6**, pág. 83; *SR*, **15**, pág. 7; *BN*, **3**, pág. 933; *AE*, **7**, pág. 1.} (10, 21)
(1906*a* [1905]) «Meine Ansichten über die Rolle der Sexualität in der Ätiologie der Neurosen» {«Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis»}, *GS*, **5**, pág. 123; *GW*, **5**, pág. 149; *SE*, **7**, pág. 271. {*SA*, **5**, pág. 147; *SR*, **13**, pág. 9; *BN*, **4**, pág. 1238; *AE*, **7**, pág. 259.} (17, 138)
(1906*c*) «Tatbestandsdiagnostik und Psychoanalyse» {«La indagatoria forense y el psicoanálisis»}, *GS*, **10**, pág. 197; *GW*, **7**, pág. 3; *SE*, **9**, pág. 99. {*SR*, **18**, pág. 23; *BN*, **4**, pág. 1277; *AE*, **9**, pág. 81.} (28)
(1907*a* [1906]) *Der Wahn und die Träume in W. Jensens «Gradiva»* {*El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen*}, Viena. *GS*, **9**, pág. 273; *GW*, **7**, pág. 31; *SE*, **9**, pág. 3. {*SA*, **10**, pág. 9; *SR*, **3**, pág. 209; *BN*, **4**, pág. 1285; *AE*, **9**, pág. 1.} (35)
(1907*b*) «Zwangshandlungen und Religionsübungen» {«Acciones obsesivas y prácticas religiosas»}, *GS*, **10**, pág. 210; *GW*, **7**, pág. 129; *SE*, **9**, pág. 116. {*SA*, **7**, pág. 11; *SR*, **18**, pág. 35; *BN*, **4**, pág. 1337; *AE*, **9**, pág. 97.} (36, 110)
(1907*e*) Presentación de la serie *Schriften zur angewandten Seelenkunde* {Escritos sobre psicología aplicada} (en Freud, 1907*a*, 1ª ed. solamente, pág. 82). *SE*, **9**,

Freud, S. *(cont.)*
pág. 248. {*RP*, **13**, nº 3, 1956, pág. 282; *AE*, **9**, pág. 225.} (45)
(1908*d*) «Die "kulturelle" Sexualmoral und die moderne Nervosität» {«La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna»}, *GS*, **5**, pág. 143; *GW*, **7**, pág. 143; *SE*, **9**, pág. 179. {*SA*, **9**, pág. 9; *SR*, **13**, pág. 27; *BN*, **4**, pág. 1249; *AE*, **9**, pág. 159.} (289)
(1908*e* [1907]) «Der Dichter und das Phantasieren» {«El creador literario y el fantaseo»}, *GS*, **10**, pág. 229; *GW*, **7**, pág. 213; *SE*, **9**, pág. 143. {*SA*, **10**, pág. 169; *SR*, **18**, pág. 47; *BN*, **4**, pág. 1343; *AE*, **9**, pág. 123.} (88)
(1909*b*) «Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben» {«Análisis de la fobia de un niño de cinco años»}, *GS*, **8**, pág. 129; *GW*, **7**, pág. 243; *SE*, **10**, pág. 3. {*SA*, **8**, pág. 9; *SR*, **15**, pág. 113; *BN*, **4**, pág. 1365; *AE*, **10**, pág. 1.} (118, 171, 339)
(1909*d*) «Bemerkungen über einen Fall von Zwangsneurose» {«A propósito de un caso de neurosis obsesiva»}, *GS*, **8**, pág. 269; *GW*, **7**, pág. 381; *SE*, **10**, pág. 155. {*SA*, **7**, pág. 31; *SR*, **16**, pág. 7; *BN*, **4**, pág. 1441; *AE*, **10**, pág. 119.} (138, 152, 263)
(1910*a* [1909]) *Über Psychoanalyse* {*Cinco conferencias sobre psicoanálisis*}, Viena. *GS*, **4**, pág. 349; *GW*, **8**, pág. 3; *SE*, **11**, pág. 3. {*SR*, **2**, pág. 107; *BN*, **5**, pág. 1533; *AE*, **11**, pág. 1.} (7, 30, 148)
(1910*c*) *Eine Kindheitserinnerung des Leonardo da Vinci* {*Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*}, Viena. *GS*, **9**, pág. 371; *GW*, **8**, pág. 128; *SE*, **11**, pág. 59. {*SA*, **10**, pág. 87; *SR*, **8**, pág. 167; *BN*, **5**, pág. 1577; *AE*, **11**, pág. 53.} (35, 68, 87)
(1910*g*) «Zur Selbstmord-Diskussion» {«Contribuciones para un debate sobre el suicidio»}, *GS*, **3**, pág. 321; *GW*, **8**, pág. 62; *SE*, **11**, pág. 231. {*SR*, **21**, pág. 169; *BN*, **5**, pág. 1636; *AE*, **11**, pág. 231.} (238)
(1910*i*) «Die psychogene Sehstörung in psychoanalytischer Auffassung» {«La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis»}, *GS*, **5**, pág. 310; *GW*, **8**, pág. 94; *SE*, **11**, pág. 211. {*SA*, **6**, pág. 205; *SR*, **13**, pág. 151; *BN*, **5**, pág. 1631; *AE*, **11**, pág. 205.} (111)
(1911*b*) «Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens» {«Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico»}, *GS*, **5**, pág. 409; *GW*, **8**, pág. 230; *SE*, **12**, pág. 215. {*SA*, **3**, pág. 13;

Freud, S. *(cont.)*
*SR*, **14**, pág. 199; *BN*, **5**, pág. 1638; *AE*, **12**, pág. 217.} (77, 101, 129, 184, 189, 199, 218, 257)
(1911*c* [1910]) «Psychoanalytische Bemerkungen über einen autobiographisch beschriebenen Fall von Paranoia (Dementia paranoides)» {«Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente»}, *GS*, **8**, pág. 355; *GW*, **8**, pág. 240; *SE*, **12**, pág. 3. {*SA*, **7**, pág. 133; *SR*, **16**, pág. 77; *BN*, **4**, pág. 1487; *AE*, **12**, pág. 1.} (68, 71-2, 77-8, 80, 84, 101-2, 108, 111, 143, 200, 257, 261, 265)
(1911*g*) Resumen de G. Greve, «Sobre psicología y psicoterapia de ciertos estados angustiosos» {en castellano en el original}, *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 594. (29)
(1912*b*) «Zur Dynamik der Übertragung» {«Sobre la dinámica de la trasferencia»}, *GS*, **6**, pág. 53; *GW*, **8**, pág. 364; *SE*, **12**, pág. 99. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 157; *SR*, **14**, pág. 95; *BN*, **5**, pág. 1648; *AE*, **12**, pág. 93.} (72, 126)
(1912*c*) «Über neurotische Erkrankungstypen» {«Sobre los tipos de contracción de neurosis»}, *GS*, **5**, pág. 400; *GW*, **8**, pág. 322; *SE*, **12**, pág. 229. {*SA*, **6**, pág. 215; *SR*, **13**, pág. 230; *BN*, **5**, pág. 1718; *AE*, **12**, pág. 233.} (81, 193, 323)
(1912*d*) «Über die allgemeinste Erniedrigung des Liebeslebens (Beiträge zur Psychologie des Liebeslebens, II)» {«Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II)»}, *GS*, **5**, pág. 198; *GW*, **8**, pág. 78; *SE*, **11**, pág. 179. {*SA*, **5**, pág. 197; *SR*, **13**, pág. 70; *BN*, **5**, pág. 1710; *AE*, **11**, pág. 169.} (84)
(1912*e*) «Ratschläge für den Arzt bei der psychoanalytischen Behandlung» {«Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico»}, *GS*, **6**, pág. 64; *GW*, **8**, pág. 376; *SE*, **12**, pág. 111. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 169; *SR*, **14**, pág. 104; *BN*, **5**, pág. 1654; *AE*, **12**, pág. 107.} (20)
(1912*f*) «Zur Onanie-Diskussion» {«Contribuciones para un debate sobre el onanismo»}, *GS*, **3**, pág. 324; *GW*, **8**, pág. 332; *SE*, **12**, pág. 243. {*SR*, **21**, pág. 173; *BN*, **5**, pág. 1702; *AE*, **12**, pág. 247.} (80)
(1912*g*) «A Note on the Unconscious in Psycho-Analysis» {«Nota sobre el concepto de lo inconciente en psicoanálisis»} (en inglés). Trad. al alemán por H. Sachs, «Einige Bemerkungen über den Begriff des Un-

Freud, S. *(cont.)*
bewussten in der Psychoanalyse», 1913. *GS*, **5**, pág. 433; *GW*, **8**, pág. 430; *SE*, **12**, pág. 255. {*SA*, **3**, pág. 25; *SR*, **9**, pág. 93; *BN*, **5**, pág. 1697; *AE*, **12**, pág. 265.} (101, 158, 257)

(1912-13) *Totem und Tabu* {*Tótem y tabú*}, Viena, 1913. *GS*, **10**, pág. 3; *GW*, **9**; *SE*, **13**, pág. 1. {*SA*, **9**, pág. 287; *SR*, **8**, pág. 7; *BN*, **5**, pág. 1745; *AE*, **13**, pág. 1.} (36, 68, 73, 98, 126, 200, 239, 276, 294, 297, 299)

(1913*b*) Introducción a O. Pfister, *Die psychoanalytische Methode* {El método psicoanalítico}, Leipzig. *GS*, **11**, pág. 224; *GW*, **10**, pág. 448; *SE*, **12**, pág. 329. {*SR*, **20**, pág. 142; *BN*, **5**, pág. 1935; *AE*, **12**, pág. 347.} (37)

(1913*c*) «Zur Einleitung der Behandlung (Weitere Ratschläge zur Technik der Psychoanalyse, I)» {«Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I)»}, *GS*, **6**, pág. 84; *GW*, **8**, pág. 454; *SE*, **12**, pág. 123. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 181; *SR*, **14**, pág. 119; *BN*, **5**, pág. 1661; *AE*, **12**, pág. 121.} (171)

(1913*i*) «Die Disposition zur Zwangsneurose» {«La predisposición a la neurosis obsesiva»}, *GS*, **5**, pág. 277; *GW*, **8**, pág. 442; *SE*, **12**, pág. 313. {*SA*, **7**, pág. 105; *SR*, **13**, pág. 132; *BN*, **5**, pág. 1738; *AE*, **12**, pág. 329.} (133, 191)

(1913*j*) «Das Interesse an der Psychoanalyse» {«El interés por el psicoanálisis»}, *GS*, **4**, pág. 313; *GW*, **8**, pág. 390; *SE*, **13**, pág. 165. {*SR*, **12**, pág. 73; *BN*, **5**, pág. 1851; *AE*, **13**, pág. 165.} (37)

(1913*k*) Prólogo a J. G. Bourke, *Der Unrat in Sitte, Brauch, Glauben und Gewohnheitsrecht der Völker* {Elementos escatológicos en las costumbres, los usos, las creencias y el derecho consuetudinario de los pueblos}, Leipzig. Trad. al alemán de *Scatologic Rites of All Nations* {Ritos escatológicos de todos los pueblos}, *GS*, **11**, pág. 249; *GW*, **10**, pág. 453; *SE*, **12**, pág. 335. {*SR*, **20**, pág. 148; *BN*, **5**, pág. 1939; *AE*, **12**, pág. 355.} (13)

(1913*m* [1911]) «On Psycho-Analysis» {«Sobre psicoanálisis»}, *Aust. med. Congr.* (actas de la 9ª sesión realizada en Sydney, Nueva Gales del Sur, Australia, septiembre de 1911), **2**, parte VIII, pág. 839; *SE*, **12**, pág. 207; *AE*, **12**, pág. 207.} (29)

(1914*c*) «Zur Einführung des Narzissmus» {«Introduc-

Freud, S. *(cont.)*
ción del narcisismo»}, *GS*, **6**, pág. 155; *GW*, **10**, pág. 138; *SE*, **14**, pág. 69. {*SA*, **3**, pág. 37; *SR*, **14**, pág. 171; *BN*, **6**, pág. 2017; *AE*, **14**, pág. 65.} (4, 52, 90, 101, 109-11, 113, 120-2, 145, 184, 186, 195, 239, 257, 282)

(1914*d*) «Zur Geschichte der psychoanalytischen Bewegung» {«Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico»}, *GS*, **4**, pág. 411; *GW*, **10**, pág. 44; *SE*, **14**, pág. 3. {*SR*, **12**, pág. 100; *BN*, **5**, pág. 1895; *AE*, **14**, pág. 1.} (68, 90, 129, 137-8, 169, 288)

(1915*b*) «Zeitgemässes über Krieg und Tod» {«De guerra y muerte. Temas de actualidad»}, *GS*, **10**, pág. 315; *GW*, **10**, pág. 324; *SE*, **14**, pág. 275. {*SA*, **9**, pág. 33; *SR*, **18**, pág. 219; *BN*, **6**, pág. 2101; *AE*, **14**, pág. 273.} (124, 302)

(1915*c*) «Triebe und Triebschicksale» {«Pulsiones y destinos de pulsión»}, *GS*, **5**, pág. 443; *GW*, **10**, pág. 210; *SE*, **14**, pág. 111. {*SA*, **3**, pág. 75; *SR*, **9**, pág. 100; *BN*, **6**, pág. 2039; *AE*, **14**, pág. 105.} (74-5, 82, 142-3, 173, 221, 231, 239, 247, 249, 257, 283)

(1915*d*) «Die Verdrängung» {«La represión»}, *GS*, **5**, pág. 466; *GW*, **10**, pág. 248; *SE*, **14**, pág. 143. {*SA*, **3**, pág. 103; *SR*, **9**, pág. 121; *BN*, **6**, pág. 2053; *AE*, **14**, pág. 135.} (15, 90, 107-9, 118, 122, 174-5, 177, 182, 187, 193, 199, 221, 224, 242, 255, 257)

(1915*e*) «Das Unbewusste» {«Lo inconciente»}, *GS*, **5**, pág. 480; *GW*, **10**, pág. 264; *SE*, **14**, pág. 161. {*SA*, **3**, pág. 119; *SR*, **9**, pág. 133; *BN*, **6**, pág. 2061; *AE*, **14**, pág. 153.} (83, 93, 108, 130, 137-8, 142-4, 146, 149-50)

(1915*g* [1914]) Carta al Dr. F. van Eeden. En *De Amsterdammer*, nº 1960, 17 de enero de 1914, pág. 3. *SE*, **14**, pág. 301. {*RP*, **13**, nº 3, 1956, pág. 285; *AE*, **14**, pág. 302.} (275)

(1916*a* [1915]) «Vergänglichkeit» {«La transitoriedad»}, *GS*, **11**, pág. 291; *GW*, **10**, pág. 358; *SE*, **14**, pág. 305. {*SA*, **10**, pág. 223; *SR*, **19**, pág. 253; *BN*, **6**, pág. 2118; *AE*, **14**, pág. 305.} (276)

(1916-17 [1915-17]) *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse* {*Conferencias de introducción al psicoanálisis*}, Viena. *GS*, **7**; *GW*, **11**; *SE*, **15-16**. {*SA*, **1**, pág. 33; *SR*, **4-5**; *BN*, **6**, pág. 2123; *AE*, **15-16**.} (51, 69, 73, 80, 94, 111, 121-2, 167, 175, 192, 222, 226, 257, 269-70, 272, 347)

(1917*a* [1916]) «Eine Schwierigkeit der Psychoanalyse»

Freud, S. *(cont.)*
{«Una dificultad del psicoanálisis»}, *GS*, **10**, pág. 347; *GW*, **12**, pág. 3; *SE*, **17**, pág. 137. {*SR*, **18**, pág. 13; *BN*, **7**, pág. 2432; *AE*, **17**, pág. 125.} (73)

(1917*d* [1915]) «Metapsychologische Ergänzung zur Traumlehre» {«Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños»}, *GS*, **5**, pág. 520; *GW*, **10**, pág. 412; *SE*, **14**, pág. 219. {*SA*, **3**, pág. 175; *SR*, **9**, pág. 165; *BN*, **6**, pág. 2083; *AE*, **14**, pág. 215.} (80, 101, 110, 130, 139, 146, 184, 189, 196, 199)

(1917*e* [1915]) «Trauer und Melancholie» {«Duelo y melancolía»}, *GS*, **5**, pág. 535; *GW*, **10**, pág. 428; *SE*, **14**, pág. 239. {*SA*, **3**, pág. 193; *SR*, **9**, pág. 177; *BN*, **6**, pág. 2091; *AE*, **14**, pág. 235.} (69, 130, 133, 198, 217, 232, 257, 269, 308)

(1918*b* [1914]) «Aus der Geschichte einer infantilen Neurose» {«De la historia de una neurosis infantil»}, *GS*, **8**, pág. 439; *GW*, **12**, pág. 29; *SE*, **17**, pág. 3. {*SA*, **8**, pág. 125; *SR*, **16**, pág. 143; *BN*, **6**, pág. 1941; *AE*, **17**, pág. 1.} (4, 54, 124, 126, 149, 192, 240, 269, 272, 339)

(1919*b*) «James J. Putnam» {Nota necrológica}, *GS*, **11**, pág. 276; *GW*, **12**, pág. 315; *SE*, **17**, pág. 271. {*SR*, **20**, pág. 199; *BN*, **7**, pág. 2822; *AE*, **17**, pág. 264.} (30)

(1919*c*) «Internationaler Psychoanalytischer Verlag und Preiszuteilungen für psychoanalytische Arbeiten» {«La Editorial Psicoanalítica Internacional y los premios para trabajos psicoanalíticos»}, *GW*, **12**, pág. 333; *SE*, **17**, pág. 267. {*SR*, **20**, pág. 227; *BN*, **7**, pág. 2829; *AE*, **17**, pág. 260.}

(1919*e*) «"Ein Kind wird geschlagen" (Beitrag zur Kenntnis der Entstehung sexueller Perversionen)» {«"Pegan a un niño" (Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales)»}, *GS*, **5**, pág. 344; *GW*, **12**, pág. 197; *SE*, **17**, pág. 177. {*SA*, **7**, pág. 229; *SR*, **13**, pág. 185; *BN*, **7**, pág. 2465; *AE*, **17**, pág. 173.} (5, 52, 139)

(1920*a*) «Über die Psychogenese eines Falles von weiblicher Homosexualität» {«Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina»}, *GS*, **5**, pág. 312; *GW*, **12**, pág. 271; *SE*, **18**, pág. 147. {*SA*, **7**, pág. 255; *SR*, **13**, pág. 160; *BN*, **7**, pág. 2545; *AE*, **18**, pág. 137.} (87)

(1920*b*) «Zur Vorgeschichte der analytischen Technik» {«Para la prehistoria de la técnica analítica»}, *GS*, **6**,

Freud, S. *(cont.)*

pág. 148; *GW*, **12**, pág. 309; *SE*, **18**, pág. 263. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 251; *SR*, **14**, pág. 168; *BN*, **7**, pág. 2463; *AE*, **18**, pág. 257.} (15)

(1920*g*) *Jenseits des Lustprinzips* {*Más allá del principio de placer*}, Viena. *GS*, **6**, pág. 191; *GW*, **13**, pág. 3; *SE*, **18**, pág. 7. {*SA*, **3**, pág. 213; *SR*, **2**, pág. 217; *BN*, **7**, pág. 2507; *AE*, **18**, pág. 1.} (76, 109, 111-2, 115-7, 142, 184, 225-6, 257)

(1921*a*) Prólogo (en inglés) a J. J. Putnam, *Addresses on Psycho-Analysis* {Alocuciones sobre psicoanálisis}, Londres y Nueva York. *GS*, **11**, pág. 262; *GW*, **13**, pág. 437; *SE*, **18**, pág. 269. {*SR*, **20**, pág. 164; *BN*, **7**, pág. 2818; *AE*, **18**, pág. 265.} (30)

(1921*c*) *Massenpsychologie und Ich-Analyse* {*Psicología de las masas y análisis del yo*}, Viena. *GS*, **6**, pág. 261; *GW*, **13**, pág. 71; *SE*, **18**, pág. 69. {*SA*, **9**, pág. 61; *SR*, **9**, pág. 7; *BN*, **7**, pág. 2563; *AE*, **18**, pág. 63.} (69, 85, 90-2, 95, 98, 218-9, 239-40, 248, 255, 257)

(1922*a*) «Traum und Telepathie» {«Sueño y telepatía»}, *GS*, **3**, pág. 278; *GW*, **13**, pág. 165; *SE*, **18**, pág. 197. {*SR*, **19**, pág. 139; *BN*, **7**, pág. 2631; *AE*, **18**, pág. 185.} (227)

(1923*a* [1922]) «"Psychoanalyse" und "Libidotheorie"» {«Dos artículos de enciclopedia: "Psicoanálisis" y "Teoría de la libido"»}, *GS*, **11**, pág. 201; *GW*, **13**, pág. 211; *SE*, **18**, pág. 235. {*SR*, **17**, pág. 183; *BN*, **7**, pág. 2661; *AE*, **18**, pág. 227.} (257)

(1923*b*) *Das Ich und das Es* {*El yo y el ello*}, Viena. *GS*, **6**, pág. 351; *GW*, **13**, pág. 237; *SE*, **19**, pág. 3. {*SA*, **3**, pág. 273; *SR*, **9**, pág. 191; *BN*, **7**, pág. 2701; *AE*, **19**, pág. 1.} (53, 68-9, 76, 92, 112, 134, 159, 175, 189, 199, 219, 239-40, 248, 250, 258, 298)

(1923*c* [1922]) «Bemerkungen zur Theorie und Praxis der Traumdeutung» {«Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños»}, *GS*, **3**, pág. 305; *GW*, **13**, pág. 301; *SE*, **19**, pág. 109. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 257; *SR*, **19**, pág. 165; *BN*, **7**, pág. 2619; *AE*, **19**, pág. 107.} (63)

(1923*f*) «Josef Popper-Lynkeus und die Theorie des Traumes» {«Josef Popper-Lynkeus y la teoría del sueño»}, *GS*, **11**, pág. 295; *GW*, **13**, pág. 357; *SE*, **19**, pág. 261. {*SR*, **19**, pág. 179; *BN*, **7**, pág. 2628; *AE*, **19**, pág. 277.} (19)

Freud, S. *(cont.)*
(1923*g*) Prólogo a M. Eitingon, *Bericht über die Berliner psychoanalytische Poliklinik* {Informe sobre la Policlínica Psicoanalítica de Berlín}, Viena. *GS*, **11**, pág. 265; *GW*, **13**, pág. 441; *SE*, **19**, pág. 285. {*SR*, **20**, pág. 169; *BN*, **7**, pág. 2820; *AE*, **19**, pág. 290.} (25)
(1923*i*) «Dr. Ferenczi Sándor (Zum 50. Geburtstag)» {«Dr. Sándor Ferenczi (En su 50º cumpleaños)»}, *GS*, **11**, pág. 273; *GW*, **13**, pág. 443; *SE*, **19**, pág. 267. {*SR*, **20**, pág. 206; *BN*, **7**, pág. 2827; *AE*, **19**, pág. 287.} (33)
(1924*b* [1923]) «Neurose und Psychose» {«Neurosis y psicosis»}, *GS*, **5**, pág. 418; *GW*, **13**, pág. 387; *SE*, **19**, pág. 149. {*SA*, **3**, pág. 331; *SR*, **14**, pág. 206; *BN*, **7**, pág. 2742; *AE*, **19**, pág. 151.} (219, 258)
(1924*c*) «Das ökonomische Problem des Masochismus» {«El problema económico del masoquismo»}, *GS*, **5**, pág. 374; *GW*, **13**, pág. 371; *SE*, **19**, pág. 157. {*SA*, **3**, pág. 339; *SR*, **13**, pág. 208; *BN*, **7**, pág. 2752; *AE*, **19**, pág. 161.} (115, 117, 123, 250, 258)
(1924*e*) «Der Realitätsverlust bei Neurose und Psychose» {«La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis»}, *GS*, **6**, pág. 409; *GW*, **13**, pág. 363; *SE*, **19**, pág. 183. {*SA*, **3**, pág. 355; *SR*, **14**, pág. 216; *BN*, **7**, pág. 2745; *AE*, **19**, pág. 189.} (219, 258)
(1925*a* [1924]) «Notiz über den "Wunderblock"» {«Nota sobre la "pizarra mágica"»}, *GS*, **6**, pág. 415; *GW*, **14**, pág. 3; *SE*, **19**, pág. 227. {*SA*, **3**, pág. 363; *SR*, **14**, pág. 221; *BN*, **7**, pág. 2808; *AE*, **19**, pág. 239.} (185, 219, 226, 258)
(1925*d* [1924]) *Selbstdarstellung* {*Presentación autobiográfica*}, Viena, 1934. *GS*, **11**, pág. 119; *GW*, **14**, pág. 33; *SE*, **20**, pág. 3. {*SR*, **9**, pág. 239; *BN*, **7**, pág. 2761; *AE*, **20**, pág. 1.} (5, 22, 138, 281)
(1925*h*) «Die Verneinung» {«La negación»}, *GS*, **11**, pág. 3; *GW*, **14**, pág. 11; *SE*, **19**, pág. 235. {*SA*, **3**, pág. 371; *SR*, **21**, pág. 195; *BN*, **8**, pág. 2884; *AE*, **19**, pág. 249.} (115, 183, 219, 231, 258)
(1925*j*) «Einige psychische Folgen des anatomischen Geschlechtsunterschieds» {«Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos»}, *GS*, **11**, pág. 8; *GW*, **14**, pág. 19; *SE*, **19**, pág. 243. {*SA*, **5**, pág. 253; *SR*, **21**, pág. 203; *BN*, **8**, pág. 2896; *AE*, **19**, pág. 259.} (53, 87)
(1926*c*) Nota preliminar a E. Pickworth Farrow, «Eine Kindheitserinnerung aus dem 6. Lebensmonat» {Un re-

Freud, S. *(cont.)*
cuerdo del 6º mes de vida}, *GW*, **14**, pág. 568; *SE*, **20**, pág. 280. {*SR*, **20**, pág. 174; *BN*, **8**, pág. 3218; *AE*, **20**, pág. 270.} (20)
(1926*d* [1925]) *Hemmung, Symptom und Angst* {*Inhibición, síntoma y angustia*}, Viena. *GS*, **11**, pág. 23; *GW*, **14**, pág. 113; *SE*, **20**, pág. 77. {*SA*, **6**, pág. 227; *SR*, **11**, pág. 9; *BN*, **8**, pág. 2833; *AE*, **20**, pág. 11.} (11, 139, 142, 148, 175, 180, 182, 272, 298)
(1926*e*) *Die Frage der Laienanalyse* {*¿Pueden los legos ejercer el análisis?*}, Viena. *GS*, **11**, pág. 307; *GW*, **14**, pág. 209; *SE*, **20**, pág. 179. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 271; *SR*, **12**, pág. 7; *BN*, **8**, pág. 2911; *AE*, **20**, pág. 165.} (167)
(1926*f*) «Psycho-Analysis» {«Psicoanálisis»}, artículo publicado en la *Encyclopaedia Britannica* con el título «Psycho-Analysis; Freudian School», 13ª ed., volumen suplementario **3**, pág. 253. El original alemán, con el título «Psycho-Analysis», apareció por primera vez en 1934. *GS*, **12**, pág. 372; *GW*, **14**, pág. 299; *SE*, **20**, pág. 261. {*SR*, **21**, pág. 217; *BN*, **8**, pág. 2904; *AE*, **20**, pág. 245.}
(1927*e*) «Fetischismus» {«Fetichismo»}, *GS*, **11**, pág. 395; *GW*, **14**, pág. 311; *SE*, **21**, pág. 149. {*SA*, **3**, pág. 379; *SR*, **21**, pág. 237; *BN*, **8**, pág. 2993; *AE*, **21**, pág. 141.} (139, 219)
(1930*a* [1929]) *Das Unbehagen in der Kultur* {*El malestar en la cultura*}, Viena. *GS*, **12**, pág. 29; *GW*, **14**, pág. 421; *SE*, **21**, pág. 59. {*SA*, **9**, pág. 191; *SR*, **19**, pág. 11; *BN*, **8**, pág. 3017; *AE*, **21**, pág. 57.} (112, 115, 231, 258, 272, 289)
(1930*b*) Prólogo a *Zehn Jahre Berliner Psychoanalytisches Institut* {Diez años del Instituto Psicoanalítico de Berlín}, Viena. *GS*, **12**, pág. 388; *GW*, **14**, pág. 572; *SE*, **21**, pág. 257. {*SR*, **20**, pág. 175; *BN*, **8**, pág. 3219; *AE*, **21**, pág. 255.} (25)
(1931*b*) «Über die weibliche Sexualität» {«Sobre la sexualidad femenina»}, *GS*, **12**, pág. 120; *GW*, **14**, pág. 517; *SE*, **21**, pág. 223. {*SA*, **5**, pág. 273; *SR*, **21**, pág. 279; *BN*, **8**, pág. 3077; *AE*, **21**, pág. 223.} (87)
(1932*c*) «Meine Berührung mit Josef Popper-Lynkeus» {«Mi contacto con Josef Popper-Lynkeus»}, *GS*, **12**, pág. 415; *GW*, **16**, pág. 261; *SE*, **22**, pág. 219. {*SR*, **19**, pág. 209; *BN*, **8**, pág. 3096; *AE*, **22**, pág. 199.} (19)
(1933*a* [1932]) *Neue Folge der Vorlesungen zur Ein-*

Freud, S. *(cont.)*
*führung in die Psychoanalyse* {*Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*}, Viena. *GS*, **12**, pág. 151; *GW*, **15**; *SE*, **22**, pág. 3. {*SA*, **1**, pág. 447; *SR*, **17**, pág. 7; *BN*, **8**, pág. 3101; *AE*, **22**, pág. 1.} (5, 17, 87, 112, 139, 159, 184, 258)

(1933*b* [1932]) *Warum Krieg?* {*¿Por qué la guerra?*}, París. *GS*, **12**, pág. 349; *GW*, **16**, pág. 13; *SE*, **22**, pág. 197. {*SA*, **9**, pág. 271; *SR*, **18**, pág. 245; *BN*, **8**, pág. 3207; *AE*, **22**, pág. 179.} (276)

(1935*b*) «Die Feinheit einer Fehlhandlung» {«La sutileza de un acto fallido»}, *GW*, **16**, pág. 37; *SE*, **22**, pág. 233. {*SR*, **21**, pág. 311; *BN*, **9**, pág. 3325; *AE*, **22**, pág. 230.} (20)

(1936*a*) «Brief an Romain Rolland (Eine Erinnerungsstörung auf der Akropolis)» («Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis)»}, *GW*, **16**, pág. 250; *SE*, **22**, pág. 239. {*SA*, **4**, pág. 283; *SR*, **20**, pág. 241; *BN*, **9**, pág. 3328; *AE*, **22**, pág. 209.} (337)

(1937*c*) «Die endliche und die unendliche Analyse» {«Análisis terminable e interminable»}, *GW*, **16**, pág. 59; *SE*, **23**, pág. 211. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volu men complementario), pág. 351; *SR*, **21**, pág. 315; *BN*, **9**, pág. 3339; *AE*, **23**, pág. 211.} (20, 139, 143, 272)

(1940*a* [1938]) *Abriss der Psychoanalyse* {*Esquema del psicoanálisis*}, *GW*, **17**, pág. 65; *SE*, **23**, pág. 141. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 407 (sólo el cap. VI: «Die psychoanalytische Technik»); *SR*, **21**, pág. 67; *BN*, **9**, pág. 3379; *AE*, **23**, pág. 133.} (112, 117, 186, 219, 258, 272)

(1940*b* [1938]) «Some Elementary Lessons in Psycho-Analysis» {«Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis»} (título en inglés; texto en alemán), *GW*, **17**, pág. 141; *SE*, **23**, pág. 281. {*SR*, **21**, pág. 127; *BN*, **9**, pág. 3419; *AE*, **23**, pág. 279.} (156, 165, 258)

(1941*e* [1926]) «Ansprache an die Mitglieder des Vereins B'nai B'rith» {«Alocución ante los miembros de la Sociedad B'nai B'rith»}, *GW*, **17**, pág. 51; *SE*, **20**, pág. 271. {*SR*, **21**, pág. 55; *BN*, **8**, pág. 3229; *AE*, **20**, pág. 259.} (276)

(1950*a* [1887-1902]) *Aus den Anfängen der Psychoanalyse* {*Los orígenes del psicoanálisis*}, Londres. Abarca las cartas a Wilhelm Fliess, manuscritos inéditos y el «Entwurf einer Psychologie» {«Proyecto de psicolo-

Freud, S. *(cont.)*
gía»}, 1895. *SE*, **1**, pág. 175 {incluye 29 cartas, 13 manuscritos y el «Proyecto de psicología». *SR*, **22**, pág. 13; *BN*, **9**, pág. 3433, y **1**, pág. 209; incluyen 153 cartas, 14 manuscritos y el «Proyecto de psicología»; *AE*, **1**, pág. 211 (el mismo contenido que *SE*).} (7, 17, 19-20, 41, 82, 101, 109-10, 115, 117, 121, 139, 142, 149, 157-8, 170, 178, 180, 184, 189, 199, 218-9, 226, 231, 238, 250, 257, 290)

(1955*f* [1909-38]) Cartas y fragmentos de cartas a Ludwig Binswanger, en L. Binswanger, *Erinnerungen an Sigmund Freud* {Recuerdos sobre Sigmund Freud}, Berna. (103)

(1956*a* [1886]) «Report on my Studies in Paris and Berlin, on a Travelling Bursary Granted from the University Jubilee Fund, 1885-6» {«Informe sobre mis estudios en París y Berlín, realizados con una beca de viaje del Fondo de Jubileo de la Universidad. 1885-6»}, *Int. J. Psycho-Anal.*, **37**, pág. 2. El texto apareció primero en inglés, en tanto que el original alemán, con el título «Bericht über meine mit Universitäts-Jubiläums-Reisestipendium unternommene Studienreise nach Paris und Berlin», recién se publicó en 1960 en *Sigmund Freuds akademische Laufbahn im Lichte der Dokumente* {El currículo académico de Sigmund Freud a la luz de los documentos} (ed. por J. y R. Gicklhorn), Viena, 1960, 82. Impreso también en S. Freud, «*Selbstdarstellung*»; *Schriften zur Geschichte der Psychoanalyse* {Presentación autobiográfica; escritos sobre la historia del psicoanálisis} (ed. por I. Gubrich-Simitis), Francfort: Fischer Taschenbusch Verlag, 1971, pág. 127. *SE*, **1**, pág. 3. {*RP*, **13**, nº 3, 1956, pág. 256.} (9, 13)

(1960*a*) *Briefe 1873-1939* (ed. por E. L. Freud), Francfort. (2ª ed. aumentada, Francfort, 1968.) {*Epistolario*, Barcelona: Plaza y Janés, 2 vols.} (103, 184)

(1965*a*) *Sigmund Freud/Karl Abraham. Briefe 1907 bis 1926* (ed. por H. C. Abraham y E. L. Freud), Francfort. (69, 102, 237, 247)

(1966*a* [1912-36]) *Sigmund Freud/Lou Andreas Salomé. Briefwechsel* (ed. por E. Pfeiffer), Francfort. {*Correspondencia*, México: Siglo XXI.} (103-4)

(1970*a* [1919-36]) *Sigmund Freud as a Consultant: Recollections of a Pioneer in Psychoanalysis* (ed. por M. Grotjahn; comentarios de E. Weiss), Nueva York. Ed. alemana, *Sigmund Freud-Edoardo Weiss. Briefe zur psychoanalytischen Praxis*, Francfort, 1973.

Fuchs, E. (1904) *Das erotische Element in der Karikatur*, Berlín. (345)
(1908) *Geschichte der erotischen Kunst. Erweiterung und Neubearbeitung des Werkes: Das erotische Element in der Karikatur* [1904], Berlín. (345)
Furtmüller, C. y Adler, A. (1914): *véase* Adler, A. y Furtmüller, C. (1914)
Greve, G. (1910) «Sobre psicología y psicoterapia de ciertos estados angustiosos», conferencia pronunciada en la sección neurológica del Congreso Interamericano de Medicina e Higiene, Buenos Aires. (29)
Hering, E. (1870) «Über das Gedächtnis als eine allgemeine Funktion der organisierten Materie», conferencia pronunciada en la Academia Imperial de Ciencias de Viena, 30 de mayo. Publicado como folleto, Viena, 1870. Trad. al inglés en Butler, S. (1880). (203)
Hesnard, A. y Régis, E. (1914): *véase* Régis, E. y Hesnard, A. (1914).
Hoche, A. (1910) «Eine psychische Epidemie unter Ärzten», *Med. Klin.*, **6**, pág. 1007. (26-7)
Hug-Hellmuth, H. von (1913*b*) *Aus dem Seelenleben des Kindes*, Leipzig y Viena. (37)
(1919) (ed.) *Tagebuch eines halbwüchsigen Mädchens*, Leipzig, Viena y Zurich. Trad. al inglés, *A Young Girl's Diary*, Londres y Nueva York, 1921. (2ª ed., 1936.) (343)
Jackson, J. Hughlings (1878) «On Affections of Speech from Disease of the Brain», *Brain*, **1**, pág. 304. (205)
Janet, P. (1909) *Les névroses*, París. (77)
(1913) «Psycho-Analysis. Rapport par M. le Dr. Pierre Janet», *Int. Congr. Med.*, **17**, sección XII (psiquiatría), nº 1, pág. 13. (31, 38)
Jekels, L. (1913*b*) «Einige Bemerkungen zur Trieblehre», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 439. (127)
(1917) «Shakespeare's Macbeth», *Imago*, **5**, pág. 170. (330)
(1926) «Zur Psychologie der Komödie», *Imago*, **12**, pág. 328. (330)
Jelgersma, G. (1914) *Ongeweten Geestesleven*, Leiden. Trad. al alemán, *Unbewusstes Geistesleben*, separata de *Int. Z. Psychoanal.*, **1**, Leipzig y Viena, 1914. (32)
Jones, E. (1908) «Rationalization in Everyday Life», *J. abnorm. Psychol.*, **3**, pág. 161. En *Papers in Psycho-Analysis*, 1ª, 2ª y 3ª eds. solamente (véase 1913*a*), cap. 1. (51)
(1910*c*) «On the Nightmare», *Amer. J. Insanity*, **66**,

pág. 383; en forma de libro, Londres y Nueva York, 1931. {*La pesadilla*, Buenos Aires: Paidós.} (35)
(1912*d*) «Die Bedeutung des Salzes in Sitte und Brauch der Völker», *Imago*, **1**, págs. 361 y 454. (35)
(1913*a*) *Papers on Psycho-Analysis*, Londres y Nueva York. (2ª ed., 1918, y 3ª ed., 1923, Londres y Nueva York; 4ª ed., 1938, y 5ª ed., 1948, Londres y Baltimore.) (31)
(1915) «Professor Janet on Psycho-Analysis; a Rejoinder», *J. abnorm. (soc.) Psychol.*, **9**, pág. 400. En *Papers on Psycho-Analysis*, 2ª ed. solamente (véase 1913*a*). Trad. al alemán, «Professor Janet über Psychoanalyse», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **4** (1916), pág. 34. (31)
(1953) *Sigmund Freud: Life and Work*, Londres y Nueva York, **1**. (Las páginas que se mencionan en el texto remiten a la edición inglesa.) {*Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires: Hormé, **1**.} (5, 12, 15, 138, 156, 202)
(1955) *Sigmund Freud: Life and Work*, Londres y Nueva York, **2**. (Las páginas que se mencionan en el texto remiten a la edición inglesa.) {*Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires: Hormé, **2**.} (4-5, 67, 69, 101, 143, 237, 275, 302)
(1957) *Sigmund Freud: Life and Work*, Londres y Nueva York, **3**. (Las páginas que se mencionan en el texto remiten a la edición inglesa.) {*Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires: Hormé, **3**.} (5, 112)
Jung, C. G. (1902) *Zur Psychologie und Pathologie sogenannter okkulter Phänomene*, Leipzig. (27)
(1906, 1909) (ed.) *Diagnostische Assoziationsstudien* (2 vols.), Leipzig. (28)
(1907) *Über die Psychologie der Dementia praecox*, Halle. (27-8)
(1910*a*) «The Association Method», *Amer. J. Psychol.*, **21**, pág. 219. En *Collected Papers on Analytical Psychology*, Londres, 1916 (2ª ed., Londres, 1917; Nueva York, 1920), cap. III. (30)
(1910*b*) «Experiences Concerning the Psychic Life of the Child», *Amer. J. Psychol.*, **21**, pág. 251. En *Collected Papers on Analytical Psychology*, Londres, 1916, cap. III (iii). (2ª ed., Londres, 1917; Nueva York, 1920.) (30, 63)
(1910*c*) «Über Konflikte der kindlichen Seele», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **2**, pág. 33. (Versión levemente diferente que la de 1910*b*.) {«Con-

flictos del alma infantil», en *Conflictos del alma infantil*, Buenos Aires: Paidós, pág. 27.} (54)
(1911-12) «Wandlungen und Symbole der Libido», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **3**, pág. 120, y **4**, pág. 162; en forma de libro: Leipzig y Viena, 1912. {*Transformaciones y símbolos de la libido*, Buenos Aires: Paidós.} (28, 77-8)
(1913) «Versuch einer Darstellung der psychoanalytischen Theorie», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **5**, pág. 307; en forma de libro: Leipzig y Viena, 1913. {*Teoría del psicoanálisis*, México: Nacional.} (63, 78)
Kris, E. (1956) «Freud in the History of Science», *The Listener*, **55**, nº 1416, 17 de mayo, pág. 631. (202)
Landauer, K. (1914) «Spontanheilung einer Katatonie», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **2**, pág. 441. (247)
Levine, I. (1923) *The Unconscious*, Londres. Trad. al alemán, por A. Freud, *Das Unbewusste*, Viena, 1926. (202)
Maeder, A. (1912) «Über die Funktion des Traumes», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **4**, pág. 692. (55)
Mill, J. S. (1843) *A System of Logic*, Londres. (212)
(1865) *An Examination of Sir William Hamilton's Philosophy*, Londres. (212)
Näcke, P. (1899) «Kritisches zum Kapitel der normalen und pathologischen Sexualität», *Arch. Psychiat. Nervenkrankh.*, **32**, pág. 356. (71)
Nelken, J. (1912) «Analytische Beobachtungen über Phantasien eines Schizophrenen», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **4**, pág. 504. (35)
Pfister, O. (1910) *Die Frömmigkeit des Grafen Ludwig von Zinzendorf*, Viena. (36)
(1913*b*) *Die psychoanalytische Methode*, Leipzig y Berlín. (37)
Popper, J. (Lynkeus) (1900) *Phantasien eines Realisten*, 2ª ed., Viena. (1ª ed., Dresde, 1899.) (19)
Putnam, J. J. (1912*b*) «Über die Bedeutung philosophischer Anschauungen und Ausbildung für die weitere Entwicklung der psychoanalytischen Bewegung», *Imago*, **1**, pág. 101. (44)
(1921) *Addresses on Psycho-Analysis*, Londres y Nueva York. (30)
Rank, O. (1907) *Der Künstler, Ansätze zu einer Sexualpsychologie*, Leipzig y Viena. (35)
(1909) *Der Mythus von der Geburt des Helden*, Leipzig y Viena. {*El mito del nacimiento del héroe*, Buenos Aires: Paidós.} (35)

(1910*b*) «Schopenhauer über den Wahnsinn», *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 69. (15)
(1911*e*) *Die Lohengrinsage*, Leipzig y Viena. (35)
(1911*f*) «Ein Beitrag zum Narzissismus», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **3**, pág. 401. (68, 71)
(1912*c*) *Das Inzest-Motiv in Dichtung und Sage*, Leipzig y Viena. (36, 337)
Rank, O. y Sachs, H. (1913) *Die Bedeutung der Psychoanalyse für die Geisteswissenschaften, Grenzfragen des Nerven.- u. Seelenlebens*, nº 93, Wiesbaden. (34)
Régis, E. y Hesnard, A. (1914) *La psychanalyse des névroses et des psychoses*, París. (31)
Reik, T. (1912) *Flaubert und seine «Versuchung des heiligen Antonius»*, Minden. (35)
Reinach, S. (1905-12) *Cultes, mythes et religions* (4 vols.), París, **4**. (345)
Renterghem, A. W. van (1913) *Freud en zijn School*, Baarn. (32)
Riklin, F. (1908) *Wunscherfüllung und Symbolik im Märchen*, Leipzig y Viena. (35)
Sachs, H. y Rank, O. (1913): *véase* Rank, O. y Sachs, H. (1914)
Sadger, I. (1909*b*) *Aus dem Liebesleben Nicolaus Lenaus*, Leipzig y Viena. (35)
Scherner, K. A. (1861) *Das Leben des Traumes*, Berlín. (19)
Schopenhauer, A. (1819) *Die Welt als Wille und Vorstellung*, Leipzig. (2ª ed., Leipzig, 1844.) En *Sämtliche Werke* (ed. por Hübscher) (2ª ed.), **2-3**, Wiesbaden, 1949. {*El mundo como voluntad y representación*, Buenos Aires: Aguilar.} (15)
Silberer, H. (1909) «Bericht über eine Methode, gewisse symbolische Halluzinations-Erscheinungen hervorzurufen und zu beobachten», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **1**, pág. 513. (94)
(1912) «Symbolik des Erwachens und Schwellensymbolik überhaupt», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **3**, pág. 621. (94)
(1914) *Probleme der Mystik und ihrer Symbolik*, Leipzig y Viena. (227)
Sociedad Psicoanalítica de Viena (1962) *Minutes of Vienna Psychoanalytic Society* (trad. al inglés de las actas de la Sociedad), Nueva York, **1**. (184)
Spamer, C. (1876) «Über Aphasie und Asymbolie nebst Versuch einer Theorie der Sprachbildung», *Arch. Psychiat. Nervenkrankh.*, **6**, pág. 496. (213)

Storfer, A. J. (1914*b*) *Marias jungfräuliche Mutterschaft*, Berlín. (35)
Stout, G. F. (1938) *A Manual of Psychology*, 5ª ed., Londres. (1ª ed., 1899.) (208)
Tausk, V. (1913*a*) «Entwertung des Verdrängungsmotivs durch Rekompense», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 230. {«Desvalorización de la razón de la represión por recompensa»}, en *Obras psicoanalíticas*, Buenos Aires: Editorial Morel, pág. 75.} (252)
(1919) «Über die Entstehung des "Beeinflussungsapparates" in der Schizophrenie», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **5**, pág. 1. {«De la génesis del aparato de influencia durante la esquizofrenia», en *Obras psicoanalíticas*, Buenos Aires: Editorial Morel, pág. 169. «Sobre el origen del "aparato de influencia" en la esquizofrenia», *RP*, **2**, nº 3, 1944-45, pág. 490.} (194)
Vogt, R. (1907) *Psykiatriens grundtraek*, Cristianía {Oslo}. (32)

# Indice alfabético

El presente índice incluye los nombres de autores no especializados, y también los de autores especializados cuando en el texto no se menciona una obra en particular. Para remisiones a obras especializadas, consúltese la «Bibliografía». Este índice fue preparado {para la *Standard Edition*} por la señora R. S. Partridge. {El de la presente versión castellana se confeccionó sobre la base de aquel.}

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en julio de 1992.

Tirada de esta edición: 4.000 ejemplares.